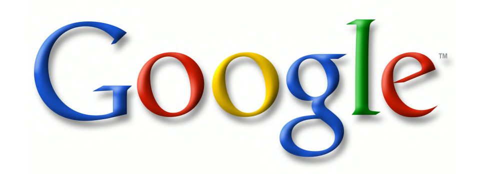


Historia de las Naciones.

HUNGRÍA.





CONSAGRACIÓN DEL RECIÉN NACIDO ENTRE LOS ANTIGUOS MAGYARES

HISTORIA

DE

HUNGRÍA

POR

ARMINIO VAMBÉRY

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE BUDA-PEST

traducida

DE LA SEGUNDA EDICIÓN INGLESA

POR

JOSÉ DE CASO

PROFESOR EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID

Y EN LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

MADRID

EL PROGRESO EDITORIAL

35—Calle de la Reina—35

1891

Tipografía de El Progreso Editorial, Pasaje de la Alhambra, 1 y 3.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

En una nota del texto el autor de esta obra da algunas reglas para la lectura de los nombres propios, que conservan naturalmente la escritura magyar.

He aquí las más importantes con aplicación á nuestro idioma:

VOCALES

Húngaras.	Españolas.
a	*o*
á	*a*
ó	*o* gallega.
ő	*eu* francesa.
ü	*u* francesa.

CONSONANTES

cs	*ch*
cz	*ts*
ly	*ll*
ny	*ñ*
s	*ch* francesa.
sz	*s*
zs	*j* francesa.

En el cuadro de vocales omitimos las que corresponden exactamente á las castellanas ó no representan más que leves matices suyos.

PRÓLOGO

Al deferir á la invitación del Editor de la HISTORIA DE LAS NACIONES, escribiendo la de Hungría, acometí una obra que estaba fuera del círculo de mis anteriores trabajos literarios, consagrados en su mayor parte á la geografía, historia y filología del Asia central. El principal motivo que me indujo á entrar en lo que es para mí un campo literario nuevo fué el deseo de dar á conocer á los lectores ingleses las memorias de mi país, presentando las varias fases de la HISTORIA DE HUNGRÍA bajo la forma más á propósito para atraer la atención de los ciudadanos de Inglaterra, á cuya opinión no pueden permanecer indiferentes los Húngaros.

Me ha decidido también á preparar este volumen la circunstancia de no pedírseme sino una historia popular de Hungría, en que sólo tenía que preocuparme de los acontecimientos más salientes, de las personalidades más notables y de los episodios de más sensación, sin verme

obligado á considerar el aspecto filosófico de la historia, ni á discutir los motivos más recónditos ni los detalles menos significativos de la vida nacional.

Para un trabajo así he creído que no serían insuficientes la cultura y las ideas de un hombre de letras húngaro. No obstante, en ciertos casos, he recurrido al auxilio de escritores que habían consagrado especial atención á nuestra historia nacional para que fuese lo más acertada posible esta *primera historia de Hungría escrita en inglés.*

La revisión de pruebas ha sido confiada á Mr. Luis Heilprin, persona profundamente familiarizada con la materia, y á quien deseo expresar mi gratitud, no sólo por esa revisión, sino por el esmero con que ha procurado asegurar á mi texto inglés las formas de expresión más exactas y adecuadas.

Aprovecho también esta ocasión para dar las gracias por su bondadoso concurso á mis compatriotas, Sres. Sebestyén, Csánki, Acsády y Vargha.

A. V.

Buda-Pest.

INDICE DE MATERIAS

Páginas.

V

VI

VII

VIII

Páginas.

ILUSTRACIONES

Páginas.

LÁMINAS SUELTAS

HISTORIA DE HUNGRÍA

CAPÍTULO PRIMERO

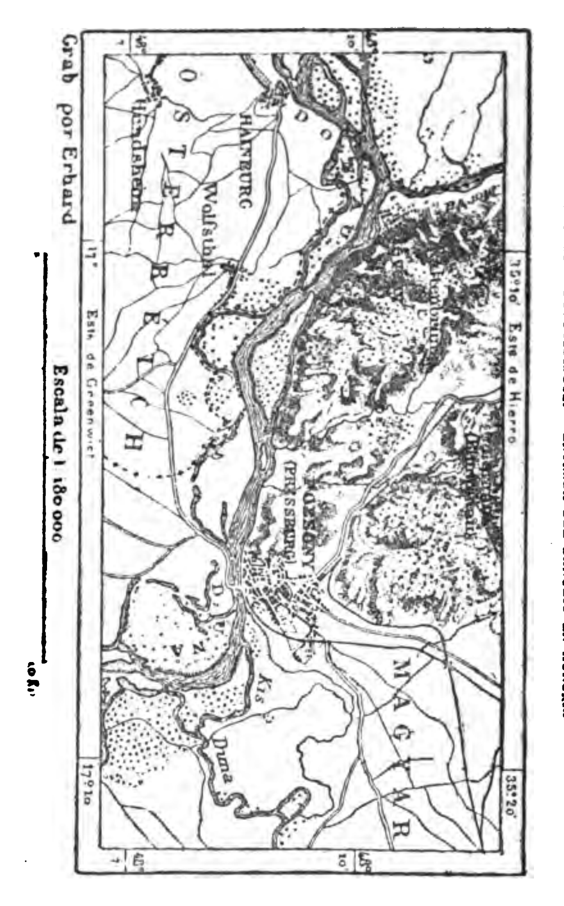
EL PAÍS Y EL PUEBLO HÚNGAROS

ALEJANDRO Petöfi, el gran poeta húngaro, celebra así, en uno de sus más bellos poemas, su país natal: «Si la tierra es la »corona de Dios, su más hermoso joyel es nuestro »país.»

Y á la verdad, si pudiésemos remontarnos á las alturas aéreas y contemplar á Hungría á vista de pájaro, de buen grado admitiríamos que es uno de los más hermosos y benditos lugares de la faz de la tierra.

Al Noroeste de Hungría comienza, en las orillas del Danubio, la región montuosa conocida con el nombre de cordillera de los Cárpatos, que en belleza no es superada por los Alpes, y en extensión rivaliza con ellos. Esta cordillera, ciñendo á modo de gigantesca guirnalda, siempre verde, una mitad del país, extiéndese á lo largo de su confín septentrional, y

después de cerrar la comarca por Oriente, se dilata hacia Occidente hasta que la cortan las aguas del Danubio, en cuyo punto no acaba, sin embargo, sino



PORTA HUNGÁRICA. — ENTRADA DEL DANUBIO EN HUNGRÍA

que se ramifica por las comarcas ribereñas del curso inferior del río.

La cadena de los Cárpatos se caracteriza, en la inmensa longitud de su curso, por una anchura consi-

derable; de suerte que en algunos parajes forma países completamente montañosos y altas mesetas, como por ejemplo, en Transilvania, que pertenece á Hungría propiamente, aunque en otro tiempo gozó de cierta independencia bajo su nombre peculiar. Es éste un país que casi en absoluto cubren los Cárpatos, por más que en él se designen con denominaciones diferentes.

Procedamos ahora en el orden debido.

En el punto donde el Danubio penetra en territorio húngaro, cerca de Deveny, empieza la cadena montañosa bajo el nombre de Cárpatos del Noroeste, que, describiendo la figura de una media luna, se extienden desde Presburgo (Pozsony) hasta el valle del Hernád-Tarcza. Antiguamente no se mencionaban más que tres grupos relacionados con esta sección, á saber: el Tátra, el Fátra y el Mátra, que, juntamente con los cuatro ríos—el Danubio, el Theiss, el Drave y el Save—se representaron en las armas del país, cuando Hungría se llamaba «el país de las tres montañas y de los cuatro ríos». Sin embargo, los Cárpatos del Noroeste constituyen una gigantesca masa montañosa de enormes proporciones, subdividida en varias cadenas diferentes.

Una de ellas, la del límite Noroeste, arrancando cerca del Danubio, en el condado de Presburgo, y dilatándose como un ancho arco en dirección Nordeste hasta las fuentes del río Árva, separa á Hungría de Moravia, Silesia y Galitzia. El espinazo se eleva de continuo, y alcanza su máxima altura en el extremo septentrional. Otra cordillera es el pequeño Kreván, que empieza en el condado de Arva, y se extiende al través de las llanuras entre los ríos Vág y Nyitra. Á su Oriente se encuentran la de Gömör, famosa por

sus grutas de estalactitas—entre ellas la de Aggtelek; — la de Mátra, que se prolonga desde Miskoclz hasta Vácz, y la más elevada de todas, el alto Tátra, cuyos



MAGAS Ó ALTO TÁTRA

picos culminantes son los de Jégvölgy, Gerlachfalva y Lomnicz, que se remontan á alturas comprendidas entre 8 y 9.000 pies. Las montañas pertenecientes á este grupo están cubiertas de nieve, y lo que las hace

interesantes sobre todo son los llamados *tengersze-mek* (ojos del mar), limpidos lagos de insondable



EL ALTO TÁTRA.—PAISAJE DE LOS CINCO LAGOS

profundidad que, según las creencias populares, se unen con el mar, y sobre los cuales corre entre el

pueblo buena copia de añejas leyendas. Encuéntranse



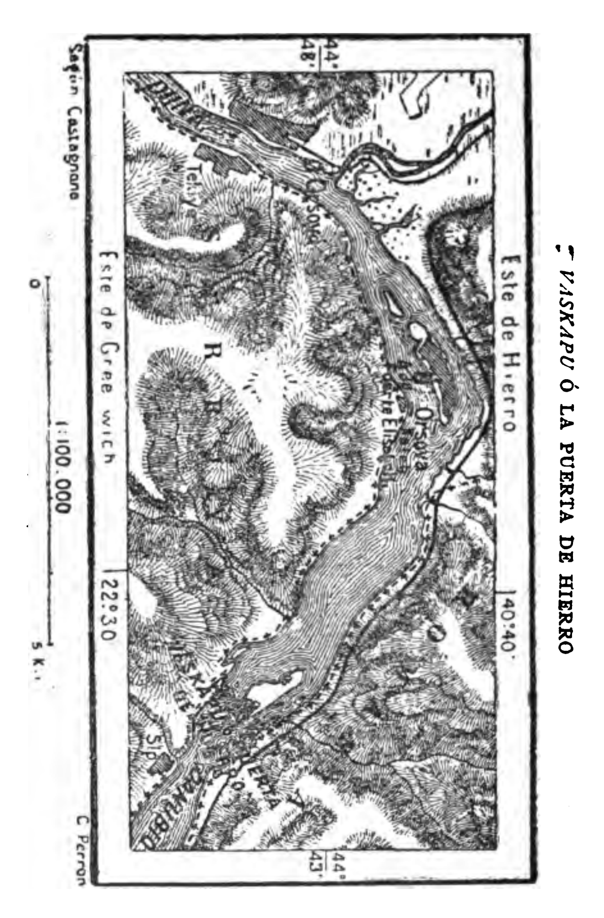
TOKAY

esos lagos á una altura de 1.900 metros sobre el nivel marino.

La cadena de montañas que corre hacia el Oriente desde el valle del Hernád-Tarcza hasta el ángulo Sud-Este del condado de Mármaros se designa con el nombre de Cárpatos del Nordeste. Comprende los Cárpatos selváticos ó Selva carpática, y la sierra Eperjes-Tokay, en cuya parte Sur, el Hegyalja, se produce el famoso Tokay, el rey de los vinos. La cadena Sudoriental de los Cárpatos se divide, en el punto adonde convergen el condado de Mármaros, Transilvania y Bukovina, en varias líneas principales que cierran el territorio de Transilvania en forma casi cuadrangular, y le dan el carácter de una elevada meseta. El nombre de este grupo es el de Cárpatos sudorientales. Partes de él son: las cordilleras que constituyen los límites septentrionales y orientales de Transilvania; la llamada Hargita con el notable monte Büdös, que encierra varias cavernas de donde salen fuertes gases, y el hermoso lago de Santa Ana á 950 metros de elevación; la cadena del confín meridional, la porción más dilatada y maciza de los Cárpatos; el grupo del Banato y la sierra de las minas del mismo nombre, donde abundan el oro, la plata y otros minerales, juntamente con el carbón. Este grupo avanza hasta el Danubio, formando los pasos conocidos bajo la denominación de *Puertas de Hierro*, que dificultan la navegación grandemente. Á la cordillera transilvano-húngara, que se extiende al Norte desde el río Maros, pertenecen las montañas mineras de Transilvania, ricas en oro y otros minerales, y la montaña llamada Királyhágó, que señala la frontera entre Hungría y la antigua Transilvania independiente.

Treinta y ocho pasos conducen, desde este sistema montañoso de gigantescas dimensiones, en parte, á

las comarcas adyacentes de Hungria, en parte, á las regiones divididas por ellas. Son los más importantes: el paso de Jablunka, que comunica con Silesia



VASKAPU Ó LA PUERTA DE HIERRO

y el valle del Vistula; el Vereczke entre Munkács y Stry, por donde se supone que penetraron los Húngaros en su actual pais; el Radna, que lleva á Bukovina; el Ojtóz, que comunica con Moldavia; el

Tömös, que conduce á Bucarest; y el de Torre Roja, que va á la pequeña Valaquia.

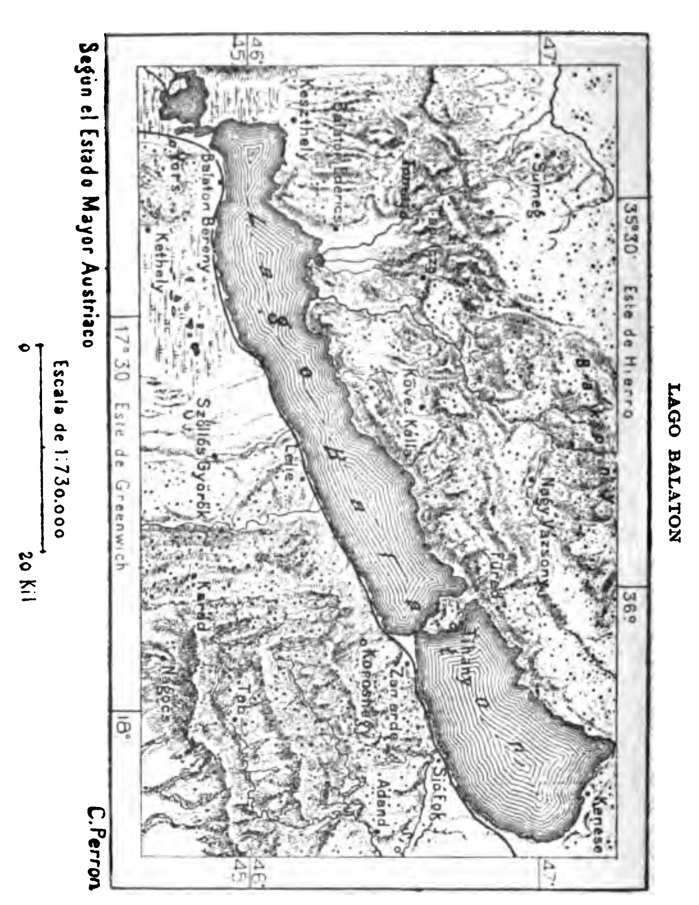
Además de los Cárpatos, contiene Hungría una porción menos considerable de los Alpes, perteneciente á los llamados Alpes Nóricos. Se hallan en la Hungría transdanubiana, la antigua Pannonia. Abrazan la cordillera limítrofe austro-stiria, entre los valles del Danubio y el Drave; las cadenas Vértes-Bakony, de que forma parte la selva Bakony; y el grupo de las montañas Buda, que produce los célebres vinos de ese nombre.

Croacia y Esclavonia, que son partes del reino de Hungría, también están atravesadas por montañas pertenecientes al sistema alpino.

Vemos por la exposición precedente que una gran parte del país es montuosa; pero sobre un tercio del mismo es llano, y tan fértil que puede compararse á las praderas norte-americanas. La gran llanura húngara, llamada *Alföld* (país bajo), se vanagloria de poseer terreno de superior calidad para la producción del trigo; y á partir de las estribaciones de los Cárpatos centrales hasta las fronteras de Serbia contiene más de 35.000 millas cuadradas.

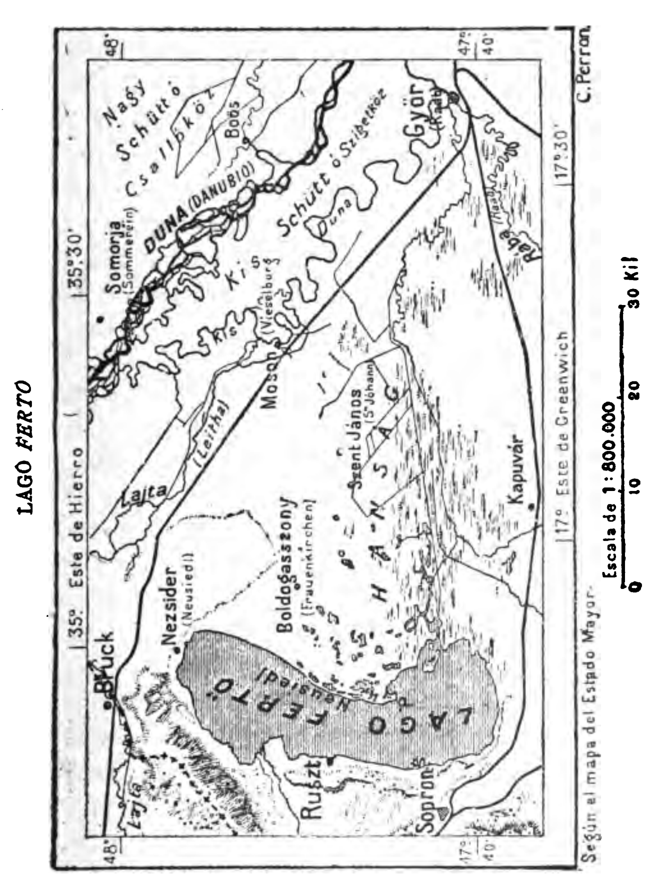
La extensión y distribución del sistema hidrográfico de un país es siempre de primera importancia. También en este respecto Hungría ha sido bendecida por la naturaleza. Mar no tiene sino un poco; sólo una pequeña porción del Adriático baña sus costas, ó sea el llamado Litoral marítimo húngaro, donde está situado Fiume, el único puerto y ciudad marítima importante. El país posee asimismo algunos lagos interesantes. Uno de ellos, el lago Balaton, de 47 millas de largo por 9 de ancho, ofrece los caracteres de un mar en tales términos que se llama

el Mar húngaro. En sus extensas aguas se encuentra el sabroso pez *fogas;* á su orilla está situado Balaton-Füred, una de las estaciones favoritas de



baños de Hungría, y cerca de este sitio se halla el famoso eco de Tihany. Otro lago anchuroso es el Fertö (Neu-Siedler), de 18 millas de longitud y unas 5 de anchura, que se quedó completamente seco

en 1863, hasta el punto de que se edificaron casas en su fondo, pero han vuelto las aguas durante los cinco últimos años. Esparcidos por el país hay otros lagos menores, á más de los dos citados.



LAGO FERTO

De ríos está abundantemente provista esta comarca. Su corriente más poderosa es el Danubio, el mayor río de Europa después del Volga. Toda Hungría pertenece á su cuenca. Su longitud en Hungría

es de 600 millas, y abandona el país por Orsova, después de haber formado varias islas en su curso. La mayor de todas es la Gran Csalló, que contiene 2 ciudades y sobre 100 aldeas; la más hermosa es la isla Margit (Margarita), cerca de Buda-Pest — un verdadero paraíso en miniatura, frecuentado por muchos extranjeros, que van á buscar allí el beneficio de sus excelentes baños. — De los numerosos afluentes del Danubio el más importante es el Theiss; en el país tiene sus fuentes, y en suelo húngaro, cerca de Titel, está su confluencia. Es navegable para buques de vapor. El Save y el Drave son los mayores tributarios del Danubio después del Theiss. Todos estos ríos envían sus aguas al mar Negro por medio del principal.

Así, montañas, valles, llanuras y elevadas mesetas prestan al suelo de Hungría armoniosa variedad, á la vez que ríos y lagos lo benefician con su riego. Si á esto añadimos que el país se halla entre los 44 y 50° de latitud septentrional, es decir, en la parte más favorable de la zona templada, al punto comprenderemos la superioridad de sus condiciones climatológicas. Hay, por supuesto, gran variedad de climas. En las regiones de los Cárpatos el invierno es crudo y rigoroso; la primavera es tardía; el invierno temprano, y el frío llega á veces á — 22° F. En las llanuras y en las pequeñas elevaciones el clima es mucho más benigno; el estío más cálido, y más frecuentes las tempestades. El trigo, la uva y el maíz no maduran en las regiones de los Cárpatos superiores, mientras que el Alföld produce el trigo más fino, y aun arroz. En las riberas del Adriático se respira un ambiente muy dulce, y allí crecen los frutos de la Europa meridional. El clima, en general, es seco,

especialmente en el Alföld, donde escasean los árboles.

Tales son la topografía y el clima del país que, enclavado en la parte central de la Europa media, se extiende entre Moravia, Silesia, Galitzia, Bukovina, Rumania, Serbia, Bosnia, el mar Adriático, Istria, Stiria y Austria. Ocupa un área de 125.000 millas cuadradas, y tiene una población de cerca de 16.000.000 de habitantes.

Hungría se divide políticamente en tres partes, á saber: Hungría propia (incluso Transilvania, separada antes); la ciudad y el territorio de Fiume, y Croacia y Esclavonia. También Dalmacia debe pertenecer al país según las antiguas leyes, pero ya ha mucho tiempo que ha reconocido la supremacía de Austria.

La capital de todo el reino es Buda-Pest. Situada á ambas orillas del majestuoso Danubio, atravesado aquí por tres hermosos puentes — entre ellos el famoso puente colgante — es una de las más hermosas ciudades de Europa. Tiene cerca de 400.000 habitantes, y es el centro de la cultura y de la vida política, industrial y comercial de Hungría. Hermosos edificios públicos y privados — algunos, bellos ejemplares del arte arquitectónico — adornan la ciudad, que puede enorgullecerse de sus anchas vías, entre las cuales merecen especial mención el delicioso Corso á lo largo de la orilla izquierda del Danubio, y el Andrássy Ut (camino de Andrassy), que conduce al parque de la ciudad, donde se celebró la exposición nacional de 1885. Las ciudades más grandes y hermosas, aparte de Buda-Pest, son : Presburgo (Pozsony), á la orilla izquierda del Danubio, y asiento antiguamente de la Dieta húngara; Comorn (Komá-

rom), también á orillas del Danubio, y célebre por sus grandes fortificaciones; Stuhlweissemburgo (Székesfejérvár), en otro tiempo capital de Hungría; Raab (Györ); Oedemburgo (Soprony); Veszprém, una de las más antiguas ciudades; Erlau (Eger), renombrada por su excelente vino; Szeged, la metrópoli del Alföld, y una de las mayores ciudades, que en 1879 fué casi enteramente destruída por la inundación del Theiss, pero que después ha sido reedificada, ganando mucho, con arreglo al tipo europeo más reciente; Kassa, la ciudad más hermosa de la alta Hungría; Miskcolcz; Debreczen, una de las ciudades más notables del Alföld húngaro, y asiento de una industria considerable; Grosswardein (Nagy-Várad), escena de muchos acontecimientos históricos importantes; Arad, Temesvár y Carlsburgo (Gyulafejérvár), ciudades fortificadas memorables en la historia; Klausemburgo (Kolozsvár), capital del antiguo principado de Transilvania; las ciudades florecientes transilvanas de Kronstadt (Brassó), y Hermannstadt (Szeben), habitadas en su mayor parte por descendientes de los Sajones; Fiume, el puerto del Adriático; Agram (Zágráb), capital de Croacia, hermosa ciudad, pero que sufrió mucho en 1880 con un terrible terremoto; y Eszék, la más preeminente de las ciudades de Esclavonia.

La población del país se compone de varias nacionalidades. Los conquistadores húngaros no oprimieron á los antiguos habitantes, sino que los dejaron vivir tranquilos usando su lengua nativa; y en los últimos tiempos llevaron su tolerancia hasta el punto de favorecer á los inmigrantes extranjeros, y más particularmente á los Alemanes. Sólo á esta indulgencia excepcional debe atribuirse la supervivencia

de tan diversas nacionalidades, y la falta de asimilación después de tantos siglos. Clasificando los habitantes por las lenguas habladas, pueden enumerarse como sigue las nacionalidades principales: 1.° Húngaros ó Magyares, 6.500.000—la nacionalidad predominante, y, por decirlo así, política, cuya lengua, el magyar [1], es la lengua del Estado; — 2.° Alemanes, 1.900.000; 3.° Rumanos, 2.400.000; 4.° Eslovakos, 1.800.000; 5.° Croatas y Serbios, 2.400.000; Ruthenos, 350.000. Hay otras nacionalidades á más de éstas, pero en número insignificante.

Las cifras relativas de las varias confesiones religiosas son, en números redondos: católicos romanos y griegos (unidos), 60 por 100; griegos orientales (no unidos), 16 por 100; luteranos, 7 por 100; calvinistas. 13 por 100; unitarios, 1/3 por 100; judíos, 4 por 100.

Con respecto á su estado de cultura, puede decirse que el pueblo marcha al lado de las naciones de la Europa occidental en todo menos en industria, comercio y en algunas ramas de la ciencia. Sobre todo en años recientes se ha realizado un gran progreso en la educación popular, debido al número considerable, y diariamente creciente, de escuelas, y á la ley que prescribe la asistencia obligatoria de los niños. Para el fomento de la enseñanza y cultivo de las diversas ramas de la ciencia hay gran número de notables instituciones científicas, sociedades literarias,

1 La lengua de los Húngaros ó Magyares pertenece al tronco uralo-altáico, y debe clasificarse entre las lenguas mixtas que han nacido de la amalgama de ramas diferentes de dicha raza. La lengua húngara nos ofrece una mezcla de los idiomas ugro-fineses y turco-tártaros, y la cuestión de su base fundamental ha sido tema constante de discusión entre los filólogos.

círculos de lectura y bibliotecas públicas y particulares. En literatura periodística iguala la nación á cualquiera de las del continente europeo.

La Constitución del reino es de las más liberales de Europa. Los Estados estuvieron representados en la Dieta hasta 1848; pero, bajo la Constitución presente, el gobierno se basa en una representación popular. El Parlamento ó Asamblea nacional se compone de dos Cámaras : la Cámara de los Representantes y la Cámara Alta; en ambas y en el rey reside el poder legislativo. Los asuntos nacionales son ad-administrados por ocho departamentos ministeriales; los comunes con Austria se ventilan por una delegación de las dos Cámaras del Parlamento, que se reune una vez al año con una delegación parlamentaria austriaca, y se administran por tres ministerios comunes: los de Estado, Guerra y Hacienda.

Para concluir, puede añadirse que lo dicho anteriormente sobre el favorable concurso del suelo y del clima se completa por la abundancia de hermoso ganado de todas clases que el país posee, por la copiosa producción de cereales que ha merecido á Hungría el nombre de granero de Europa, por el crecimiento de la mayor variedad de árboles frutales y forestales, y finalmente, por los ricos productos de las regiones mineras á que antes se ha aludido.

Con todo, quedaría incompleto este capítulo, si no hiciésemos mención de los esfuerzos gigantescos realizados por el gobierno nacional en todos sentidos durante las dos últimas décadas para elevar á Hungría de su condición puramente agrícola á la de pueblo igualmente industrial y comercial, alentando sus industrias privadas, y dotándola de buenos caminos, de una magnífica red de ferrocarriles, de vapores y

otros medios de navegación, para dar salida fácil y barata á la abundancia de productos naturales con que la naturaleza la ha bendecido.

Estos patrióticos esfuerzos han sido coronados por señalado éxito, si se considera lo breve del tiempo transcurrido, y han llegado á su auge en la exposición nacional de 1885, celebrada en Buda-Pest, que ilustró cumplidamente á sus numerosas visitas—cerca de un millón—sobre los extraordinarios progresos realizados por el país en los últimos años.

CAPÍTULO II

HUNGRÍA ANTES DE SU OCUPACIÓN POR LOS MAGYARES

El periodo histórico de Hungría empieza, hablando propiamente, en el siglo I antes de nuestra era, cuando Pannonia, que comprendía las regiones regadas por el Danubio y el Drave, fué conquistada por las victoriosas armas de Roma. Sin embargo, pueden encontrarse abundantes vestigios prehistóricos que, con ayuda de la investigación arqueológica, indican cómo el suelo de Hungría estaba ya habitado en la edad neolítica y en la del bronce por poblaciones que, á juzgar por los recuerdos que han dejado tras de sí, y que la generación presente ha desenterrado, debieron alcanzar el mismo nivel de civilización que el resto de Europa en aquellos periodos. Ciertos objetos pertenecientes á la edad del bronce revelan, además, particularidades nacionales bastante marcadas para inducir á suponer que todas las varias tribus estuvieron bajo el influjo de una misma especie de cultura.

Los Pannonios, después de larga lucha, fueron subyugados por Tiberio, el hijastro de Augusto. Una de las joyas artísticas de la antigüedad, la llamada

Apoteosis de Augusto, que puede verse en el museo de antigüedades de Viena, conmemora el triunfo de Tiberio. El general conquistador se representa dirigiéndose desde su carro á tributar homenaje á Augusto y á Livia, sentados en un trono á modo de dioses. Por debajo los soldados romanos levantan



CAMAFEO REPRESENTANDO EL TRIUNFO DE TIBERIO
(Del museo imperial y real de antigüedades de Viena.)

trofeos, mientras el jefe vencido está sentado en el suelo con los brazos atados detrás de la espalda. La reducción de los Dacios, á quienes pertenecía el reino de Transilvania, se verificó un siglo después bajo Trajano. Hoy aún se alza en Roma la columna Trajana, erigida en memoria de su feliz campaña en Dacia.

Ya en tiempos de Trajano en nada difería Pannonia de las restantes provincias del Imperio. Bajo una administración romana, pronto ganó terreno la lengua de Roma, por más que las legiones acantonadas allí no fuesen romanas ni italianas siquiera, sino compuestas en su mayoría de Españoles, Belgas y Bretones romanizados, juntamente con habitantes de las provincias alpinas. Las ciudades pasaron á ser municipalidades y colonias, y sus habitantes gozaron del privilegio de gobernarse autonómicamente, concedido á todo ciudadano romano. Dacia se convirtió asimismo, bajo este nombre, en una provincia romana, y no fué menos rápida aquí que en Pannonia la marcha de la romanización. Á la conquista siguieron, como de costumbre, los beneficios de la civilización romana. En las provincias recién organizadas no tardaron en levantarse ciudades, y en enlazarse entre sí á la vez que con Roma por magníficas vías, de que hoy aún pueden descubrirse huellas en ciertos puntos. Bajo la dominación romana se introdujo el cultivo de la vid, y en este período dió principio la explotación regular de las minas de oro y sal de Transilvania. La vida en las provincias se ajustó al modelo romano, porque el Romano llevó consigo sus costumbres, instituciones, lengua y género de vida. Las ciudades recién edificadas ostentaron plazas, anfiteatros, baños públicos, lugares de reunión de la gente desocupada y amante del placer; y no faltó el foro con sus estatuas. Las ciudades fronterizas tenían su *castrum*, que les daba un carácter peculiar.

Durante cuatro siglos participaron esas provincias de los destinos del Imperio romano. Los enemigos de Roma fueron también sus enemigos; y cuando

los pueblos germánicos se unieron, bajo el emperador Marco Aurelio, en la última parte del siglo II de nuestra era, para atacar á los Romanos, los Marcomanos, que gozaban fama por su salvaje bravura, hicieron una incursión afortunada en Pannonia, y atravesando el Danubio, devastaron todo el país. Cómmodo, el hijo de Marco Aurelio, se contentó con mantener la integridad de las vastas posesiones heredadas, y fué contrario á nuevas conquistas en la dirección de los Cárpatos. Su política consistió en defender y proteger la frontera natural formada por el Danubio, política que dió á las legiones establecidas allí una indebida preeminencia. Desde ese tiempo en adelante Roma tuvo que defenderse en Pannonia, porque ya en ese período había comenzado á sentirse la poderosa revolución llamada emigración de los pueblos—el avance opresor de poblaciones del Norte y del Oriente hacia el Occidente y Sur civilizados.—Era muy natural que las legiones de Pannonia comprendiesen la importancia de su posición, en tales circunstancias, y tratasen de dirigir los destinos de Roma desde esa provincia distante, La historia romana consigna que por la proclamación de esas legiones fueron emperadores Septimio Severo, Maximino y Aureliano. Los emperadores Claudio II, Probo y Valentiniano I, eran de origen pannonio. El hijo de éste último, Valentiniano II, fué llevado en tierna edad al campamento por la emperatriz viuda Justina, y allí le juraron fidelidad las legiones.

Acercábase la hora en que el poder decadente del Imperio romano era más insuficiente cada vez para la defensa de sus provincias. Ya Aureliano había retirado de Dacia las legiones romanas, y permitido á los Godos establecerse allí; y Probo había introdu-

cido á los Godos en la baja Pannonia. La influencia y la protección de Roma empezaron á ser de poco valor; el gran Imperio, debilitado por disensiones interiores, por la guerra á muerte que se hacían los pretendientes imperiales, desgarrado por disputas religiosas, y finalmente dividido, se apresuraba á su caída.



MUJER PANNONIA

En este periodo hizo su aparición en Europa un nuevo pueblo, en las orillas del mar Negro y á lo largo de las riberas del Danubio: los Hunos, que empujaron á los Godos delante de sí hacia Occidente. Diferían

en raza de los Germanos, Eslavos y Romanos, y tenían en Atila un jefe capaz de unir bajo su mando los elementos étnicos más discordes. Ostrogodos, Gépidas, Vándalos, Alanos, Rugios, pueblos germánicos en su mayoría, seguían las banderas del jefe extranjero, confiando en su buena estrella, y atemorizados y electrizados por sus grandes cualidades personales. Él se adelantó con inmenso séquito, reuniendo fuerzas, á medida que avanzaba, por la incorporación de los pueblos bárbaros, y arrastrando y destruyendo cuanto á su paso hallaba. Teodosio II, emperador de Oriente, se avino á pagar tributo al rey de los Hunos; mas, para disimular ante sus súbditos la vergonzosa transacción, nombró á Atila general del Imperio, de suerte que el tributo tuviese la apariencia de una retribución oficial. Pero Atila, no satisfecho con esto, rompió la paz; cayó sobre la península balkánica; saqueó las provincias bizantinas, y destruyó las ciudades hasta que obtuvo las concesiones que pedía. El historiador Prisco, miembro de la embajada enviada por Teodosio II á la corte de Atila, describe la casa de madera en que el rey de los Hunos se albergaba á orillas del Theiss, en las inmediaciones de Szeged, y los festines allí celebrados. Reyes se sentaban á la mesa; altos personajes cantaban las heroicas hazañas de Atila, y los huéspedes brindaban en vasos de oro. Gentiles y cristianos, ciudadanos romanos y bárbaros asiáticos, así como representantes de las tribus germánicas, se mezclaban confusamente en su numerosa corte. En 453, durante uno de esos festines, estando celebrando sus bodas el rey de los Hunos, fué arrebatado por un ataque de apoplejía. Mientras los hijos de Atila luchaban entre sí por la posesión del Imperio, las poblaciones

germánicas cayeron sobre los Hunos divididos, y los rechazaron al mar Negro.

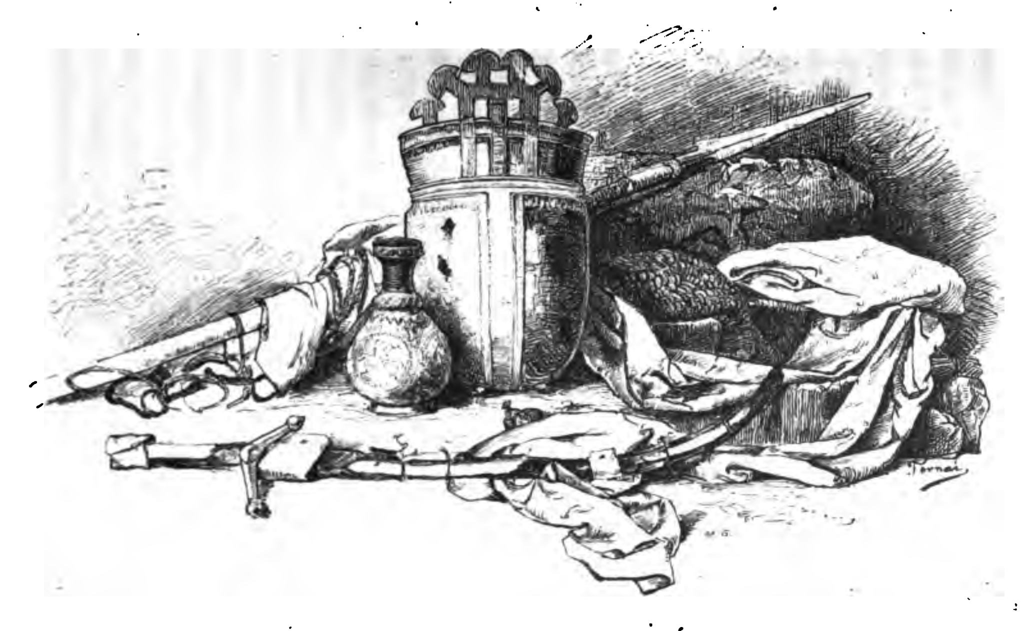
Ahora los Gépidas quedaron por dueños de la comarca oriental del Danubio, en tanto que los Ostrogodos ocupaban la antigua provincia romana. Pero los últimos, bajo la dirección de su rey Teodorico, emigraron á Italia, atravesando los Alpes, y fundaron allí, sobre las ruinas del Imperio romano, un reino gótico. Los Gépidas, pues, fueron en lo sucesivo el único pueblo dominante en Hungría; mas como se mostraran peligrosos vecinos para el Imperio de Oriente, Justiniano invitó á los Lombardos á establecerse en Pannonia, y dió á los Ávaros, que á la sazón hicieron su primera aparición en Europa, y le habían pedido tierras para establecerse, la orilla izquierda de la parte baja del Danubio. Hacia este tiempo también llegaron al país pueblos eslavos, atravesando los Cárpatos y poblando la tierra desierta. Gépidas, Longobardos y Ávaros no podían vivir juntos en paz mucho tiempo, y el primer choque estalló entre los Longobardos y los Gépidas á orillas del Danubio. Fué seguido de otra ruptura de hostilidades, en que los Longobardos obtuvieron la alianza de los Ávaros contra los Gépidas, y cuya consecuencia fué la completa derrota de los últimos. Á poco los Longobardos emigraron á Italia, respondiendo á una invitación de allí recibida. Así los Ávaros quedaron en posesión exclusiva del país, dominando sobre poblaciones principalmente eslavas. El Imperio que fundaron duró dos siglos y medio. Los Ávaros eran en parte restos de aquellos Hunos que habían sido el terror de Europa, y su número aumentó con nuevos refuerzos llegados de Asia.

Baján fué el primero y más temido de los princi-

pes ávaros. Durante su reinado de 32 años el emperador bizantino tuvo que acallar su genio belicoso con un tributo anual de espléndidos presentes, los cuales no evitaron, después de todo, que emprendiese expediciones de pillaje, en más de una ocasión, á Tracia, Mesia y Macedonia. Aunque pueblo guerrero, los Ávaros no parecían dotados de la habilidad y la experiencia necesarias para sitiar y tomar plazas fuertes. Su dominación se distinguió por la crueldad, la deslealtad y tendencias destructoras. Andando el tiempo se inclinaron más á la paz, habiéndolos afeminado y debilitado la riqueza, y la afición al vino y al comercio. Por último, hacia fines del siglo VIII fueron subyugados por Carlomagno y sus Francos que, durante siete años, les hicieron una de las guerras más crueles y desoladoras que la historia recuerda. El mismo historiador de Carlomagno nos dice que se hubiera podido viajar durante meses por todo el país, después de la terminación de la guerra, sin encontrar una sola casa: tan completas y terribles fueron la ruina y la destrucción. La decadencia de los Ávaros era irremediable.

La dominación de los Romanos en Pannonia había durado cuatrocientos años; los Hunos, Ostrogodos, Gépidas y Longobardos gozaron un instante de poder de poco más de un siglo entre todos, mientras que los Ávaros mantuvieron su supremacía durante 250 años.

Un siglo después de su caída aparecieron en escena los Magyares, fundadores de un Imperio, que aun subsiste, habiendo sobrevivido á las tormentas de un millar de años.



OBJETOS DEL TIEMPO DE LAS INVASIONES GERMÁNICAS

CAPÍTULO III

ORIGEN DE LOS HÚNGAROS

A historia del origen de los Húngaros anúdase en general á dos fuentes diversas. Según una, puramente mítica ó legendaria, proceden de los antepasados del linaje actual de los hombres, y la leyenda, vestida con sus galas fantásticas, es como sigue.

Nemrod, el hombre de estatura gigantesca, descendiente de Jafet, uno de los hijos de Noé, después de la confusión de las lenguas cuando se estaba construyendo la torre de Babel, emigró á la tierra de Havilá. Allí su mujer Eneh dió á luz dos hijos, Hunyor y Magyar. Un día que los dos hermanos fueron de caza á los bosques del Cáucaso acertaron á encontrar una gama. Los dos le dieron caza á la vez, mas al llegar á los marjales del mar de Azof, el noble animal desapareció de repente á sus ojos. Los hermanos, siguiendo el rastro de la pieza, vagaron al través de una extensión dilatada del país, y notando que las ricas praderas eran admirables para las necesidades de un pueblo pastoril, volvieron en seguida á su padre, y le pidieron su consentimiento para partir. Obtenido sin dificultad, se establecieron con sus

ganados en esas regiones donde crecia lujuriosamente la hierba.

Cinco años habian vivido tranquilamente los dos hermanos en su nueva morada, cuando les ocurrió la idea de explorar más detenidamente el pais circundante. Emprendieron, pues, su viaje, y vagaban á lo largo de las estepas, cuando llegó de pronto á sus oidos un canto, que el viento del Este traia en su dirección. Guiados por los gratos sonidos, los ojos de los caminantes descubrieron un atractivo espectáculo. Delante de ellos jugueteaban en sus tiendas las hijas de los moradores de los bosques, celebrando la fiesta del cuerno de caza en ausencia de sus maridos y hermanos. Hunyor y Magyar se holgaron de tan inesperado encuentro, y con presteza se llevaron las mujeres á su propia morada. Entre las mujeres robadas habia dos doncellas de rara belleza, hijas de Dula, el principe de los Alanos. Hunyor tomó la una por esposa, y la otra Magyar. De esas uniones nacieron las naciones emparentadas de los Hunos y Magyares ó Húngaros, que, andando el tiempo, llegaron á ser poderosas.

Tras un lapso de muchos años los descendientes de los dos hermanos crecieron tanto, que el territorio donde vivian resultó pequeño para sustentarlos á todos. Al Norte de sus viviendas extendíase la Scitia, limitada al Este por los montes Urales, al Sudeste por estepas arenosas, ricas en sal, y por el mar Caspio, y al Sur por el rio Don. Después de reconocer atentamente estas regiones, expulsaron á sus habitantes, y una porción del pueblo se diseminó por la tierra recién adquirida, y se posesionó de ella, mientras el resto seguia ocupando el antiguo pais. La posteridad de Hunyor se estableció al Nordeste

de la región allende el Volga, en tanto que la de Magyar, remontando el Don, sentó sus tiendas á la orilla izquierda del río. Los últimos fueron conocidos después con el nombre de Magyares del Don, y su país con el de Dontumogeria, es decir, la tierra de los Magyares del Don.

Conforme las dos razas emparentadas crecían y entraban en contacto con otros varios pueblos, empezaron á diferenciarse más y más cada vez en sus usos y costumbres. Los Hunos, más expuestos á los ataques de las poblaciones vagabundas que los Magyares, protegidos por el mar Caspio y las interminables estepas, se hicieron más belicosos y contrajeron hábitos rudos. Veintidós generaciones eran pasadas desde la muerte de los dos hermanos, fundadores de estos pueblos, cuando por razones desconocidas los Hunos resolvieron emigrar de su país. Mientras los Magyares continuaban residiendo pacíficamente á lo largo del Don, los Hunos, con inmenso ejército á que cada tribu daba un contingente de 10.000 hombres, marcharon contra la Europa occidental, conquistando y haciendo tributarios numerosos pueblos durante sus correrías, y acabando por establecerse en la región del Theiss y del Danubio. Más tarde, á mediados del siglo v, cuando llegó al poder el famoso Atila, «el Azote de Dios», los Hunos llevaron de nuevo sus armas victoriosas á una gran parte del mundo occidental.

Pero el inmenso Imperio conquistado por el rey Atila estaba destinado á durar poco tiempo, después de la muerte de su fundador. Sus hijos, Aladar y Csaba, recurrieron á las armas para dirimir su contienda sobre la herencia, y terminó la guerra con la completa destrucción del pueblo. Todos los partida-

rios de Aladar perecieron; Csaba logró escapar á las armas destructoras de las naciones vecinas que habían caído sobre los hermanos contendientes, penetrando con sólo unos 15.000 hombres en los territorios del Imperio griego. Unos cuantos millares, que desertaron del ejército de Csaba, huyeron á Transilvania, y se establecieron en las regiones montañosas del Oriente. Los descendientes de los últimos se confundieron en lo sucesivo con los inmigrantes húngaros, y formaron con ellos una familia homogénea bajo el nombre de Szeklers, que todavía subsiste. Csaba, cuya madre pertenecía á la familia imperial de Grecia, fué recibido amistosamente por el emperador griego Marciano, y permaneció unos cuantos años en ese país. Después volvió con el resto de su pueblo á la patria de sus antepasados, á orillas del Don, donde hasta el tiempo de su muerte no cesó nunca de incitar á los Magyares á emigrar á Pannonia y á vengarse de sus enemigos reconquistando el Imperio de Atila.

Viniendo ahora á la segunda fuente de la historia de los orígenes húngaros, entramos en el terreno más firme de las investigaciones científicas. Podemos penetrar en la dudosa luz de una antigüedad remota, y aventurar la afirmación de que la cuna de la raza magyar debe buscarse en el lejano Oriente, en los montes Altai. Aquí estaban, como sabe el lector, las fronteras de las tres ramas principales de la raza uralo-altáica, á saber: los Mongoles al Este; los Ugro-Fineses, al Norte; y los Turcos, al Sur. Tratándose de pueblos verdaderamente nómadas y de inclinaciones eminentemente aventureras, excusado es decir que las tres ramas vivían en continua disensión y en guerra recíproca. En los siglos II y III después

de Jesucristo sobrevino, á lo que se presume, una gran revolución en la vida de estos nómadas. Los Turcos, viendo el estado más floreciente de sus vecinos del Norte, los Ugro-Fineses, se precipitaron sobre ellos de súbito; los expulsaron de las residencias que ocupaban en los valles del Altai, donde todavía quedan huellas de su industria, y diseminaron las varias tribus y familias, parte al Norte—á Siberia;—parte al Oeste—á la Rusia meridional.

De esa emigración extraordinaria y tumultuosa salieron los Vogules y Ostiacos, que viven hoy á ambos lados del gran río Obi; los Sirianos, que habitan ahora en los gobiernos de Arcángel y Vologda, y ulteriormente los Votiacos y Cheremises, muchedumbre heterogénea de extracción ugro-finesa, pero fuertemente mezclada con sangre turco-tártara.

Ahora bien: de origen semejante son los Húngaros, con la diferencia de que el elemento turco-tártaro forma la base de su carácter étnico, mientras que los Ugro-Fineses que después se amalgamaron con ellos, como población subyugada que eran, quedaron en una inferioridad moral constante, aunque influyendo en la clase directora considerablemente. No sabemos á punto fijo si la amalgama se verificó en los valles del Altai, ó más al Oeste, á orillas del Volga, en un período posterior; ni podemos formarnos una idea exacta de la parte que tomaron los Húngaros en la irrupción de los Hunos, acontecimiento á que aparecen asociados en la tradición nacional. Los Hunos fueron indiscutiblemente de origen turco. Su modo de combatir, su religión y su vida social dan de ello pleno testimonio; y sea que tuviesen en sus filas elementos ugro-fineses puros ó porciones de los pueblos amalgados antedichos, lo que bien po-

demos afirmar es que los antepasados de los Húngaros tomaron parte en las grandes campañas devastadoras que Atila dirigió contra Roma y el Occidente cristiano hasta Francia. En este sentido el derecho de los Húngaros á reivindicar su descendencia de los Hunos está plenamente justificado. Mas, como el plan de esta obra excluye toda discusión de cuestiones envueltas en las nebulosidades de las especulaciones científicas, convertiremos nuestra atención á la parte de la historia de los Húngaros ilustrada por testimonios históricos, y empezaremos en el siglo IX, en el momento en que salieron de las riberas del Volga, y comenzaron su marcha hacia el Oeste, la marcha que dió por resultado la ocupación de Hungría.

Antes de entrar en pormenores sobre el viaje de los Húngaros hacia su patria actual, bosquejaremos lo más brevemente posible las condiciones geográficas y etnográficas del país situado entre el Volga y el Danubio en el siglo IX. Téngase presente que en este tiempo los Rusos estaban en considerable minoría en esas regiones. Al Oriente del Volga hasta el río Ural, y más allá todavía, vagaban varias tribus de la extensa raza turca, entre las cuales ocupaban el rango principal los Pechenegas. En el curso inferior del Volga, y más al Occidente, vivían los Kazares, tribu turca, de cultura avanzada, que hacía un comercio floreciente por los mares Caspio y Negro, y había abrazado la religión judaica. Estos Kazares eran la más poderosa de las razas turcas de aquel tiempo, y sus guerras con Persia y con el poder mahometano naciente llegaron á adquirir importancia histórica. Al Oeste de los Kazares moraba otra fracción de los Pechenegas en un país cuyas fronteras se extendían al través de Moldavia hasta los con-

fines de Transilvania; mientras que los Magyares ó Húngaros, que habían ocupado un país llamado Lebedia, eran impelidos por los Pechenegas á emigrar á Etelkuzu, donde no pararon, sin embargo, mucho tiempo. Así toda la Rusia meridional de hoy rebosaba, durante el siglo IX, de poblaciones nómadas que se empujaban unas á otras en busca de pastos para sus numerosos ganados. Es muy verosímil que la fama de las ricas llanuras de Hungría viviese en la memoria de los Magyares desde la época en que sus antepasados habían peleado bajo las banderas de Atila. Ello es que, compelidos por las circuntancias, resolvieron dirigirse hacia el Oeste, y los siete duques que en aquella época estaban á la cabeza del pueblo, y cuyos nombres eran Álmos, Elöd, Kund, Huba, Tas, Und y Tuhutum, unidos por solemne pacto y alianza, y poniendo al frente á Álmos, como el de más edad entre ellos, sellaron su unión con la antigua forma turca de juramento, bebiendo cada uno de la sangre de todos—sangre extraída abriéndose las venas de los brazos.—Esa forma de juramento estuvo en uso durante mucho tiempo en Hungría. La unión de los Húngaros se hizo bajo las cinco condiciones siguientes:

1.ª Mientras viviesen ellos y sus descendientes, elegirían su duque y gobernante de la casa de Álmos.

2.ª Cuanto adquiriesen por su esfuerzos unidos debería ser un beneficio de que participasen los que pertenecieran á sus pueblos.

3.ª Habiendo elegido los jefes voluntariamente á Álmos por su gobernante, ellos y sus descendientes tendrían puesto siempre en los consejos del príncipe, y participación en los honores del Imperio.

4.ª Si uno de sus descendientes faltase á la fideli-

dad debida al príncipe, ó fomentase disensiones entre él y los suyos, se derramaría la sangre del culpable como corría la de ellos al prestar á Álmos juramento de fidelidad.

5.ª Si un sucesor de Álmos infringiese aquel pacto y juramento, caería sobre él la maldición.

No tenemos informes precisos sobre el número de guerreros húngaros y el de los séquitos respectivos que entraron en Hungría hacia fines del siglo IX, ni podemos señalar las localidades de la frontera oriental del país por donde se efectuó la entrada. En cuanto al número, no iremos descaminados admitiendo que el cuerpo principal de los invasores no excedía de 150.000 combatientes. Fueron engrosadas sus filas, en parte por Rusos que siguieron sus huellas, en parte por Ávaros—pueblo turco congénere que encontraron en la misma comarca—y por Kazares que, habiendo precedido á los Húngaros, llevaban una vida nómada en la estepa.

En cuanto al país, debe tenerse en cuenta que en aquellos días estaba muy escasamente poblado, y su estado étnico era próximamente como sigue. Había al Oeste Eslovenos y Germanos; al Norte, en los Cárpatos, vivía la masa compacta de los Eslovacos cuya dominación se extendía hasta las orillas del Theiss. La comarca comprendida entre este río y el Danubio pertenecía al príncipe búlgaro Zalán, mientras que la región de la orilla izquierda del Theiss hasta el río Szamos, estaba en posesión de Marót, príncipe de los Kazares.

Evidentemente la conquista de Hungría no fué empresa de gran dificultad para un pueblo guerrero como los Húngaros, cuya extraña traza y cuyas armas superiores, traídas del Cáucaso, infundieron te-

rror, desde el primer momento, en el ánimo de los habitantes. Los invasores montados en sus caballos pequeños, robustos é intrépidos, parecían ligeros como el rayo y de una fortaleza de hierro. Su modo de guerrear era puramente asiático, semejante al usado hoy por los Turcomanos, é iban animados precisamente del mismo espíritu que impulsaba á los Mongoles, bajo Jenguis-Kan, al través de toda el Asia y de gran parte de Europa. Á pesar de todo esto, no podían llamarse salvajes ni bárbaros, comparando sus instituciones sociales y políticas con las de los habitantes á quienes subyugaban en Hungría. Lo que entonces se propagaba hasta las orillas del Volga era la cultura de Persia, que penetraba en los espíritus de las heterogéneas poblaciones allí establecidas; y huellas de esa cultura se descubren claramente en los actos de los personajes principales entre los conquistadores húngaros.

No bien tomaron éstos posesión de su actual país, bajo la jefatura de Árpád, se preocuparon ante todo de dar cierta estabilidad á sus asuntos interiores. Diseminados por el extenso territorio, procuraron más especialmente regularizar sus relaciones con los antiguos habitantes. Sólo los que se negaron á deponer las armas sintieron el peso de los conquistadores, mientras que correspondieron á la amistad y confianza que otros les demostraron. Así sucedió que muchos de los antiguos habitantes fueron considerados como compatriotas, y que, ajustado un tratado de amistad con Marót—amistad que vino á estrecharse por el casamiento de Zoltán, el hijo menor de Árpád, con la hija de Marót—á la muerte de éste agregóse á Hungría el territorio de Bihar. Según la costumbre de las poblaciones scitas, no molestaron á nadie por

sus creencias, ni tocaron á ninguno de los cultos. Con ser como eran nómadas, sabían apreciar lo que quedaba de la antigua civilización en su nuevo país, y mantuvieron las colonias aun supervivientes de la época romana, cunas de la futura vida civil de Hungría.

Hay un relato en la historia de los Húngaros que dice cómo se distribuyeron por el país las diversas porciones del ejército invasor, qué batallas libraron, qué alianzas hicieron con los príncipes reinantes; pero el relato se basa simplemente en una tradición legendaria. Nos faltan, por desgracia, pormenores sobre esa época interesantísima, y lo único que con fundamento histórico podemos afirmar es que el emperador de Bizancio, León el Sabio, pidió auxilio á los Húngaros contra los Búlgaros, y que la espada de los valientes guerreros nómadas fué la que alejó de Constantinopla una amenazadora calamidad. Es asimismo cierto que Arnulfo, emperador de Alemania, alentado por la reputación militar de los Magyares, les pidió ayuda contra Svatopluk, rey de Moravia, y que á este acontecimiento se asocia su primera aparición en el país.

La conquista de Hungría llenó el período transcurrido entre 884 y 895.

Dentro de este tiempo ocurre la completa derrota y el trágico fin de Svatopluk, el más poderoso príncipe indígena con quien los Húngaros tuvieron que luchar. Ya Arnulfo había empeñado batalla contra él, cuando los Húngaros fueron en su socorro. Su oportuna llegada decidió el éxito de la batalla, que acabó en la completa derrota y dispersión de los Moravos. Dícese que Svatopluk hizo maravillas de heroísmo durante la pelea, pero después de su término



DESFILADERO PROPASZTA

(Cárpatos del Suroeste.)

fatal no pudo ser habido en ninguna parte. En vano se buscó por el campo ensangrentado el cuerpo del infeliz jefe, y no fueron más afortunados los mensajeros enviados á remotas regiones para obtener noticias de él. La tradición húngara pretende que, arrebatado por el furor y la desesperación á consecuencia de la pérdida de la batalla, se arrojó al Danubio, y encontró en las aguas su sepultura. Pero la tradición eslava presenta los hechos más en armonía con el carácter y la indolencia de este extraño bárbaro, que no conoció más que pasiones desenfrenadas y resoluciones súbitas formadas bajo la impresión del momento. Según esa tradición, Svatopluk, viendo que la suerte le era irremisiblemente adversa, montó un magnífico caballo, y abandonando el campo de batalla, se internó rápidamente en la espesura protectora de los bosques interminables del monte Zobor, que domina con su masa majestuosa hacia el Este y el Sur la ciudad y castillo de Nyitra, y se le perdió de vista entonces. Allí, en un valle apartado, en medio de las rocas, y protegidos por bosques impenetrables, vivían tres ermitaños. Estos santos hombres pasaban su existencia ofreciendo sus preces á Dios en una capilla construída por sus propias manos, y enteramente absorbidos por sus piadosos ejercicios, sin conocer más alimento que los frutos y hierbas silvestres. Esos hombres, que no visitaban las ciudades vecinas, jamás habían visto á Svatopluk, y tal fué el motivo que llevó á su ermita al rey de Moravia. Así como llegó, ya avanzada la noche, al paraje donde el bosque era más denso, echó pie á tierra, mató al caballo y lo enterró en una fosa juntamente con su manto y su corona real, cubriendo la sepultura con tierra y hojas. En seguida desgarró sus

vestiduras, las manchó de barro, y en esta guisa, haciéndose pasar por un mendigo, se presentó á los tres ermitaños, diciéndoles que, movido por el Espíritu Santo, deseaba pasar su vida con ellos. Fué cordialmente recibido por los ermitaños, y vivió en su compañía muchos años sin ser conocido, orando como ellos, participando del mismo alimento que ellos, y muerto, como ellos, para el mundo exterior. Sólo en sus últimos instantes declaró su nombre real, y los ermitaños, poseídos de un candoroso asombro ante aquella increíble aventura, pusieron esta inscripción en su lápida: «Aquí yace Svatopluk, rey de Moravia, enterrado en el centro de su reino».

CAPÍTULO IV

LA ÉPOCA DE LOS DUQUES

ARPÁD, á quien los escritores griegos llamaron Arpadis, fué el primer jefe de Hungría, el que sentó los cimientos del reino presente, y cuya sagacidad política bien puede excitar la admiración, si se considera que, bajo él, un pueblo perfectamente asiático logró penetrar en el interior de la Europa cristiana, y formar un Estado con los elementos heterogéneos de la antigua Pannonia. Por esta razón consideramos impropio llamarlo un rudo bárbaro, como solían hacer los escritores cristianos de la época. Él venía manifiestamente imbuído en la cultura persa, y su política oriental, no sólo igualó, sino que superó á las ideas de los gobernantes que en aquel tiempo estaban á la cabeza de los negocios en Pannonia y en la Alemania oriental.

Llegando, como llegaba, con un pueblo nómada, inquieto y aventurero, no pudo suavizar de una vez su marcial rudeza. Como otras muchedumbres turcas y mongólicas, los Húngaros, á poco de ocupar el país, se precipitaron sobre las tierras inmediatas para satisfacer su deseo de aventuras y de botín. Penetra-

ron en Alemania, difundiendo por doquiera el terror y la devastación. Más considerable fué su incursión en Italia en 899, donde fué derrotado el rey Berengario á orillas del Brenta. Veinte mil italianos hallaron la muerte; las ricas ciudades de Milán, Pavía y Brescia fueron saqueadas, y todavía pasaron el Po los invasores. Los Italianos no pudieron librarse del azote de esos conquistadores asiáticos sino mediante el pago de un rescate considerable. Alentados por este éxito, los Húngaros penetraron al año siguiente en Alemania, probando con varia fortuna la suerte de las armas, hasta que de común acuerdo detuvieron estas correrías los caudillos.

En 907 la nación se vió afligida por un triste acontecimiento. El jefe que había fundado el nuevo Imperio, que durante cerca de veinte años había dirigido los destinos del país con tanta sabiduría y energía, y en quien se habían unido la gloria de un gran político y de un gran general, había cesado de existir. Su cuerpo, conforme á una antigua costumbre, fué quemado, y enterradas las cenizas cerca de un arroyo que en aquel tiempo corría en un lecho de guijarros hacia Etzelburgo, la Buda vieja de hoy. Su posteridad agradecida, después de la introducción del cristianismo, erigió en ese sitio una iglesia, llamada la Iglesia Blanca de la Virgen, en conmemoración del príncipe inmortal.

Sucedióle su hijo Zoltán, que hubo de empuñar las riendas siendo aún relativamente joven, y tuvo á su lado tres regentes. Tal circunstancia animó á los príncipes vecinos á caer sobre Hungría para expulsar del país á los nuevos conquistadores. Luitpoldo, duque de Baviera, y Ditmar, arzobispo de Salzburgo, juntamente con otros, dirigieron el ejér-

cito coaligado en tres columnas diferentes, lisonjeándose con la esperanza de que, sin más que imitar la táctica de Carlomagno contra los Ávaros, obtendrían éxito igual al del famoso rey de los Francos.

Los Húngaros, amenazados por un peligro tan inminente, concentraron todas sus fuerzas para resistir la embestida. Prontos siempre en resolver, y no menos prontos en obrar, anticiparon el ataque, y los dos ejércitos hostiles se encontraron en 907 en los alrededores de Presburgo. Ruda fué la pelea por ambas partes. El celo de los Alemanes era estimulado por la perspectiva de librarse y de librar á todo el Occidente de la desagradable vecindad de esos intrusos peligrosos; y por lo que hace á los Húngaros, era cuestión de vida la refriega, porque, en caso de derrota, lo aventuraban todo. Los últimos, pues, combatieron con el mayor ardor, pero no en orden regular de batalla, al modo de los Alemanes; antes bien, con sus divisiones tumultuosas, sus furiosos ataques, sus retiradas simuladas, sus renovadas embestidas, sus flechas y jabalinas cayendo de continuo como una granizada, rompían las filas apretadas de los enemigos, y arrollaban cuanto hallaban en su camino. Tres veces se levantó el sol sobre las cabezas de los beligerantes, y tres veces se puso, antes de decidirse la gran batalla. Los Alemanes fueron completamente derrotados. El duque Luitpoldo perdió la vida en la pelea, y con él el arzobispo de Salzburgo, así como la mayoría de los obispos, abades y condes perdieron las suyas durante esos tres fatales días.

Era natural que, envalentonados con esta afortunada batalla, los Húngaros prosiguiesen ardorosamente sus correrías en todos sentidos por Alemania y aun por Francia. Divididos en bandas pequeñas,

de la propia manera que solían hacer los Turcomanos en Persia hasta tiempos muy recientes, los Húngaros infestaron toda la Sajonia y Turingia, y penetraron hasta Brema. Atravesaron el Rhin; inundaron parte de Francia, y con no menos rapidez que hacían sus incursiones, regresaban, cargados siempre de rico botín, y llevando por delante larga fila de esclavos de ambos sexos. El Occidente entero se vió incesantemente asediado, y esto dió origen á esas falsas representaciones de los Húngaros bajo colores sombríos y á esas execraciones que contra ellos se oían en todo el mundo occidental durante el siglo x, y que las crónicas del tiempo reprodujeron fielmente. Imputábanles esas crónicas el devorar los corazones de sus enemigos para hacerse irresistibles en las batallas. Se decía que anunciaban su aproximación signos celestes. Vírgenes consagradas al servicio de Dios predecían las irrupciones de los Húngaros y su propio martirio. El simple poder humano parecía ineficaz contra ellos; así las letanías de la época abundaban en preces especiales implorando la protección del Señor. En todo esto reconoce la historia imparcial, ora exageraciones, ora invasiones de desaliento y efectos del terror; pero esas expresiones, aun descontando lo sobrecargado de las tintas, sirven para dar á conocer la violencia de la lucha entre los cristianos occidentales y los Húngaros asiáticos. Harto distintamente, y no, ni con mucho, de tan horrible manera, pintan á los Húngaros los historiadores bizantinos.

Su reputación de ferocidad y la conciencia del terror que inspiraban acrecentaron su valor y su audacia; así que, descuidando toda medida de precaución, y menospreciando á sus enemigos, empeza-

ron á sufrir de vez en cuando ligeros reveses; y como, por otra parte, los Alemanes, familiarizándose con su modo de guerrear, y acostumbrándose al extraño aspecto de los guerreros asiáticos, cobraron de día en día mayores bríos, fácilmente se explica el cambio que por grados sufrió la suerte de los Magyares en la guerra. Enrique el Cazador, rey de Alemania, fué el primero que, después de nueve años de preparativos, causó el primer desastre grave á los aventureros húngaros cerca de Merseburgo en 933. Los Alemanes se precipitaron al combate al grito de «Kyrie eleyson», mientras los Húngaros vociferaban furiosos: «¡Huy, huy!» Los jinetes sajones recibían las flechas en sus escudos, y en apretadas filas embestían furiosamente á los Húngaros. Los últimos advertían con sorpresa y desaliento que se hallaban frente á un enemigo bien organizado. Durante el combate cuerpo á cuerpo que entonces se siguió, los Alemanes completaron su victoria merced á su resolución y su bravura. Infinidad de Húngaros quedaron en la refriega, y muchos más recibieron la muerte durante su retirada. Calcúlase que el número de muertos se elevó á 36.000. El campamento húngaro, con todo el bagaje, cayó en poder de los vencedores. Enrique ordenó que en toda Alemania se celebrase una festividad en acción de gracias, y que el tributo pagado hasta entonces á los Húngaros se repartiese entre las iglesias y los pobres.

Los Húngaros se abstuvieron ahora de entrar en Alemania por el Norte, pero en cambio fueron más frecuentes é impetuosas cada vez sus irrupciones en Baviera y en la parte septentrional del Imperio bizantino. La antigua pasión de conquistas y aventuras, y la codicia del botín, aguijaban su actividad.

El duque Taksony, que sucedió á su padre Zoltán en 946, y reinó hasta 972, se vió animado del mismo espíritu anárquico, y los Húngaros hubieran seguido siendo el azote de las comarcas vecinas, si las medidas defensivas tomadas por los Alemanes hacia este tiempo no hubiesen sido un dique contra la ola devastadora. En el año 955, y á orillas del río Lech, cerca de Augsburgo, Otón el Grande infligió á los Húngaros terrible descalabro — una derrota que aniquiló casi todo su ejército de 40.000 hombres. — Cayeron prisioneros los generales Bulcsee y Lehel; les quitaron las cadenas de oro que llevaban al cuello juntamente con otras joyas de oro y plata, y finalmente los condujeron á Ratisbona, y murieron afrentosamente ahorcados. Á una parte de sus compañeros de cautiverio los enterraron vivos, y otros expiraron en medio de las más crueles torturas. El resto del ejército fué destruído en la retirada por el pueblo, que en todas partes se había levantado; y, según la tradición, sólo siete hombres pudieron alcanzar sus hogares. Los Magyares, pueblo orgulloso aun en medio de sus desgracias, se irritaron tanto contra esos fugitivos por haber preferido una huída cobarde á una muerte heroica, que los llamaron desdeñosamente los *Magyares abatidos*, y los condenaron á la servidumbre. Todavía sus sucesores anduvieron errantes por el país como mendigos despreciados.

En el pueblo ha sobrevivido hasta el día una tradición sobre la muerte de Lehel y su pretendida trompa de caza de marfil, donde había esculpidas representaciones de batallas. La investigación arqueológica ha demostrado que las esculturas eran de factura romana, y que más que tal trompa era

una copa para beber. La leyenda, no obstante, tal y como corre todavía entre los Húngaros, merece contarse por su carácter novelesco.

En medio de la confusión y del furioso desorden consiguiente á la desastrosa batalla de Augsburgo, el duque Lehel no tuvo tiempo de pensar en su trompa de caza. Le habían matado su caballo; y mientras yacía bajo él, le arrancaron su fiel espada de las manos antes de que el héroe pudiese atravesarse con ella el corazón. Cogido prisionero, fué llevado á presencia del victorioso Otón.

Jueces reales se reunieron para juzgar al augusto cautivo, y lo condenaron á muerte. No le afligió en modo alguno la sentencia; pensó que la merecía, no ciertamente por haber dado la batalla, sino por haberla perdido. Con todo, le llegó al alma ver sentado entre sus jueces al rebelde Conrado, al traidor que había invitado á los Húngaros á entrar en Alemania, y que, con su defección, había causado la derrota. Pero el éxito de esa cobarde defección lo había reconciliado con los vencedores y restituido su confianza.

Lehel no pidió más que un favor, y fué tocar una vez más el cuerno, su fiel é inseparable amigo, para entonar su endecha fúnebre. El cuerno le fué entregado. Tocó por la vez postrera, y á medida que sacaba de él tristes sonidos que se difundían por todas partes y eran lúgubremente repetidos por los ecos de las colinas lejanas, los guerreros que morían en el campo de Lech levantaban la cabeza, y sus almas, vueltas á ellos por un instante, tomaban de nuevo su vuelo, no bien se extinguían los sonidos lamentosos. La música moribunda, estremeciéndose de modo lastimero, narraba una muerte gloriosa, tér-



EL DANUBIO POR BUDA-PEST

mino de una heroica vida. Hasta los pajes escuchaban con arrobamiento.

Á esta sazón Lehel se apartó de su sitio, y viendo ante sí á Conrado, lo derribó al suelo, matándolo con un solo golpe del pesado cuerno. — «Tú irás delante de mí, y serás mi servidor en el otro mundo» — dijo Lehel. Á esto se dirigió al lugar de la ejecución. Hoy puede verse en el cuerno de Lehel una mella que la posteridad atribuye al suceso ahora narrado.

Los Húngaros saqueadores experimentaron más de un desastre, no sólo en Alemania, sino en el Sudeste de Europa, y bien puede decirse que la derrota que sufrieron cerca de Arcadiópolis en 970, atacando al Imperio bizantino, puso fin á su larga serie de irrupciones en los países adyacentes. Se convencieron entonces de que, mientras ellos decrecían en número sin cesar y agotaban su fuerza en guerras continuas, los pueblos vecinos se hacían más formidables cada vez por su unión, su organización, su valor y su pericia militar; de forma que el nombre húngaro no inspiraba ya el terror de que los primeros éxitos lo habían rodeado. Vieron que, si continuaban en sus correrías como hasta allí, no conseguirían otra cosa que disolver interiormente su Imperio, ó provocar, de parte de las naciones extranjeras, un ataque combinado que ellos serían incapaces de resistir. Por este motivo renunciaron á esas campañas aventureras, que ya empezaban á amenazar seriamente su existencia y su porvenir en Europa.

Los animó en esta senda juiciosa el duque Geisa, que sucedió á su padre en 972 y reinó hasta 997. Bautizado en Constantinopla, durante la vida de su

padre, y habiéndose casado con Sarolta, la dulce hija del duque Gyula, de Transilvania, reconoció desde muy pronto la necesidad de suavizar los rudos hábitos de su pueblo. Su designio fué más patente cuando, muerta su primera mujer, se casó con la hermana de Micislao, el príncipe de Polonia, dama famosa por su belleza, y notable también por su energía y sus cualidades viriles, puesto que rivalizaba en montar á caballo, en beber y en cazar, con su caballeresco marido, sobre quien ejerció realmente extraordinario influjo. Extremadamente severo en su gobierno, Geisa fué quien empezó á transformar los usos y costumbres de los Magyares. Comenzaron, en efecto, á demostrar mayor tolerancia hacia las religiones extranjeras y á estar en vías de cambiar sus hábitos asiáticos por los de Europa. Habían pasado más de 100 años desde su emigración de las estepas de sus antecesores. Los acontecimientos históricos, la diferencia de clima, y, sobre todo, la separación de sus hermanos asiáticos, habían hecho caer en el olvido muchos rasgos de su vida política y social que, procedentes de Asia, no podían perpetuarse fácilmente en la vecindad inmediata del mundo occidental y en medio del continuo contacto con él. La crisis del carácter nacional parece haber llegado á su punto culminante en el reinado del duque Geisa, y á su solución definitiva en la conversión de los Magyares al cristianismo—hecho importantísimo de la vida nacional del pueblo, que merece ser considerado en capítulo aparte.

CAPÍTULO V

CONVERSIÓN AL CRISTIANISMO


os Húngaros, al entrar en su patria presente, eran paganos y profesaban lo que se llama el *shamanismo*, la creencia común á todas las ramas de la vasta raza uralo-altáica, y que ha sobrevivido hasta el día en las poblaciones de la Siberia meridional y de la Mongolia occidental. Como las doctrinas y principios del shamanismo son en general poco conocidos, es oportuno bosquejarlos aquí en sus rasgos capitales para que se comprenda claramente el carácter de los ritos y costumbres religiosas de los Húngaros.

Los creyentes en el shamanismo adoraban un Sér Supremo llamado *Isten,* palabra tomada de los Persas, que le han atribuído hasta el presente la significación de Dios. Á más del Sér Supremo, adoraban diversos espíritus ó divinidades protectoras, como los dioses de las montañas, de los bosques, de las fuentes, de los ríos, del fuego, del trueno, etc. Tributaban culto á estas divinidades, ya mediante oraciones, ya mediante sacrificios que les ofrecían en los lugares escondidos de los bosques ó cerca de las fuentes. Én qué consistiesen esas oraciones de los

Húngaros lo ignoramos; pero nos podemos formar alguna idea de su carácter, leyendo las de los fieles actuales del shamanismo, de que es ejemplo la siguiente:

«¡Oh, Dios, que vives en lo alto, Abiash!—que has »vestido de hierba á la tierra,—que has dado hojas á »los árboles,—que has provisto de carne á las terne»ras,—que hiciste brotar pelo en las cabezas,—que »creaste todas las criaturas,—que dispones todo lo »presente;—¡Oh Dios, que has creado las estrellas! »—¡Oh Alton Pi, que has exaltado al padre!—¡Oh »Ulgen Pi, que has exaltado á la madre!—creador de »todo lo creado,—disponedor de todo lo dispuesto; »—¡oh Dios, creador de las estrellas!—¡danos gana»do, oh Dios!—¡danos alimento, oh Dios!—¡danos un »jefe, oh Dios!—Disponedor de todo lo dispuesto,— »creador de todo lo creado,—yo he rogado á mi pa»dre—para que me dé su bendición—para que me »dé su ayuda—á mí, en mi casa,—y á mi ganado, en »el hato.—Ante ti me postro,—dame tu bendición, »¡oh Kudai!—creador de todo lo creado,—dispone»dor de todo lo dispuesto.»

Los sacrificios consistían en ofrendas de ganado, y especialmente de caballos blancos, en ocasiones solemnes. Sus sacerdotes, llamados *Táltos*, ocupaban un lugar preeminente, no sólo en la vida política, sino en toda la vida social de los Magyares. Eran especies de augures y adivinos, cuyas profecías se basaban, ya en ciertos fenómenos naturales, ya en la inspección de ciertas partes de los animales sacrificados, como los intestinos, el corazón, la paletilla. Esta última se metía en el fuego, y se pronosticaban buenos ó malos auspicios según las diferentes posiciones de las hendiduras que se producían al cuartearse.

Expuesta siempre la fe religiosa á influencias extrañas, era natural que los Húngaros, en su larga peregrinación desde el interior de Asia hasta Europa, se apropiasen muchos atributos nuevos de la vida religiosa de los países por donde atravesaban. Así, en la religión primitiva de los Magyares encontramos varios rasgos distintivos de las religiones de los Persas, de los Kazares y de diversas razas ugrianas, porque, al modo de otras familias de la raza uralo-altáica, los Magyares se distinguían por su espíritu de tolerancia hacia los demás creyentes.

Á los numerosos prisioneros cristianos que habían llevado consigo de varias partes de Europa, no sólo les dejaban practicar tranquilamente sus creencias, sino influir en grado muy considerable sobre la fe de sus conquistadores y señores. En tales circunstancias no era una empresa arriesgada, de parte del duque Geisa, la de permitir á misioneros y sacerdotes ir al país á predicar el Evangelio. Un monje suabo, llamado Wolfgang, fué el primero que trató de difundir el cristianismo en Hungría en 917. Mayor éxito obtuvo Pilgrin, el obispo de Passau, que, tomando á su cargo el asunto de la conversión, pudo informar al Papa en 974 que habían sido bautizados cerca de 5.000 húngaros, y que «bajo el benéfico in»flujo de la gracia milagrosa de Dios, aun aquellos »gentiles que persisten en sus errores á nadie prohi»ben bautizarse, ni molestan á los sacerdotes, sino »que les permiten ir donde quieren. Cristianos y gen»tiles viven juntos en tan buena armonía, que aquí »parece cumplirse plenamente la profecía de Isaías: «Comerán juntos el lobo y el cordero, y el león se »alimentará de paja, como el buey».

Considerando la dificultad de atraer á inveterados

asiáticos á los principios de vida occidentales, y sobre todo á las doctrinas, enteramente diferentes, del cristianismo, fácil es comprender que la total conversión de los Magyares fué una obra llena de dificultades y de luchas. Después de Pilgrin vemos á Bruno empeñado en la piadosa empresa; pero el más afortunado de todos los misioneros fué San Adalberto, obispo de Praga, que entró en el país en 993, y permaneciendo en él un período considerable de tiempo, tuvo la buena suerte de bautizar á varios miembros de la familia reinante, entre ellos al hijo del duque Geisa, llamado Bayik, á quien se dió el nombre cristiano de Esteban. Considerada esta conversión como uno de los acontecimientos más memorables de la historia de los Húngaros, nos detendremos á describir el acto tal y como lo representa el pincel de P. N. Geiger.

Notamos en el baptisterio, como personaje principal, á Esteban con sus hábitos bautismales. Cerca de él se ve á San Adalberto, vestido y adornado en correspondencia con su dignidad episcopal y con el oficio apostólico de la conversión. Á la izquierda, en primer término, como testigos del bautismo, se encuentran el emperador de Alemania Otón III, llevado allí por su amistad con Geisa y su interés en el bautismo de Esteban, y el conde Teodato, de San Severino, caballero emigrado de Apulia, á quien Geisa había confiado la educación de su hijo. Detrás del último está el duque Enrique de Baviera que, acompañando al emperador, se halla presente como huésped. Más allá, en segundo término, percibimos al duque Geisa y á su consorte sumidos en piadoso arrobamiento. Vemos á Esteban después de su profesión de fe cristiana. Ya había vuelto la cara hacia

Occidente; había renunciado á Satán; se había consagrado á la milicia eterna de los hijos de Dios, y después, volviéndose hacia Oriente, había jurado, con exaltación entusiasta, obediencia y devoción á la ley de Dios revelada por Cristo. El cuadro lo presenta según la costumbre de entonces de la Iglesia, en el acto de bajarse á la pila bautismal para recibir de manos del Santo Obispo el signo de la cruz, el sacramento de la regeneración espiritual.

Piadosa emoción se refleja en los semblantes de los Magyares presentes, aunque en alguno que otro puede columbrarse la expresión de un espíritu secreto de antagonismo. Y no es nada arbitraria la sospecha de tal expresión. El culto de Dios á orilla de los ríos, en los montes y en los bosques, la ofrenda de sacrificios y las varias supersticiones relacionadas con la adivinación de los shamanes, impresionaban de seguro más vivamente los espíritus de los libres é independientes habitantes de las estepas que la misa rezada en latín y los ritos de la Iglesia católica, introducidos por los monjes y sacerdotes de Occidente. La conversión al cristianismo debía ir acompañada, no sólo del abandono absoluto de la antigua religión nacional, sino también de la renuncia á las antiguas prácticas y hábitos á que los Húngaros se aferraban á despecho de las generaciones transcurridas desde su llegada á las orillas del Danubio y el Theiss. La contrariedad manifestada por algunos debe atribuirse igualmente á la actitud altanera adoptada por los misioneros extranjeros respecto de la raza dominante de los Magyares, á quienes esos Bávaros, Suabos, Tseques, Italianos, etc., miraban por cima como bárbaros menospreciables, título que en modo alguno merecían, pues lo que separaba á los dos elementos

era sólo la diferencia, y no la falta de cultura. Baste decir que no tardaron en hacerse visibles las huellas de ese descontento, y que la chispa amortiguada estalló y produjo una rebelión abierta en 997, el año mismo en que Esteban subió al trono, vacante por la muerte de su padre Geisa.

La historia registra tres levantamientos diferentes al intento de acabar con la religión recién introducida y con los hábitos de vida tomados de la civilización occidental. En la primera ocasión el movimiento fué capitaneado por Kopán, noble del país de Sümeg. Su objeto era expulsar á los misioneros y sacerdotes cristianos extranjeros, destronar á Esteban, y restablecer el antiguo paganismo. Numerosa multitud de Húngaros descontentos se afiliaron á su bandera; pero Esteban no se dejó intimidar. Reuniendo su ejército y los caballeros cristianos extranjeros que lo rodeaban, abandonó su regia residencia de Gran (Esztergom), y marchó en derechura contra los rebeldes. El encuentro se verificó en Veszprém. Fué una lucha empeñada, y sólo después de rudo combate y de la muerte del mismo Kopán depusieron las armas sus adictos. El éxito feliz de la batalla decidió la victoria del cristianismo en Hungría, y no faltaba ya sino alentar la nueva fe. Pero los efectos de esta victoria fueron de corta duración, porque en 1002 estalló en Transilvania otro movimiento anticristiano, cuyo jefe, el duque Gyula, uniéndose con los Pechenegas, en parte paganos, y en parte mahometanos, hizo una incursión en Hungría, llevando por doquiera la devastación y la muerte. Esteban tuvo que marchar entonces contra este peligroso enemigo, y no sólo venció el Húngaro al duque Gyula, sino que continuó avanzando al país de los Peche-

negas, derrotó á su príncipe Kaan, y saqueando su campamento, se apoderó de todos los ricos tesoros que esos Pechenegas habían llevado del Imperio griego.

El tercer levantamiento, y el más peligroso sin duda, tuvo efecto en 1046, en cuya fecha cierto Vatha, celoso sectario de la antigua religión pagana, y descendiente del duque Gyula, aprovechando los disturbios ocasionados por las disputas sobre la sucesión al trono, incitó al pueblo contra la religión cristiana y sus instituciones. Excitóse á Andrés, pretendiente al trono del país, á «abolir la religión cristiana y sus instituciones; á restablecer la antigua religión y las leyes traídas de Asia; y á permitir derribar las iglesias y expulsar á los sacerdotes é inmigrantes extranjeros». Ignorante del número y fuerza de los rebeldes, el príncipe no se atrevió á rechazar su petición. Los rebeldes lo tomaron por tácito asentimiento, y, envalentonados en consecuencia, cayeron sobre los cristianos con furia salvaje. Los Alemanes é Italianos que encontraron en el país, especialmente los obispos y sacerdotes, fueron perseguidos con la más inhumana crueldad. Las iglesias y otros lugares consagrados á la piedad cristiana fueron destruídos; se restauró la antigua religión pagana; y el pueblo reanudó en todas partes el primitivo modo de vida con arreglo á las antiguas creencias y costumbres, ofreciendo sacrificios en las espesuras, en los montes y cerca de las fuentes. Durante esos desórdenes perdió la vida San Gerardo, el antiguo tutor de San Emerico, y entonces obispo de Csanád. Caminaba hacia Pesth para avistarse con Andrés, cuando cayó en manos del populacho furioso, que lo mató en el monte fronterizo á esa ciudad, llamado

hasta el dia Gellérthegy (Monte Gerardo), y arrojó su cadáver al Danubio.

Por graves que fuesen los síntomas de estos levantamientos, vemos, no obstante, cuán profundamente había arraigado el cristianismo en Hungria por esta época. Bien pronto fué patente que la revolución tenia un carácter, no sólo religioso, sino politico y social. El rey Andrés dictó leyes rigorosas, amenazando á todo el que no volviese á la religión cristiana y renunciase á la práctica de las costumbres gentílicas, con la pérdida de su vida y sus bienes. Las iglesias destruidas fueron reedificadas, y se respetó de nuevo el orden de cosas establecido por Esteban. Esas leyes y los castigos impuestos á algunos tenaces sectarios del paganismo no dejaron de producir sus efectos, y en breve quedó reprimida la rebelión, y se restableció gradualmente en todo el país el orden y la tranquilidad.

Y—cosa singular—así como los Turcos mahometanos de nuestro tiempo atribuyen la decadencia de su poder á las muchas innovaciones introducidas en su vida religiosa y social, y ven la fuente principal de su ruina en su asimilación al Occidente, del propio modo hablaban y discurrian los Húngaros de entonces. Insistían sobre todo en la circunstancia de que, mientras su nación había permanecido fiel á la religión y costumbres de sus antepasados, había sido independiente, fuerte y poderosa, y aun hecho temblar á Europa entera; y, á la inversa, desde que había adoptado la religión y las costumbres del Occidente, se había debilitado por disensiones intestinas; se habían hecho dueñas suyas gentes extrañas; habían penetrado en el mismo corazón del país ejércitos exteriores; los Húngaros, para acabar, habían

perdido su independencia, convirtiéndose en vasallos de un poder extranjero. Tales ideas debían dar sus frutos. Era fácil convencer á aquellos Húngaros incultos, no confirmados aún en la religión cristiana y mal avenidos con su severa disciplina, que todas las perturbaciones y desgracias que habían caido sobre el país eran consecuencia de la introducción del cristianismo, y que para conquistar á la nación un espléndido porvenir en armonía con su glorioso pasado, había que cimentarlo sobre las ruinas del cristianismo y de las instituciones introducidas por Esteban.

Pero este gran cambio, por repulsivo que pareciese á los Húngaros, era inevitable. Como se ha dicho, los elementos extranjeros que inundaban el país, debidos al gran número de cautivos que los Húngaros llevaban de todas partes de Europa, habían labrado ese cambio en las maneras y hábitos de vida, á despecho de todas las resistencias de los antiguos nómadas asiáticos. Esos cautivos, muy superiores en número á sus señores, eran destinados comunmente á los trabajos agrícolas; pero su íntimo contacto con la clase directora dió por resultado inevitable suavizar los rudos hábitos militares de los últimos. Los Húngaros se embelesaban oyendo los cantos y las preces cristianas de sus súbditos; los imitaban en el comer y el vestir; y aunque debían pasar cerca de dos siglos hasta que los antiguos nómadas de las estepas del Asia central pudieran acostumbrarse á las habitaciones permanentes, sin embargo, y á despecho de la aversión que sentía el orgulloso guerrero por el arado, ya empezaba á romperse el hielo. La manera asiática de pensar tenía que ceder, y con los dogmas de la tradición cristiana penetraban gradualmente los hábitos de la vida cristiana.

Este proceso de transformación fué en gran medida acelerado por la intervención personal y las relaciones de familia del duque Geisa y de sus caudillos con la corte y la nobleza de las comarcas vecinas. Además de la inmigración involuntaria provocada por las correrías, hallamos un importante influjo de nobles extranjeros que, á invitación del duque Geisa, se establecieron en el país hacia fines del siglo x. Llegaron de Suabia los hermanos Hunt y Pazman; de la Misnia, el conde Buzad; el conde Hermann, de Nuremberg; los caballeros tseques Radovan, Bogat y Lodan fueron con numeroso séquito; otros muchos inmigraron de Italia y de Grecia, tanto que la alta nobleza de Hungría, ya al comienzo de la conversión de los Magyares, tenía gran infusión de sangre extranjera. Hay que añadir que el clero todo de aquel tiempo se componía de Tseques, Alemanes é Italianos. El terreno, pues, se hallaba convenientemente preparado, y sólo faltaba la mano férrea de un príncipe resuelto é inteligente para dar cima á la obra de la conversión y consumar la gran empresa de transformar un pueblo, antes guerrero y nómada, en una nación pacífica y cristiana. Ese príncipe fué Esteban I.

CAPÍTULO VI

SAN ESTEBAN, PRIMER REY DE HUNGRIA

(997-1038)

L rey Esteban condujo á la nación húngara desde las tinieblas del paganismo á la luz del cristianismo, y desde la anarquía de la barbarie á la senda más segura de la civilización occidental. Indujo á su pueblo á abandonar la fiera independencia de la vida nómada, y le asignó un puesto en las filas disciplinadas de la sociedad europea y de los Estados organizados. Bajo él, y por sus esfuerzos, el país se transformó en una nación occidental. Jamás hubo cambio de tal magnitud, y, puede añadirse, tan providencial, cumplido en tan breve espacio, con tan poca efusión de sangre y con tan señalado éxito, como esta notable transformación del pueblo húngaro. Los contemporáneos del gran hombre y varón nobilísimo, los que le ayudaron á dirigir los destinos de la patria, hicieron ya plena justicia á la sabia y patriótica empresa que acometió, y la nación de nuestros días todavía conserva, piadosa y agradecida, su memoria. Para los Húngaros actuales, aunque alejados por ocho siglos y medio de San Esteban,

permanece viva su figura, y aún les complace remitirse á su alto ejemplo, á sus actos, á sus opiniones y á sus consejos, como dignos de inspirar y advertir á las nuevas generaciones.

No debe ser motivo de sorpresa, porque en ningún periodo de la historia de Hungría se ha interrumpido su continuidad política hasta el punto de hacerle perder de vista el noble origen de donde nació su grandeza. Claro es que en el curso de tantos siglos se ha operado un cambio completo en el orden político y social; pero la estructura del Estado, aunque modificada, gravita aún sobre los profundos y seguros cimientos sentados por la sabiduría de su primer rey. Todavía se consagra á su memoria un día del año, el 20 de Agosto, llamado el día de San Esteban. En ese día se lleva su mano derecha embalsamada, con gran pompa y solemnidad, en una brillante procesión, acompañada de ceremonias religiosas, al través de la antigua Buda, para exponerla á la vista del pueblo. El reino de Hungría ha venido llamándose hasta hoy reino de San Esteban; los reyes húngaros son coronados con la corona de San Esteban, y el pueblo sólo reconoce por rey á aquel que ha ceñido sus sienes con la corona sagrada. La Iglesia católica de Hungría, aunque ya no ocupa en el Estado su antigua posición preeminente, conserva aún bastante poder, riqueza y esplendor, para dar amplio testimonio de la pródiga liberalidad de San Esteban. Así el historiador descubre á cada paso huellas de su actividad bienhechora; pero, mientras la fama y santidad del gran rey han rodeado su nombre de una aureola luminosa en los anales de la nación, el mismo brillo de esa luz no ha permitido á la posteridad descender á los pormenores terrestres de la vida diaria,

que ayudarían á trazar su retrato. Los grandes lineamientos de su figura se destacan viva y acentuadamente del fondo oscuro de su época, pero faltan rela-



CRUZ DE ORO ESMALTADA DE BRILLANTES, DE LA REINA GISELA

tos contemporáneos para llenar esos contornos, y las leyendas de las generaciones posteriores, que mencionan al piadoso varón, difícilmente pueden suplir

la falta, porque ven en él únicamente el santo y no el hombre. Sólo quedan sus acciones para guiarnos en la tarea de suministrar una pintura fiel del fundador de su país, y bien podemos aplicarle las palabras de la Escritura: que se conocerá el árbol por su fruto.

Esteban nació en Gran (Esztergom), la primera y más antigua capital de Hungría, hacia 969, época en que su padre no había llegado aún á la alta posición de jefe del país. Una magnífica capilla de estilo romano, del siglo x, allí erigida, recuerda el hecho de su nacimiento en aquel sitio. Su madre Sarolta, primera mujer de Geisa, fué hija de aquel Gyula, duque de Transilvania, que, durante una misión á Constantinopla en 943, había abrazado la fe de Cristo, y que después trató de difundirla en su patria. Así, una madre cristiana veló devotamente sobre la cuna de Esteban; y ya en la primera infancia su tierno espíritu fué guiado por el conde de San Severino. El arzobispo de Praga, Adalberto, que buscó la muerte de un mártir, y ganó en efecto la corona del martirio, lo introdujo en la comunidad de los cristianos. Con su mujer Gisela, princesa bávara, tomó puesto entre los soberanos occidentales en calidad de pariente. Su largo reinado lo acreditó de leal á su país y á su pueblo; pero el paganismo de los antiguos húngaros era completamente extraño á su alma.

Después de la primera mitad del siglo x, las ideas religiosas comenzaron á ejercer en Europa un influjo más poderoso que antes. El gran movimiento nacido en el monasterio francés de Cluny, prometió al mundo una nueva salvación. Hombres de dotes extraordinarias empezaron á proclamar con evangélico entusiasmo la mortificación de la carne para elevar el alma, y la supresión de los deseos terrestres para

restaurar la fe en su pristino esplendor. Insistían en que la Iglesia, pastora de las almas creyentes, se eximiera de todas las sujeciones é intereses terrenales; porque, así como el alma estaba sobre el cuerpo, de igual suerte la Iglesia era superior á todas las comunidades mundanas. La Iglesia, pues—pensaban—debe levantarse de su humillante posición, trocando su antigua dependencia por la más completa libertad. En consecuencia, el Papa, cabeza visible de la Iglesia, no es lícito que siga siendo siervo del jefe del poder témporal, del emperador, puesto que el primero es á quien la Providencia ha confiado el cuidado de los destinos y felicidad de la humanidad. Estas ideas se propagaron triunfantes y con increíble rapidez por toda Europa. Fueron predicadas con una especie de frenesí profético, y suscitaron en pos de sí un fanatismo que agitaba las almas. La edad del ascetismo, tiempo hacía pasada y objeto casi de desdén, se reavivó, saliendo del olvido en que yacía. El cuerpo despreciado se vió otra vez expuesto á torturas, y el alma purificada suspiró por la destrucción de su existencia terrenal para remontar su vuelo, libre de las trabas mundanales. Era la época milagrosa de los ermitaños, de los santos y de los mártires, que llenaron el mundo con sus gemidos y lamentos, convirtiendo esta morada de polvo en un valle de lágrimas; de suerte que el alma, transportada á las mansiones celestiales, pudo aparecer más esplendorosa á los ojos asombrados del espectador terrestre. Los papas, por su parte, elevándose sobre las olas desencadenadas, guiaron á la Iglesia, al través de la tempestad de las pasiones religiosas nuevamente despertadas, hacia un fin perseguido con ojos vigilantes y enérgica constancia: la exaltación del po-

der papal sobre el imperial. Á fines del siglo x, el papa Silvestre II era el representante del espíritu de esa época que clamaba por el engrandecimiento del pontificado, y Otón III representaba, en oposición á él, el poder imperial minado por las nuevas ideas. Desde la destrucción del Imperio de Occidente no había sido llamado el mundo á presenciar una contienda de mayor importancia que la lucha inminente entre esas dos potencias rivales. La gran explosión que debía conmover á Europa hasta su centro mismo, no estalló sino medio siglo más tarde; pero las semillas de donde habían de nacer la guerra de las investiduras eclesiásticas, la agitación de las cruzadas y la universalidad del poder pontificio, sembradas estaban ya en el suelo que había permanecido erial durante varios siglos.

En ese tiempo nació y fué educado Esteban, pero su espíritu elevado rechazó las exageraciones, excentricidades y errores de la época, y sólo aceptó sus nobles ideas y sentimientos. Su moderación igualaba á su entusiasmo religioso; y como todavía era mayor su energía innata, dejó á los visionarios religiosos mecerse en sus sueños ascéticos : él deseaba ser el apóstol, no el mártir, de las promesas de su fe. Hizo del mantenimiento, defensa y propagación del cristianismo la obra de su vida, porque vió en él el único medio de asegurar la tranquilidad y felicidad de su patria. No buscó aventuras en tierras extranjeras, sino que consagró sus pensamientos, sentimientos y energías á su propio país, subordinándolo todo á sus intereses, que defendió de igual manera contra los ataques imperiales que contra las intrusiones pontificias. Tenía los ojos fijos en la Cruz, pero sin apartar su robusto brazo del puño de la espada; y el

celo apostólico no le hizo olvidar por un instante su deber hacia un pueblo que había pasado muchas pruebas, cuya posición entre las naciones europeas era sumamente difícil, cuyos destinos estaban en sus manos, y que debía ser llamado aún á representar un gran papel en la historia del mundo.

Tenía Esteban cerca de 28 años cuando sucedió á su padre en 997. Con el entusiasmo de la juventud, unido á la reflexión y constancia de la madurez, acometió desde el principio la misión de llevar á feliz término la obra empezada por su madre. Fué secundado diligentemente en esta empresa por Astrik y los monjes de su congregación; y las miradas de los nobles cristianos extranjeros que habían ido con su mujer bávara, así como las del gran número de personas eclesiásticas y seglares que afluían al país, se concentraron en el joven rey, que á todos excedía en celo y entusiasmo. No economizó ningún esfuerzo, ni desmayó ante los peligros; visitó en persona las partes más remotas del reino, difundiendo la luz allí donde reinaba la oscuridad, é implantando la verdad dondequiera que el error se enseñoreaba. Procuró atraerse á los hombres de distinción y á los poderosos del país; y los corazones que habían permanecido cerrados para los monjes extranjeros se abrieron espontáneamente á sus sabias y amistosas exhortaciones. Cuando eran ineficaces los recursos de la persuasión apostólica, echaba en la balanza sin vacilar el peso de su regia espada. Al paso que combatía con las armas de la verdad, no dudaba en recurrir á la violencia para servirla, en caso preciso. La suerte no quiso ahorrarle la cruel necesidad de proceder contra su propia sangre.

Cuanto más rápida y satisfactoriamente adelantaba

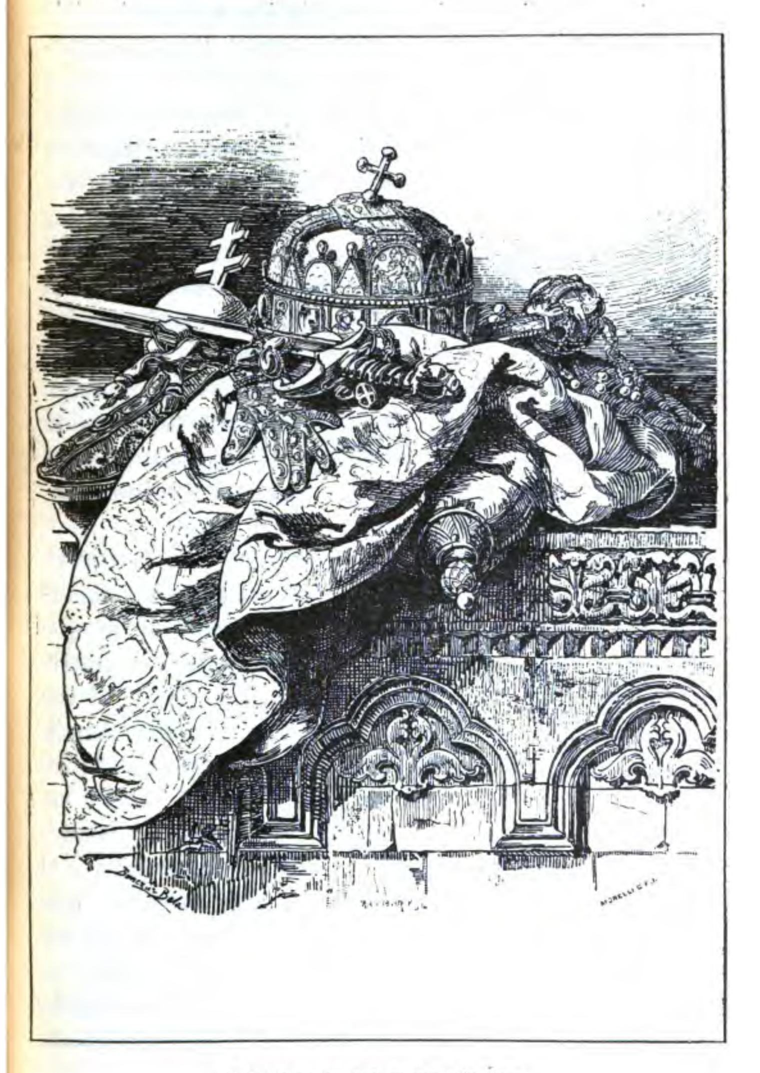
la obra de la conversión, mayores eran los temores y la exasperación de los que estimaban arriesgada y ruinosa para el pueblo la destrucción del antiguo paganismo. Y ésos no retrocedían ante ningún azar para mantener su fe y prevenir la ruina nacional por ellos anunciada. Como ya se ha indicado, tomaron las armas en más de una ocasión; pero Esteban consiguió reprimir esas peligrosas rebeliones. Auxiliado por los caballeros extranjeros, quebrantó el poder del paganismo, y no guardó consideraciones á ninguna pretensión de aspiraciones nacionales. Los que abrigaban aún la antigua fe la guardaron secretamente en sus corazones, y al menos por el momento prestaron homenaje á la nueva religión y al poder del rey. Los bienes de los rebeldes se destinaron á fines religiosos, y el monarca se dedicó á la par á la organización de la Iglesia triunfante. Dividió el territorio convertido en distritos eclesiásticos, dotando á cada uno de un jefe espiritual, y colocando al de Gran á la cabeza de todos y del gobierno de la Iglesia por él instituido. Hizo erigir plazas fuertes por todo el territorio de la Iglesia recién organizada, así para la defensa del cristianismo como para el mantenimiento de su propio poder temporal, que empezaba casi á competir con el de los otros monarcas cristianos.

Mas, para el éxito de estas medidas, necesitaba Esteban obtener su confirmación por uno, al menos, de los dos poderes directores que se repartían la soberanía de Europa: el imperio y el papado. Los emperadores, por una parte, reclamaban la suprema autoridad sobre todas las poblaciones paganas convertidas al cristianismo; mientras que la sede pontificia, por otra, se inclinaba á proteger contra el imperio á

las nacionalidades menores, celosas de su independencia, á fin de ganar aliados para la lucha inminente de la Iglesia contra el poder temporal. Esteban no tardó en elegir entre los dos. La Iglesia alemana — salvo la tentativa frustrada del obispo Pilgrin — apenas había contribuído á la conversión del pueblo húngaro, y así no tenía títulos que alegar para ejercer autoridad ninguna en la Iglesia de Hungría. Ni tampoco los reyes alemanes habían hecho nada para ayudar á Geisa y á Esteban en sus esfuerzos á favor de la conversión. En cambio Esteban tenía delante de sí el ejemplo de su hermano político, Boleslao de Polonia, que había acudido al Papa recientemente para su coronación, á fin de asegurar la independencia de su posición como soberano y la de la Iglesia dentro de su reino. Las tendencias religiosas del espíritu de Esteban, combinadas con su clara intuición de los verdaderos intereses del país, lo indujeron finalmente á enviar á Roma, en la primavera del año 1000, una brillante embajada, bajo la dirección del fiel, experto é infatigable Astrik.

El papa Silvestre II, que trabajó con más energía que ninguno por el acrecentamiento del poder pontificio, recibió cordialmente á los enviados húngaros, y al enterarse de su misión por Astrik, exclamó: «Yo »no soy más que un sucesor de los apóstoles, pero »el Señor que te envía aquí es realmente el apóstol »de Cristo mismo.» Concedió con presteza todo lo que Esteban solicitaba, añadiendo otros favores más señalados. Confirmó los obispados ya establecidos, y le dió facultades para aumentar su número, confiriendo á Esteban á la vez tales derechos en la administración de los asuntos de la Iglesia de Hungría como hasta entonces no habían sido otorgados sino

á los príncipes más ilustres de la cristiandad, á los soberanos de Francia y Alemania. Autorizó á Esteban y á sus sucesores para titularse «reyes apostólicos», y para ir precedidos, en ocasiones solemnes, de la doble cruz, emblema de su autoridad eclesiástica independiente. Como una muestra más de su favor, el Papa hizo presente á Esteban de la corona que había sido destinada á Boleslao de Polonia para simbolizar en todo tiempo la bendición enviada al reino de Hungría por el representante de Dios sobre la tierra. La corona de hoy, que pesa 136 onzas, no es idéntica del todo á la que adornó la cabeza de San Esteban. Ahora consta de dos partes. La superior y más antigua es la corona enviada por el papa Silvestre; la inferior ha sido añadida en una fecha posterior. Forman la primera dos arcos cruzados, y fijos en un cerco por sus cuatro extremos. En la parte alta hay un globito rematado por una cruz, que hoy se encuentra inclinada, y debajo se ve una imagen del Salvador sentado, y rodeado por el sol, la luna y dos árboles. Adornan la superficie entera de los dos arcos las figuras de los doce apóstoles, cada una con una inscripción apropiada en latín, pero cuatro de estas figuras han quedado cubiertas por la corona inferior ó más reciente. Esta última es una diadema abierta, de la cual se destacan por delante representaciones de ruinas, que terminan en una cresta alternando con bandas semicirculares. Las uniones de estas últimas están cubiertas de perlas, y otras perlas mayores ovales adornan la cresta. Del borde inferior penden nueve cadenillas, adornadas de piedras preciosas. Un gran zafiro ocupa el centro del frente de la diadema; debajo de él, en un escudo semicircular, hay una imagen del Salvador; y á



LAS INSIGNIAS DEL REINO HÚNGARO

derecha é izquierda, imágenes de los arcángeles Miguel y Gabriel, de los cuatro santos Damián, Domingo, Cosme y Jorge, de los emperadores griegos Constantino Porfirogénito y Miguel Ducas, y del rey húngaro Geisa, todas con inscripciones. Respecto á la corona superior, no cabe duda de que es la enviada por el papa Silvestre; en cuanto á la inferior, los historiadores húngaros afirman que fué enviada hacia 1073 por el emperador griego Miguel Ducas al duque Geisa, como testimonio de gratitud por los buenos servicios que le debía. No puede precisarse la fecha exacta en que las dos coronas se unieron. Bien puede dispensarse esta minuciosa descripción de la corona de Hungría, en gracia de su antigüedad y de la alta veneración en que tiene el pueblo húngaro esa reliquia del pasado.

La leyenda de San Esteban habla así de la misión de Astrik á la ciudad Eterna: «Cumplido su encar»go en Roma, y habiendo obtenido más de lo que »había solicitado, el padre Astrik regresó á su patria »lleno de júbilo. Cuando se acercaba á Gran, el rey »salió á recibirlo con gran pompa, y el padre Astrik »le enseñó los presentes que llevaba de Roma: la co»rona real y la cruz. Esteban dió gracias á Dios y ex»presó al Papa su gratitud por los presentes recibi»dos. Los grandes prelados, el clero, los nobles y el »pueblo, después de oir la lectura de la carta, que »contenía la bendición apostólica, aclamaron por rey »á Esteban con unánime asentimiento, en medio de »exclamaciones de alegría; y, habiendo sido ungido »con el óleo santo, fué coronado en Gran, en el día de »la Ascensión de María (15 de Agosto)».

Esa importantísima letra apostólica, llevada de Roma por Astrik, que afirmaba la autoridad inde-

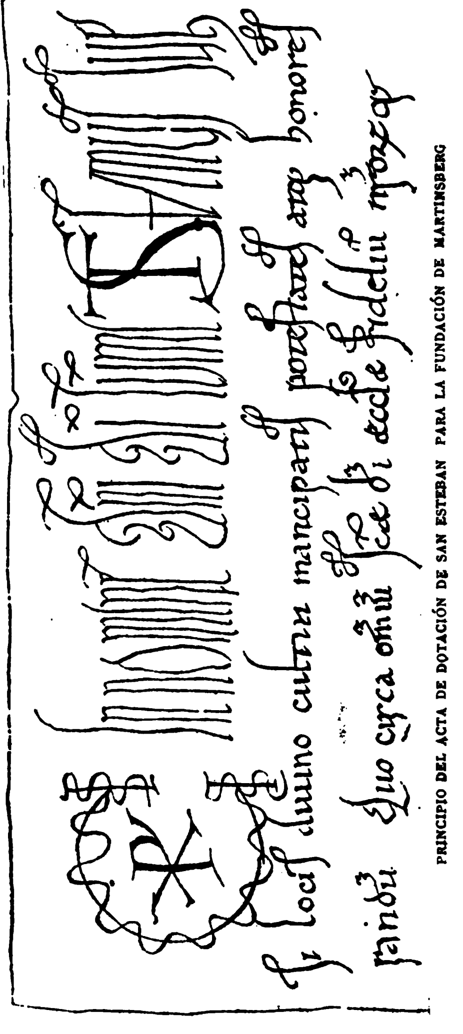
pendiente de los reyes húngaros sobre la Iglesia nacional, se ha conservado hasta hoy. Las líneas siguientes de la bula pontificia pueden caracterizar hasta cierto punto la época en que se escribieron, y demostrar á la vez la importancia que se atribuyó á esas misivas durante siglos:

«Mi glorioso hijo—dice la letra apostólica, después »de haber alabado en la introducción el celo religio»so de Esteban, — todo lo que tú deseabas de la sede »apostólica, la corona, el título real, la sede metro»politona de Gran y los demás obispados, te lo con»cedemos y otorgamos por la autoridad recibida de »Dios omnipotente y de los santos Pedro y Pablo, »juntamente con la bendición apostólica y nuestra »propia bendición. Recibido bajo la protección de la »santa Iglesia romana el país que has ofrecido á San »Pedro, en unión contigo mismo y con el pueblo de »Hungría, lo restituímos á tu sabiduría, á tus here»deros y legítimos sucesores, para que lo poseáis, »dirijáis y gobernéis. Tus herederos y sucesores, una »vez elegidos legalmente por los magnates del país, »estarán obligados de igual modo á atestiguarnos á »Nós y á nuestros sucesores su obediencia y respeto, »á reconocerse súbditos de la santa Iglesia romana, »á ser firmes adictos y sostenes de la religión de »Cristo nuestro Señor y Salvador. Y como tu alteza »no dudó en ejercer el oficio apostólico de proclamar »y propagar la fe de Cristo, nos sentimos movidos, »además, á conferir á tu excelencia y, en considera»ción á tus méritos, á tus herederos y legítimos su»cesores, este privilegio especial: Nós, permitimos, »deseamos y pedimos que, cuando seáis coronados »tú y tus sucesores con la corona que te enviamos, »llevéis la doble cruz como signo apostólico de que,

»según las instrucciones de la gracia divina, tú y »ellos podéis dirigir y ordenar, en nuestro puesto y »lugar y en el de nuestros sucesores, las iglesias »presentes y futuras del reino... Pedimos asimismo »al Todopoderoso, que tú gobiernes y lleves la co- »rona, y que Él haga crecer y multiplicarse los fru- »tos de su verdad; que riegue copiosamente con el »rocío de su bendición las nuevas plantas del reino; »que conserve incólume el país para ti, y á ti para el »país; que te proteja contra tus enemigos declarados »ó encubiertos, y después de las penalidades de tu »mando terrestre, te adorne con la eterna corona de »su reino celestial.»

Los brillantes éxitos, tan rápidamente conseguidos por Esteban en los primeros años de su reinado, aseguraron el triunfo del cristianismo y de la autoridad real en la mitad occidental del país. Los adictos á la antigua fe y á la libertad antigua permanecían en su mayoría en las regiones poco pobladas del Oriente, allende el Theiss, y en Transilvania. Gyula, duque de este último país, y tío de Esteban, no anduvo remiso en protestar contra el nuevo reino y las innovaciones que lo acompañaban. Como ya hemos visto, la rebelión fracasó. Gyula y toda su familia cayeron prisioneros de los vencedores, y ni él ni su posteridad reconquistaron nunca el poder perdido. Transilvania quedó unida más estrechamente con la madre patria, y desde entonces, durante un período de más de cinco siglos, fué regida por *vaivodas* nombrados por los reyes. Poco después, Esteban lucha victoriosamente contra los Pechenegas, los aliados del derrotado Gyula, que se hallaban establecidos más allá de las montañas de Transilvania, en el país llamado ahora Rumania. En fin, habiendo derrotado tambien

á Akhtun que, confiado en la protección del emperador griego, aspiraba á enseñorearse de la región cercada por el Danubio, el Theiss y el Maros, no quedó nadie en todo el país que, abiertamente al menos, rehusase su homenaje á la corona que ceñía las sienes de Esteban y á la doble cruz. Durante los veinte años siguientes á estos sucesos la historia no habla de ninguna gran empresa militar de Esteban. Es verdad que hubo frecuentes hostilidades en los confines septentrionales y occidentales contra los Polacos y Tseques, pero nunca fueron de un carácter amenazador para la integridad territorial del país. Durante


PRINCIPIO DEL ACTA DE DOTACIÓN DE SAN ESTEBAN PARA LA FUNDACIÓN DE MARTINSBERG

estos años de relativa paz, Esteban consolidó firmemente el reino cristiano de Hungría.

La Iglesia cristiana fué la piedra angular de todo el edificio social y político en los días de Esteban. La Iglesia indicaba los principales objetivos á que debían convertirse los esfuerzos del hombre; señalaba los caminos á propósito para realizarlos; trazaba los límites de la libertad de acción, y prescribía á la humanidad sus deberes. Educaba, instruía y disciplinaba al pueblo en nombre y lugar del Estado; y al hacerlo así, trabajaba en beneficio de él. Por eso Esteban, al organizar la Iglesia cristiana húngara, y al colocarla sobre una base más firme, tuvo tan en cuenta los intereses de su poder real como las inspiraciones de su celo apostólico. Allí donde ganaba terreno la fe cristiana, echaba también raíces el respeto á la monarquía; y la primera preocupación de la última, cuando fué poderosa su autoridad, fué conservar la autoridad de la Iglesia.

Inmediatamente después de su advenimiento al trono, Esteban abordó la magna y ardua empresa, y en todos los lugares donde encontraron un suelo agradecido las semillas de la santa fe, sembradas por su espíritu de proselitismo, estableció las primeras comunidades religiosas. Luego, creciendo rápidamente el número de parroquias, nombró prelados para la suprema inspección y custodia de los rebaños, y para mantener su unión. En un principio, las dignidades y oficios eclesiásticos se confirieron sin excepción á individuos de las órdenes religiosas, por ser entonces la milicia más fiel del cristianismo contra el paganismo y los más devotos servidores de la Iglesia triunfante. Esteban los atendió mucho, y los recompensó según sus méritos. Fundó cuatro abadías

para esos piadosos monjes, pertenecientes todos á la orden religiosa de San Benito. La más rica y distinguida de ellas fué la de Pannonhalom, que ha conservado hasta el día su preeminencia sobre las comunidades afines, tan numerosas después. Las primeras escuelas fueron anejas á las catedrales y monasterios; y aunque su misión principal consistía en propagar la nueva Iglesia y la nueva religión, daban también, sin embargo, la escasa enseñanza de aquel tiempo.

Esteban dotó los obispados y monasterios con generosidad verdaderamente regia. Les concedió vastas posesiones juntamente con gran número de siervos que habitaban en sus dominios. La Iglesia católica húngara ha conservado hasta el día la mayor parte de esas donaciones. El rey desplegó su munificencia en la catedral de Stuhlweissemburgo (Székesfejérvár), levantada en honor de la Virgen María, y de cuyas maravillas hablan las antiguas crónicas con religiosa veneración. El cronista la llama «la »Iglesia magnífica y famosa por su portentoso artifi»cio, cuyas paredes están adornadas de hermosas »esculturas y cuyo suelo está revestido de losa de »mármol»; y más adelante continúa en estos términos: «Pueden dar testimonio de la verdad de mis »palabras los que han contemplado allí con sus pro»pios ojos las numerosas casullas y demás ornamen»tos sagrados; las primorosas planchitas labradas de »oro puro, con embutidos de las más preciosas joyas, »que circundan los altares; el cáliz de admirable va»lor que hay en el altar mayor, y la variada vajilla »de cristal, ónice, oro y plata que llena la sacristía».

No se limitó la esplendidez de Esteban á su propio reino, y aún subsisten en tierras extranjeras nume-

rosos testimonios de su beneficencia y generosidad. En cuanto el cristianismo hizo asiento en el país, y el pueblo húngaro dejó de considerarse como un extraño en la familia de las naciones cristianas, los naturales, ya aisladamente, ya en gran número, empezaron á visitar las ciudades reverenciadas de Roma, Constantinopla y Jerusalén. Esteban procuró que esos peregrinos se sintiesen en su patria en los lugares frecuentados. Así, entre otras cosas, hizo construir en Roma una iglesia y una casa para doce canónigos, ampliada con un *hospitium* ú hospedería. En Constantinopla y Jerusalén erigió igualmente un convento y una iglesia, dentro de cuyos hospitalarios muros hallaron reposo los peregrinos de Hungría para sus cuerpos fatigados tras las penalidades de un largo viaje, y confortación espiritual para sus almas anhelantes. Siempre se preocupaba de los intereses del cristianismo así en su patria como fuera. No sólo fundó la Iglesia cristiana húngara, sino que supo hacerla universalmente respetada, y ya en su propio tiempo solían los papas referirse á Hungría como el «archiregnum», es decir, un país superior á los demás.

Al fundar la monarquía húngara, Esteban ajustó necesariamente sus instituciones al patrón de los Estados occidentales; mas, por fortuna para la nación, dió pruebas de una discreción rara, que lo llevó á imitar á sus vecinos sólo en aquello que era beneficioso ó indispensable, mientras que rechazó sus errores y rehusó introducirlos en su propio país. En ese período dominaba el feudalismo, aunque degenerado, en todo el Occidente, salvo en Inglaterra. Era un sistema que no permitía el desarrollo del poder central; y los países sometidos á él estaban dividi-

dos en partes unidas por débiles lazos, cada una de las cuales reconocía un señor casi independiente que, aunque debía su condado ó ducado á su rey, y lo poseía y gobernaba en virtud del poder delegado, era, no obstante, bastante poderoso para desafiar impunemente al soberano mismo. Sin hablar de la deplorable desmembración de Italia, baste decir que Francia estaba dividida en cerca de cincuenta y Alemania en cinco pequeños principados de ese carácter. Los reyes podían usar su título, y deslumbrarse con el esplendor de su realeza, pero de la plenitud de su poder rara vez podían vanagloriarse, y eso momentáneamente.

El principal objetivo de Esteban era enaltecer el poder real haciéndolo lo más independiente posible de restricciones de parte del pueblo, é introducir las instituciones que pudieran ser más eficaces para la defensa de la integridad y unidad de la nación y del país. Dejó á los nobles—á los descendientes de los que habían tomado posesión del suelo en la época de la conquista de Hungría—en el goce tranquilo de sus antiguos privilegios; no restringió sus derechos, pero tampoco consintió que fuesen una rémora para él. Con respecto á sus propiedades sólo introdujo una innovación, que fué cambiarlas de posesiones de tribu en posesiones individuales, usando de su autoridad regia para proteger á todo hombre en la posesión de los bienes que le hubiesen cabido. Los nobles se gobernaban á sí mismos, elegían por sí propios á los encargados de administrar justicia entre ellos, y el rey no intervenía sino cuando era llamado á juzgarlos por instancia especial suya. Los nobles tuvieron siempre libre acceso cerca del soberano, no sólo durante el reinado de Esteban, sino varios si-

glos adelante. La nobleza estaba exenta de todo pago de impuestos al tesoro real, y no se incorporaba al ejército del monarca más que cuando el país se veía amenazado por un enemigo extranjero, ó cuando ella voluntariamente ofrecía sus servicios.

Como el gran poder de la nobleza basábase en la posesión de propiedades territoriales libres, Esteban cuidó de afirmar el suyo con el contrapeso de amplios dominios. Los miembros de la familia real eran ya propietarios de haciendas privadas de considerable extensión, y á ellas añadió el rey ahora aquellas vastas porciones de territorio, diseminadas por todo el reino, y especialmente á lo largo de la frontera, que no tenían dueño, ni convenía que pasaran á manos particulares, por no ser suficiente para ocuparlas la escasa población húngara. Estos dominios, débilmente habitados en su mayoría por pueblos indígenas sometidos, que hablaban sus propias lenguas, y cuya colonización por extranjeros fué objeto de especial atención para los reyes, quedaron declarados ahora propiedad del Estado, y, en tal concepto, tomó posesión de ellos Esteban, y los administró. Dividió esas posesiones en pequeños dominios llamados en latín *comitatus*, condado, y en húngaro *megye*, circuito, y colocó á la cabeza de la administración de cada uno un oficial real titulado *comes*, conde. Esos distritos dieron origen posteriormente al sistema condal, que tan importante papel debía representar en la historia del país; pero en su origen no respondían sino á un doble objetivo financiero y militar. Parte del pueblo que vivía en estas tierras reales tenía que entregar al tesoro regio un tanto de su producto, mientras que otra parte estaba obligada de por vida al servicio militar. De esta manera los

condados reales proporcionaban una especie de ejército permanente, siempre á disposición del monarca, á la vez que las rentas necesarias para el sostenimiento de ese ejército.

Esteban halló también otros medios de llenar su tesoro, y de aumentar sus fuerzas militares. Las rentas procedentes de las minas y de la acuñación de la moneda afluían á las arcas reales; el soberano recibía además una trigésima parte del valor de toda mercancía, derechos de mercados en las ferias, y derechos de peaje, pontaje y barcaje. Las ciudades y los territorios privilegiados pagaban impuestos, y, en un día dado, enviaban presentes al rey. Esteban aumentó juntamente sus fuerzas militares, dando en feudo á particulares—en su mayoría nobles, naturales ó extranjeros, de escasos recursos—extensos dominios, con la obligación de unir al ejército del rey, en caso de necesidad, un número fijo de hombres armados. Los Pechenegas, Szeklers y Ruthenos, establecidos á lo largo de los confines como guardias fronterizas, estaban obligados igualmente al servicio militar, y hasta las ciudades reales enviaban su contingente de tropas equipado por ellas. Esta breve enumeración de los medios empleados por Esteban para consolidar su trono, probará con evidencia que arbitró abundantes recursos para mantener el poder real, tales como no los tenía entonces ninguno de sus vecinos ni aun de los soberanos de los países más occidentales.

La corte era centro y fiel espejo de ese poder real; y, en su organización y régimen, cuidaba Esteban de imitar á las cortes extranjeras, no sólo en sus rasgos principales, sino á veces hasta en los más minuciosos pormenores. Le sirvió de modelo especialmente la

corte de su imperial cuñado, Enrique II de Alemania. Así, se admitía que la persona del rey era sagrada, y toda ofensa al que constituía la encarnación de la majestad del Estado se miraba como un crimen que debía pagarse con la pérdida de la fortuna y de la vida. El rey estaba por cima de todos los seres, y aun por cima de la ley. Esteban se rodeó de hombres distinguidos del reino, seglares y eclesiásticos, y, ayudado por su consejo, administraba los asuntos del país; pero su palabra y su voluntad eran ley para todos. Entre los funcionarios de su corte figuraban un jefe palatino, un juez, un intendente, y otros varios, que, en parte, le asistían en el gobierno del Estado, y, en parte, proveían al bienestar de la corte. Hasta un período muy posterior, después de un lapso de siglos, no se convirtieron en dignidades del reino los cargos de palatino, juez y tesorero.

El gobierno de la nación en tiempo de paz no exigía grandes cuidados ni molestias, porque la jurisdicción directa del rey y de la corte no se extendía sino á los dominios ó condados reales y á las ciudades reales poseedoras de privilegios. La Iglesia y la nobleza se gobernaban á sí propias, y sólo recurrían al rey en casos de apelación. Las ciudades reales confiaban la gestión de sus asuntos á los jueces y magistrados elegidos por ellas mismas; mientras que la masa del pueblo, compuesta de las varias clases de siervos y villanos, estaba completamente sujeta á la autoridad y jurisdicción de los propietarios del suelo. El siervo podía moverse libremente, pero no podía emanciparse nunca de la tutela de los propietarios territoriales. La nación húngara se componía de los mismos estratos sociales que se encontraban por doquiera en el Occidente, y el crecimiento de esos estratos seguía

la misma dirección, aunque diferenciándose en un punto: la relación de los grandes propietarios territoriales—la nobleza—con su rey. Á estas relaciones excepcionales debe atribuirse el hecho de que los cambios políticos del país no corriesen por cauces paralelos á los de los otros Estados occidentales. Esteban no otorgó á su pueblo ninguna constitución completa; el desarrollo de la nación fué obra de los siglos. Pero el país le debe el beneficio de haber organizado el Estado de tal manera que, á la vez que nada se oponía al libre y sano desenvolvimiento de sus instituciones políticas, era tal su fuerza inherente, que ha podido resistir con éxito á los varios y graves choques á que ha estado sujeto en el curso de cerca de mil años.

El país prosperó durante el largo reinado de Esteban, gracias á su trabajo infatigable y á la rara moderación con que supo templar su celo apasionado. La nación se familiarizó gradualmente con los cambios introducidos, y empezó á aceptar el nuevo orden de cosas, aunque sin poder dar al olvido completamente los antiguos tiempos. Las viejas memorias revivían muchas veces; y, sobre todo, los que se inclinaban ante la corona y la cruz á la fuerza, y no por convicción, estaban llenos de ansiedad por las incertidumbres del porvenir. Esteban comprendió perfectamente los sentimientos y preocupaciones de su pueblo, y evitó todo acto y sorteó con habilidad todas las dificultades que podían tender á excitar sus pasiones. Se penetró bien de que sólo el tiempo podía dar estabilidad á las instituciones que había creado, y que se necesitaban años de paz y de continuos esfuerzos para consolidar su obra. Así dos grandes objetos preocuparon su espíritu continua-

mente, aun en los días de la vejez: en primer lugar, defender el reino contra peligros exteriores; y en segundo, procurarse un sucesor á quien poder confiar seguramente la continuación de la obra comenzada.

El destino le negó el cumplimiento de ambos. Mientras reinó su cuñado Enrique II, hubo paz entre Hungría y Alemania; pero la muerte del último en 1024 rompió los vínculos de amistad que habían unido á los dos pueblos. Los sentimientos de Conrado II hacia el reino de Hungría eran muy diferentes de los manifestados por su antecesor, y no tardó en darlos á conocer, reclamando, en virtud de su prerrogativa imperial, la soberanía sobre el reino de Esteban. Conrado, con su aliado el duque de Bohemia, y con las fuerzas reunidas de su vasto Imperio, comenzó la guerra en 1030, é invadió con sus ejércitos el país por ambas orillas del Danubio hasta el Gran y el Raab. Esteban no se desalentó; antes bien creció su valor con los peligros que lo rodeaban. Ordenó al pueblo, en toda la extensión del territorio, ayunar y orar, no sólo por hallarse comprometido su reino, sino amenazada además la independencia de la Iglesia húngara por las fuerzas imperiales. Los que miraban con indiferencia la causa de la corona y de la Cruz, encontraban un estímulo para su entusiasmo en la noble satisfacción de combatir por la dignidad y libertad nacional. Entre aquellas de las naciones de Occidente que durante largo tiempo se habían visto asediadas por las expediciones militares de los Húngaros, el pueblo alemán, poseído de su fuerza, fué el primero en volver las armas contra los antiguos agresores. Pero el ataque de Conrado se estrelló contra las fuerzas unidas de la nación y el rey,

entre quienes el peligro de fuera habia restablecido la más completa armonia; y asi el emperador de Alemania tuvo que abandonar el pais el otoño del mismo año en que penetró en són de guerra, regresando abatido á Alemania después de una campaña desastrosa, en vez de los triunfos esperados. Al año siguiente se concluyó la paz, y el emperador reconoció la independencia del joven pero poderoso reino.

El hijo de Conrado, que después le sucedió en el trono imperial con el nombre de Enrique III, visitó á Esteban en su corte para estrechar los lazos de amistad entre los dos pueblos. El peligro habia pasado en cuanto al presente, mas las aprensiones de Esteban estaban lejos de calmarse, cuando reflexionaba en el porvenir. La paz concluida recientemente no le satisfacia; nada garantizaba su conservación, ni él tenia confianza de que fuese duradera, porque sabia bien que los reyes alemanes, mientras ciñesen la corona imperial, no dejarian de repetir sus atentados contra la independencia del joven reino. Tan sombrias reflexiones llenaban á menudo su alma de desaliento, y entonces temia á veces que la nación no fuese bastante fuerte para resistir los peligros que la amenazaban, ó que, si vencia, se volviese con exageración, en la embriaguez del triunfo, contra las innovaciones que le habian atraido enemigos de fuera.

Todas sus esperanzas se cifraban en el duque Emerico, su hijo único, que, bajo los auspicios del piadoso obispo Gerardo, se hizo un hermoso mancebo, lleno de promesas, en quien su apasionado padre descubria todas las cualidades que ambicionaba en él para bien de la nación. El joven principe era ce-

losísimo de su fe; su piedad rayaba casi en frenesí, y se apartaba del mundo, desdeñando sus alegrías y sus luchas destructoras, y buscando la salvación de su alma en la abnegación y en la mortificación de la carne. Era á la verdad santo hijo de un santo padre, mas no nacido para gobernar como convenía al hijo de un gran rey. Prefería el claustro al trono regio, y lejos de heredar las virtudes apostólicas de su augusto padre, más se inclinaba á seguir los extravíos de la edad en que vivía. Pero el anciano rey, deslumbrado por el resplandor de la santidad de su hijo, no veía su insuficiencia. Tenía fe en él, porque en él veía su única esperanza. Á fin de prepararlo convenientemente para su real misión futura, se decidió á dejarle por escrito la experiencia alcanzada en su largo y benéfico reinado, y el saber y la bondad que atesoraban su mente y su corazón. El tiempo, que todo lo devora, ha respetado, no obstante, esas instrucciones, que aun hoy día deleitan y enseñan como una de las más preciosas reliquias de aquella edad. El lector verá con gusto seguramente algunas muestras de esas exhortaciones:

«Querido hijo—escribía Esteban—no puedo resistir al deseo de darte consejos, instrucciones y preceptos para dirigirte y dirigir á tus súbditos... Procura obedecer cuidadosamente los mandatos de tu padre, porque, si los desprecias, es que no amas á Dios ni al hombre. Sé, pues, sumiso, hijo mío; te has criado en medio de delicias y tesoros, y nada sabes de los arduos trabajos de la guerra y de los peligros de invasiones hostiles por parte de pueblos extranjeros, en que casi toda mi vida se ha pasado. Es llegada la hora de que abandones esas almohadas de voluptuosidad que sólo son buenas para hacerte

poltrón y frívolo, disipar tus virtudes y fomentar los pecados. Fortalece tu alma para que pueda escuchar atentamente mis consejos.»

Después de extenderse en diez párrafos sobre el capítulo de sus instrucciones, continúa así: «Te aconsejo y amonesto, sobre todo, que conserves la fe apostólica y católica, si quieres que se respete tu real diadema, y que des á tus súbditos tales ejemplos que el clero pueda llamarte cristiano con justicia... porque el que no adorna su fe con buenas acciones — en el supuesto de que es cosa vana la una sin las otras — no puede gobernar con honor.»

Luego establece Esteban reglas de conducta hacia los magnates del reino, los señores seglares, los altos dignatarios y los guerreros, en los términos siguientes: «Son, querido hijo, tus padres y hermanos; no los llames ni los hagas tus siervos. Que combatan por ti, pero que no te sirvan. Gobiérnalos tranquila, humilde y suavemente, sin cólera, ni orgullo, ni envidia, acordándote de que todos los hombres son iguales, de que nada enaltece tanto como la humildad, ni hay cosa más degradante que el orgullo y la envidia. Si fueres manso, todos te amarán y te llamarán excelente rey; pero, si fueres irritable, dominante y envidioso, y mirases por cima á los nobles, el poder de los guerreros debilitará tu autoridad regia, y perderás tu reino. Gobiérnalos con tus virtudes, de suerte que, inspirados por el amor, se mantengan adictos á tu dignidad real.»

Después recomienda, sobre todo, paciencia é indagación escrupulosa en la administración de justicia, con estas palabras: «Siempre que venga á ti una causa capital ú otra cualquiera de gran importancia, no seas impaciente, ni fíes en juramentos antes de

que el acusado sufra el castigo. No te apresures á pronunciar el juicio tú mismo, no sea que con ello se gaste y menoscabe tu real dignidad, sino antes bien deja la causa en manos de los jueces regulares. Teme las funciones y hasta el nombre de juez, y regocíjate mejor con ser y recibir el nombre de rey justo. Los reyes pacientes gobiernan; los impacientes oprimen. Cuando hubiese, no obstante, una causa que debiere ser fallada por ti, juzga indulgente y pacientemente para realzar la fama y gloria de tu corona.»

Hablando de los extranjeros establecidos en el país, dice: «El Imperio romano debió su engrandecimiento, y los que lo gobernaron su gloria y poder, principalmente á la multitud de hombres sabios y nobles de todas las partes del mundo que reunieron dentro de sus fronteras... Los extranjeros, que de diversos países y lugares vinieron á establecerse aquí, trajeron consigo diversidad de lenguas, costumbres, cosas instructivas y armas, que han contribuído al ornato y esplendor de la corte real, teniendo á raya juntamente á los poderes exteriores. Un país que no habla más que una lengua, y en donde dominan costumbres uniformes, es débil y frágil. Te encargo, pues, hijo mio, que trates decorosamente á los extranjeros, de modo que vivan más á gusto contigo que en ninguna otra parte. Porque, si tú destruyeses lo que yo he edificado, y dispersases lo que yo he reunido, tu reino sufriría gran detrimento á no dudar.»

La preferencia de Esteban por los inmigrantes no degeneró en menosprecio de las antiguas costumbres, porque concluye así: «Es gloria própia de un rey respetar las leyes de los antepasados é imi-

tar á los antecesores dignos de veneración. El que tiene en menos las decisiones de sus predecesores no observará las leyes divinas. Ajústate, pues, querido hijo, á mis instituciones, y sigue sin vacilar mis costumbres, que son conformes á la dignidad real. Difícil te sería gobernar un reino de este carácter sin seguir los precedentes establecidos por los que gobernaron antes que tú. Amóldate, por consiguiente, á mis costumbres, de forma que seas reputado el primero entre los tuyos, y merezcas las alabanzas de los extraños... El soberano mal aconsejado, que se desdora con crueldades, en vano se llama rey; más bien le cuadra el nombre de tirano. Yo, pues, te ruego y encarezco, hijo querido, delicia de mi corazón y esperanza de la generación futura, que ante todo seas bondadoso, no sólo con tus parientes, con los príncipes y los duques, sino también con tus vecinos y súbditos; que seas suave y clemente, no sólo con el poderoso, sino con el débil; y, en fin, que seas fuerte para que no te engría la fortuna ni te abata la desgracia. Sé humilde, moderado y generoso, sé honrado y modesto, porque estas virtudes son los principales adornos de la diadema real.»

Pero el joven duque no estaba destinado á realizar las esperanzas de su apasionado padre. En el mismo año (1031), y en el mismo día—dicen las crónicas—en que Esteban pensaba ver ungido á su hijo ante la nación como sucesor suyo, los misteriosos designios de la Providencia lo arrebataron de repente de este mundo. En vez de la corona del poder terrenal, su vida inmaculada, marchita en flor, debía recibir el galardón de la salvación eterna.

Este golpe cruel postró en el lecho al anciano monarca, ya achacoso, y desde ese instante hasta el día

de su muerte no pudo recobrar sus fuerzas corporales ni espirituales. Huérfano de toda esperanza, y entregado á su gran dolor y á sus dudas desoladoras, buscaba perplejo en torno suyo alguien sobre cuyos hombros pudieran descansar los cuidados del reino después de su ausencia. Aun vivían los descendientes de su tío Miguel, y en ellos recayó su elección, dado que poseían justos títulos para sucederle en el trono. Pero su intento fué contrariado por la corte, donde los extranjeros, agrupándose al rededor de la reina Gisela, habían adquirido el predominio, y apelaban ahora á toda clase de medios reprobados para obligar al decrépito monarca á designar por sucesor al duque Pedro, que residía en la corte, y era hijo de una de las hermanas del rey, y de Otón Urseolo, el dux de Venecia. Cedió por último; y de esa suerte la nave del Estado, que había dirigido él durante cerca de medio siglo con fuerte brazo y gran circunspección, se vió lanzada en una corriente peligrosa. Esteban fué el fundador del reino de Hungría; á otros estaba reservada la misión de defenderlo y consolidarlo. Él murió en 1038, el día de la Ascensión de María, aniversario de aquel en que, 38 años antes, había ceñido la corona.

El día de su muerte reunió Esteban á su alrededor á sus cortesanos y á los magnates del país, y encomendó el reino á sus cuidados; pero, como si desconfiase de ellos, en su postrera oración puso la Iglesia y el reino fundados por él bajo el patrocinio de la Santa Virgen María. Cinco siglos después, Esteban era canonizado y colocado en el número de los santos por la Iglesia de Roma, y el pueblo celebró como una gran fiesta nacional la exaltación de su primer rey y apóstol. El tiempo ha respetado la mano de-



TRAJES HÚNGAROS DEL SIGLO XVI

recha de San Esteban y la corona que su piedad le conquistó, pero el más brillante y noble monumento que se erigió á sí mismo es la creación de una república cuyas libres instituciones y cuya fuerza é independencia han sobrevivido inalterables á las tempestades de cerca de nueve siglos.

CAPÍTULO VII

LOS REYES DE LA CASA DE ÁRPÁD

La corona de San Esteban permaneció en la dinastía de Árpád durante tres siglos. Los reyes de este linaje erigieron el soberbio y sólido edificio de la Iglesia y el Estado húngaros sobre los cimientos puestos por el primer gran rey de la casa. Mantuvieron la libertad de la nación y la independencia del país contra los ataques repetidos de los Imperios oriental y occidental, contra la paternal inmixtión de los papas, y contra los bárbaros que invadieron á Europa por el Oriente, y cuyas devastaciones amenazaban con una completa destrucción cuanto hallaban en su camino.

Pero, mientras rechazaban con brazo pronto y vigoroso todos los ataques hostiles, de dondequiera que partiesen, tendían de buen grado una mano amistosa y hospitalaria á los que iban á establecerse en el país con intenciones pacíficas, y llevaban consigo las valiosas semillas de la cultura occidental. Por lo que hace á los Húngaros, á duras penas podían desprenderse de sus antiguas costumbres, y continuaban siendo el elemento marcial de la nación,

habituado á la guerra y á dar su vida en los campos de batalla; pero las poblaciones que habian emigrado de Occidente, protegidas por inmunidades reales, fueron las madres de una vida civil laboriosa y próspera, y echaron los cimientos de la civilización de Hungría.

Algunas que otras reliquias monumentales, respetadas por la mano del tiempo, pregonan hoy la riqueza y el gusto artístico de aquellos siglos remotos; y las escasas palabras que se leen en rancios y apolillados pergaminos encomian explícitamente las ciudades de aquella época, como emporios animados de actividad industrial y próspero comercio. Por la lista de las rentas anuales de Bela III — uno de los monarcas de la dinastía arpádica, y de los que rigieron la nación en el siglo XII — lista sometida por él á la consideración del rey de Francia, al pedirle la mano de su hija, supo con asombro el Occidente civilizado la enorme riqueza del soberano que reinaba cerca de los confines orientales del mundo occidental. Y esa riqueza del rey no era más que un reflejo de la prosperidad del pueblo. Durante la era de los Árpád, Hungría superó á más de un país del Occidente en riqueza y poder; y en la obra de la civilización, ó anduvo mano á mano con ellos, ó siguió fielmente sus huellas.

Produjeron estos 300 años grandes reyes, distinguidos por sus talentos, carácter y perfecciones, los cuales hicieron fuerte y floreciente su patria; pero también produjeron soberanos débiles y frívolos, cuyas faltas oscurecerán por siempre su memoria. La posteridad, no obstante, guarda el recuerdo de todos con igual piedad, y se ha acostumbrado á mirar el periodo entero á la luz que proyecta sobre él

el brillo de los grandes reyes. No es de extrañar, pues, que los antiguos cronistas, al describir los acontecimientos de esa época, se hayan dejado llevar por su piedad á interponer en el texto primorosos cuentos y leyendas para ensalzar la gloria de los grandes reyes, y atenuar las faltas de los débiles y frágiles.

En tres periodos puede dividirse la historia de estos tres siglos. El que comprende los dos primeros puede llamarse el periodo heroico de la joven monarquía, durante el cual se resistió victoriosamente así á los enemigos de fuera como á los de dentro, se rechazaron los ataques de las naciones vecinas, y se dominaron las rebeliones del paganismo.

El segundo comprende la primera parte del siglo XIII. Durante este periodo el poder real entró en una fase de decadencia, y fué impotente para asegurar el respeto á la ley y el cumplimiento de sus mandatos. En este tiempo además la nobleza arrancó á la monarquía una carta llamada la Bula de Oro, confirmando sus inmunidades.

Durante el tercer periodo se elevó al poder una oligarquía reclutada de las filas de la nobleza, que vino á ser el azote de la nación, desafiando al poder real y hollando toda ley. El desenfreno de esta clase arruinó al país, el cual estuvo entonces muy próximo á convertirse en presa de los Mongoles, que hicieron una invasión inesperada. Salvóse el reino, no obstante, de una completa destrucción, gracias á la abnegación de uno de sus grandes reyes y á un feliz concurso de circunstancias.

Pronto se vió cuán fundados eran los recelos que asaltaron el alma de Esteban al cerrar los ojos en el eterno sueño. Apenas habían pasado cuatro años

desde su muerte, cuando los ejércitos del emperador alemán estaban ya camino de Hungría; y en otros cuatro años alzóse el paganismo en formidable rebelión con el propósito declarado de destruir la nueva Iglesia y el nuevo reino.

Pedro (1038-1046), el sucesor de Esteban, que era de origen extranjero y de un carácter frívolo y altivo, despreció á los rudos é inciviles húngaros, y se rodeó de extranjeros — inmigrantes alemanes é italianos — los cuales se repartieron las principales dignidades del Estado, devoraron la riqueza del país y abatieron el espíritu del pueblo. La nación no toleró mucho tiempo ese desorden. La feroz aversión y la exasperación con que miraba todas las cosas extranjeras se desahogó contra Pedro, á quien expulsó de Hungría, eligiendo en su lugar un monarca del país, Samuel Aba (1041-1044), cuñado del rey difunto.

Pedro no renunció á su perdido poder, sino que pidió auxilio al emperador de Alemania, y al punto lo obtuvo. Enrique III, con sus tropas alemanas, abrió camino hacia el trono secuestrado; y como Samuel Aba quedase en el campo de batalla, al marchar contra el enemigo, Pedro ciñó por segunda vez la corona de San Esteban, no sin prestar ahora juramento de fidelidad al emperador. Así pasó Hungría á ser, por el momento, un Estado vasallo del Imperio alemán. Pero fué breve el vasallaje, porque apenas había traspuesto el emperador el país, cuando se desencadenó con más furia que nunca contra Pedro la indignación nacional. Esta vez, sin embargo, la ira no fué sólo contra su persona, sino que amenazó destruir cuanto se opusiese al antiguo orden de cosas, y produjo una acerba contienda contra el cristianis-

mo y contra la dignidad real. Pedro hubiera huído entonces voluntariamente de sus perseguidores, mas fué prendido, encerrado en una prisión y privado de la vista. En vano lamentó ahora, desde el abismo de su miseria, el aturdimiento con que había desencadenado aquella tempestad de las pasiones que le arrebató su trono, la luz de sus ojos y la libertad.

El jefe de la rebelión pagana era Vatha. Por su orden se arrojaron teas encendidas en las iglesias y monasterios, se destruyeron las cruces, y se redujo á ruinas todo lo que proclamaba la nueva fe; y por consejo suyo se enviaron embajadores á los duques de la casa de Árpád, que, á la muerte de Esteban, habían buscado refugio en países extranjeros, para instarlos á volver á la patria y restaurar el régimen antiguo. El rey Andrés I (1046-1061), á quien se había ofrecido el supremo poder, y que, durante su destierro en Rusia, se había casado con la hija del príncipe de Kiev, se rindió inmediatamente á las intimaciones, mas no para someterse á las prescripciones del paganismo, sino para gobernar de acuerdo con los principios y según el espíritu de su ilustre pariente el rey Esteban. Por el pronto, naturalmente, tuvo que transigir con las violencias, matanzas y devastaciones del paganismo; pero en cuanto se sintió seguro de su nuevo poder, y especialmente después de haber fijado su residencia en Stuhlweissenburgo, capital entonces del país, donde podía reunir en torno suyo los habitantes cristianos del Occidente, que eran allí muy numerosos, volvió de súbito sus armas contra los rebeldes paganos, dispersó sus ejércitos, prendió á sus jefes, y aniquiló la rebelión con despiadada severidad.

La doble cruz volvió á brillar triunfante, pero la

corona seguía amenazada. Después de la derrota del paganismo el emperador Enrique III envió mensajeros á Andrés, pidiéndole satisfacción por las crueldades de que había sido víctima Pedro, é invitando al rey á renovar el juramento de fidelidad al emperador de Alemania. Andrés comprendió que, de no mantener la independencia del país y la dignidad de la corona, corría el riesgo de perder el trono. Rechazó, pues, las pretensiones de Enrique, y se aprestó á la defensa. Al mismo tiempo llamó á su hermano Béla (Adalberto), que, durante su destierro en Polonia, se había distinguido notablemente como soldado, y obtenido, en recompensa de sus servicios militares, la mano de una hija de Micislao. Andrés disfrutaba de poca salud, y no se decidía á afrontar por sí solo la tempestad próxima. Necesitaba tener á su lado el brazo vigoroso de su valiente y poderoso hermano, cuya sola presencia era suficiente para inspirar á la angustiada nación confianza y esperanza. Dió á Béla un tercio del reino, y, no teniendo sucesión, le prometió la corona después de su muerte. Ni Andrés ni la nación fueron defraudados por el duque Béla, á quien el pueblo juzgaba irresistible. En vano reunió Enrique III toda la fuerza armada de su Imperio, y la lanzó sobre Hungría tres veces seguidas (1049-1052); en todas las campañas recibieron los invasores golpes mortales de mano del duque. Su triunfo fué tan completo, que el emperador se vió precisado á proclamar solemnemente la paz, volviendo á reconocer la independencia del reino.

No fué dado á Hungría disfrutar mucho tiempo de la paz que siguió á su salvación casi milagrosa. Disensiones intestinas sucedieron á los peligros que amenazaban de fuera; y esta vez las contiendas no

tuvieron su origen en el pueblo, sino en la misma familia real.

Toda la gloria de los importantes resultados de las últimas guerras, de la expulsión del enemigo fuera del país, y de la feliz conjuración de los peligros que asediaban á la patria, cifrábase en la persona del duque Béla. La nación miró con amor y admiración la caballeresca figura de su favorito, cuya popularidad fué tan grande que eclipsó por completo la de Andrés, á pesar de todo su poder regio. Esa popularidad del hermano hirió los sentimientos de Andrés, que no pudo menos de temblar al conocerla. Pero no lo turbaba sólo la popularidad de su hermano. Durante la guerra le había nacido un hijo á quien puso por nombre Salomón, y ahora se arrepentía de lo prometido á Béla. Deseaba que le sucediera en el trono su hijo, y, para mayor seguridad, quiso que, á pesar de su tierna edad, fuera coronado. No satisfecho con esto, sino temiendo que Béla, resentido por tal conducta, pudiera levantarse contra Salomón en el porvenir, desposó á su tierno vástago con la hija del emperador recientemente humillado, á fin de asegurar á Salomón el poderoso auxilio del emperador alemán contra los ataques de Béla. Cada movimiento de Andrés era dictado por el temor, y en todo veía motivos para temblar.

Lo que más lo preocupaba era que su hermano jamás había dicho una palabra sobre sus quejas y agravios. Andrés se preguntaba frecuentemente si Béla era sincero en su aparente indiferencia, ó si, bajo ese exterior tranquilo, no abrigaba peligrosos designios contra él y contra el joven Salomón. Resolvió, pues, poner á prueba su sinceridad. Él andaba enfermizo, y pretextó sus dolencias para llamarlo á la corte. Lo

recibió con palabras bondadosas; le confió sus recelos; apeló á su generosidad, y le aseguró repetidas veces que no pensaba atentar á sus derechos por los actos realizados á favor de Salomón. Andrés concluyó diciendo que dejaba á Béla decidir si preferiría sucederle en el trono, cuando muriese, ó quedaría satisfecho con permanecer al lado de su hijo como jefe militar de la nación y protector del reino. Las antiguas crónicas refieren que, habiendo acabado su insinuante discurso, Andrés colocó ante Béla la corona real y una espada, exhortándole á que eligiese entre las dos.—«Tomo la espada—exclamó Béla, sin poder ocultar su indignación—porque, si ambicionase la corona, con la espada podría obtenerla siempre.»

Desde entonces la enemistad de los dos hermanos fué irreconciliable. La nación se declaró por Béla. El emperador de que se ha hecho mérito antes había muerto, y ocupaba un niño el trono de Alemania. Andrés había enviado algún tiempo antes á la corte alemana á la reina y á su hijo, y ahora marchó contra Béla, que estaba preparado para salir á su encuentro. Los dos hermanos se hallaron frente á frente cerca del Theiss, y Andrés perdió la batalla y la vida, mientras que Béla fué proclamado rey en el campo de acción.

Béla y su familia ocupan un puesto esclarecido en la historia del primer siglo del reino húngaro. Él, dos de sus hijos y uno de sus nietos estaban destinados á defender con fortuna el país, á pacificar la nación, y á completar las creaciones de Esteban, prosiguiendo la obra del gran rey. Todos ellos estaban dotados de eminentes cualidades para la gran empresa que les cupo en suerte. El heroísmo, la de-

voción y la sabiduría del padre pasaron á los hijos, en quienes resplandecieron las virtudes heredadas con una luz cada vez más brillante y pura. Fueron celosos guardianes de su reino, devotos cristianos, y se consagraron con alma y vida á su nación, que contempló con deleite en sus reyes la encarnación de sus mejores cualidades. La imaginación popular vuelve á ellos después del transcurso de los siglos, y se recrea en hacer de sus excelsas figuras héroes de leyendas fabulosas. De aquí que los acontecimientos que acerca de esos príncipes consignan las crónicas, aparezcan casi desvanecidos entre las esplendorosas creaciones poéticas de la fantasía popular.

Corto fué el reinado de Béla I (1061-1063), pero en ese breve período consiguió prestar á su patria importantes servicios. Cuando él ocupaba el trono, el paganismo levantó una vez más la cabeza bajo la dirección de Jacobo, hijo de aquel Vatha á quien se había dado muerte durante el reinado de Andrés. Jacobo excitó á la multitud contra el cristianismo y la monarquía, pero Béla sofocó el levantamiento en su origen. Fracasada esta última tentativa del paganismo, quedó enteramente quebrantado su poder, y perdió por completo su ascendiente sobre la imaginación y las pasiones del pueblo. Todavía hubo algunos que continuaron acudiendo secretamente á los lugares sagrados de las espesuras, pero sus perseguidores los asediaron aun en esos santos lugares, hasta que al fin el fuego sagrado que ardía en los altares erigidos y visitados en secreto, fué completamente extinguido por las leyes dictadas bajo los reyes Ladislao y Coloman.

La corte imperial de Alemania hizo enérgicos esfuerzos por colocar á Salomón, su protegido, en el

trono de San Esteban. Se reunieron ejércitos, y se enviaron contra Hungria, con la esperanza de afirmar sobre el reino la supremacia imperial, tan inútilmente proclamada hasta entonces. La nación se apartó del joven Salomón, frivolo y mal educado, y en quien sólo veia un instrumento del poder alemán. La voz del pueblo designó entre los hijos del caballeroso Béla, bien al recto Geisa, bien al bravo y puro Ladisdao, como los principes más aptos para ceñir la corona.

Con todo, esos generosos principes, deseando salvar á su pais de las calamidades de un ataque por parte de los alemanes, abdicaron en favor del joven Salomón, y le dispensaron una amistosa acogida al subir al trono, estipulando únicamente que su primo los dejaria en tranquila posesión de su herencia paterna, que comprendia como un tercio del reino. Salomón (1063-1074) lo prometió todo, y no cumplió nada. Tenia celos de sus primos, viendo que la nación los idolatraba, y no se inclinaba ante él sino á la fuerza. En vano fué que sus reales parientes lo sostuvieran con afectuoso desinterés, y se esforzaran en prestarle el esplendor de su popularidad para alcanzarle algún favor á los ojos del pueblo. Salomón seguia viendo en ellos rivales, de cuyas garras no estaba libre su corona, en vez de hermanos, sostenedores y guardianes de su real poder. Los consejeros extranjeros envenenaban el espíritu del vacilante y veleidoso monarca contra sus jóvenes parientes, no porque dudasen del desinterés de su adhesión, sino porque sabian que los dos hermanos eran enemigos jurados de la expansión y supremacia alemana. Las crónicas nacionales abundan en alabanzas de los hechos heroicos cumplidos por Salomón en unión de

sus primos, mientras vivió en armonía con ellos, y en relatos de las intrigas que turbaron la armonía y condujeron á una completa separación. Los consejeros extranjeros del rey consiguieron suscitar sus temores y desconfianza, hasta el punto de inducirlo á pagar asesinos para deshacerse del duque Geisa. Se tendió el lazo, pero la víctima á quien se destinaba consiguió escapar. La enemiga de los padres revivió en sus hijos, y Salomón y los duques Geisa y Ladislao se hallaron frente á frente, en la misma actitud hostil que en otro tiempo Andrés y Béla. La cuestión que debía decidir la espada no era simplemente á quién pertenecería la corona, sino saber si Alemania se haría soberana ó no del reino húngaro. La suerte falló contra Salomón. Perdió la batalla de Mogyoród, y con su derrota y su caída del trono desvaneció todas las esperanzas de Alemania de establecer su supremacía sobre Hungría.

El trono vacante fué ocupado, primero, por Geisa (1074-1077), y, después de su breve reinado, por su hermano Ladislao. Salomón huyó, y pidió auxilio, ora á su imperial cuñado Enrique IV, ora al adversario del último, el papa Gregorio VII, removiendo cielo y tierra para recuperar su perdido trono. Todo fué en balde; el mal estaba hecho, y no tenía remedio. Los cronistas se complacen en adornar la historia de la vida errante y del arrepentimiento del desgraciado joven. Cuentan que, viendo el absoluto fracaso de todas sus tentativas, se penetró de aborrecimiento hacia sí mismo y hacia las ciegas pasiones que lo habían convertido en enemigo y azote de su patria; se retiró del mundo, y vivió como ermitaño para expiar las faltas de su breve juventud, haciendo penitencia el resto de sus días. Hoy se enseña, á ori-

llas del Adriático, cerca de Pola, una cueva donde se supone que Salomón pasó su vida de ermitaño. La crónica añade que vivió hasta una edad avanzada; que fué el bienhechor de los habitantes de los alrededores; que oró por su nación, y que el último voto de su alma, al expirar, fué por la felicidad de su patria.

Ladislao (1077-1095), que sucedió á su hermano mayor Geisa, fué uno de los reyes más nobles y dignos de mención del linaje arpádico. Fué grande, no sólo por los importantes hechos de su reinado, sino por sus eminentes prendas personales. Su carácter era una mezcla feliz de energía sin violencia, de reflexión sin vacilación, de piedad sin fanatismo, y de alta majestad sin orgullo. Era el héroe, el modelo y el ídolo de su nación, que jamás tuvo por ninguno de sus reyes más ilimitado afecto, más respeto ni mayor devoción. Él se identificó con su pueblo, recibió fuerza de su afecto, y lo hizo en cambio poderoso. Dió paz permanente al reino fundado por su ilustre antepasado, restauró la fe en todo su vigor, y aseguró su desarrollo. Puso término á la era de los ataques del Occidente, y aun intervino en los disturbios de Alemania, colocándose de parte del Papa contra Enrique IV. Un antiguo cronista nos dice que se le ofreció la corona de Alemania, pero la rehusó porque «no quería ser más que Húngaro».

Aunque ayudó á los papas en su contienda con Alemania, defendió, sin embargo, los intereses del reino contra las pretensiones papales. Habiéndole recordado Gregorio VII que los reyes húngaros habían obtenido la corona de uno de sus predecesores, Silvestre II, y que era bien, por consiguiente, que se sometieran á la supremacía del Pontífice, Ladislao

respondió en carta enviada al Papa, que «estaba pronto á obedecer con sumisión filial y con todo su corazón á la Santa Sede, como un poder eclesiástico, y á Su Santidad el Papa como su padre espiritual; pero que no podía subordinar la independencia de su reino á nadie ni á nada.» El rey no se apartó en sus actos de sus declaraciones, y los pontífices tenían en demasiado su alianza para creer prudente convertir su amistad en enemistad á trueque de imponerle su supremacía.

Ladislao no se limitó simplemente á defender su pueblo y su país contra ataques hostiles; trabajó por aumentar la población y ensanchar el territorio. Bajo él se incorporó Croacia al reino (1089), y, habiendo fundado un obispado en Agram, propagó la fe cristiana entre los Croatas y organizó su Iglesia. Como hacia el mismo tiempo hubiesen invadido el país por el Oriente los Kunes (Cumanos), Ladislao los derrotó, y, haciéndoles gran número de cautivos, colonizó con esos prisioneros las llanuras del Theiss. Croacia es aún miembro del reino de San Esteban, y los Cumanos han sido enteramente absorbidos por el elemento húngaro, participando de su próspera ó adversa suerte.

La historia ha conservado, en fragmentos de las leyes dictadas por Ladislao, claras pruebas de su grandeza en las artes pacíficas; juez severo y sabio capitán, defendió con su espada las benditas semillas que en tiempo de paz había sembrado. Obligó al pueblo á hacer asiento definitivamente, y, con penas severas, le enseñó á respetar las personas y propiedades. Persiguió con severos castigos á los sectarios del antiguo paganismo, y colmó de beneficios á la Iglesia cristiana. Á petición suya fueron canonizados

y colocados en el número de los santos por la Iglesia de Roma, Esteban, su hijo Emerico, y el obispo y mártir Gerardo, tutor del último.

No debemos, pues, asombrarnos si, en presencia de tal grandeza y majestad, la posteridad se abstuvo de aplicarle atributos humanos, y quiso ver en sus hechos las manifestaciones de un poder superior y divino. Así, hablando de él, dice el cronista con profunda emoción : «Era rico en amor, abundante en paciencia, jovial en sus bondades, colmado de los dones de la gracia, promovedor de la justicia, protector de la modestia, custodio de los desamparados, y sostén de los pobres y afligidos. La gracia divina lo elevó, en punto á los dones de la naturaleza, por cima del común de los mortales, porque era valiente, de brazo poderoso y de agradable presencia ; todo su aspecto parecía marcado con la fuerza y majestad del león ; era tan alto, que se veían sus hombros por cima de cuantos lo rodeaban, y, bendecido con la plenitud de los dones divinos, su aspecto pregonaba que había nacido para ser rey.» Sus restos mortales guárdanse como una reliquia en la catedral de Groswardein (Nagyvárad), edificada por su munificencia; y la piedad de la nación ha hecho del lugar de su sepultura una escena de milagros, punto de cita de devotos peregrinos. Durante siglos ha corrido entre el pueblo la tradición piadosa de que, cuando amenaza al país un peligro, el rey levanta su cabeza de piedra, y, seguido por huestes invisibles de sus valientes difuntos, combate contra los enemigos de la patria.

Aun vivía Ladislao, cuando empezó á agitar el Occidente de Europa aquel movimiento religioso que tomó la forma de una guerra santa—movimiento que

debía conservar su influjo sobre el espíritu del mundo occidental durante 200 años.—Según una tradición nacional, ofrecióse á Ladislao, como el más caballeresco de los reyes, el mando en jefe de los campeones occidentales y de los ejércitos de cruzados, pero la muerte, anticipándose, le impidió asumir la jefatura. La mayoría de los cruzados se dirigieron hacia Oriente por el valle del Danubio, atravesando Hungría, y las olas de la primera expedición llegaron al país durante el reinado de Coloman (1095-1114), el sucesor de Ladislao. Era una suerte para la nación que en aquel tiempo velase sobre sus fronteras un rey como Coloman; rey que, aunque careciese de las cualidades ideales de su predecesor, poseía, no sólo la fuerza, sino el valor necesario para proteger y defender el reino. Aun sabiendo perfectamente que su actitud provocaría la ira de los papas, y lo colocaría en oposición con la opinión pública de todo el mundo cristiano, no por eso dejó de rechazar sin contemplaciones, de las fronteras del país, el primer ejército heterogéneo, desordenado é indómito de cruzados que se acercó á ellas. Los únicos cruzados á quienes dispensó amistosa acogida, permitiéndoles atravesar su territorio, fueron las tropas de Godofredo de Bouillón, pero no sin exigir las más absolutas seguridades de su buen comportamiento. Sólo la energía de Coloman salvó al país de verse arrollado por el movimiento, y evitó que se turbara su paz interior no consolidada aún firmemente.

Pero, á la par que velaba por los intereses del país con mirada vigilante, inalterable ánimo y brazo firme, todavía hallaba tiempo y ocasiones para acrecentar el territorio del reino. Completó en Croacia las conquistas empezadas por Ladislao, y agregó á las

nuevas adquisiciones Dalmacia, arrancada á la república de Venecia. Coloman fué el primer monarca húngaro que se tituló rey de Croacia y Dalmacia.

Conquistó este rey la admiración de los contemporáneos y de la posteridad, no sólo como caudillo de los ejércitos, sino como gobernante cuya erudición



SELLO DEL REY COLOMAN

y sabias leyes debían perpetuar su memoria. Estas cualidades le granjearon el epíteto de *Könyves* (erudito) ó el docto rey Coloman. Las crónicas lo ensalzan por haber puesto diques con la ley á la persecución de las brujas, y por haber declarado en una de sus leyes: «No hay que hablar de brujas, puesto que no existen.» Concedió gran atención á la administra-

ción de justicia, y entre sus leyes se nota la siguiente admirable advertencia dirigida á los jueces: «En la balanza de la justicia debe pesarse todo tan solicita y escrupulosamente, que ni se condene por odio la inocencia, ni se proteja el pecado por amistad.»

Los últimos años del reinado de Coloman fueron acibarados por la ambición de su hermano Álmos, que codiciaba el trono. El enérgico y sabio rey, que había empleado toda su vida en consolidar la gloriosa obra empezada por Esteban, vió con sentimiento hasta qué punto tendía á desarraigar las plantas, que él tan solícitamente había cuidado, la inquieta ambición de individuos particulares. El duque Álmos se alzó tres veces en rebelión contra su regio hermano, y no rechazó en esas ocasiones auxilios de fuera. Coloman lo derrotó siempre, y siempre lo perdonó. Pero, viendo que ni su poder ni su magnanimidad eran parte para detener al incorregible duque, que de nuevo reunia un ejército contra él, mandó encerrarlo, juntamente con su joven hijo Béla, en una prisión, donde ambos fueron privados de la vista. Esta negra y cruel hazaña, cuya ferocidad sólo puede atenuarse por la rudeza del tiempo, fué el último acto de Coloman: acto que, ante la idea de la justicia futura, no pudo menos de turbar la tranquilidad de su descenso al sepulcro.

Las rebeliones de Álmos iniciaron el período de las contiendas civiles, que continuaron por espacio de 200 años hasta que empezó á extinguirse la casa de Árpád. Esas contiendas ofrecieron á los emperadores griegos ocasión de intervenir en los asuntos de Hungría, y de intentar la extensión de su supremacía sobre el reino, á la vez que debilitar la autoridad real; elevaron el poder de los oligarcas, y minaron los

cimientos de las instituciones fundadas por Esteban.

Álmos, el duque ciego, proyectó un nuevo levantamiento contra el hijo y sucesor de Coloman, Esteban II (1114-1131), pero, descubierta la conjuración, huyó á la corte griega en busca de protección y auxilio. Ya se avistaban á orillas del Danubio los ejércitos húngaro y griego, cuando la muerte repentina del duque Álmos evitó la efusión de sangre.

Su hijo Béla II (1131-1141), á quien también se había dejado ciego, subió al trono después de la muerte de Esteban II, pero no se preocupó de apaciguar la inquietud del pueblo ni restaurar la paz en el país. Un solo pensamiento dominó su alma, sumida en las tinieblas: el de vengarse de los que le habían arrebatado á él y á su padre la luz del día. Sus vengativos sentimientos fueron fomentados por su varonil esposa Ilona, la hija del príncipe de Serbia, por cuyo consejo convocó la Dieta en Arad, en los confines meridionales del país, con el solo propósito de vengarse en esta ocasión. Los señores, no previendo ningún daño, acudieron en gran número, aunque entre ellos había muchos que tenían buenas razones para temer la cólera del rey. Fueron, no obstante, confiando en el olvido, que Béla había prometido públicamente. Según informes recogidos por las crónicas, la Dieta fué abierta por la misma reina Ilona, que, después de pintar con acento apasionado la triste suerte de su marido ciego, y de clamar contra el crimen de los causantes de su aflicción, ella misma dió la señal de la espantosa venganza. Siguió una lucha terrible entre los partidarios del rey y los designados como víctimas por la corte. Muchos quedaron muertos en la sala de la Dieta, convertida en campo de batalla, pero otros muchos, que lograron

escapar, salieron de allí con un sentimiento de odio mortal contra el monarca. Tan sangriento proceder dió á los descontentos nuevo motivo para dirigir sus miradas á la corte griega, y esperar de ese lado el alivio de la tiranía que los oprimía.

Pero, cuando al fin se rompieron las hostilidades



SELLO DEL REY GEISA II

entre las dos naciones, Béla II no figuraba ya entre los vivos. Al empezar la guerra, subió al trono de Hungría Geisa II, mientras que en Constantinopla reinaba el emperador Manuel, el más poderoso de los Comnenos. La guerra fué larga, y tuvo principalmente por escena la frontera meridional á lo largo del curso del Danubio y el país próximo al Save; pero Manuel, con todo su poder y cautela, no pudo llevar la ventaja sobre el vecino más joven y enérgico.

Después de la muerte de Geisa, ocupó el trono su hijo Esteban III. El emperador griego se negó á reconocerlo como rey de Hungría, y quiso colocar en el trono sucesivamente, en calidad de vasallos suyos, á los dos hermanos de Geisa, que habían hallado un refugio en su corte; pero fracasaron sus proyectos con respecto á los dos pretendientes. Uno de sus pro-



SELLO DE ESTEBAN III

tegidos murió joven, y el otro fué expulsado del país por el rey, legalmente elegido, Esteban III.

Manuel, viendo desbaratados todos sus planes, y una vez que nada había logrado como enemigo, fingió ahora sentimientos de amistad; ofreció la paz á los Húngaros; y, como prenda segura de esa paz, pidió al rey Esteban III que permitiese á su hermano

Béla residir con él en Constantinopla, prometiendo adoptarlo por hijo y heredero. No teniendo él descendencia á quien dejar la imperial corona, alimentaba secretamente, según todas las probabilidades, la esperanza de que su hijo adoptivo le sucediese algún día en el trono griego, y heredase también la corona de San Esteban; de cuyo modo vendrian á fundirse en uno, andando el tiempo, los dos paises vecinos, que él no habia logrado unir por la fuerza de las armas. El destino, no obstante, parecia haberse conjurado para frustrar los planes mejor preparados del emperador griego. Se llevó consigo á Constantinopla al duque Béla; lo adoptó por hijo; lo declaró su heredero, y todo parecia conducir á la feliz realización de sus sueños ambiciosos, cuando inesperadamente le nació un hijo: suceso que echó por tierra todos sus cálculos. Ahora le fué ya imposible seguir conservando en su corte al joven duque húngaro, á menos que quisiese suscitar un rival á su propio hijo. En consecuencia, lo privó de todas las distinciones de que lo habia colmado, y le hizo volver apresuradamente á su país natal, cuyo trono acababa de quedar vacante por la muerte de Esteban III. Pero, antes de permitirle partir, le hizo jurar solemnemente que no atacaría nunca al Imperio griego, y esta vana formalidad fué todo lo que pudo cumplir en pro del intento de imponer su supremacía á Hungría. Sin embargo, el mismo duque, que habia sido educado en la cultura de Grecia, y se hizo rey de Hungría con el nombre de Béla III, desterró completamente del país el influjo griego, y aseguró por largo tiempo su independencia.

Béla III (1173-1196) fué uno de los más poderosos y respetados soberanos de Hungría. Poseyó grandes

cualidades de rey, y su carácter imponía universal respeto.

No poco tuvo que luchar, después de su regreso de Constantinopla, antes de conseguir afirmarse en el trono. Fué acogido con recelo por la poderosa nobleza, por los altos dignatarios de la Iglesia y por la misma reina madre, todos los cuales lo consideraban como partidario del despotismo oriental, y como enemigo de la Iglesia católica romana, y anhelaban colocar en el trono á su hermano Geisa. Béla no tardó mucho en triunfar de todos sus enemigos. Encerró á su hermano en una prisión; envió á su madre al destierro; refrenó y humilló á los poderosos oligarcas, y ganó la amistad del alto clero por su munificencia y liberalidad para con la Iglesia de la nación.

Restaurado dentro el orden, se consagró á la empresa de recuperar el territorio de que se había apoderado Manuel. La reconquista del litoral dalmático lo envolvió en una guerra con Venecia, la envidiosa rival del reino húngaro, durante cuya guerra pudo dar testimonio de su poder militar en un nuevo campo de acción, donde nunca había encontrado ocasión de brillar el valor de sus antecesores, obteniendo un gran triunfo en el mar sobre la orgullosa república.

Béla había aprendido mucho en la corte griega; pero todo su valioso saber lo empleó en beneficio de su patria. No es que abriese precisamente nuevas vías al desarrollo de la nación; su mérito principal consiste más bien en haberla dirigido de nuevo por el camino que marcó San Esteban, y siguieron con fortuna los reyes Ladislao y Coloman. Sus esfuerzos tendían á acercar más la nación á esas civilizaciones occidentales que habían alimentado sus humildes

comienzos, y cuya desestima durante toda esta época había conducido á una enajenación de su pasado y á cierto riesgo para el porvenir. Pero hacían absoluta falta dos cosas para que el pueblo pudiese prosperar por las juiciosas medidas del rey en este sentido: devolver al país el reposo de que no había podido disfrutar durante medio siglo, y restablecer el orden en el reino, desgarrado por las facciones de los últimos 50 años.

Béla se entregó resueltamente á la obra de establecer paz y orden. Persiguió de una manera implacable á los ladrones y salteadores, contra los cuales no había ya segura vida ni hacienda, y que habían alcanzado espantosa extensión desde el tiempo de Coloman; y para hacerlo más eficazmente, nombró al efecto funcionarios especiales en cada condado, estableciendo á la vez en la corte una cancillería real con la mira de dar gran impulso al gobierno del país y á la administración de justicia. El procedimiento en los negocios importantes del Estado ó en las causas particulares llevadas ante el rey, que hasta entonces había sido oral, ahora debía ser escrito. El país, bajo el bien ordenado gobierno de Béla, fué más próspero, y la nación más culta. La primera mujer de Béla fué una princesa griega, y la segunda una princesa francesa. Ambas reinas, con el séquito que las acompañó á la corte, introdujeron el buen gusto, la cultura y las maneras de Griegos y Franceses, en términos que un cronista alemán, que acertó á visitar la corte por esa época, nó pudo encontrar palabras adecuadas para encarecer sus magníficos esplendores. Y la cultura no se limitaba á la corte; se extendía á la nación misma, porque sabemos que la Universidad, recién establecida en París, era fre-

cuentada por buen número de jóvenes húngaros. Todos los actos de Béla indican que había tomado por modelo en el gobierno á uno de sus más distinguidos antecesores, á Ladislao, para quien había conseguido en 1192 un puesto en el catálogo de los santos reconocidos por la Iglesia romana, en testimonio de su piedad y de la piedad de la nación.

Al par que fomentaba así los intereses de la monarquía y del pueblo, no perdía de vista la exigencia, impuesta por los tiempos á reyes y gobernantes, de sostener las guerras santas empeñadas por la cristiandad contra los infieles. Siguió con simpatía los movimientos de los cruzados; y al caer Jerusalén en manos de los infieles en 1187, él mismo proyectó conducir un ejército para reconquistar la ciudad santa. La tercera cruzada comenzó en 1189, y las fuerzas alemanas bajo el mando del emperador Federico Barbarroja atravesaron por Hungría camino de Tierra Santa. Béla recibió á su distinguido huésped con regia pompa, y proveyó abundantemente á las tropas alemanas de todo lo necesario, pero no se unió á los cruzados. Qué circunstancias impidieron al rey tomar parte en las cruzadas, difícil sería decirlo hoy; pero que debieron ser poderosas, harto lo prueba el hecho de que durante mucho tiempo estuvo él preparando una, y logró reunir á ese fin grandes tesoros. La idea no se apartó de su espíritu á la hora de la muerte, porque dispuso que su hijo mayor, Emerico, le sucediese en el trono, y que el menor, el duque Andrés, heredase el tesoro reunido para aquel piadoso objeto, y lo emplease en el cumplimiento de las intenciones paternas. El destino de Béla tuvo de común con el de los más esclarecidos reyes de Hungría que la posteridad alabó sus grandes acciones,

mientras que sus propios hijos dejaron de respetar y conservar la herencia que les habia legado un distinguido soberano.

La enemistad entre los dos hermanos estalló inmediatamente después de la muerte de Béla III. Andrés reunió tropas para el pretendido propósito de cumplir la última voluntad de su padre, pero en realidad para emplearlas contra su propio hermano. Logró derrotar al ejército del rey Emerico, que, sobre ser irresoluto é incapaz, fué cogido de sorpresa; y después de ocupar á Croacia y Dalmacia, á las cuales agregó nuevos territorios, se proclamó en 1198 duque de Croacia, Dalmacia, Rama y Chulmia (Bosnia y Herzegovina). En vano instó Emerico á Inocencio III, el más poderoso papa después de Gregorio VII, á obligar al rebelde duque á cumplir los piadosos deseos de su padre. Andrés no dió un paso hacia Tierra Santa, sino que, perseverando en su criminal osadía, siguió repitiendo sus ataques contra el rey legítimo. Por último, durante una de sus agresiones fué cogido en el lazo de una Némesis vengativa.

Los ejércitos de los dos hermanos se encontraron á orillas del Drave. En el campamento de Andrés bullia un fuerte y poderoso ejército que, contando segura la victoria, se entregaba al júbilo y á una gran algazara. Los ojos del rey Emerico observaban tristemente su escaso séquito, cuya abnegación y resolución, por grandes que fueran, no parecian bastantes para vencer por la insuficiencia del número. El choque entre los dos ejércitos contrarios era inevitable, y el rey comprendia que el resultado de la batalla seria su completa derrota. Su desesperada situación le inspiró una resolución súbita: sin comunicar á nadie su intento, se dirigió al campo enemigo, con



Deus cui propri
um est misere
ri semp & par
cere suscipe de
pcationē nrām
& quos delic
tor cathena
constringit
miseratio tue
pietatis absol
uat. p.
Rege qs dne fa
mulum tuū
HERMANHVON.

& interceden
tib omnib scis
tuis grē tue
uco dona mul
tiplica ut ab
omnib liber
offensis & tem
poralib n de
stituatur aux
iliis & sempit
nis gaudeat
institutis. p.
Dne ne re
spicias pecca

HOJA DE UN CÓDICE REPRESENTANDO Á ANDRÉS II Y SU ESPOSA GERTRUDIS

las vestiduras reales; y, cetro en mano, se fué en derechura á la tienda de su hermano. Sorprendidos los regocijados guerreros, sobrecogiéronse de temor en presencia del maravilloso espectáculo que surgía de repente ante sus ojos atónitos. «Deseo ver quién es el hombre que se atreve á levantar un brazo malvado contra su rey y señor», fueron las mágicas palabras con que se abrió paso al través de la estupefacta muchedumbre. En llegando á la tienda de su hermano, cogió de las manos al rebelde duque, y lo llevó cautivo á su campamento. La anterior narración del suceso, tomada de las crónicas, no puede concordar en todos los pormenores con la realidad, pero el duque Andrés fué prisionero del monarca, y permaneció cautivo hasta que el último lo llamó á su lecho de muerte, confiando generosamente á su cuidado á su tierno hijo Ladislao, que había sido ya coronado rey.

Andrés demostró ser tan infiel guardián como falso hermano. No pudiendo refrenar su ambición, privó á Ladislao de su corona, y lo arrojó de la corte juntamente con su madre. Poco después murió el desgraciado joven, y al fin, en 1205, pudo Andrés subir al trono que tanto tiempo había codiciado, y á cuya posesión procuró llegar sin consultar nunca á su conciencia sobre la elección de los medios.

El reinado de Andrés II (1205-1235) ocupa puesto señalado en la historia de Hungría, no por sus beneficios, sino por su debilidad é ineptitud. Las interminables guerras civiles del último siglo, sobre todo la lucha á muerte entre los dos hermanos, tuvieron por consecuencia debilitar el reino, rebajando el poder y la autoridad real, y acrecentar, consiguientemente, el espíritu despótico de los oligarcas. Andrés II no

pudo sustraerse al condigno castigo que se atrajo por sus propios actos. Todo su reinado fué una serie de débiles tentativas para desenredarse de la enmarañada red tejida por sus faltas y por la licencia de la oligarquía. Ofreció el espectáculo de un hombre cuya ambición superaba á sus medios, y cuya vanidad igualaba á su ambición.

Al comienzo de su reinado se halló dominado completamente por la influencia de su mujer Gertrudis, una tirolesa que convirtió la nación en botín de sus parientes y favoritos extranjeros. Sin embargo, cuando los grandes y poderosos señores se levantaron contra el saqueo de los extranjeros, contra la corte licenciosa y la inicua y tiránica reina, matando á esta última en su propio palacio, Andrés no tuvo fuerzas ni valor para ejercer su autoridad contra los rebeldes, sino que más bien se felicitó de que la tempestad pasara sobre su cabeza sin escogerlo por víctima. En vez de sentir el ultraje que le habían hecho, se atrajo á sus enemigos con presentes y mercedes, y acarició proyectos de una nueva alianza matrimonial.

Enloquecía por la pompa, el esplendor, el despilfarro y el aparato ostentoso de la corte; pero las rentas reales no bastaban á pagar las sumas así derrochadas, reducidos como habían quedado los dominios del rey á consecuencia de la donación de condados enteros. El rey, para elevar las rentas, hipotecó los impuestos y los derechos de peaje, y, rebajando la ley de la moneda, aumentó deshonrosamente sus recursos. El ruido de las orgías de la corte impedía que llegaran á oídos del monarca las quejas clamorosas del pueblo, oprimido y vejado de mil modos por los oligarcas y los recaudadores de impuestos.

Á veces su inquietud y su ambición lo comprometian aún en empresas aventureras. Asi, deseó elevar al trono de Galitzia á su hijo, el duque Béla, pero le faltó la fuerza para cumplir su propósito. La campaña contra Galitzia sólo sirvió para aumentar los gastos del pais, y para poner al rey, á su hijo y á todo el ejército en el más inminente peligro.

Conturbaba también su espiritu el olvido de los deseos de su padre, y al cabo, en 1217, resolvió enviar un ejército á Tierra Santa. Á fin de levantar los fondos necesarios para la campaña, despojó las iglesias y monasterios, y vendió á Venecia la ciudad de Zara, el baluarte del litoral dalmático. Finalmente, abandonó el pais con el ejército asi reunido; pero, mientras él andaba errando por los Santos Lugares sin norte ni objeto, la nación huérfana se veia al borde de la miseria. «Cuando regresamos á nuestra patria de la expedición—decia el rey mismo, lamentándose, en una carta dirigida á la Santa Sede—nos encontramos con que clérigos y seglares habian sido reos de iniquidades que superan á cuanto cabe imaginar. Todo el tesoro de la nación lo vimos disipado, y no bastarán 15 años para restituir nuestra patria á su situación mejor de antes.» Triste debia ser, en efecto, la situación del pais, si el estado en que el rey lo dejó podia llamarse comparativamente bueno; y, sin embargo, por gravemente que pesara sobre el monarca la responsabilidad de las calamidades recientes, no puede ponerse en duda su sinceridad en estas circunstancias.

El sombrio reinado de Andrés II tuvo por compensación un grato suceso que encerraba el germen de un mejor porvenir. La masa distinguida del pueblo, incluyendo en sus filas la mayoria de los propietarios

territoriales libres, no pudiendo soportar por más tiempo el débil gobierno del soberano, la violencia de la oligarquía, y el azote del ejército opresor de recaudadores de impuestos, levantó al fin la cabeza, y pidió al rey que oyese sus quejas y remediase sus agravios. Béla mismo, el hijo del rey, á quien Andrés II quiso ver coronado antes de partir para Tierra Santa, fué el jefe y abogado de la nobleza, que se había levantado en defensa de la santidad de la constitución, y que ahora exigía el restablecimiento del imperio de la ley en el país.

Formularon sus agravios y los remedios que acordaron en los siguientes términos: El rey no otorgaría favores á extranjeros, á expensas de los nacionales, ni los elevaría á las dignidades, ni distribuiría entre ellos los dominios del país; no concedería á perpetuidad, como regla, condados enteros ó dignidades del Estado, ni consentiría que nobles codiciosos arrebataran mayor número de cargos del que podían administrar realmente. Respetaría las antiguas inmunidades de los nobles, de modo que ellos pudiesen disponer libremente de sus propiedades, y no fueran molestados en sus personas sin juicio legal, ni sobrecargados de impuestos y exacciones opresoras de ninguna especie. Cuidaría de elegir en las filas de la clase distinguida los recaudores de impuestos y derechos de peaje y demás agentes oficiales, relevando de ese servicio á los ismaelitas y judíos. Todo lo que se opusiese á esas reclamaciones debería cesar al punto. Los dominios condales, cedidos con detrimento de la nación y fraudulenlamente obtenidos, deberían volver al monarca, y éste, según la antigua costumbre nacional, todos los años, el día de San Esteban, convocaría la Dieta, que tenía por ministe-

rio levantar acta de las quejas de la nación y defender su libertad, cuando fuese atacada.

Pero el rey, insensible á la voz de la verdad y á la miseria de su pueblo, se negó á acceder á estas peticiones. En el pecho de Andrés II, que, du-



BULA DE ORO DE ANDRÉS II

rante todo su reinado, había abandonado por completo los deberes anejos á su alta posición, germinó ahora el sentimiento de la dignidad real ofendida. Pero los reclamantes estaban dispuestos á imponer sus peticiones, y agrupándose al rededor del heredero del trono, tomaron las armas para obtener por la fuerza las concesiones que estimaban indispensables

para el bien del país. Hallábanse ya frente á frente padre é hijo con sus ejércitos, cuando intervinieron los altos prelados, y persuadieron á Andrés á oir los deseos de la nobleza. Las concesiones se extendieron en forma de una carta real, y el soberano se obligó á sí mismo y á sus sucesores, por juramento, á cumplir las estipulaciones que contenía. La posteridad ha dado á esa carta el nombre de *Bula de oro*, en atención á que el sello unido á la misma por un cordón de seda se guarda en un estuche de aquel metal.

Ese notable documento, que terminaba una discordia intestina de 100 años, y que durante seis siglos acostumbraron á citar con orgullo las pasadas generaciones como el fundamento de la constitución de la nobleza húngara, dice como sigue, omitiendo los pasajes de menor entidad:

«En el nombre de la Santísima Trinidad y de la Unidad indivisa, Andrés, por la gracia de Dios rey hereditario de Hungría, Dalmacia, Croacia, Rama, Serbia y Galitzia: Por cuanto los nobles y demás de nuestro reino han sufrido detrimento en varias partes de sus libertades, según las estableció el rey San Esteban, por el poder de algunos reyes—que ora se vengaron por encono, ora escucharon el sentir de perversos consejeros, ora buscaron su ventaja;—y nuestros nobles han acudido frecuentemente á los oídos de nuestra Majestad y de nuestros antecesores con peticiones y quejas relativas á la mejora de nuestro país: Por tanto, Nós, como es obligado en deber, deseosos de satisfacer su reclamación, les otorgamos á ellos, así como á los demás habitantes de nuestro reino, la libertad concedida por el Santo rey, y ordenamos á más otras cosas tocantes al medro del país en esta guisa: Nós ordenamos que estamos obligados

á celebrar anualmente el día del Santo rey en Stuhlweissenburgo; y que, si Nós fuésemos impedidos de estar presentes, estará allí en nuestro lugar el palatino, y oirá las causas como representante nuestro; y todos los nobles pueden reunirse allí libremente, según les plazca. Es también nuestra voluntad que ni nosotros ni nuestros sucesores detendremos ni oprimiremos á los nobles por consideración á ninguna poderosa persona, á menos que sean previamente citados y juzgados según los debidos procedimientos legales. Además, no levantaremos impuestos sobre los dominios de los nobles ni del clero de la Iglesia. Si muriese un noble sin sucesión masculina, su hija tendrá derecho á una cuarta parte de su hacienda; del resto puede él disponer como le plazca, y si le acaeciere la muerte antes de haberlo hecho así, pasará á sus más próximos parientes; en el caso de no tener pariente ninguno, la herencia irá á parar al rey. Si el rey desease sacar tropas del país, los nobles no estarán obligados á seguirlo, á no ser á sus expensas; pero, si invadiese el país un ejército, deberán ir todos los nobles. El palatino será juez de todo el pueblo de nuestro reino sin distinción; pero en casos capitales y en asuntos tocantes á la hacienda de los nobles, no decidirá el palatino sin conocimiento del rey. Si viniesen al país extranjeros, no serán elevados á las dignidades sin la aquiescencia del Consejo del reino; no se darán tierras á los extraños al reino. El rey no concederá á perpetuidad condados enteros ni oficios de ninguna especie. Los funcionarios del tesoro, de las oficinas de la sal y del mercado deben ser nobles del reino; los ismaelitas y los judíos están incapacitados para tales cargos. Á excepción de estos cuatro grandes—el palatino, el banus y los jueces

de corte del rey y la reina—ninguno tendrá dos dignidades á la vez. Si, á pesar de todo, Nós ó alguno de nuestros sucesores llegásemos á infringir en cualquier tiempo cualquiera de estas nuestras órdenes, los obispos así como los demás grandes y nobles del reino, juntos ó aisladamente, serán libres de oponerse y contradecirnos á Nós y á nuestros sucesores, en virtud de esta carta, sin incurrir en el delito de traición. Dado por la mano de Kleto, canciller de nuestra corte, en el año de gracia de mil doscientos veintidós.»

El rey Andrés, que pudo ser compelido á dar la bula de oro por la fuerza, no podía ser obligado por ningún poder á cumplir las promesas que en ella hacía. Ni los esfuerzos del presunto heredero y de la nobleza, ni el enojo del papa, sirvieron de nada. Nueve años más tarde confirmó las cláusulas por un nuevo juramento; pero, apenas habían pasado dos años, cuando incurría en la maldición de Roma por olvidar otra vez su juramento. Fueron menester luchas, que debían prolongarse varios siglos, para hacer buenas las palabras de la bula. Cuando ya el tiempo había borrado el recuerdo de las locuras y flaquezas de Andrés, la posteridad no lo veía sino á la luz reflejada por las grandes concesiones que hizo en su carta real. Los Estados de la Dieta reunida en Rakos en 1505 hablaron de él en los términos laudatorios más extraños, como el rey «que había hecho grandes y gloriosos á los Húngaros, y levantado su fama hasta las mismas estrellas».

Las luchas que condujeron á la promulgación de la Bula de oro no quedaban terminadas en modo alguno. La nobleza había arrancado á la monarquía la concesión de sus derechos, pero carecía de poder

para sostenerlos y asegurar su permanencia. La misma carta de sus libertades fué motivo de nuevas disputas y disensiones. En estas contiendas, sin embargo, la nobleza rara vez atacaba ahora al poder real, cuyo enflaquecimiento hubiese sido dañoso á sus propios intereses, sino que generalmente se aliaba con los reyes contra los oligarcas, que menospreciaban así la ley como la justicia, por no necesitar de la protección de ninguna, y que se entregaban á tiránicas violencias lo mismo contra el trono que contra la nación. El desenfreno y el poder creciente de los oligarcas fueron la úlcera del cuerpo político durante el periodo de los últimos Árpád; y en mayor ó menor grado, ya al parecer curada, ya más viva que nunca, continuó siendo por espacio de siglos un elemento de perturbación en la vida pública del país.

Acababa de empezar la lucha entre la monarquía, apoyada por la nación, y los grandes levantiscos, cuando se desencadenó sobre el país la tempestad de la invasión mongólica, conmoviéndolo hasta los cimientos. Al cesar la tempestad, se vió que sólo los débiles habían sufrido, mientras que los fuertes salieron de la calamidad nacional más poderosos que nunca. Las desventuras del país no sirvieron más que para favorecer los intereses de los oligarcas, que hacia esa época empezaron á cercar más frecuentemente las cumbres de los montes de vallas de piedra, y, guarecidos en sus nidos de roca, desafiaban al poder real con creciente audacia, y oprimían al pueblo más impunemente que nunca. Los historiadores, al evocar este periodo, deploran con amargos lamentos la sombría nube que se cernía sobre el país, la incapacidad de los reyes, el orgullo y desafuero de los grandes, y la mísera condición del pueblo. Que el

poder de la nación no se había extinguido, sin embargo, enteramente, demostrólo el hecho consolador, que vino á proyectar un rayo de luz sobre la lobreguez de aquellos días, de que, en el momento mismo en que descendía hasta lo último la autoridad real, las armas húngaras pudieron medirse con el poderoso Imperio eslavo regido por Otocaro, rey de Bohemia, y cooperar á la fundación del poder de los Hapsburgos. Desgraciadamente, la fuerza nacional estaba dividida en su mayor parte contra sí propia, y el mismo triunfo de las armas húngaras sobre Otocaro fué á la larga nocivo á la nación, porque redundó tan sólo en honra de la oligarquía, y tendió á corroborar su poder.

Después de la muerte de Andrés II, su hijo Béla IV (1235-1270) se consagró con ardor juvenil á la obra de restaurar el ascendiente del poder y autoridad reales, de asegurar el respeto á las leyes y de humillar el orgullo de la oligarquía. Removió los malos consejeros de su padre; envió á prisión á los principales jefes de bandería; se rodeó de buenos patriotas; y allí donde no bastaban palabras suaves recurría á las armas para entrar en posesión de los reales dominios y tierras condales que ciertos oligarcas habían tratado de adquirir por concesión en tiempo de su padre y de sus antecesores, ó que se habían apropiado ilegalmente.

Pero de nada sirvieron los esfuerzos del joven rey. Los mismos éxitos que alcanzó aquí y allí su política sólo sirvieron para excitar en grado más alto el encono y resentimiento de los grandes señores, y ahondar la distancia que los separaba del trono. Los oligarcas descontentos, cuyo egoísmo no era templado por el patriotismo, y cuyas pasiones no conocían

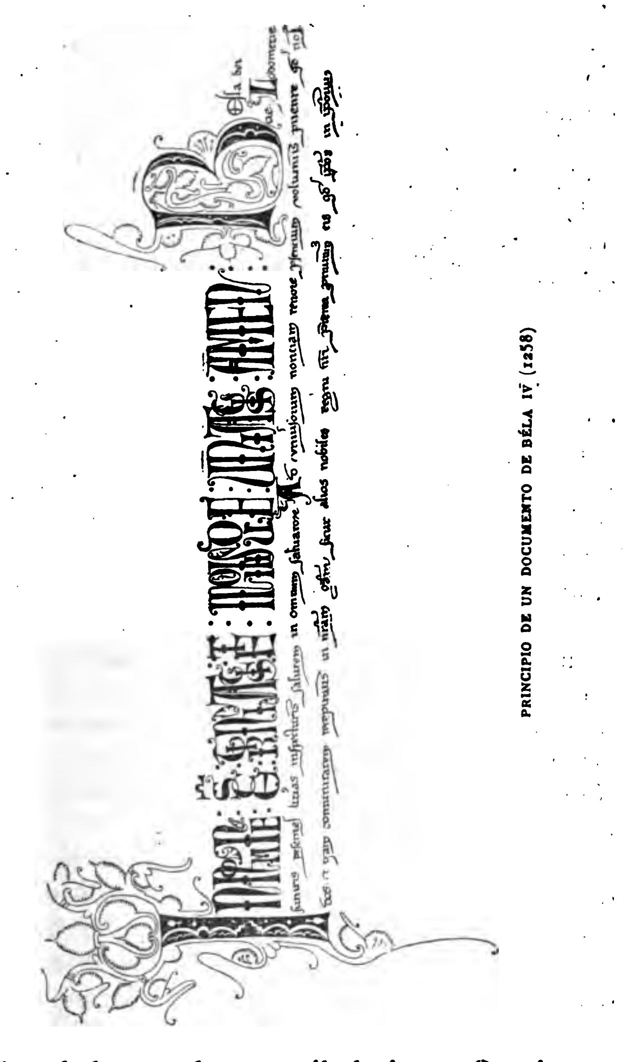
el freno de la ley, llevaron su vileza hasta el punto de elevar al trono un principe extranjero, el duque Federico de Austria, en oposición á su rey legítimo. La vigilancia de Béla no consiguió sino evitar que la real herencia pasase ya entonces de los Árpád á manos extrañas. Béla logró rechazar á Federico y desbaratar los planes traidores de la oligarquía, pero se convenció á la vez de que, mientras no pudiese oponer una resistencia más formidable á los señores hostiles, tenía que renunciar á la realización de las caras esperanzas de su juventud.

Béla buscó en derredor de sí nuevos recursos con que robustecer su autoridad y aumentar su poder. Piadosos monjes dominicos, que entonces acababan de regresar al país desde las regiones del Volga, le contaron que en el lejano Oriente, á lo largo de las riberas de ese río, habían encontrado aquella fracción de los Húngaros, que, durante el período anterior á la ocupación de Hungría, se habían separado de sus hermanos cerca el mar Negro, por donde los últimos continuaron su marcha hacia Occidente. Estos relatos sugirieron á Béla el proyecto de invitar á los lejanos hermanos de Oriente á establecerse en su reino, esperando aumentar su poder con la ayuda de los nuevos residentes, y colocarse de este modo en disposición de reanudar la contienda con los altivos señores. El proyecto fracasó; pero las mismas circunstancias que frustraron sus planes en cuanto á los compatriotas del Volga lo ayudaron á obtener auxilio de otra parte. Las hordas mongolas, que venían precipitándose desde el Asia central hacia Occidente, barrieron, en su impetuoso avance, á los Húngaros del Volga; mas la misma impetuosa corriente lanzó también á los Kunes (Cumanos) de

sus habitaciones á orillas del mar Negro; y estos últimos, después de vagar durante cierto tiempo en busca de morada, llegaron á las fronteras de Hungría, y pidieron al rey que les permitiese entrar y establecerse en el país. Cuarenta mil familias iban en busca de una nueva patria, y 40.000 fieros guerreros ofrecieron sus servicios á Béla. El pueblo de Hungría no gustaba de recibir una inmigración en tan amplia escala, y los grandes señores protestaron ruidosamente contra la admisión de los recién llegados, convencidos de que no harían más que fortificar el poder del rey, y convertirse, por lo tocante á ellos, en instrumento de su humillación. El rey, no obstante, mirando sólo al bien del país, desafió la oposición y, admitiendo á Kuthen, rey de los Cumanos, con su pueblo, les asignó como futura morada la llanura del Theiss. No olvidó, por supuesto, su conversión al cristianismo á cambió de su admisión.

Los buenos resultados que Béla se prometía de su nueva colonia tardaron en mostrarse; pero las malas consecuencias del reciente establecimiento se hicieron manifiestas al punto. El gran número de aquellas rudas y bárbaras gentes, tan poco dispuestas á vivir en habitaciones fijas como á abrazar el cristianismo, disgustó pronto al pueblo con sus desórdenes, sus violencias, su genio indómito y las devastaciones que cometían en el seno de la población húngara. Las quejas, que llegaban á oídos del rey, de todas las clases sin distinción, crecían de día en día. Béla era impotente para socorrer á su pueblo, porque volverse contra los Cumanos, como se le pedía, hubiera sido quebrantar su fidelidad hacia él. Pero, de otra parte, atestiguando preferencias á los advenedizos, se enajenaba el afecto de sus antiguos adictos, de los gran-

des patriotas que hasta allí habían permanecido fir-



PRINCIPIO DE UN DOCUMENTO DE BÉLA IV (1258)

mes á su lado en todas sus tribulaciones. Surgieron, pues, disensiones entre el rey, que estaba animado

de las intenciones más puras, y su pueblo, que era incapaz de concebir los patrióticos motivos de sus actos; y subían ya de punto esas disensiones, cuando el huracán que había arrebatado á los Húngaros de las orillas del Volga y lanzado á los Cumanos en las llanuras del Theiss, llegó por fin á las cumbres de los Cárpatos.

Los sucesores de Jenguis Kan, deseosos de extender hacia Oriente las fronteras de su vasto Imperio asiático, atravesaron el Volga, cayeron sobre las estepas rusas y redujeron á Moscou á cenizas en 1238. Á poco, en 1240, fué abatida por sus armas victoriosas la altiva y hermosa Kiev. Los Húngaros tenían noticia de la aproximación del formidable enemigo; pero sus disensiones intestinas y sus querellas con los Cumanos y con el rey les hicieron olvidar la inminencia del peligro que los amagaba. Se entregaron, además, á la esperanza de que los poderosos Cárpatos detendrían el avance de la furiosa corriente. La nación, sin embargo, no tardó en salir de su seguridad imaginaria y en despertar á la realidad terrible de la situación. La triste suerte de Kiev, los sufrimientos del pueblo polaco y el lenguaje amenazador de la embajada enviada por Batu Kan, el general de Oktai, el Gran Kan, que había sido el terror de los Rusos, disiparon las esperanzas de los más confiados.

Angustiosos pensamientos asediaban el espíritu del rey Béla, pero no flaqueó su ánimo. Aunque era algo tarde para preparativos militares eficaces, trabajó día y noche á fin de poner el país en estado de defensa contra el inminente peligro. Arrasó los bosques, y con los troncos de los árboles obstruyó los pasos de los Cárpatos. Convocó á consejo á sus adictos, y llamó á las armas á los señores eclesiásticos

y seglares, á los soldados de los condados y á todos los hombres de la nación capaces de llevarlas. Según antigua costumbre, hizo pasear por todo el país la espada ensangrentada. Su celo activo no se limitó á su reino solamente, sino que envió embajadores á las cortes occidentales con instrucciones de amonestar, pedir é instar á los soberanos de Occidente á acudir en su ayuda, en nombre del cristianismo. Todo fué en vano. Las cortes extranjeras no se movieron, y los grandes señores húngaros, poseídos de sorpresa y desaliento, en vez de idear medios para afrontar el peligro, buscaban desatinadamente alguien á quien hacer responsable del riesgo que corrían, y que pudiese servir de víctima á su cólera. Se volvieron con reconcentrado odio contra el rey y los Cumanos, viendo que el primero defendería el país, sirviéndose de tales auxiliares, y que no necesitaba contar con ellos en aquel apuro. Acercábase ya la primavera de 1241, y todavía el pabellón real, ondeando sobre Pest, anunciaba al mundo la ausencia de tropas y el desamparo del país. Entretanto los ejércitos mongoles empezaban á avanzar. Su ala derecha marchaba sobre Polonia y Silesia con el propósito de efectuar una entrada en el país por el Noroeste; el ala izquierda, atravesando Moldavia, se acercaba á los nevados montes de Transilvania; mientras que el ejército del centro era conducido por el mismo Batu Kan al través de los Cárpatos del Noroeste hacia el paso de Bereczke. Así los dos brazos del ejército mongol se aprestaban á estrujar en mortal abrazo al país sentenciado.

Batu Kan atravesó los Cárpatos el 12 de Marzo de 1241, y, habiendo dispersado las tropas del palatino Hédervány al pie de los montes, la activa caba-

llería mongólica invadió con tal ímpetu la llanura regada por el Theiss, que, cuatro días más tarde, el humo de las aldeas incendiadas por el despiadado enemigo podía divisarse desde las murallas de Pest. Aun en ese crítico momento dejaron de acudir con sus contingentes los grandes señores húngaros, y los que estaban bajo las armas cerca de Pest daban pábulo á su cólera, no contra el enemigo, sino contra los odiados inmigrantes á quienes denunciaban como espías y aliados de los Mongoles, y como traidores á Hungría. Cayeron, pues, sobre los desprevenidos cumanos con rabia salvaje, matando al rey Kuthen, con todas las gentes de su casa, en sus barrios de Pest. Los agredidos, exasperados por esta traición, no anduvieron remisos en las represalias. Una porción de ellos abandonó el país, matando, incendiando y devastando cuanto á su paso hallaba, mientras la otra se unió á los Mongoles para vengar más completamente su injusta persecución.

Hacia fines de Marzo, Béla, inspirado por la desesperación más que por la esperanza del éxito, dirigió contra los Mongoles el ejército real que había reunido al rededor de Pest, y que sumaba en junto de 50 á 60.000 combatientes. Esa escasa fuerza era cuanto podía oponer al invasor la nación húngara, flaca de valor y falta de espíritu público por entonces. El ejército mongólico retrocedió ante Béla hasta el Theiss, y allí Batu Kan, cejando con ambas alas de su ejército, plantó su campamento en el ángulo formado por el Sajó y el Theiss. El rey Béla tenía la intención de dirigirse al mismo punto, y colocó sus fuerzas en el llano que se extiende á lo largo de la orilla derecha del Sajó, frente al campamento mongol. Aquí en la llanura de Muhi tuvo lugar la terri-

ble colisión entre los dos ejércitos. Desde el alba hasta entrada la noche se prolongó el sangriento conflicto que terminó con la aniquilación completa del ejército húngaro. En el campo fatal de batalla perecieron los principales prelados de la Iglesia, los altos dignatarios del Estado, elegidos de entre los mejores patriotas, millares de nobles, y la esperanza y último sostén de la nación, su único ejército. Sólo unos pocos de los que no se hallaron en lo más fuerte de la refriega pudieron escapar con vida. El enemigo seguía de cerca por todas partes las huellas de los fugitivos. «Durante una marcha de dos días—dice Rogerio, escritor contemporáneo, que fué testigo presencial de estos horrores—no podíais ver á lo largo de los caminos más que guerreros tendidos. Sus cadáveres yacían casi como piedras en una cantera.»

Sin embargo, en medio de todas estas desgracias, todavía quedaba á la nación un rayo de consuelo. Es verdad que todo se había perdido, pero el rey se había salvado; y, mientras él viviese, el pueblo conservaba aún sus esperanzas y su fe en un porvenir mejor. Algunos acompañantes fieles habían librado á Béla de los peligros de la sangrienta acción empeñada cerca de las orillas del Sajó; y el rey fugitivo, errante algún tiempo por las montañas de la alta Hungría, llegó finalmente á la corte de Federico, duque de Austria, á quien previamente había enviado su familia y reales tesoros. Aquí, no obstante, en vez de hallar hospitalidad, fué hecho prisionero, y no consiguió recobrar su libertad sino abandonando á su codicioso vecino, que supo aprovecharse de los infortunios de Béla, sus tesoros, su corona y la posesión de tres condados. Béla envió entonces su fa-

milia al litoral de Dalmacia, mientras él volvia apresuradamente á su desgraciada patria, á la región próxima al Drave, para salvar lo que aun pudiera ser salvado.

Sólo el Danubio detuvo el ulterior avance de los Mongoles. Dos tercios del país eran ya presa de la rabia feroz, de la codicia y de las brutales pasiones del enemigo. Mientras el Kan Mongol dividía una mitad del territorio, como suelo conquistado, en centésimas y en décimas, y el pueblo, atraído de sus escondrijos, bajaba la cerviz, aterrorizado bajo el nuevo yugo, Béla volvía á reunir un ejército en la parte occidental del reino, y despachaba embajadores á los soberanos de los Estados occidentales. Pero antes de que pudiera conocer los resultados de sus nuevos esfuerzos, la crudeza del invierno, helando el Danubio, proporcionó á los Mongoles ocasión de penetrar en la mitad occidental del reino. Los lugares que guardaban las más sagradas memorias de la monarquía y del cristianismo de Hungría, redujéronse á mole de humeantes ruinas. Las olas de la inundación mongola cubrieron ahora todo el país. Béla tuvo que pedir nuevamente su salvación á la huida, y recelando del continente, buscó un refugio cerca del mar. Se retiró con su familia, primero á Spalato y después á su castillo fortificado Trau, que el mar defendía casi por todos lados. Pero sus perseguidores, que parecían no considerar completa la victoria mientras no tuviesen al rey en su poder, fueron tras sus huellas; y devastando el litoral hasta Ragusa, desesperados de rabia, acabaron por poner sitio á Trau.

Las postreras esperanzas de la nación estaban concentradas en la fortaleza marítima, y ahora esas mismas esperanzas parecían desvanecerse, cuando de

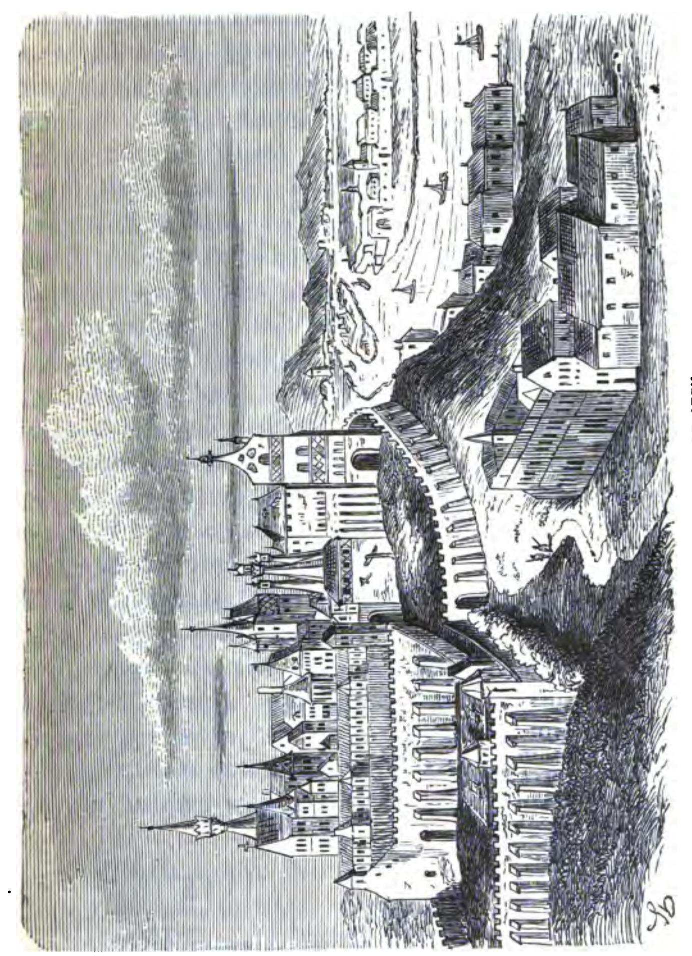
pronto, y como por milagro, los sitiadores cesaron en las hostilidades, recogieron sus tiendas y partieron por el Este. Al mando de Batu Kan todo el ejército mongol, con cuantos lo seguían, abandonó el país arrasado, retrocediendo la corriente de los invasores á las orillas del Volga, de donde había salido. Oktai, el Gran Kan, había muerto, y Batu volvía presuroso para hallarse presente en los funerales, y hacer oir su poderosa voz, apoyada por las armas del ejército entero, en la elección del nuevo soberano.

Después de retirarse los Mongoles, el rey Béla, con algunos de sus más fieles secuaces, volvió á su desolado país. Vaciló bajo el peso de las desgracias y angustias de su pueblo. Para usar las palabras de un escritor contemporáneo y testigo ocular, pintando la escena de desolación que hirió los ojos de Béla: «Aquí y allí una torre, medio quemada y ennegrecida por el humo, y alzando su cabeza hacia el cielo como una bandera luctuosa sobre un monumento funerario, indicaban la dirección en que debían avanzar. Los caminos estaban cubiertos de hierba; los campos, blanqueados por los huesos; y no salía á su encuentro alma viviente. Y cuanto más adentro penetraban más terribles eran las señales que veían. Cuando al fin los supervivientes salieron sigilosos de sus escondites, la mitad fueron víctimas de animales feroces, de la miseria ó de la peste. Las reservas dejadas por los labradores el año antes se las llevaron los Mongoles, y la poca semilla que pudieron sembrar después de la marcha del enemigo, no bien había brotado, cuando era devorada por la langosta. El hambre alcanzó tan terribles proporciones, que las personas, reducidas al último extremo, se mataban unas á otras; y hombres hubo que llevaron al

mercado carne humana para la venta. Jamás ningún país, desde el nacimiento de Jesucristo, fué abrumado por miseria semejante.»

En las almas nobles, acosadas por la desgracia, germinan grandes acciones. Béla se mostró más grande en la extrema miseria de su nación. Para remediar las necesidades del pueblo y permitirle el cultivo de la tierra, mandó importar semilla con destino á la siembra y traer ganado de las comarcas vecinas. Colonizó con nuevos habitantes las regiones despobladas, ofreció alicientes á los artesanos, mineros y comerciantes alemanes para establecerse en las ciudades, é invitó de nuevo á los Cumanos, que andaban vagando por las regiones del curso inferior del Danubio, á volver á sus antiguas viviendas en las ricas tierras del Theiss. Consagró especial cuidado á las ciudades, fundó algunas nuevas, y otorgó privilegios adicionales á las antiguas. Fué también el fundador de Buda, que subsiste en el día. Mandó rodear de murallas las ciudades mayores; hizo erigir fuertes de piedra en la proximidad de los caminos más importantes, y animó á los grandes señores á construir fuertes análogos. Cuidó de guardar las fronteras orientales; pero, no olvidando que la estabilidad del orden interior era un sostén tan poderoso de la seguridad del país, como fronteras bien defendidas, formó el firme propósito de hacer respetar las leyes. Apenas habían pasado cinco años desde que Béla se empeñó en tan ardua empresa, y ya el país se recobraba, hasta el punto de poder recibir con serenidad la noticia de que los Mongoles estaban haciendo nuevos aprestos para un segundo ataque, y de poder volver, durante años, todo el peso de sus fuerzas contra los Estados occidentales.

La nación, que tan gran necesidad de paz tenía, estaba destinada desgraciadamente á no gozar nunca



LA CIUDADELA DE OFEN
(Su aspecto en la Edad Media, según Corvina.)

de sus bendiciones. El mismo Béla, tan pronto como hubo adquirido fuerza suficiente, juzgó su primer

deber castigar á Federico, el infiel duque austriaco, y recobrar los tesoros detentados por la traición del último. La guerra entre los dos vecinos comenzó en 1246. No era en sí misma de gran significación la contienda, pero sus consecuencias tuvieron la más alta importancia. El monarca húngaro, con ayuda de sus guerreros cumanos, logró un triunfo completo sobre el duque austriaco, que perdió la vida en el campo de batalla; y como Federico era el último de la línea Babenberg, cuya herencia—los principados austriacos—quedaba sin dueño con su muerte, Béla ambicionó para sí las comarcas huérfanas; mas salió al encuentro de sus proyectos Otocaro, el poderoso rey de Bohemia, que ya entonces trabajaba por la realización de su sueño ambicioso: la fundación de un gran Imperio eslavo. El rey húngaro no podía dejar expuesto su país á los peligros que implicaba la erección de tal reino á lo largo de las fronteras occidentales, y así se opuso á las aspiraciones de Otocaro desde el principio. La contienda entre Hungría y Bohemia empezó con motivo de las posesiones Babenberg, pero esta causa primera acabó por perderse de vista, y la guerra continuó por espacio de años, para no terminar sino con la derrota de Otocaro y la ruina de su Imperio. Béla estuvo empeñado durante los últimos años de su reinado en estas guerras, que fueron continuadas por su hijo Esteban V y su nieto Ladislao IV.

Tales guerras engendraron una comunidad de intereses entre los reyes de la casa de Árpád y los Hapsburgos, cuyo primer gran antepasado, Rodolfo, subió en 1273 al trono imperial de Alemania, puesto en peligro por Otocaro. Este último se había separado del Imperio alemán, y levantaba ahora por su

cuenta su gran Imperio eslavo. Era, pues, natural que Ladislao IV, rey de Hungría, y Rodolfo de Hapsburgo pactasen una alianza armada para combatir al enemigo común, que, fiado en su poder, amenazaba así á su vecino oriental como al occidental. Dos veces dirigieron sus ejércitos unidos contra Otocaro, y, por fin, en el curso de la segunda campaña, en 1278, derrotaron completamente los ejércitos tseques cerca de Stillfried y Diernkrut, en el llano del Morava ó March. Al lado de 10.000 hombres de Rodolfo combatieron contra Otocaro 40.000 guerreros cumanos, asegurando al fin el triunfo de los aliados la preponderancia de las armas húngaras. El poder de Otocaro se deshizo y él mismo cayó sepultado bajo las ruinas de su reino. Rodolfo afirmó el trono alemán, cuyo destino identificaron con el de su familia los sucesos de los siglos siguientes, y los principados austriacos pasaron á ser provincias hereditarias de los Hapsburgos.

Hungría no sacó tan gran beneficio de su triunfo. Sin duda la gratitud del aliado, libre de tan formidable enemigo, fué ferviente, y sus votos de amistad (no siempre respetados por sus sucesores) de los más calurosos. Así, Rodolfo escribe á Ladislao IV: «No puede decir la lengua, ni describir la pluma, la inmensa alegría que sentimos por haberos levantado con tan poderosa fuerza á vengar nuestros agravios comunes. Por eso, alabando á Dios, expresamos a vuestra Majestad la mayor gratitud de que somos capaces, y prometemos muy alto que ninguna vicisitud quebrantará la indisoluble alianza que os hemos jurado.» En cuanto al botín, que satisfizo la avaricia de unos pocos y la vanidad de la nación, á duras penas puede contarse tampoco como una sólida venta-

ja. Sin embargo, suceso importante era para Hungría, debido indudablemente al triunfo de la alianza, la destrucción del reino eslavo de Otocaro. En otros sentidos la victoria fué más bien un mal, porque, en vez de fortalecer el poder del Estado, alivió el espíritu de los poderosos señores, que, libres ahora de inquietudes, se entregaron una vez más á sus egoístas inclinaciones, y labraron la ruina del país.

Ladislao IV (1272-1290), no sólo no poseía las cualidades que hubieran podido permitirle oponerse á la corrupción de su tiempo, sino que, por su ligereza, mermó todavía el postrer resto de la autoridad real, más debilitado cada vez en el curso de los últimos siglos. El rey, olvidado de su corona, é indiferente á los intereses de su pueblo, abandonó la corte de sus antecesores; y sentando sus reales entre las tiendas de los Cumanos, pasó allí la vida en compañía de sus alegres camaradas, en medio de desórdenes y francachelas, con menoscabo de su dignidad como hombre y como rey, y con detrimento de las esperanzas de la nación. Los grandes imitaron el ejemplo del rey. Tuvieron por norma exclusiva de sus actos su insaciable egoísmo, y ni las leyes del país, ni los mandamientos de la Iglesia, ni la voz de la fe, ni la de la moral, pudieron obligarlos á respetarse á sí propios y á tener en cuenta los derechos de los demás. Los débiles se convirtieron en víctimas de los fuertes, y los más poderosos empezaron á hacer preparativos para repartirse el país huérfano y desamparado. Los Brebiris á lo largo del litoral, los Németujváris más allá del Danubio, la familia Csák en las regiones del Vág, y los Apors en Transilvania, fueron en rigor los reyezuelos del país. Arrancaban un trozo del dominio de San Esteban siempre que les

convenia, y del tamaño que necesitaban. Lanzaron sus tropas sobre el pueblo, y combatieron unos contra otros y contra los vecinos. Si algo escapaba á la avidez de los oligarcas, caia en manos de los Cumanos, que, fiados en la protección y favor del rey, saqueaban y devastaban el país como ejércitos de merodeadores. «Hicieron descender á Hungría—dice el cronista—de la grandeza de su gloria. Merced á las guerras intestinas las ciudades quedaron desiertas y las aldeas reducidas á cenizas; la paz y la armonia fueron pisoteadas; se extinguió la riqueza, y los nobles, sumidos en la miseria, pasaron á la condición de villanos. En este periodo fué cuando el carro de dos ruedas recibió el nombre de galera de San Ladislao, porque, á consecuencia del universal saqueo del ganado de tiro, el número de éste decreció hasta el punto de tener que arrastrar esos carros los hombres mismos.»

El país no tardó en verse libre del desgobierno de Ladislao, pero su muerte no lo sacó de la miseria en que él lo habia hundido. Cierto número de jóvenes cumanos, sin duda por motivos particulares de venganza, lo asesinaron en su tienda. La muerte de Ladislao fué para el país una nueva fuente de disturbios, porque ya no habia más que un descendiente varón de la casa de Arpád para ocupar el trono, el duque Andrés, nieto de Andrés II, el monarca que dió á los Húngaros la bula de oro. Estéban, el padre del duque Andrés, habia abandonado á Hungría en edad temprana, y, residiendo en Venecia, se casó con Tomasina Marozzoni, dama descendiente de una distinguida familia patricia.

Andrés III (1290-1301), el último rey de Hungría de la casa de Árpád, habia nacido en Venecia, don-

de recibió su educación y permaneció hasta la edad adulta, viviendo completamente extraño á los acontecimientos que habían hundido la nación á grandes pasos en la mayor miseria. Había muchos en el país, y entre los vecinos de fuera, que no lo consideraban como un verdadero Húngaro, y se negaban á reconocer sus derechos á la herencia de los Árpád. Sin embargo, durante su breve reinado dió pruebas cumplidas de poseer dotes propias de eminente gobernante, y ninguna censura le alcanza por haber sido impotente para luchar con su escasa fuerza contra las dificultades de aquel tiempo. Abatir los reyezuelos del país, y rechazar de las fronteras á las potencias extranjeras, que, so pretexto de parentesco, y movidas por una ambición no recatada, anunciaban desde temprano sus títulos á la herencia, era una tarea con que no podía medirse Andrés. Pero luchó brava y varonilmente contra las dificultades que rodeaban su camino. Opuso á los oligarcas la pequeña nobleza cuyas antiguas inmunidades confirmó otorgándole además otras nuevas para atraerla á su persona. El duque Alberto de Austria, hijo de Rodolfo de Hapsburgo, que fué el primero en reclamar el trono, fué expulsado del país; pero la diplomacia de Andrés lo convirtió más adelante de enemigo en amigo y aliado. Entró en lucha con los Anjou napolitanos, que, como descendientes de los Árpád en línea femenina, eran los pretendientes más apremiantes y resueltos del trono. Pero en el principio mismo de la contienda, cuando es generalmente más grave la colisión de intereses hostiles, y precisamente cuando Andrés se disponía para entrar en campaña contra Carlos Roberto de Nápoles, lo arrebató de repente la muerte en 1301. Las crónicas insinúan la sospecha

de que murió por un veneno que le administró su cocinero italiano, á quien el partido napolitano sobornó con tan infame propósito, y que así la sentencia de la casa de Árpád fué sellada por el dolo de un asesino.

El sol de los Árpád se puso en medio de nubes sombrías y tormentosas, y la nueva dinastía de Anjou heredó la gran empresa de reconciliar á los oligarcas con la clase media, y á unos y otros con la corona, restaurando de esta suerte el antiguo poder y esplendor del reino húngaro.

CAPÍTULO VIII

LOS ANGEVINOS EN HUNGRÍA



LA linea masculina de la casa de Árpád se extinguió á la muerte de Andrés III. Su hija única, Isabel, se retiró á un convento, y la nación fué llamada una vez más á ejercer su antiguo derecho de elegir monarca.

Tres candidatos—un Tseque, un Alemán y un Italiano—se presentaron simultáneamente en escena. Cada uno de estos pretendientes tenia su partido en el país, y hasta que las fuerzas de la nación se vieron agotadas por contiendas y luchas intestinas durante un periodo de ocho años no logró el partido italiano colocar en el trono á Carlos Roberto, que vino á ser el fundador de los Angevinos húngaros.

Nuestra tarea ahora consistirá en referir cómo el soberano recién elegido, tomando en sus manos las riendas del gobierno, introdujo en el país la era gloriosa de la caballería. Bajo el reinado de los Angevinos veremos echar raices gradualmente en el suelo húngaro la cultura y costumbres de la Europa occidental, hacerse fuera objeto de respeto y admiración el nombre de Hungría, extenderse los limites delreino bajo una mano poderosa, ceñir las sienes del rey hún-

garo la corona de un valiente y caballeresco vecino, la nación polaca, hasta que, al fin, como dice el poeta húngaro Bajza, «las orillas de tres mares formaron las murallas fronterizas del reino».

Al principio salió victorioso el partido tseque; Wenceslao, el anciano rey de los Tseques, que estaba emparentado en línea femenina con la casa de Árpád, no sintiéndose con fuerzas para gobernar á Hungría por sí mismo, propuso en su puesto á su hijo y homónimo, que sólo tenía 13 años. El 27 de Agosto de 1301, la corona sagrada de San Esteban fué colocada en las sienes del joven Wenceslao en Stuhlweissemburgo; pero su reinado fué de corta duración. La Iglesia de Roma pronunció la maldición contra sus partidarios, aunque á los ciudadanos de Buda no afectó grandemente el entredicho, é hicieron que sus propios prelados devolviesen la maldición á sus anatematizadores. Con todo, el partido del joven rey se debilitó tanto que el padre juzgó prudente volverlo á llamar á su patria. Wenceslao el mayor entró en Hungría, saqueó las más ricas catedrales, y no expresó más que un deseo tocante á su hijo: verlo adornado una sola vez con las reales vestiduras húngaras. Sus adictos cumplieron el deseo del anciano monarca, y el joven Wenceslao marchó á su país con las vestiduras reales y la corona en la cabeza, rodeado de sus soldados y bajo la protección de guardias de corps armadas.

El partido italiano, atento á vengar esta afrenta, invadió el territorio de los Tseques é hizo expiar al pueblo con terribles matanzas el rapto del rey. Los fieros cumanos, atravesando en sus arzones niños tseques, ensartados por las manos agujereadas, rompieron furiosamente por el país, devastándolo todo.

Al punto Alberto, emperador de Alemania, acudió con Otón de Baviera á librar á Wenceslao, que, agradecido por su ayuda, entregó la corona á Otón.

Ahora el partido alemán quedó á su vez victorioso y tomó posesión de la corona de San Esteban, la más sagrada reliquia de la nación. Otón marchó al país pero bajo malos auspicios. Por un accidente, la corona se perdió en el camino, aunque su séquito la descubrió después enterrada en el lodo. Hombre inclinado al fausto por su vanidad, atravesó procesionalmente la capital Buda, adornada con todos los atributos y esplendores de la monarquía, y desde ese día en adelante todos los reyes que le han sucedido han renovado esa pompa especial después de la coronación.

Otón fué una sombra de rey como antes de él Wenceslao. Para consolidar su poder pidió en matrimonio la hija del más poderoso señor húngaro, Ladislao, el *vaivoda* de Transilvania; y, obteniendo una respuesta favorable, corrió á ese país lleno de esperanzas; pero, al llegar, fué reducido á prisión por el astuto vaivoda. Después de recobrar su libertad, lo que aconteció de allí á poco, volvió la espalda para siempre á Hungría, quedándose satisfecho con el vano título de rey; pero la corona parmaneció en poder del vaivoda.

Ahora fué dueño del campo el partido italiano. Los más obstinados é indómitos oligarcas, cansados de los desórdenes que reinaban en el país, concertaron con la mejor buena voluntad colocar en el trono de Árpád á Cárlos Roberto de Anjou. El 27 de Agosto de 1310 fué coronado por cuarta vez Carlos Roberto, pero en esta ocasión con la corona sagrada recabada al fin de Apor. Carlos fué ahora el rey legítimo

(1309-1342), y pudo acometer la empresa de restaurar el orden en el país: una obra á cuya altura demostró hallarse cumplidamente.

El rey luchaba con varias dificultades en su camino. El soberano *de facto* y *de jure* no podía llamar realmente suya sino una pequeña porción del reino. La infinita división del territorio, que era característica de Alemania al cerrarse el último siglo, aparecía también en miniatura en Hungría. Los desórdenes dominantes bajo el reinado del último Árpád y de los dos reyes que le sucedieron, habían fomentado el desenfreno de los rapaces nobles. Cada cual se apropiaba el territorio que podía, y ejercía autoridad de rey ó príncipe en los dominios así adquiridos. Mientras tantos se habían hecho dueños de amplios Estados, el rey carecía de todo patrimonio personal. Era menester reducir á la sumisión, uno á uno, á esos reyezuelos, y privarles de las tierras usurpadas. El más poderoso de todos era Matías Csák de Trencsén, y su sujeción dió mucho que hacer y costó largo tiempo.

El poder y el territorio de Matías Csák se extendía desde los Cárpatos del Noroeste hasta el Theiss y el Danubio. El castillo de Trencsén era la residencia de este reyezuelo. Desde ese castillo fortificado sobre el Vág, levantado en una roca eminente cerca del camino comercial que conduce desde Silesia á Hungría, acostumbraba á enviar sus merodeadores á devastar el país vecino. Desde su nido de roca se precipitaba como un ave de rapiña sobre los indefensos mercaderes que pasaban por debajo con sus naves, y los pobres traficantes se estimaban dichosos si podían salir salvos abandonando parte de sus mercancías en manos del salteador. Así el pillaje le permitía desplegar una pompa regia; y tales eran la suntuosidad y

el lujo portentosos que ostentaba en su castillo, que el palacio del rey no parecía, en comparación, sino una pobre cabaña. Csák tenía su tesorero palatino y otros funcionarios de alto rango, y cuando salía iba seguido de una escolta de millares de hombres armados. Sólo después de muchas instancias consintió en recibir al legado del Papa, cardenal Gentilis; y aun entonces el legado tuvo que avistarse con Csák en el sitio especificado por el último, el cual deseaba hacer comprender á ese dignatario de la Iglesia que debía considerarse muy honrado con poder estrechar su mano.

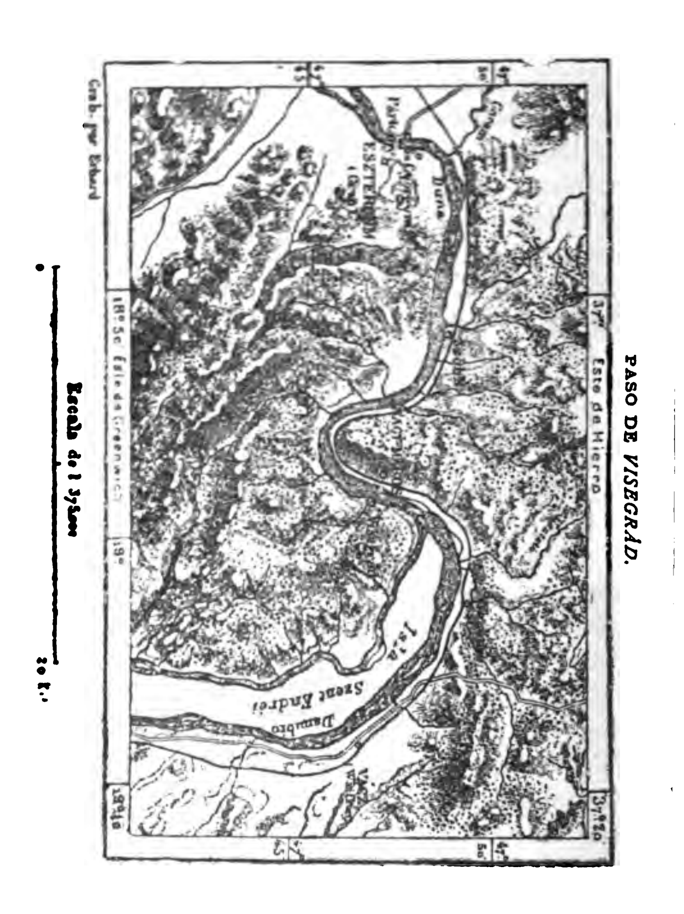
Al principio, Csák pareció someterse á Carlos y, jurando lealtad al rey, consintió estar representado en la tercera coronación. Para granjearse la amistad y el apoyo de Csák, Carlos le hizo *Guardián del país*. Pero este nuevo honor no le impidió cansarse muy pronto de su posición subalterna; y cuando se dictó una ley ordenando la restitución de los castillos y dominios reales que habían ido á poder de súbditos ó extranjeros, se hizo mayor que antes aún su anhelo de independencia. Siguióse pronto una contienda armada entre el rey y su poderoso súbdito. Antes medió, sin embargo, una excomunión papal de Csák y sus adictos, que alcanzaba aún á los muertos; pero el impío rebelde replicó devastando las tierras de los grandes prelados vecinos. El poder de Csák llegó en ese tiempo á su apogeo. Era dueño de un dominio que contenía sobre 30 castillos fortificados, y que el pueblo ha venido llamando hasta hoy Tierra de Matías. Se comprende, pues, que el rey no quisiese afrontar al león en su propio antro. Las tropas del monarca penetraron primero en el territorio de Szepes con la esperanza de encontrar allí el punto flaco del

enemigo, pero hubieron de retroceder ante los capitanes de Csák. La batalla decisiva tuvo efecto en 1312 al Norte de la ciudad de Kassa. El empeñó fué rudo y sangriento, y terminó con la derrota de las gentes de Csák. Los antepasados de los Báthorys, Tökölyis, Drugets y Széchenys, que figuraban entre las más poderosas familias de Hungría, pelearon en esa ocasión al lado del rey. Aunque humillado, el poder de Csák no se quebrantó grandemente, porque algunos años después lo vemos bastante fuerte y osado para atacar á Juan, rey de Bohemia, y tomarle el castillo fortificado de Holics.

Carlos Roberto convirtió entonces su atención á sus otros súbditos rebeldes, sometiéndolos uno á uno, y abandonándose á la Providencia por lo tocante á Csák. No tuvo que esperar mucho tiempo, porque ese gran señor murió en 1321. Su muerte se pinta con caracteres terribles: gusanos engendrados por su propio cuerpo lo consumieron lentamente. Después de su muerte no hubo nadie que heredase sus vastos dominios, y con ellos su gran poder. La Tierra de Matías fué dividida en pequeñas porciones, y distribuída entre los favoritos del rey. Los súbditos de Csák, entre ellos su palatino Feliciano Zách, se sometieron al monarca.

Mientras duró esta guerra intestina, la atención del rey estuvo demasiado ocupada para permitirle desplegar la energía que reveló en los siguientes años de su reinado, energía que estaba destinada á hacer de Hungría un poder influyente en la Europa central. Durante esos días de contienda civil tuvo su residencia en Temesvár, y la casa real se hallaba reducida á tal extremo, que su pobreza atraía frecuentemente las quejas del alto clero. Pero, no bien cam-

biaron las cosas, cuando Carlos trasladó su residencia á Visegrád, el palacio real á que se asocian tan caras y tristes memorias nacionales, y que aún se



PASO DE *VISEGRÁD.*

ve, aunque en ruinas, á la orilla derecha del Danubio, como un monumento del antiguo poder y gloria de Hungría.

Carlos forjó los proyectos más ambiciosos para

elevar á su familia al mayor poder posible, y juzgó que el medio más rápido de cumplir su objeto era la extensión del poder de la nación. Ante todo necesitaba dinero y soldados, pero su genio le permitió procurarse ambas cosas. Explotó las ricas minas del país, y elevó el comercio y la industria del reino á un estado floreciente; con lo cual aumentó en tal escala la riqueza del pueblo, que el rey se creyó autorizado para levantar contribuciones directas, género de tributación enteramente desconocido antes en Hungría.

La manera como creó un ejército atestigua su ingenio. El sistema condal se había relajado y desorganizado, hasta el punto de que no había que esperar ningún soldado de esa fuente. Había que buscarlos en otra parte. Carlos conoció muy bien el genio caballeresco de la nación que, en punto á boato, conservaba aún su carácter oriental; comprendió también, por la historia, que los que apelaban á la vanidad de los Húngaros jamás se veían defraudados, y trazó sus planes en consecuencia. Trasplantó á Hungría una de las más simpáticas instituciones de la Europa occidental, la de la caballería. Caballeros había en el país, pero no eran numerosos, y no habían demostrado ser entusiastas adictos del rey. Carlos supo ganarse el afecto de los grandes señores: distribuyó divisas y fundó órdenes. En los espaciosos patios del castillo de Visegrád se hicieron frecuentes los torneos caballerescos; y los nuevos caballeros, con sus divisas heráldicas, tuvieron ocasión de encontrarse en lid unos con otros en presencia de su soberano extranjero. La corte del rey vino á ser el punto de cita de los jóvenes nobles, y niños de noble alcurnia se hicieron compañeros de juego de los príncipes reales. Para levantar el espíritu guerre-

ro de sus grandes nobles, permitió á los que acudían á una campaña con cierto número de soldados, conducir sus hombres bajo banderas que llevasen sus propias divisas.

Un acontecimiento, sin embargo, de las más trágicas consecuencias, que ha proporcionado un tema fecundo á los poetas y artistas húngaros, destruyó casi el efecto de la sabia política del rey y puso en peligro su vida. La escena del suceso, que acaeció el 17 de Abril de 1330, fué el magnífico palacio de Visegrád.

El antiguo palatino de Csák, Feliciano Zách, se había hecho uno de los principales consejeros del rey, y vivía en el real palacio con su hija Clara, una de las damas de honor de la reina, y mujer de extraordinaria belleza. Casimiro, rey de Polonia, y hermano de la reina, fué por ese tiempo huésped de Visegrád, y se condujo con Clara Zách livianamente. Furioso el padre, al saberlo, se precipitó sobre la real familia, reunida en el comedor; y resuelto á vengar la afrenta inferida á su hija, amenazó á todos los presentes. Cayó con la espada desenvainada sobre los hijos del rey y sobre sus padres. Los hijos salieron ilesos, pero el rey fué gravemente herido y la reina quedó con cuatro dedos cortados. Juan Cselényi, el tesorero de la reina, se lanzó á la defensa finalmente, y derribó al exasperado padre con su hachuela de bronce; los servidores alarmados, que habían corrido en el ínterin al salón, dieron al mísero el golpe de gracia en presencia de la real familia. La infortunada Clara y todos los miembros de la familia Zách sufrieron un castigo más terrible y cruel por el acto sanguinario de su padre. Cortaron á la joven las orejas, la nariz, los labios y las manos, y atada

en esa situación, con su hermano, á la cola de un caballo, los arrastraron á los dos por el país hasta que murieron miseramente. La familia Zách debía ser exterminada hasta la tercera generación, y sus parientes remotos condenados á esclavitud.

Tal sentencia contra los que no habían cometido ningún crimen era harto vengativa y salvaje, y el pueblo vió la mano vengadora de Dios en el resultado adverso de una campaña de aquel año contra los Valacos. Una de las crónicas, refiriéndose al desenlace desastroso de la guerra, dice: «El rey había navegado hasta aquí bajo favorables auspicios, abriéndose camino, á medida de sus deseos, al través de las olas tempestuosas, con la nave de su fortuna. Pero la suerte, mudable, le había vuelto ahora la espalda. Su ejército había sido derrotado, y él mismo sufría en pies y manos las torturas de la gota.»

El ban Miguel Bazarád, jefe entonces de Valaquia, se atrevió á desconocer su dependencia de la corona de Hungría. Carlos aprovechó presuroso la ocasión de castigar al traidor vasallo, esperando al propio tiempo que la indignación del pueblo contra él por su crueldad, cedería ante la noticia de una campaña victoriosa contra los Valacos. Declinando los ofrecimientos de paz hechos por el ban arrepentido, Carlos avanzó resueltamente, con sus animosos caballeros, por los intransitables y desconocidos caminos de Valaquia. Se internó tanto en el país, que su marcha ulterior se había hecho imposible por la ausencia de todo camino, y estaba resuelto á volver sobre sus pasos. El ejército húngaro fué extraviado por los guías valacos, y, al retirarse, se encontró inopinadamente encerrado entre altas y escarpadas rocas de donde no había salida. Cayó sobre él una lluvia de piedras; los

Valacos que ocupaban las alturas lanzaron sobre los Húngaros una nube de rocas y flechas. Carlos mismo debió su salvación á la abnegación generosa de Desiderio Szécsi, uno de sus hombres, con quien cambió de traje. Ese bravo guerrero pagó su abnegación con la vida. Los furiosos valacos, tomándolo por el rey, lo atacaron por todas partes y, después de resistir valerosamente, cayó al fin en el campo de batalla. Su soberano escapó ileso, y Valaquia mantuvo su independencia.

Carlos, vuelto al país, se consagró una vez más al desarrollo de sus ambiciosos proyectos relativos al engrandecimiento de su familia, y los resultados de sus esfuerzos dieron amplio testimonio de su sagacidad política. Adquirió para su familia Nápoles y Polonia, aunque sólo en el papel aún. Polonia pasó á ser bajo su hijo Luis posesión indiscutible del reino húngaro, mientras que Nápoles nunca estuvo bajo su autoridad.

En 1335 Visegrád resonaba incesantemente con el ruido de los festines y diversiones; jamás, ni antes ni después, albergaron tantos huéspedes reales sus augustos muros. Se veía allí á Casimiro, elevado á rey de Polonia, el último descendiente de la familia Piasta; á Juan, el aventurero rey de los Tseques, que recibió más tarde la muerte de un héroe en el campo de Crécy; á su hijo Carlos, el margrave de Moravia, y posteriormente emperador de Alemania; á tres caballeros del primer rango pertenecientes á la orden de los caballeros alemanes; á los duques de Sajonia y Liegnitz, y á numerosos magnates eclesiásticos y seglares. El sostenimiento de tantos huéspedes distinguidos constituía una pesada carga para el tesoro real. Un cronista contemporáneo afirma que «la cor-

te del rey de Polonia necesitaba diariamente 1.500 panes y 180 botellas de vino».

Mientras los huéspedes se entregaban á las fiestas, Carlos empleaba todo su ingenio en arreglar los destinos de la Europa oriental. Sus negociaciones con Casimiro, rey de Polonia, condujeron al acuerdo de que este país pasaría á su muerte á Luis, hijo de Carlos. Dos años más tarde Carlos tenía la satisfacción de saber que la nación polaca había confirmado el arreglo privado, y había reconocido el derecho de sucesión de su hijo al trono de Polonia. Uno de los más hermosos monumentos de la arquitectura húngara de la Edad Media, la catedral de Kassa, debió su conclusión á esta fausta noticia. La reina Isabel ordenó que fuese terminada en celebridad de la elevación de su hijo Luis.

Carlos había procurado también asegurar á Nápoles para su hijo Andrés, desposándolo á la edad de seis años con Juana, nieta y heredera del rey napolitano. En Julio de 1333 el joven príncipe marchó á Nápoles á tomar posesión de su reino, según pensaba su padre, pero en realidad, como probaron acontecimientos ulteriores, al lugar de su muerte. Carlos murio á una edad no muy avanzada después de haber visto el éxito satisfactorio de la mayoría de sus planes.

Seis días después de su fallecimiento ciñó la corona de Hungría su hijo Luis, sobrenombrado luego el Grande, que entonces tenía 15 años (1342-1382). El joven monarca fué inmediatamente en peregrinación á la tumba de San Ladislao, el rey húngaro más popular, en Grosswardein. Allí, en su sepultura, hizo el juramento sagrado de gobernar la nación húngara á ejemplo de su gran predecesor. Desde Grossvar-

dein marchó á Transilvania á recibir el juramento de fidelidad del hijo de Miguel Bazarád.

Apenas de regreso en el palacio de Visegrád, recibió noticias alarmantes sobre su hermano de Nápoles. El joven príncipe húngaro era mirado con celos



SELLO DEL REY LUIS I

por los numerosos duques italianos de la corte napolitana, que trataban de impedir por toda clase de medios su acceso al trono. Su madre, la reina húngara, voló á Nápoles cargada de tesoros para librar á su hijo de las maquinaciones de sus enemigos. El dinero húngaro produjo el efecto apetecido en la cor-

te pontificia, de que era vasallo Nápoles en aquel tiempo. La reina Isabel obtuvo la seguridad de que su hijo Andrés sería coronado, pero se volvió á Hungría antes de que se llevase á efecto la ceremonia de la coronación. Al partir, su espíritu estaba lleno de tristes presentimientos, harto justificados por los acontecimientos siguientes. La partida de la reina fué la señal para nuevas intrigas de la corte napolitana. Felipe y Luis de Tarento, hijos de Catalina de Valois, insultaron abiertamente al joven príncipe. Juana abandonó inicuamente á su marido, pasándose á sus enemigos. Por fin se acercó el día de la coronación.

Andrés, fiado en el poder que poseería en breve, advirtió á sus enemigos que vengaría las afrentas de que lo habían colmado. Sus enemigos se sobrecogieron de terror cuando, en el torneo que tuvo efecto poco antes de la coronación, vieron flotar en lo alto de la bandera de Andrés el hacha y el lazo corredizo pintados bajo sus armas. La inminencia del peligro redujo á la desesperación á los intrigantes duques, y concertaron á una deshacerse de Andrés. Se resolvió su asesinato y, dando Juana su asentimiento al nefando plan, quedó sentenciado el joven príncipe.

El 18 de Septiembre de 1345, toda la corte, incluso Juana, se dirigió á Aversa para entregarse al alegre pasatiempo de la caza. Andrés iba acompañado por su fiel nodriza húngara, Izolda, bien ajena la pobre de que el objeto de aquella caza era su arresto. Á la noche toda la comitiva se alojó en el convento de San Pedro. Acababa de retirarse Andrés á su cuarto, cuando lo llamó una voz familiar desde la pieza contigua para discutir ciertas graves cuestiones. El confiado joven, no previendo ningún mal,

abandonó su cuarto; pero, no bien habia traspasado el umbral, cuando su secretario cerró la puerta. Los asesinos, que estaban en acecho, cayeron sobre la víctima y la estrangularon sin que fueran oídos sus gritos de socorro. Luego arrastraron su cadáver al balcón y lo precipitaron al jardín. Mientras se desarrollaba esta sangrienta escena, Juana dormía profundamente, sin que la turbaran la contienda que había á su puerta, ni los gritos de angustia de su marido. Luego dió por explicación que la había hechizado una bruja.

Todo fué luto en el castillo de Visegrád al saberse las tristes noticias. Luis juró terrible venganza, y la nación tomó las armas con ardimiento para apoyarlo. De fuera no llegaban sino voces de simpatía. Los príncipes italianos ofrecieron libre paso por sus territorios á sus ejércitos; Luis, el emperador alemán excomulgado, celebró alianza con el rey; Eduardo III, rey de Inglaterra, condoliéndose de él, lo incitaba á la venganza; sólo el Papa guardaba un silencio de mal agüero: Pero esta vez el deseo de venganza pudo más en el rey que su reverencia al Pontífice, y en 1347 se halló dispuesto á marchar el ejército húngaro. Castigar á una mujer infiel, no conquistar á Italia, era el objeto de su expedición, y los príncipes italianos ofrecieron gustosos al ejército del rey toda clase de facilidades para llegar al fin propuesto.

Todos los grandes señores del reino se agruparon al rededor del monarca. El ejército húngaro llevaba al frente una amplia bandera negra, donde estaba pintada la pálida cara de Andrés. En dos ocasiones fué conducido por el rey contra Nápoles, y en las dos fué acompañado por las más distinguidas familias



LA FLOTA HÚNGARA DELANTE DE NÁPOLES

De un cuadro del siglo XIV.)

húngaras. Miguel Kont, Andrés y Esteban Laczfy, con Dionisio, hijo del último, y multitud de otros, llevaron consigo sus contingentes armados, á cuyos potentes embates pronto fueran reducidas tanto Aversa, de triste memoria, como la orgullosa Nápoles. La reina Juana, con su segundo marido, Luis de Tarento, huyó al otro lado del mar. Luis de Durazzo, uno de los duques intrigantes, de quien se sospechaba haber entrado por algo en el asesinato, expió su crimen recibiendo la muerte después de una alegre francachela, y siendo arrojado desde el mismo balcón que había presenciado la vil hazaña de los conspiradores. Otros cuatro duques fueron llevados prisioneros á Hungría. El mismo rey Luis estuvo siempre delante en la batalla, y recibió graves heridas en más de una ocasión. Pero no satisfizo su deseo principal—castigar á Juana—y al fin confió al Papa la sentencia que debía pronunciarse contra ella. El Papa, sin embargo, la declaró inocente del crimen de asesinato que se le imputaba, aunque le impuso una multa de 300.000 ducados, como indemnización por los gastos de la campaña. El caballeresco rey desdeñó el dinero sangriento, y dejó el castigo de la culpable Juana á un juez de superior rectitud—la Providencia.—Y la Providencia fué más severa con la regia culpable que el sucesor de San Pedro. Carlos Durazzo, llamado también Carlos el Chico, hijo de Luis Durazzo, habiendo conquistado el trono de Nápoles, mandó en 1382, 37 años después de la comisión del crimen, encerrar á la reina Juana en una prisión, donde murió estrangulada.

Durante la campaña italiana Hungría tuvo que habérselas también con otro enemigo en Oriente. Poblaciones rapaces hacían frecuentes correrías á las

fronteras orientales, molestando á los habitantes húngaros, que por esta época se habian acostumbrado á la vida pacífica de labradores y comerciantes. Los victoriosos ejércitos del rey Luis no tardaron en poner término á esas perturbadoras incursiones. Pero con una de las campañas contra las poblaciones merodeadoras se enlaza una de las más bellas leyendas de la historia de Hungría.

Kieystut, el príncipe de Lithuania, después de haber sido derrotado varios años antes, cayó sobre Transilvania con un considerable ejército, engrosado por la unión de un numeroso cuerpo de Tártaros. Contra él envió el rey Luis á Laczfy, el vaivoda de Transilvania, á quien siguió el bravo pueblo Székely. Pero el ejército húngaro era reducido, y el éxito de la batalla permaneció dudoso durante largo tiempo. La leyenda cuenta que la noticia del peligro que amenazaba á las armas húngaras llegó á Grosswardein, donde se hallaba la sepultura de San Ladislao, y que el heroico santo, abandonando su sepulcro, montó en el caballo de bronce de su propia estatua, que estaba en el centro de la plaza pública, y voló en socorro de sus apurados compatriotas. Los Tártaros se espantaron á la aparición de un guerrero, «que levantaba sobre ellos la cabeza y los hombros», y por bajo del cual era visible la santa Virgen María, patrona de Hungría. Los paganos se sobrecogieron de terror á su vista, y la batalla terminó en una brillante victoria de los Húngaros.

Las armas del rey no fueron menos felices en Serbia, donde trataba de «encender la luz de la fe». Pero su guerra más gloriosa fué la empeñada contra la altiva Venecia, que continuó durante la mayor parte de su reinado. Sus enemigos, especial-

mente Génova, pusiéronse de buen grado de parte del rey de Hungría, y el resultado último fué la completa humillación de la ciudad de San Marcos. Por fin en 1381, un año antes de la muerte del rey, se concluyó la paz entre los dos beligerantes, paz de que con toda razón podían enorgullecerse los Húngaros, porque en su virtud Dalmacia quedaba incondicionalmente anexionada á Hungría, y la misma Venecia tenía que enviar anualmente al rey húngaro, el día de San Esteban — 20 de Agosto — un tributo de 7.000 ducados.

Como testimonio de la alta estima en que se tenía el nombre de Hungría por aquel tiempo, interesa saber que los soberanos extranjeros enviaban sus hijos á recibir su educación á la corte húngara; por donde no es aventurada la presunción de que la corte de Luis debía ser un centro de la cultura y refinamiento de Europa en aquellos días. La misma esposa elegida por el rey, Isabel, hija de Esteban, el príncipe de Bosnia, había sido enviada allí para adiestrarse en las artes de la cortesanía. Allí también cortejó Carlos IV, emperador de Alemania, á Ana, la duquesa de Schweidnitz, su futura esposa.

Estos dos soberanos estuvieron unidos por lazos de estrecha amistad, hasta que el descontento de los Alemanes con «el padrastro de su país», como llamaban á Carlos IV, maduró el proyecto de transferir al rey húngaro la corona alemana. Aunque el rey Luis rehusó aceptar la corona ofrecida, la herida quedó, y su imperial amigo se convirtió en su enemigo mortal. El emperador persistió en entregarse á infundadas sospechas de la buena fe del rey, y llegó hasta el extremo de hablar en términos insultantes del monarca y de su ilustre madre Los embajadores

húngaros en la corte imperial, irritados por la afrenta hecha á su soberano, retaron al emperador á mortal combate; pero el último declinó cobardemente aceptar el reto; á lo cual ellos declararon la guerra en nombre de su rey. Luis, que idolatraba á su madre, aprobó la conducta de sus embajadores, y envió al emperador una carta provocativa, en la cual declaraba que no podía esperarse otra cosa de un borracho. Acto seguido un ejército de Cumanos devastó la Moravia, hasta que, al fin, después de una guerra de varios años, el humillado emperador solicitó la paz, consiguiendo que intercediese por él el Papa. Por último, se concluyó la paz, y se celebraron alianzas matrimoniales para afirmarla. Segismundo, el hijo del emperador, se desposó con María, hija del rey.

En la segunda mitad del siglo XIV la cristiandad se vió amenazada en nuestro continente por un nuevo enemigo. Los belicosos secuaces de Osmán, merced á la toma de Adrianópolis, habían puesto sólidamente los cimientos de su poderoso imperio en Europa. Jóvenes, arrebatados en tierna edad á sus padres cristianos, y educados después en una ciega obediencia á las órdenes del Sultán, fueron adiestrados rígidamente en la milicia, según la mejor disciplina del tiempo; y las tropas así formadas estaban destinadas á hacerse el más formidable auxiliar para la fundación del poder otomano en Europa. El Imperio oriental había caído demasiado bajo en aquella época, para ser capaz de resistir por sí solo á tal poder, y perdió, uno tras otro, sus baluartes. En este aprieto su soberano recurrió á una de esas estratagemas que caracterizaban la política de la corte oriental. Juan Paleólogo, el emperador de Oriente, se dirigió á la corte del rey de Hungría, en Buda, y prometiendo su

adhesión á la Iglesia occidental, pidió ayuda á Luis contra el salvaje enemigo. El «porta-estandarte de la Iglesia», como era apellidado el rey de Hungría por el Papa, creyó su deber, en tales circunstancias, ir en socorro del angustiado emperador; y poco después los dos pueblos hermanos, Turcos y Húngaros, se encontraron en actitud hostil á orillas del Maritza. Era la primera contienda guerrera entre las dos naciones. Dió por resultado la victoria de 20.000 húngaros sobre un ejército turco cuatro veces mayor, victoria cuyo recuerdo han perpetuado hasta hoy los tesoros é inscripciones alusivas que aún se ven en la iglesia de Mariazell de Stiria.

Casimiro, el último rey polaco de la familia Piasta, murió el 5 de Noviembre de 1370. Su muerte fué ocasionada por una afección que contrajo al caer del caballo durante la caza.

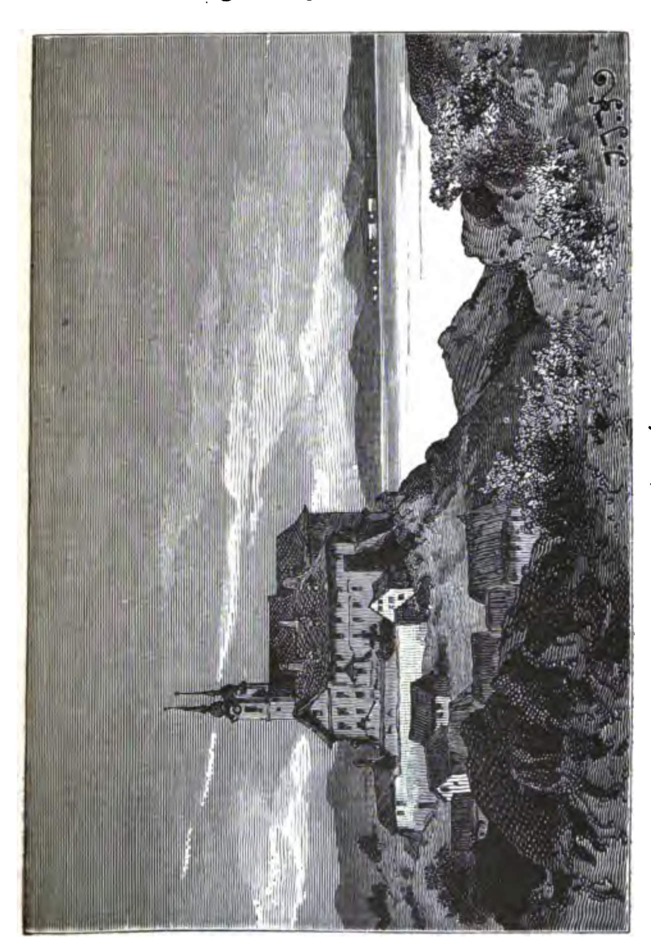
El 17 de aquel mes Luis fué coronado rey de Polonia en Cracovia por el arzobispo de Gnesen. En el momento en que estaba á punto de alcanzar la meta de la más alta ambición de su predecesor y de él mismo, Luis pareció titubear y dudar de la conveniencia de aceptar la corona. No podía menos de reflexionar que gobernar dos naciones, entre las cuales no había más lazo de unión que su propia persona, y defenderlas contra sus enemigos, sería acaso empresa superior á las fuerzas de un rey. Aceptó, con todo, pero no debían tardar en verse confirmados sus siniestros presentimientos. Los señores polacos no estaban acostumbrados á un gobierno enérgico. Tanto los nobles de la pequeña como los de la gran Polonia anhelaban asegurar para sí los cargos del Estado, pero unos y otros detestaban á la reina madre enviada allí para gobernar. Pronto

fué presa la nación de disensiones y contiendas intestinas, que obligaron á la reina á huir del país donde había aparecido un nuevo pretendiente. Este pretendiente al trono era pariente del difunto rey de Polonia, y se había retirado á un convento de Francia en vida de Casimiro. Su ambición lo llevó á trocar la cogulla por la armadura, y en seguida una gran parte del pueblo de Polonia lo reconoció por rey. Pero su reinado fué de corta duración; el ejército del aventurero fué dispersado por los adictos de Luis.

Los Lituanios, á quienes ya dijimos que había rechazado Andrés Laczfy, se aprovecharon ahora de los desórdenes que afligían á Polonia, y consiguieron afianzar el pie en aquel país de tal manera, que uno de sus duques, Jagello, que se había convertido al cristianismo y casado después con Heduvigis, hija del rey Luis, se hizo, en el curso de pocos años, el fundador de una nueva dinastía polaca, la de los Jagellones, dinastía de triste memoria en la historia húngara.

Los últimos días de Luis fueron acibarados por los desórdenes de Polonia. Él, afortunado dondequiera, fracasó aquí. El desencanto abrevió su vida; al volver á Tirnau el 11 de Septiembre de 1382, después de asistir á la Dieta polaca reunida en Hungría, cayó enfermo, y exhaló su último suspiro. La nación húngara perdió en él uno de sus más grandes reyes. Su reinado fué agitado, pero glorioso. La bandera húngara ondeó siempre victoriosa en sus numerosos campos de batalla, y el rey humilló constantemente á los enemigos de la nación. Á despecho de sus varias guerras, Luis encontró tiempo para consagrarse al cultivo de las artes de la paz. Dió á su país leyes, que

aseguraron su estabilidad, y permanecieron en vigor hasta los tiempos más recientes. Puso orden en los asuntos de la Iglesia y en la administración de jus



LA ABADÍA TIHÁN

ticia. Fué celoso protector de la enseñanza, y fundó una universidad en Fünfkirchen (Pécs). Su corte, cuya residencia fijó en Buda, fué brillante, prevale-

ciendo en ella las costumbres occidentales traidas de Italia. En tiempo de paz, magnificas justas y torneos sucedian en el interior á las sangrientas guerras exteriores, y la distribución de insignias y distinciones caballerescas introducidas por su padre, continuó durante su reinado en una escala más amplia todavia. En todas las ocasiones demostró Luis ser un rey valiente, sabio y piadoso, cuyo largo gobierno define un eminente historiador húngaro como «una bendición continuada para su nación».

Dias sombrios sucedieron al glorioso reinado de Luis. La nación húngara ansiaba atestiguar su gratitud al gran rey, haciendo á su dinastia—á pesar de su origen extranjero—una concesión que habia rehusado á la gloriosa dinastia de la familia nacional arpádica. Después de la muerte del rey, se proclamó reina y se confirió la corona á su hija Maria. Pero la corona no le trajo grandes alegrias, porque, apenas acabadas las fiestas de la coronación, se vió amenazada por peligros procedentes de dos lados. Los Polacos odiaban á Segismundo, con quien Maria estaba desposada, é insistian además en que su soberano residiese entre ellos. Isabel, la reina madre, para conjurar la oposición de los Polacos y no arriesgar la pérdida de Polonia, les ofreció, en sustitución de Maria, su hija menor Heduvigis. Los Polacos se avinieron á este arreglo, á condición de que ellos elegirian el marido de su reina. Fué una gran prueba para Heduvigis renunciar á Guillermo, duque de Austria, á quien estaba prometida, porque tuvo que elegir entre él y la corona de Polonia. Vencieron los incentivos de la segunda, y en Febrero de 1386 la nación polaca celebraba las bodas de su reina con el duque lituanio, Jagello, recién convertido al cristianismo,

que le habia elegido por esposo. Este matrimonio puso fin á la unión de los dos paises, y Polonia tuvo una vez más su soberano propio.

Mayor era el peligro que amenazaba á Hungria por el Sur. Los nobles de Croacia estaban descontentos del reinado femenino. Hubo algunos ambiciosos que se irritaron, viéndose excluidos de la corte real, mientras figuraba á la cabeza de ella un hombre de baja extracción como Garay, el palatino. Intentaron, pues, destruir el gobierno para derribar á la reina. En Carlos de Durazzo, que debia el trono de Nápoles á Luis el Grande, encontraron un hombre deseoso de presentarse candidato al trono de Hungria. No obstante, los traidores, al presentarse en medio de ellos el enérgico Garay, acompañado por la reina y la reina madre, permanecieron quietos durante cierto tiempo. Pero, no bien abandonó á Croacia la real comitiva, todos esos hombres, que debian sus honores al favor del rey difunto, reanudaron sus maquinaciones, y obligaron á Carlos de Durazzo á romper el juramento que habia prestado al último rey de no molestar á su hija Maria en la posesión del trono. En 1385, animado por las excitaciones de su mujer, llegó á Croacia.

En el interin se habia celebrado el matrimonio de Maria y Segismundo. El último, á fin de reunir un ejército con que hacer frente al enemigo que avanzaba y defender los derechos de su real esposa, empeñó una parte del pais para allegar los fondos necesarios. Este paso inconveniente aumentó las ventajas de su antagonista, porque el pueblo vió con indignación que Segismundo, en su calidad de «guardián del reino» simplemente, sin poseer derechos reales, empezaba su guarda disponiendo de esa suerte del te-

rritorio húngaro. Tan desgraciado negocio era cosa desconocida en el país, y no pasó mucho antes de que Carlos entrase en Hungría sin obstáculo ni impedimento, bien que disfrazando aún sus ilegítimas aspiraciones, afectando haber ido sólo para restablecer la paz entre la nación y su reina. Pero no tardó en revelar sus verdaderos designios.

El 31 de Diciembre de 1385 la catedral de Stuhlweissenburgo presenció una escena muy conmovedora. Iba á solemnizarse la coronación del usurpador Carlos. Llenaban toda la iglesia, hasta sus últimos rincones, señores lujosamente vestidos. La reina viuda y su hija María estaban también entre los asistentes. El primado de Hungría preguntó á los magnates del país, según costumbre, si querían por rey á Carlos. Las aclamaciones entusiastas de asentimiento fueron haciéndose más débiles cada vez, en el curso de las tres preguntas del prelado, conforme resonaban en la iglesia los lastimeros sollozos de las dos reinas que habían caído sobre la tumba de su marido y padre. Continuó la coronación, sin embargo, y mientras el arzobispo elevaba su acción de gracias al cielo, la reina viuda juraba silenciosamente terrible venganza sobre la sepultura de su marido.

Malos augurios siguieron á la solemnidad. Durante la procesión se hizo pedazos la bandera de San Esteban, y al entrar el rey por las puertas de su palacio de Buda, se conmovieron hasta sus cimientos los muros á causa de un tremendo trueno. Hacía sólo 39 días que ocupaba el trono Carlos, cuando la reina viuda, que vivía bajo el mismo techo que él, lo llamó á su presencia para arreglar graves asuntos de Estado. El rey obedeció, y fué humildemente recibido por el palatino Garay, el copero Blas Forgách, el ban de

Croacia Tomás Szent-Györgyi y otros señores presentes. Apenas había empezado el Consejo, cuando, á una señal del palatino, Forgách se fué detrás del monarca y le asestó un hachazo en la cabeza. El golpe le causó una grave herida y se desvaneció. Los asesinos habían tomado sus precauciones para el sangriento suceso. Mientras Forgách se encargaba del rey en la cámara del Consejo, los soldados italianos que había en el palacio eran desarmados por gentes de Garay. Carlos fué llevado á Visegrád, encerrado en una prisión y estrangulado después.

La noticia del asesinato del rey excitó nuevo descontento en Croacia, donde su partido había sido muy numeroso. Garay se figuró que podría apaciguar la rebelión apareciendo entre los rebeldes. Las dos reinas aprobaron su proyecto, y marcharon en su compañía á Croacia. Esta vez, sin embargo, les fué fatal la ida. Las reinas, que viajaban con una pequeña escolta, fueron sorprendidas por Juan Horváty, uno de los rebeldes, cerca de Diákovár, y se siguió una lucha á muerte entre los insurrectos y la escolta. Garay y Forgách lucharon con desesperación en defensa de las reinas. Garay, acribillado de flechas, se puso de espaldas al coche vendiendo cara su vida, sin permitir al enemigo aproximarse á su real depósito, á no pasar al través de su cadáver. Todo ese heroísmo fué inútil frente al número superior de los rebeldes, y pronto tuvieron que asistir las reinas al terrible espectáculo de ver segadas las cabezas de sus defensores ante sus propios ojos. Las reinas mismas fueron confinadas en Novigrad á orillas del mar. Aquí la larga serie de muertes violentas que parecía perseguir como una maldición á la raza de Anjou, debía aumentarse con otra.

La viuda de Luis el Grande, después de breve prisión, fué estrangulada por uno de los rebeldes en presencia de su infortunada hija.

Los desórdenes habían llegado ahora á su apogeo; uno de los soberanos de Hungría, Carlos, había sido asesinado, y María estaba presa en Diákovár. Los rebeldes se disponían á traer al país al hijo del usurpador Carlos, mientras otro partido ponía los ojos en Ladislao Jagello, el marido de Heduvigis, como un aspirante ventajoso á los honores reales. El príncipe de Serbia se armaba para atacar á Hungría por el Sur, y Polonia se preparaba á invadir el país por el Noroeste, en tanto que los príncipes de Valaquia y Moldavia, vasallos de Hungría, proclamaban su independencia. Tantos desastres pedían pronto remedio, y la nación, en el trance extremo, decidió aceptar por soberano á Segismundo, el marido de la reina. En consecuencia, fué reconocido rey; Benedicto, obispo de Veszprém, colocó en sus sienes la corona de San Esteban en Marzo de 1387, y su reinado duró hasta 1437. Á tan tristes circunstancias debió Segismundo, de la casa de Luxemburgo, su elevación al trono de Hungría.

Pesada era la carga que había caído sobre sus hombros, de poner orden en los asuntos de aquel perturbado país. Su primer deber era librar á su augusta esposa de la prisión, pero hay que reconocer con pena que demostró poco celo en cumplirlo. Mientras él andaba viajando tranquilamente de una parte á otra, sin cuidarse al parecer del peligro de la tardanza, Venecia vino en su ayuda. Los hombres de Estado de la ciudad de San Marcos habían visto con recelo la unión de Nápoles y Hungría en manos de un soberano, y para evitar este peligro á su ciudad,

buscaron la amistad de Segismundo y enviaron buques de guerra contra sus súbditos rebeldes. Juan Palisna, bajo cuya custodia había sido colocada la reina prisionera, la entregó al punto á Juan Barbadico, general de la república, estipulando sólo por su parte el derecho de salir sin ser molestado. En Julio



SELLO DEL EMPERADOR SEGISMUNDO

de 1388 se reunieron los esposos en Agram (Zágráb) y Segismundo corrigió su anterior negligencia recompensando espléndidamente á los Venecianos que habían libertado á la reina.

El monarca recién elegido tenía enfrente, en los umbrales mismos de su reinado, una doble dificultad. Necesitaba sofocar la rebelión, viva aún en la

parte meridional de sus dominios, y detener las intrusiones del poder turco. Consiguió abatir la rebelión. Marchó á Croacia y Bosnia, persiguiendo á los rebeldes en sus fortalezas montañosas, y después de algunos años de guerra con varia fortuna los redujo á la obediencia. Los supervivientes de los rebeldes diseminados buscaron refugio en las agrestes selvas de Syrmia. Una pequeña banda de 30 hombres se agrupó al rededor de Esteban Kont de Hédervár, hijo del famoso palatino Miguel, hombre notable por su bravura. Segismundo encargó á Vajdafy, uno de sus leales, la reducción de esa banda. Juzgó imposible, sin embargo, acercarse á ellos, y recurrió á una estratagema. Vajdafy les prometió el perdón completo de Segismundo si se rendían é iban á Buda con él. Los 31 guerreros aceptaron la proposición, pero en el camino el traidor Vajdafy mandó encadenarlos. Ellos se irritaron tanto de este ignominioso proceder, que resolvieron no prestar homenaje al monarca cuando fuesen llevados á su presencia. Se negaron á doblar la rodilla ante él. El rey no reflexionó mucho, sino que mandó llevar á los 31 valientes á la plaza de San Jorge de Buda, donde hallaron la muerte á manos del verdugo. Kont fué el último que puso la cabeza sobre el tajo. Su fiel paje Csóka rompió á llorar ante aquel espectáculo sangriento. Segismundo consoló al joven diciéndole que sería para él un amo mejor que Kont. «Jamás te serviré, puerco tseque» respondió el mozo—respuesta que le costó la vida, porque fué inmediatamente ejecutado.—Este acto bárbaro del rey hubiera provocado sin duda una rebelión en el país en tiempos normales, pero precisamente entonces absorbían la atención general las invasiones de los Turcos.

Serbia se había convertido ya en Estado vasallo de los musulmanes, y se veía obligada á engrosar con su ejército el poder del más fuerte enemigo del cristianismo. La última victoria ganada á los Turcos por los Serbios fué en 1387, cuando mataron dos tercios de su ejército que ascendía á 20.000 hombres. El sultán Murat invadió á Serbia en 1389 para vengar esa derrota. Se encontró en Junio con Lázaro, el último príncipe independiente de Serbia, en el campo de Kosovo (mirlo), llamado en húngaro el Rigómezö. El empeño fué sangriento y desastroso para los soberanos de ambas partes. El sultán Murat murió herido por la daga de un soldado serbio, mientras que el príncipe Lázaro era entregado por su propio yerno, Vuk Brankovich, en manos de los Turcos, que era caer en las garras de una muerte cierta. Con Lázaro acabó la independencia de Serbia, y su ejército diseminado huyó abatido del adverso campo de batalla. Esa victoria acercó á los Turcos un paso más á los confines de Hungría, y aumentó el temor á sus victorias, máxime sabiéndose que Bayaceto, el sucesor de Murat, sobrenombrado «el Rayo», anhelaba nuevas conquistas.

Dos años después de la batalla de Kosovo, vemos ya á los Turcos en territorio húngaro. Segismundo intentó entrar en negociaciones al principio. Viddin, Nicópolis y Silistria, que pertenecían á Hungría bajo Luis el Grande, habían caído recientemente en manos de los Turcos. Segismundo envió una embajada á Bayaceto pidiéndole la entrega de esas ciudades á su dueño legítimo. El Sultán recibió á la embajada en Brussa, y conduciéndola á un salón adornado con armas de todas clases, dijo señalándolas: «Volved y decid á vuestro rey que, como veis por

vosotros mismos, tengo títulos bastante buenos á esas tierras.» Segismundo vió en esto, naturalmente, una declaración de guerra. Invitó al punto á todos los caballeros de Europa á tomar parte en una cruzada contra los infieles, y celebró alianza con Manuel II, emperador de Oriente. Varios caballeros de Inglaterra, Francia é Italia, respondieron á su llamamiento.

Entretanto, María, la mujer de Segismundo, murió en 1395. Á ella era á quien debía Segismundo su trono, y ahora que ya no existía, no había nada que conservase los lazos de afecto entre el pueblo y su veleidoso é inconstante rey. Segismundo esperaba deslumbrar á la nación con la gloria de una guerra feliz. En 1396, los cruzados reunidos marcharon á Nicópolis contra los Turcos. El rey, rodeado de los principales capitanes del ejército, se hallaba en un alegre festín, cuando llegaron noticias de que se acercaba Bayaceto, el Rayo. Los dos ejércitos ardían en deseos de combatir. Los caballeros franceses, á despecho de las protestas de Segismundo, reclamaron el privilegio del primer ataque. Ignorantes del sistema de guerra turco, que consistía en enviar de frente las tropas más débiles y menos disciplinadas para sostener el choque de la primera embestida, los Franceses cayeron con todas sus fuerzas unidas sobre el enemigo. El ataque, como de costumbre, fué favorable á las armas francesas; pero, apenas habían dispersado las fuerzas inferiores, cuando se encontraron frente á frente con las apretadas filas de los spahis y genízaros. Los fogosos franceses no eran adversarios al igual de esos incomparables soldados, y gran parte cayeron en el campo de batalla, mientras los restantes fueron hechos prisioneros. Ese desca-

labro desalentó á los demás cruzados, cuyo ejército se dispersó en desordenada fuga. El mismo Segismundo no escapó sino con gran dificultad, refugiándose en un buque del Danubio que lo llevó á Constantinopla.

La desgraciada campaña fué una fuente de disturbios para la nación, porque el rey, sintiendo vivamente la derrota, permaneció fuera de Hungría casi medio año. La parte meridional del territorio ardió en rebelión de nuevo, y varios, creyendo en el falso rumor de la muerte del monarca, deseaban proceder á la elección de sucesor. El rey, temeroso de perder el trono, volvió; y, según su costumbre, recompensó á sus amigos y castigó y á sus adversarios.

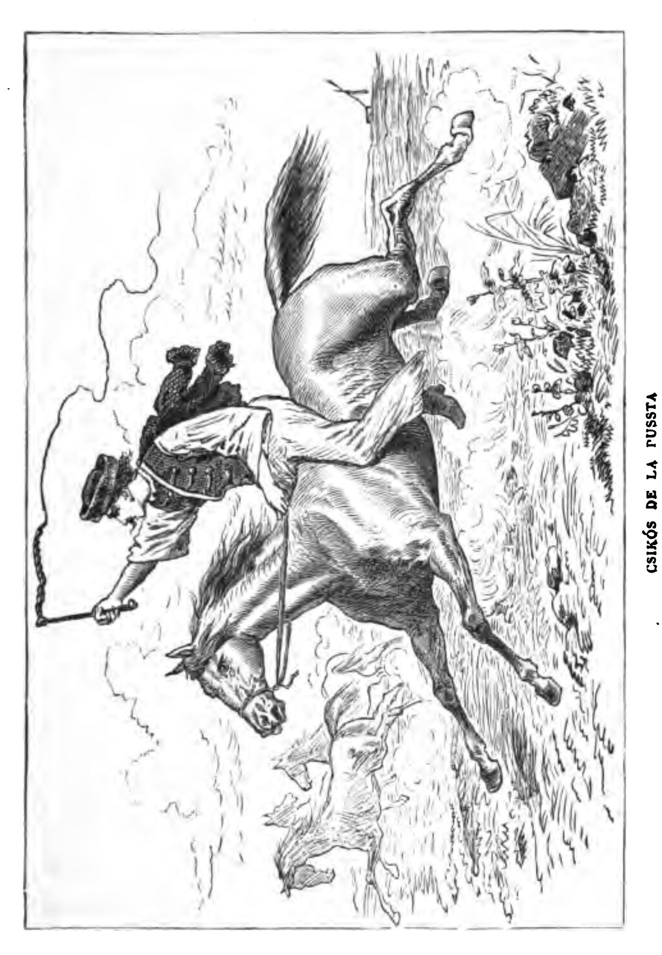
Para aumentar el número de sus adictos, distribuyó, contra una antigua ley, las tierras de la corona, y dió á extranjeros los más altos puestos del Estado. Era más de lo que podían sufrir los señores húngaros, sobre todo después de la desgraciada derrota que había experimentado el rey en el campo de batalla. Los impacientes magnates, cansados de su ignominioso gobierno, tramaron una conspiración para destronarlo. El 28 de Abril de 1401 cierto número de grandes señores del país se reunieron en Buda, y pidieron la asistencia del rey para celebrar consejo sobre asuntos de Estado. Los Garay, los inquebrantables adictos del monarca, comprendieron lo que iba á ocurrir, pero no se atrevieron á divulgar ni contrariar los planes de los conspiradores. Segismundo apareció entre los magnates reunidos, mas sólo para apercibirse demasiado tarde de que era en realidad su prisionero. Fué conducido á Visegrád, y encerrado en su castillo.

Ahora había que elegir otro soberano. Tres preten-

dientes se presentaban en escena: Ladislao Jagello, Guillermo de Austria y Ladislao, hijo de Carlos el Chico. Pero el rey tuvo la suerte de que no se llegase á ninguna elección; y mientras los magnates celebraban consejo entre sí, los Garay lograron poner en libertad al monarca, y lo llevaron á Siklós, uno de sus castillos fortificados. Sus secuaces, entretanto, tomaron las armas por él, y lograron volverlo á colocar en el trono después de cuatro meses de prisión. Mas, antes de hacerlo así, obtuvieron su promesa de no castigar ni molestar á los conspiradores. Miguel Garay fué generosamente recompensado por sus esfuerzos á favor de Segismundo; recibió una pensión anual de 1.000 ducados, y fué elevado á la dignidad de palatino. La severa lección aprovechó al rey. Apareció totalmente cambiado después de haber sufrido la prisión. Cumplió lealmente la promesa que había hecho, y no molestó á los señores rebeldes, sino que, antes bien, buscó su amistad, y, unido con ellos, trató seriamente de mejorar el gobierno del país por medidas legales.

Apenas había empuñado con mano firme las riendas del gobierno, cuando el grito de guerra volvió á llamarlo fuera. No teniendo hijos, trató de asegurar el trono á su hija Isabel. Estaba prometida á Alberto de Austria, y el rey decidió á 110 señores á firmar un documento, según el cual, después de su muerte, el marido de su hija tendría derecho á llevar la corona de San Esteban. El partido napolitano se alzó en rebelión por este arreglo, y Ladislao de Nápoles penetró en el interior del país. El primado del reino, el arzobispo de Gran, se puso de parte de los rebeldes, y colocó la corona de Hungría en las sienes del invasor extranjero. Segismundo, que á la sazón

se hallaba entre los Tseques, cuya corona ambicionaba, corrió á su país al saber el peligro de que estaba amenazado. Lcs secuaces de Ladislao no tarda-



CSIKÓS DE LA PUSSTA

ron en ser humillados, y, seguros del perdón del rey, todos se sometieron. Ladislao, temiendo suerte análoga á la de su padre, Carlos el Chico, abandonó

el país, y no se atrevió en adelante á disputar á Segismundo el derecho á la corona.

En el curso de los años siguientes se introdujeron algunas sabias medidas concernientes á los privilegios y franquicias de las ciudades, y regulando las relaciones de la Iglesia de Hungría con el Vaticano. Habiendo sido el Papa el más celoso partidario de Ladislao, se dictó una ley poniendo término al derecho de intervención del Pontífice en los asuntos de la Iglesia húngara.

El rey volvió á contraer nuevos lazos matrimoniales, tomando por esposa á Bárbara, hija del conde Arminio Cilley, el poderoso señor del castillo Stiriano de Cilli. La nueva reina acrecentó poco su felicidad. El rey estableció la orden del Dragón en conmemoración de su boda. La insignia de la orden era una cruz roja con un dragón de oro que enroscaba su cola al cuello. Los miembros se redujeron á 24, los cuales se comprometieron á defender la fe cristiana contra los Turcos. El rey y la reina fueron los primeros miembros de la orden; los restantes se eligieron de entre las más altas dignidades del país.

Una elevada distinción cupo en suerte al rey de Hungría el 20 de Septiembre de 1410. Acababa de morir Roberto, que había sido elevado al trono imperial de Alemania, después de la deposición de Wenceslao el Borracho (el demente hermano de Segismundo). Wenceslao se esforzaba por recuperar la dignidad perdida, pero se le opuso su propio hermano Segismundo. Los principales electores votaron por éste. Era la primera vez que se confería semejante distinción al que llevaba la corona de San Esteban. La nación se sintió orgullosa con la exaltación de su rey, pero la nación y el monarca hallaron más

tarde buenas razones para arrepentirse de su prematuro regocijo. Los temores de San Ladislao y de Luis el Grande, que habían declinado la corona imperial para no verse expuestos, aceptándola, á descuidar los asuntos de Hungría, resultaron harto fundados. Las ocupaciones del emperador requerían su presencia en otra parte, y mientras estaba ausente del país durante años, los asuntos interiores padecían y caminaban á su ruina visiblemente. El emperador-rey no podía disponer de tiempo para atender al deber más importante de su reinado—tener á raya á los Turcos—y no cabe duda de que la indiferencia de Segismundo frente á los progresos otomanos durante los últimos años de su reinado, más bien que las guerras civiles de este período, fué lo que permitió al poder muslímico tomar posesión un siglo después del baluarte de la cristiandad. Ya eran visibles los signos de la próxima lucha á vida ó muerte; y, una vez empeñada la contienda, no había modo de destruir el poder otomano, ni, perdida una ocasión favorable, podía esperarse otra.

Una vez más fué propicia á los Húngaros la suerte de las armas en su guerra contra Venecia, pero después, durante varios años, la historia no recuerda más que una larga serie de continuos desastres. Se emprendió la guerra contra Venecia para tomar posesión de las islas y ciudades del litoral, y los embajadores de la orgullosa ciudad de San Marcos que pidieron la paz tuvieron que sufrir la humillación de ver hechas pedazos, ante sus propios ojos, en las calles de Buda, 19 de sus banderas. Pero las nuevas banderas de Venecia estaban destinadas á plantarse pronto victoriosamente en el territorio litoral de Hungría, y Segismundo se vió obligado á firmar una paz por

la cual perdió la nación sus posesiones de la costa.

Mientras el poder de Venecia cercenaba el territorio por el Sur, se perdían las más ricas ciudades del Norte por la negligencia de Segismundo. Á fin de salir de apuros financieros, empeñó á Ladislao, rey de Polonia, trece de las más ricas ciudades del país de Szepes poblado de comerciantes alemanes. Esas ciudades permanecieron empeñadas hasta el primer reparto de Polonia, 1772, en que Hungría fué reintegrada en su plena posesión. Después de arreglar estos asuntos, el rey salió del país permaneciendo fuera seis años. Durante su ausencia, la nación, entregada al gobierno despótico de Bárbara, su esposa, fué presa del desorden. Sería llenar páginas inútiles entrar en un relato circunstanciado de los hechos particulares de la disoluta reina; y así, pasándolos por alto, acompañaremos á su real esposo en su viaje al concilio de Constanza.

La situación de la Iglesia romana en esa época era de lo más lamentable. Cada día se hacía más urgente la cuestión de las reformas dentro de la Iglesia misma. El inglés Wycliffe tenía la audacia de presentarse ostensiblemente como hereje; y Juan Huss, el rector de la universidad de Praga, no tardó en convertirse en celoso propagandista de sus enseñanzas. La mayoría de los habitantes de Bohemia abrazó los nuevos dogmas, tomando de su jefe el nombre de *hussitas*. El principal objeto del concilio de Constanza (1414-1418) era extirpar la herejía y exterminar á sus sectarios. Numerosos señores eclesiásticos y seglares se reunieron en Constanza para deliberar bajo la dirección del emperador-rey, que presidía. Los magnates húngaros presentes consideraron una exigencia de su fama y dignidad desplegar

el más extravagante lujo. El emperador-rey se creyó obligado á eclipsar á sus súbditos en ostentación y pompa en tal circunstancia, y al efecto tuvo que vender el Brandeburgo á Federico de Hohenzollern, con cuya venta contribuyó á no dudar inconscientemente á la grandeza futura de la actual dinastía imperial de Alemania. No trataremos de describir aquí el concilio de Constanza, bastándonos consignar que la traición y mala fe de Segismundo fuéron la causa del trágico fin y martirio de Juan Huss. Sus discípulos juraron venganza, y durante varios años, Hungría fué, de todos los dominios del emperador-rey, el más expuesto á sus crueles devastaciones.

Después de una ausencia de seis años, durante los cuales visitó Segismundo Alemania, Francia, Italia é Inglaterra, volvió por fin á Hungría. Encontró el país trastornado y amenazado, por dos partes, de poderosos enemigos. Habiendo encerrado en una prisión á su mujer, causa de los desórdenes interiores, mandó un ejército contra los Turcos, que amenazaban la parte meridional del país. Pero, antes de describir los acontecimientos de esta campaña, dirijamos una rápida ojeada á la situación del mundo musulmán en Europa.

Un terrible azote había caído sobre el Imperio otomano en Julio de 1402. Timur, el conquistador del Asia central, destruyó el ejército turco cerca de Angora, y se apoderó del mismo temible Bayaceto. El ya enflaquecido poder del Imperio otomano fué más debilitado aún por la lucha á muerte entre los hijos de Bayaceto. Surgió al fin como sultán victorioso Mahomet I, en cuya persona reaparecieron una vez más las cualidades guerreras de sus antecesores sobre el trono de los Osmanlíes. Serbia y Moldavia re-

conocieron al punto su soberania. Hervoja, el *boyar* bosniaco, siguió su ejemplo. Los tres generales de Segismundo, Juan Maróthy, Juan Garay y Pablo Csupor, marcharon contra el último. El encuentro terminó con la victoria de Hervoja. Csupor fué hecho prisionero, mientras sus colegas buscaron la salvación en una fuga vergonzosa. Csupor, años atrás, había hecho befa de Hervoja en la corte de Hungria, saludándolo con un bramido; y ahora el vencedor, recordando la afrenta, tomó venganza metiendo al malaventurado capitán en el cuero de un buey, convenientemente cosido, y diciéndole: «Ahora puedes bramar todo lo que quieras; tienes también la facha de un buey». Y mandó echarlo al agua, donde se ahogó.

Entretanto, Esteban Lazarevich, el principe de Serbia, cansado de la alianza turca, y con la mira de asegurar á su sobrino, Jorge Brancovich, la sucesión de Serbia, solicitó el auxilio de Segismundo, ofreciendo entregarle por sus servicios varias plazas fortificadas importantes á lo largo del Danubio. El principe de Serbia murió en 1428, y Segismundo reclamó la posesión de las plazas prometidas. Pero el comandante serbio de Galambócz, una de las más poderosas de esas fortalezas, la dejó pasar traidoramente á manos de los Turcos. Para reconquistar esa fortaleza, que no podía consentir permaneciese en manos musulmanas, marchó Segismundo contra el enemigo. Á punto estaba de tomarla, cuando llegó la noticia de que se aproximaba el sultán Amurat II. Segismundo no se atrevió á empeñar batalla contra número tan abrumador, y estipulando el libre paso para él y su ejército, levantó el sitio cobardemente. Mas apenas empezaban los Húngaros á atravesar el

Danubio, cuando los Turcos, faltando á lo pactado, los atacaron. El mismo Segismundo se halló en gran peligro, y no debió su salvación sino al heroísmo de Cecilia Rozgonyi, la mujer del general en jefe, que le facilitó la huida en una galera dirigida por ella misma. Tal fué el último encuentro de Segismundo con los Turcos, y su éxito no aumentó ciertamente sus laureles.

Los restantes días del reinado de Segismundo fueron empleados en la organización de la defensa del país, y en continua guerra con los Tseques hussitas del Norte. Wenceslao, el rey de Bohemia, murió en 1419, y Segismundo trató de obtener la corona de su hermano. Los Tseques odiaban al verdugo de su querido maestro, y no concedieron á Segismundo la corona de Bohemia sino después de larga y ruda contienda. Hungría padeció á causa de la ambición de su rey, porque, durante esas luchas, los exasperados tseques devastaron en más de una ocasión sus territorios del Noroeste. Segismundo, sin embargo, no consintió renunciar á proseguir su empeño. Obrando con arreglo al principio de *divide et regna*, se atrajo hábilmente parte de los Tseques, concediéndoles reformas religiosas, y mientras las gentes del país luchaban entre sí desesperadamente, consiguió hacerse dueño de la corona de Bohemia.

Puede decirse que Segismundo llegó á la meta de todos sus deseos. Reunió en sus sienes las coronas de la imperial Alemania, de Hungría y de Bohemia. Con todo, no fué á la postre un hombre feliz. Su mujer Bárbara había recobrado la libertad, y amargó los últimos días del achacoso monarca. Esa ambiciosa mujer codiciaba la corona de Hungría, y para obtenerla, proyectó ante todo estorbar la sucesión de

Alberto, el yerno del rey-emperador. Con esta mira entró en negociaciones con Ladislao III, rey de Polonia, negociaciones, según cuyo tenor, Ladislao debería casarse con ella después del fallecimiento de Segismundo, reuniendo así con Polonia los dominios del rey de Hungría. Estaba casi concluído el trato, cuando la intriga fué descubierta por Segismundo. Privó á su mujer una vez más de libertad, y corrió desde Bohemia á Hungría para conseguir de los Estados que aceptasen la sucesión de Alberto, y para dirigir luego sus pasos á Transilvania con el fin de sofoçar la rebelión que allí había estallado. Los aldeanos de Transilvania, inclinados á las doctrinas de Huss, se vieron expuestos á persecuciones continuas. Fueron además oprimidos por gravosas contribuciones; y finalmente, aguijados por su adversa situación, se alzaron en armas contra sus tiranos. La matanza de la nobleza y el incendio de las aldeas dieron testimonio de la exasperación de los aldeanos. El destino impidió á Segismundo reunir los Estados y dominar la rebelión de Transilvania. Fué sorprendido por la muerte en Znaym, Moravia, en Diciembre de 1437. Su cadáver y la reina cautiva llegaron á Hungría una semana después. Sus restos fueron trasladados desde Presburgo á Grosswardein, para colocarlos al lado de su primera mujer, María, y á los pies de San Ladislao. Contrista pensar que, después de un reinado de 50 años, sus funerales debían ser iluminados por el resplandor de las aldeas de Transilvania, incendiadas por sus propios moradores.

CAPÍTULO IX

JUAN HUNYADI (HUNIADES), EL GRAN CAMPEÓN DE LA CRISTIANDAD (1456).



oco ó nada se sabe del padre de Juan Hunyadi ni de la genealogía de su familia. Las mismas circunstancias de su nacimiento se hallan envueltas en pálida luz legendaria, y lo vemos surgir de improviso en la eminente posición de jefe de Hungría, ídolo adorado de su país, y admiración de toda la Europa cristiana. Por sus esfuerzos se hizo grande, rica y poderosa su familia; pero á la vez defendió á Hungría contra los males de la guerra civil, y la salvó del yugo musulmán. Sirvió á su país como bravo soldado, como eminente general, y como hombre de Estado prudente y enérgico, prestándole el auxilio de su fuerte brazo, de su denodado valor y de su clara inteligencia.

En su tiempo, durante el siglo xv, el hombre más respetado en toda Europa, y especialmente en Hungría, era el que alcanzaba la reputación de soldado distinguido. Si alguien deseaba señalarse entre sus conciudadanos, debía ser ante todo un general experto y un héroe militar. Según las ideas del día, no se tenía por verdadero hombre sino al hombre

libre, ó, según el lenguaje de la época, al noble; pero todo noble era soldado por su mismo nacimiento, y guerrear constituía juntamente su privilegio y su deber. El mérito guerrero era reconocido como el único mérito positivo, y el servicio militar como la única ocupación honrosa. Por ese camino todo hombre podía hacerse propietario de tierras y adquirir nobleza, porque, concediendo tierras y rango de nobleza, recompensaba el rey la bravura. De aquí que muchos anhelasen la guerra. El hombre vulgar, ó, como se le llamaba, el villano, esperaba adquirir tierras y ser creado noble; el noble, aumentar sus dominios y elevar su rango. Cuantas más tierras poseía un noble, y cuanto mayor era el número de sus siervos, cuanto mayor era el número de soldados que pedía equipar y la fuerza militar de que disponía, mayores eran sus probabilidades de elevar su posición en el Estado, en la sociedad y cerca de la persona del rey. Los primeros juegos de la infancia eran juegos marciales, y las primeras tareas de la juventud tareas militares.

Tal había sido también, á no dudar, el temprano aprendizaje de Juan Hunyadi; por tales medios se elevó, adquirió amplia fortuna, y pudo sostener un gran ejército, aunque, á decir verdad, no hay dato positivo ninguno en cuanto á su primera educación, porque, cuando apareció por primera vez en el teatro de la guerra, en 1437, era ya un general consumado. En ese año el sultán turco, que de continuo atacaba, asediaba y devastaba los Estados vasallos de Hungría, Bosnia, Serbia, Valaquia y Moldavia, volvió sus armas contra Serbia. El general del rey húngaro encontró al enemigo cerca de la fortaleza de Semendria, donde debía librarse la batalla decisiva. En

ese empeño hizo su aparición un caballero con cota de armas, desconocido de todos. En su escudo había



ARMAS DE JUAN HUNYADI

pintado un cuervo con una sortija de oro en el pico. Jamás hasta entonces se había visto combatir caballero tan bizarro como el del cuervo á la cabeza de

su pequeña tropa. Se le veía, ahora en un sitio, ahora en otro, pero, dondequiera que se presentaba, huía ante él ó perdía la vida el enemigo. Á los Húngaros les parecía como si el mismo dios de la guerra hubiese bajado para combatir bajo sus banderas, y se sentían poseídos de ardoroso entusiasmo. El general turco, con el resto de su ejército, huyó á la desbandada, y desde ese día en adelante el nombre del caballero del cuervo continuó siendo el terror de los guerreros turcos. Ese misterioso caballero era Juan Hunyadi.

Antes, hombres como Pongrácz, Szentmiklóssy, Thalloczy ó Maróthy, se habían acreditado de héroes en las varias luchas contra los Turcos; pero, después de esa memorable batalla, el esplendor del nombre de Hunyadi eclipsó la gloria de todos. Entre el pueblo, cuyo supremo encanto eran las hazañas militares, y á cuyos ojos pasaban los Turcos por el más terrible enemigo de su país, se acrecentó su prestigio de año en año. Porque Hunyadi, como su poderoso adversario el Turco, no supo nunca lo que era reposar. Ningún enemigo igualaba á aquel con quien tenía que combatir. El Estado turco hallábase organizado de forma que no podía existir sin nuevas conquistas y guerras incesantes. Los genízaros necesitaban ocupación y gloria; los spahis, nuevas tierras; las inmensas hordas, que marchaban á una jornada de distancia delante del ejército turco, estaban hambrientas de botín; y los sultanes mismos deseaban ardientemente ganar nuevas conquistas y gloria militar contra los infieles, como llamaban á los adoradores de la cruz.

Un enemigo como ése era un peligrosísimo vecino. Verdad es que Hungría estaba separada del Imperio

turco por sus Estados vasallos, Bulgaria, Valaquia, Serbia y Bosnia; pero los sultanes miraban ya estos territorios como suyos, y desde ellos organizaban correrías constantes á Hungria. Hunyadi había pasado sus primeros años cerca de las fronteras; y acostumbrado al perpetuo batallar que en ellas se empeñaba, estaba familiarizado también con la magnitud del peligro. Con voluntad de hierro resolvió consagrar todas sus fuerzas á la lucha contra los Turcos. Por su bizarría adquirió gradualmente la fortuna necesaria para sus fines, porque los reyes le concedían con prodigalidad una y otra vez amplios dominios en recompensa de su bravura. Y no le faltaban ocasiones de combatir con los Turcos, pues, habiendo sido nombrado sucesivamente conde de Temes, ban de Szörény, y vaivoda de Transilvania, fué su deber defender la frontera con el dinero y el ejército puesto á sus órdenes. Cuando los Turcos aparecían en cualquier punto con ánimo de saquear ó de provocar hostilidades, volaba inmediatamente á su encuentro, y no reposaba hasta que conseguía la victoria.

Mal lo pasó en una de esas expediciones Ishak, el pachá de Semendria. Ese despótico turco, saliendo de la fortaleza de Semendria, é invadiendo el país, no dejó en pos de sí más que desolación y las lágrimas de las viudas y de los huérfanos. Hunyadi, con una pequeña tropa, se lanzó en su persecución, y, venciéndolo, recuperó los prisioneros y el botín que había cogido, y le hizo retroceder á él y á su ejército hasta las mismas murallas de Semendria. El Sultán, al oir la noticia de esa derrota, despachó inmediatamente á Mezid Bey con un ejército de 80.000 hombres contra Hunyadi. Se dió orden de

destruirlo todo—vidas y haciendas;—ni los niños, ni los viejos, ni las mujeres, debían respetarse. Hunyadi estaba bien informado de los movimientos del enemigo. Comprendió que el objetivo principal de esta campaña sería matarlo ó cogerlo prisionero á él, porque su persona era casi lo único que se atravesaba en el camino de las conquistas y de la gloria del Sultán. El jefe turco ofreció la víspera de la batalla una enorme recompensa al soldado que lo hiciera prisionero. Ese instante crítico probó, no sólo la importancia concedida por los Turcos á la persona de Hunyadi, sino también el gran cariño de que estaba rodeado y el grado en que lo idolatraban sus soldados y compañeros. Uno de los últimos, Simón Kemény, sabedor de las intenciones del enemigo, instó á su jefe para que cambiase de caballo y de traje con él. Hunyadi se negó al pronto, mas al fin cedió á las súplicas de Kemény, y le entregó su equipo militar.

Pero trazó su plan de batalla con esta estratagema: mandó á 500 soldados distinguidos colocarse cerca de la persona del fiel oficial, y él, con su reserva, se retiró, ocupando una posición en un sitio más lejano. Al siguiente día trabaron la batalla los dos ejércitos. Todos los guerreros turcos buscaban al famoso héroe húngaro; todos anhelaban la gloria de capturarlo y matarlo, y ansiaban el precio puesto á su cabeza. Todos conocieron su cara—que se parecía asombrosamente á la de Simón Kemény—y su vestido, que sus camaradas les habían descrito minuciosamente. Á una se precipitaron sobre Kemény, el pretendido Hunyadi. Ese intrépido héroe, al frente de sus 500 hombres, sostuvo el choque de la embestida con valor sobrehumano; los enemigos eran segados literalmente por sus espadas, pero á la postre tuvieron que

sucumbir á la superioridad del número, y su bravo jefe dejó la vida en el campo de batalla. Los soldados turcos se precipitaron ansiosamente con exclamaciones de triunfo sobre su cuerpo inanimado, cuando de repente cayó sobre ellos Hunyadi, el Hunyadi vivo y verdadero á quien ya daba por muerto el enemigo. Á su vista, los adversarios que, pocos momentos antes se creían seguros de la victoria, se sobrecogieron de pánico, y buscaron su salvación en la huída. El jefe mismo Mezid Bey y su hijo quedaron en el campo de batalla con los cráneos machacados.

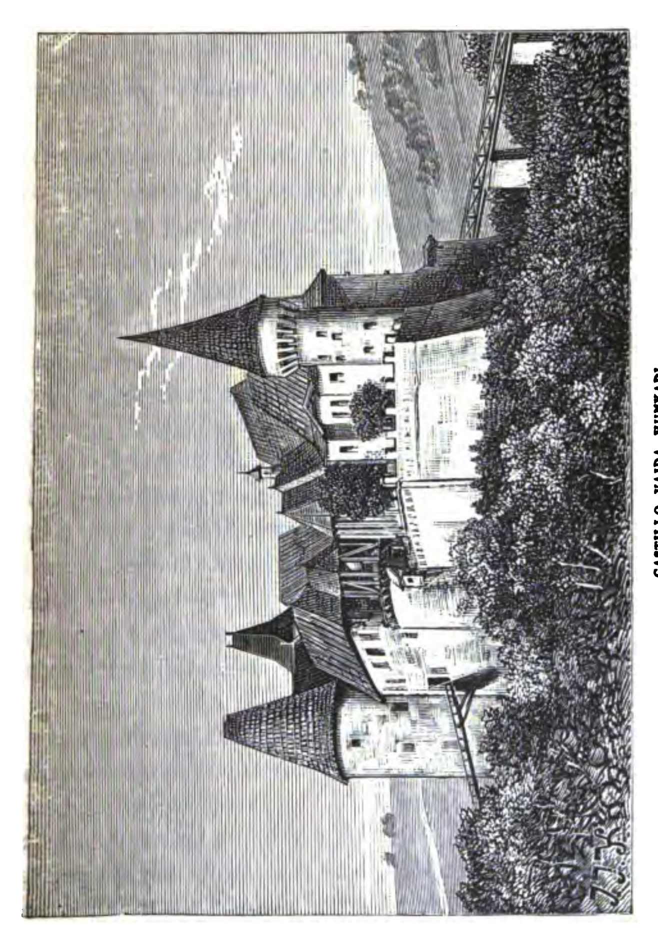
Todo el campamento turco, con inmensos tesoros y provisiones de guerra, así como numerosos prisioneros, cayeron en poder de los victoriosos húngaros. Más de un bravo guerrero, es verdad, había perdido la vida, y el fiel Simón Kemény había encontrado la muerte esperada; pero se salvó el país, y las pérdidas de los Húngaros no eran nada comparadas con las pérdidas de los Turcos. El piadoso Hunyadi mandó erigir después una capilla con los productos del botín en memoria de sus compañeros mártires.

La noticia de la ignominiosa derrota llegó al sultán Murat en Adrianópolis. Exasperado hasta el extremo, juró terrible venganza contra los Húngaros. Mandó comparecer ante él á su cuñado; le confió el mando de 80.000 hombres, y le ordenó invadir á Hungría, entrar á sangre y fuego, y aniquilar á Hunyadi y á su ejército. El general turco, dejando plena libertad á sus Tártaros, penetró de improviso en Hungría por Valaquia. Forman la frontera en este punto gigantescas montañas, que sólo dejan angostos pasos de uno á otro país. Por uno de esos pasos, el Vaskapu (Puerta de Hierro), entró en Hungría el ejército turco. Á duras penas habían tenido tiempo los

invasores de reponerse de sus fatigas, cuando apareció Hunyadi con su ejército ante el enemigo desprevenido, pronto á dar la batalla. Abedin se quedó sorprendido y desconcertado; pensaba que los Húngaros huirían ante él, y los tenía enfrente. Hunyadi atrincheró sus soldados de á pie tras un parapeto de carros, mientras él, con la caballería, atacaba á los spahis (caballería turca). Después de dispersar á la última, volvió contra la infantería — genízaros — que estaba á retaguardia, pero no fué sino un ataque simulado. Como si temiese verse envuelto, empezó á retroceder de pronto con su ejército hacia la porción del valle donde estaba el parapeto de carros. Los genízaros, abandonando sus posiciones protegidas, se precipitaron triunfantes en persecución de los Húngaros.

Hunyadi, habiendo tomado posiciones en el sitio fortificado del estrecho valle, atacó de flanco á la caballería turca, y la rechazó sobre los combatientes genízaros, cuyo embate contra la fortaleza de carros tuvo tan poco éxito como el de las olas que baten la sólida roca. El ejército turco no pudo desplegar sus fuerzas, y pronto se apoderaron de sus tropas la confusión y un espantoso desorden. El general, viendo que era imposible salvar su ejército, montó á caballo, y salió al galope. Quince mil Húngaros hicieron frente en esta ocasión á 80.000 Turcos, aguerridos, bien adiestrados y acostumbrados á la victoria. Los genízaros, cuyas filas impenetrables jamás se rompieron, fueron aniquilados; la caballería — los renombrados spahis — fué dispersada; y todo el ejército húngaro fué en parte muerto, en parte puesto en desordenada fuga. En la huída sólo se salvó una mínima parte; los mejores de los guerreros perecie-

ron, porque las tropas turcas no carecian en modo alguno de valor personal. La principal diferencia entre los adversarios consistia en que el ejército tur-



CASTILLO VAJDA HUNYADI

co confiaba ordinariamente demasiado en la victoria, y era guiado á menudo por generales incompetentes, mientras que entre los Húngaros prevalecia la disci-

plina. Además, Hunyadi, no sólo daba la batalla, según planes concertados por su genio militar, sino que también, durante la confusión y el tumulto, veía la manera de ejecutar movimientos rápidos y precisos con sus tropas. Esas cualidades decidieron el éxito de la presente batalla, y fueron también el secreto de sus futuros triunfos.

Toda Europa saludó con alegría y admiración las brillantes victorias de las armas húngaras, porque todo el mundo cristiano había visto con alarma la extensión del poder de los temidos Osmanlies. No sólo Hunyadi, sino todos sus compañeros de armas, comprendieron que, al causar tan graves pérdidas á los Turcos, no defendían á Hungría únicamente, sino que salvaban á la cristiandad entera de aquel poder que había demostrado una ambición ilimitada de extensión continental. Penetrado de esto, inició Hunyadi una política que excedía en resolución á la que había seguido hasta entonces. Pidió á todos los soberanos de Europa—á unos personalmente, á otros mediante el rey y el Pontífice romano—que le prestasen su ayuda, y declaró que, si respondían á su llamamiento, estaba pronto á empezar una guerra ofensiva contra los Turcos.

Toda Europa acogió satisfactoriamente su plan y su petición, mas cuanto pudo obtener fueron buenas palabras y bellas promesas; ayuda positiva poca vió llegar. Los Polacos (cuyo rey era el mismo rey húngaro Uladislao) enviaron un mediano contingente; en Alemania, Francia y Bohemia, hubo algunos prontos á alistarse para una guerra santa contra los infieles turcos, cómo había pasado antes en tiempo de las cruzadas; y éstos se dirigieron al campamento de Hunyadi. Los Estados vasallos del Sur

enviaron también algunas fuerzas. Pero el ejército principal se componía aún de los Húngaros de Hunyadi, á que se unieron las tropas del rey. Pudieron sumar en junto 40.000 hombres. El mismo rey tomó parte en la campaña ofensiva (en Julio de 1443) y se colocó á la cabeza del abigarrado ejército. Pero su jefatura fué un inconveniente más que una ventaja, porque la disciplina hubiese sido mucho más perfecta si se hubiera puesto al frente Hunyadi con sus hombres. No obstante, el general húngaro derrotó á los Turcos, en su propio país, en cuatro encuentros ligeros y en dos batallas más considerables. Cuando el ejército húngaro se aproximó á los Balkanes — el corazón del Imperio turco en Europa — los montes estaban ya cubiertos de nieve. Siguió, sin embargo, impávido, su marcha en medio de las enormes montañas y por pasos estrechos é impracticables. Pero los Turcos habían tomado ya posiciones, á lo largo de los pasos difíciles, no sólo en las cumbres de los montes sino en los desfiladeros mismos; de manera que se habían asegurado todas las ventajas. Hunyadi comprendió en un momento que la posición del Sultán detrás de tales trincheras y baluartes era inexpugnable. Teniendo, pues, que cejar en su empeño de atacar al enemigo, procuró atraerlo al llano. Lo consiguió. Como él se retirase de los pasos de los Balkanes, siguiendo lenta y cautelosamente su marcha de retroceso, los Turcos se precipitaron en su persecución. Pensó el Sultán que el ejército húngaro se hallaría á la sazón extenuado por el frío, la fatiga y los esfuerzos extraordinarios, y que sería cosa llana hacerlo caer ahora en su propio lazo. Pero no contaba con Hunyadi. Cuando éste creyó que ya era tiempo, se volvió é hizo frente al enemigo. Escogió un terreno

ventajoso, donde el ejército turco no podia desplegar á la vez todas sus fuerzas, y que debia ofrecer, por consiguiente, á los Húngaros la probabilidad de batirlos en destacamentos. Larga fué la lucha, porque los Turcos tenian contingente para dar espera. No bien era derrotado uno de sus generales, el Sultán le hacia estrangular en el acto, y enviaba en su lugar otro general y otro ejército. La contienda siguió desesperadamente á la luz de la luna. Todos tomaron parte en ella; el mismo rey Uladislao fué herido. Los irritados turcos, luego que quedaron desechas sus filas, no intentaron huir, sino que perecieron combatiendo. El general en jefe del ejército del Sultán cayó prisionero.

El ejército húngaro volvió triunfante á Buda. Tras sus huellas fué el enviado del Sultán á solicitar la paz. Todo lo que él pedia ahora era que lo dejasen tranquilo en su propio pais, comprometiéndose, en cambio, á no molestar á Hungria. Era una importante concesión, porque hasta aqui los sultanes habian reputado que sus creencias les prohibian entrar á parlamento con los infieles cristianos, y menos tratar de paz. Pero el Sultán tenia ahora motivos especiales para quererla. La mitad de su Imperio se habia alzado en armas contra él—los Albanos en Europa y los rebeldes mahometanos en Asia.—Como es usual en Estados basados sobre la violencia, los descontentos se levantaron por todas partes á la noticia de la primera batalla perdida. Tal fué el efecto de la campaña de Hunyadi.

Las cláusulas de la paz propuesta por el Sultán eran de lo más lisonjero y tentador. Prometia una gran suma de dinero, territorios, minas y cautivos. Hunyadi estuvo ahora por la paz; comprendia que

necesitaba reunir fuerzas. Se concluyó, pues, el tratado, jurando el rey por el Evangelio y el Sultán por el Corán. Pero apenas habían abandonado á Hungría los embajadores turcos cuando el cardenal Julián, nuncio del Papa, llegó al país y declaró nulo y sin valor, en nombre del Pontífice, el compromiso de Uladislao, conjurándole á la vez por todos los santos á aprovechar sin pérdida de tiempo aquella ocasión de aniquilar á los Turcos é insistiendo en que nunca volvería á ofrecerse otra tan favorable. Los ojos de toda Europa—añadía—estaban fijos en ellos, y Europa entera deseaba tomar parte en la lucha. Y en efecto, los príncipes cristianos se apresuraron á protestar contra la paz, y ofrecieron dinero y soldados en abundancia para continuar la guerra.

Entretanto llegaron noticias de que la armada italiana se había presentado en aguas turcas, para interceptar el paso del Sultán desde Asia á Europa. Se decía que era tiempo de caer sobre el Imperio muslímico ahora que se encontraba sin amo. El nuncio del Papa empleó toda su elocuencia en probar que no era válida la paz concluída con el turco, porque no obligaba la palabra dada á un infiel, y Dios no oía un juramento depositado en manos paganas. «Toda Europa—continuaba—se burla de esa paz, y el honor y la gloria militar de la nación húngara se reducirán á la nada, si persiste en guardarla. Será un oprobio para su heroico nombre.»

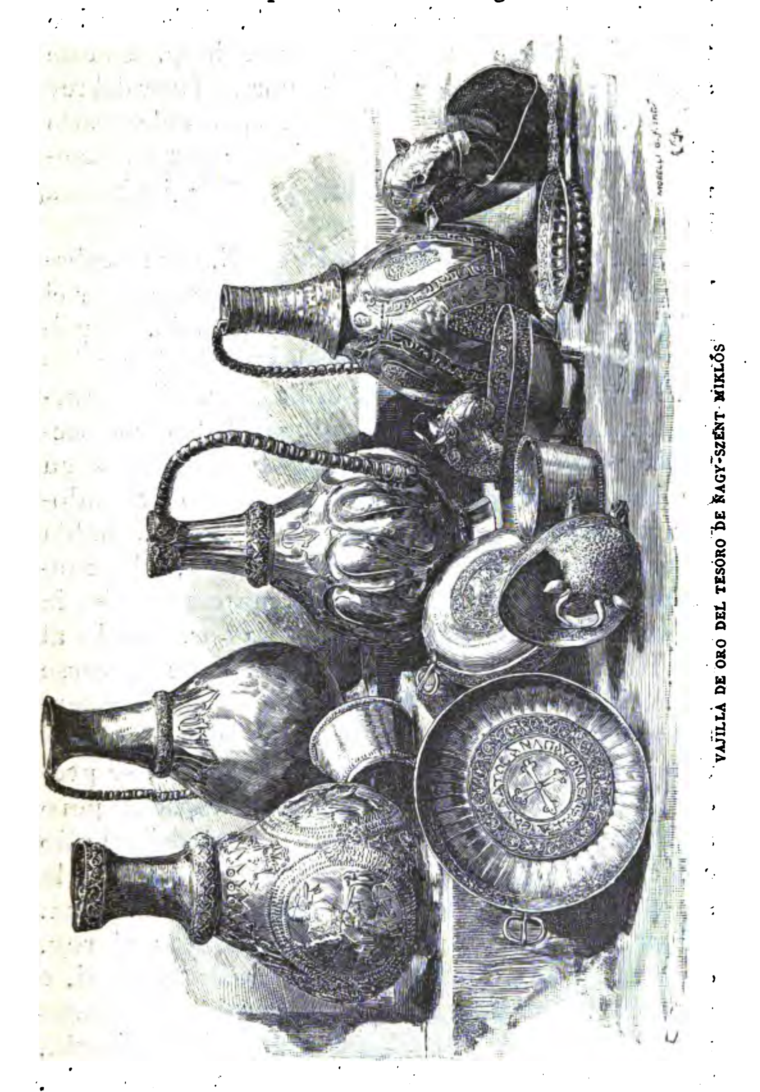
No era preciso añadir más. Los Húngaros no querían pasar por cobardes, y preferían á eso el perjurio. Se resolvieron con entusiasmo por la guerra. Sólo Hunyadi permaneció frío; no tenía fe en palabras y promesas huecas. Pero se veía obligado á obedecer las órdenes de su rey. Reunió, pues, unos

20.000 hombres, y con ellos marchó otra vez al Imperio turco. La famosa contribución europea se había reducido á unos cuantos centenares de soldados y á algunos miles de florines, pero se esperaba que muchos de los descontentos se unirían á ellos en el camino. Y, en efecto, se unió el vaivoda de Valaquia con unos 10.000 hombres, pero no pudo menos de hacer notar al rey, con respecto á las fuerzas del sultán Murat, que éste, cuando salía de caza, tenía la costumbre de rodearse de una comitiva más numerosa que todo el ejército húngaro. Era, sin embargo, demasiado tarde para retroceder.

Y ahora afluían las malas noticias; parecía como si hubiese abandonado á los Húngaros su buena estrella. El príncipe de Serbia se negaba á incorporarse á ellos; los Albanos fallaron en la empresa de abrir camino á los Húngaros; y, lo que parecía más increíble, la armada italiana, cuyo cometido era impedir el paso del Sultán á Europa, se había vendido al Turco. Los Húngaros quedaron solos y abandonados en país extranjero. Había ahora razón suficiente para retirarse, y algunos aconsejaron la retirada. Á la sazón tocó á Hunyadi oponerse. Declaró que él no temía á los Turcos en ninguna circunstancia; y puesto habían ido tan lejos, estaban obligados á batirse con ellos, siendo los primeros en atacarlos. No bien Hunyadi se puso por delante, se restableció la confianza; su persona inspiró valor al ejército, que continuó su marcha contra los Turcos.

Los dos ejércitos enemigos se encontraron cerca de Varna el 10 de Noviembre de 1444. El Sultán había sentado su tienda en la cumbre de un monte, y cerca de ella, izado en un palo, tenía el documento en que estaba escrito el tratado de paz. Disponía de

100.000 hombres prontos á la refriega. Pero esta vez,



VAJILLA DE ORO DEL TESORO DE NAGY-SZENT-MIKLÓS

como siempre, el orden de batalla del ejército hún-

garo era de lo más admirable, tal como sólo podía sugerirlo el alto genio de Hunyadi. Cada hombre tenía asignado su puesto y su papel, sin que en este sentido se hiciese excepción ninguna en favor del rey mismo. Obtuvo un puesto donde no podía alcanzarlo ningún peligro, y Hunyadi le hizo prometer solemnemente no abandonarlo hasta que él le invitase á hacerlo.

Ahora empezaba la batalla. Hunyadi, con su caballería de reserva, iba dondequiera que era mayor el peligro, ayudando, animando y mandando. El primer encuentro tuvo lugar entre las tropas de á caballo. No fué larga la lucha; la brillante caballería turca fué puesta en desordenada fuga. Ante ese espectáculo, desesperado el Sultán, metió espuelas á su caballo, y volviendo la grupa, se dispuso á abandonar el campo de batalla; pero los jefes que había junto á él cogieron al caballo de la brida, y amenazaron al jinete con la muerte si no continuaba la batalla. El Sultán, recobrando su valor, mandó al combate tropas de refresco, y empezó á recrudecerse la contienda con nueva furia. En medio del sangriento empeño se hallaron cara á cara los dos jefes hostiles. Karafi Bey, con los ojos centelleantes, se precipitó sobre Hunyadi, y levantó la espada; pero antes de que pudiese dar el golpe, cayó del caballo con el corazón atravesado. La caída del jefe fué la señal de la huída desordenada de la caballería turca.

Los abanderados polacos, que rodeaban al rey, eran testigos envidiosos de la victoria de Hunyadi, é instaron á Uladislao, que á duras penas podía contener su juvenil ardor, á tomar parte en la contienda, representándole que la victoria estaba ya asegurada, que él no podía dejar toda la gloria á Hunyadi, y

que, á lo menos, sacase la espada y se mostrase héroe digno de la doble corona.

El rey, olvidando su promesa, seguido de la bandera del país, se fué en derechura hacia los genízaros, que hasta entonces apenas habían intervenido en la lucha. Hunyadi vió inmediatamente el movimiento, y lo siguió lo más rápidamente que pudo. Á esto el rey penetró aún más adentro en las filas de los genízaros, sin que ahora pudiese Hunyadi cortar el camino á su soberano. Los compañeros del monarca sucumbieron uno tras otro. Al fin un genízaro consiguió acercarse al caballo de aquél, é hiriéndolo en las patas con la espada, lo derribó. Caballo y caballero cayeron, y el rey fué acabado en un instante. La adversa refriega se prolongaba aún unos cuantos minutos, cuando se vió la pálida cara del soberano, con su yelmo de plata, clavada en una pica. Á su vista el ejército húngaro y sus generales perdieron la serenidad, y la campaña tuvo repentino fin. Los victoriosos húngaros se convirtieron en fugitivos, y el mismo Hunyadi volvió á su patria errante y solitario. El Sultán, al inspeccionar el sangriento campo de batalla, exclamó: «Yo no deseo á mis enemigos sino una victoria como esta». Los Turcos no se hallaban en estado de perseguir á los derrotados húngaros.

El deshecho ejército retrocedió hacia su país, llevando consigo la noticia de que la nación estaba sin rey. La cuestión principal era ahora quién sería elegido. Triste era á la verdad la situación de Hungría en aquel tiempo. El rey no había dejado hijos, y, sin embargo, había un heredero del trono. Cuando Alberto de Hapsburgo, el predecesor de Uladislao, murió en 1439, su viuda estaba en cinta, y dió á luz

después un niño. Los partidarios de la última reina hicieron que fuese coronado al punto este su hijo, Ladislao. Pero la gran mayoría, y Hunyadi con ella, quería en el trono un hombre que pudiese ser su jefe en la lucha contra los Turcos. El resultado fué la elección de Uladislao, el rey de Polonia, en 1440. La reina viuda se dirigió con su hijo á la corte del duque de Austria, y desde allí hizo que Hungría fuese devastada por el bohemio Juan Ziska.

Era natural que, después de la muerte de Uladislao, toda la nación mirase al niño Ladislao como el futuro rey. Pero el duque de Austria reclamó una suma considerable como pago de los gastos de educación del joven príncipe, suma que los Húngaros no podían ni querían pagar. Mientras se discutía este asunto, se encargó á Hunyadi, como capitán general del país, de la dirección de los asuntos principales de Estado. Dos años después era elegido regente con poderes que apenas diferían de los de un rey.

Como regente, juzgó que su primer deber era reanudar las hostilidades contra los Turcos. Preocupaba su espíritu de nuevo el designio á que había consagrado su vida y su fortuna, á saber: atacar á los Turcos, y expulsarlos de Europa. En 1448 el Sultán, á la cabeza de un ejército de 150.000 hombres, invadió la Albania, país con que simpatizaba profundamente Hungría, merced á su comunidad de intereses. Hunyadi consideró esa una ocasión oportuna para llevar adelante su plan. Volvió á recibir de fuera seguridades de ayuda, pero que á la postre se redujeron, como antes, á vanas promesas. Poniendo su confianza en Dios y en sí mismo, partió con 24.000 hombres. Su propósito era unir sus fuerzas con las de Scander-

berg, el general en jefe de los Albanos. Pero no bien llegó al Sultán la noticia de que avanzaba Hunyadi, dejó á los Albanos y marchó contra su antiguo é implacable enemigo. Le ofreció la paz; Hunyadi respondió disponiendo su ejército en orden de batalla. El combate se empeñó desesperadamente, continuando durante dias; y aunque el ejército turco superase cinco veces al de los Húngaros, la estrategia de Hunyadi hizo dudoso el éxito durante algún tiempo. En el último instante, sin embargo, se decidió en favor de los Turcos. La traición habia hecho inclinarse la balanza; el vaivoda valaco, perdiendo la confianza en las tropas fatigadas de Hunyadi, desertó con 8.000 hombres, y se pasó al Sultán. Al ver esto los Húngaros, se negaron á oir más tiempo á sus jefes, y dispersándose, huyeron. El mismo Hunyadi no se salvó sin gran dificultad. Cuando erraba á pie, inerme, en dirección á su pais, al través de caminos intransitables, cayó en manos de dos merodeadores turcos. No sabian ellos qué clase de persona habian prendido, pero no cabia engañarse en cuanto á la cruz de oro que ostentaba en su pecho. Afortunadamente para Hunyadi, ambos codiciaban la cruz, empezaron á disputársela, y acabaron por recurrir á los puños. Durante la refriega, Hunyadi sacó de pronto la espada de uno de ellos, y lo mató; al verlo, el otro puso pies en polvorosa.

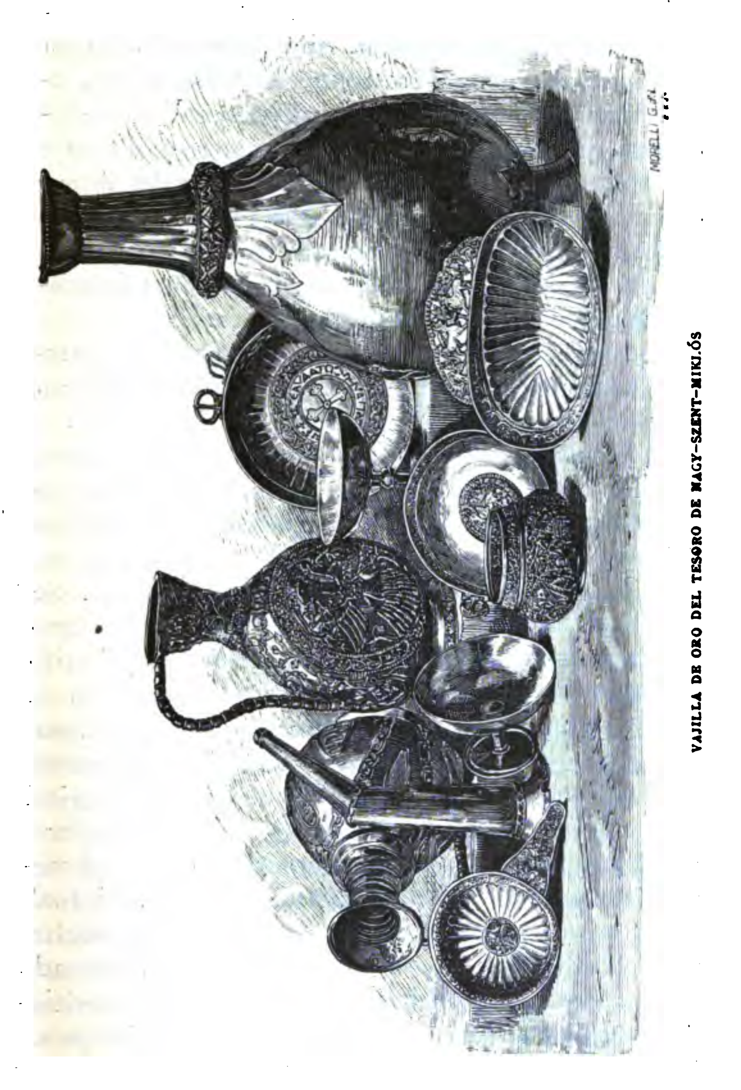
Apenas habia escapado á este peligro, cuando uno nuevo lo esperaba. En el trayecto habia tomado un guia, que, en vez de encaminarlo á su pais, lo llevó á Brancovich, el príncipe serbio, hombre que constantemente se habia atravesado en sus planes desde la campaña de 1443. El traidor serbio, que tan pronto lamia las manos de los Húngaros como las de los

Turcos, entró en negociaciones con el Sultán sobre la cabeza de Hunyadi. Pero el último no vió entonces en su enemigo sino al héroe acrisolado, y rehusó aceptar tan vil ofrecimiento.

Hunyadi volvió á Hungría, y olvidó pronto el agravio del príncipe serbio, pero no olvidó á los Turcos. En sus más desesperados trances conservó fijo ante sus ojos el principal objetivo de su vida: la ruina del poder otomano. En 1453 comenzó su reinado el rey niño Ladislao V; pero, aunque entonces Hunyadi dejó el puesto de regente de Hungría, siguió siendo el capitán general del país, el comandante en jefe del ejército, y como tal, no desperdició ocasión de hacer daño a su capital enemigo.

Aquel mismo año, el 1453, fué testigo de un acontecimiento importantísimo en la historia europea. El nuevo sultán Mahomet II tomó á Constantinopla, la capital del Imperio griego y la puerta del continente, haciendo de ella la capital de su Imperio. «¡Hay un Dios en los cielos y un Señor en la tierra, y ese Señor soy yo!» exclamó el Sultán, al entrar en Constantinopla. Toda Europa tembló; sólo Hunyadi permaneció sereno y preparado para la guerra. Después de algunos encuentros menores, Turcos y Húngaros se hallaron frente á frente cerca de Belgrado en 1456. Era esa fortaleza la puerta de Hungría, y el gran Sultán necesitaba posesionarse de ella. Á este fin resolvió hacer un supremo esfuerzo, comprendiendo que la toma de esa plaza fortificada decidiría de la suerte de las generaciones futuras. Condujo unos 150.000 hombres al pie de las murallas de la famosa fortaleza, y se apresuró á estacionar sus naves en el Danubio, á cuya orilla se alza Belgrado, para cortar la comunicación entre el ejército húngaro y la guar-

nición, y aislar así á la última. El ejército húngaro



VAJILLA DE ORO DEL TESORO DE NAGY-SZENT-MIKLÓS

apenas contaba en aquel instante 15.000 hombres,

casi únicamente los que Hunyadi había podido reunir por sus propios esfuerzos. Pero esta vez no estaba solo el gran capitán, sino que recibió gran auxilio de otra parte. Un monje de mágica elocuencia, Júan Capistrano, enviado al país por el Pontífice para predicar una cruzada, había reunido unos 60.000 cruzados, merced al irresistible poder de sus exhortaciones. Esos hombres iban armados sólo con hachas y guadañas, y seguían la voz de las campanas en vez de la del mando militar; pero su fanatismo igualaba al del mahometano turco.

Con un ejército compuesto de tales guerreros empeñó Hunyadi el gran combate. Su primer esfuerzo se dirigió hacia el río para socorrer á la guarnición de la fortaleza. Después de una lucha de cinco horas, la gran armada turca se vió dispersada por las pequeñas galeras que habían sido objeto de las burlas del enemigo, pero que fueron guiadas al ataque por fanáticos cruzados bajo la dirección de Hunyadi. Se restableció así la comunicación del ejército húngaro con la guarnición húngara. Todavía Mahomet miró con desprecio la muchedumbre aglomerada en la opuesta orilla, cuyos jefes eran en su mayoría monjes, y juró que en un plazo de dos meses plantaría la media luna sobre las murallas de Buda, la capital de Hungría. Durante ocho días y ocho noches tronaron contra Belgrado los cañones turcos, y al noveno día ordenó Mahomet un asalto general. El asalto fué renovado tres veces, y tres veces fueron rechazados los Turcos. En el último momento, cuando parecía próxima á extinguirse la fuerza de los sitiados, el general húngaro mandó untar de aceite y pez las faginas apiladas en los fosos, prenderles fuego y arrojarlas sobre el furioso enemigo. Se produjo gran

confusión entre los asaltantes, y cada cual buscó su propia salvación, porque el que no huía encontraba en las llamas una muerte horrible. Entretanto, la defensa se trocaba rápidamente en ataque en toda la línea; los cruzados, excitados por la lucha, se precipitaron hacia adelante, mientras Hunyadi dirigía un ataque ordenado contra el campamento turco. Ahora la contienda se hizo general, y el Sultán mismo recibió una herida. Desalentado, emprendió la fuga, seguido de sus tropas. Nada pudo mantenerlas unidas más tiempo; el inmenso ejército se dispersó á los cuatro vientos, dejando detrás de sí, bajo las murallas de la famosa fortaleza, 40.000 muertos y 300 cañones.

En el momento más glorioso de la vida de Hunyadi, cuando los Turcos huían á la sola mención de su nombre, repentinamente, y sin que nada lo hiciese prever, exhaló su último suspiro. No vivió para oir los panegíricos y felicitaciones de toda Europa y la gratitud de la nación por sus servicios. Su poderosa constitución se rindió al peso de la fatiga de la guerra, y expiró tras breve agonía. Su inveterado enemigo, el gran Sultán, se condolió á la noticia de su muerte, declarándolo el más hábil general de Europa.

Muchos hubo, no obstante, que se regocijaron, porque, como todos los grandes hombres, tenía multitud de enemigos, contra los cuales sostenía una lucha á vida ó muerte, de igual manera que contra los Turcos. Tuvo envidiosos rivales desde el momento en que luchó con gloria y adquirió fortuna. Se acordaban poco esos hombres de que debió ambas cosas á sus talentos y á su valor. Algunos de los grandes señores, que podían seguir sus genealogías

CAPÍTULO X

EL REY MATÍAS (1458-1490)

Matías, hijo de Hunyadi, debió su elevación al trono al prestigio de su padre, que era el ídolo de la nación; mas no debió sino á su propio genio el afirmar el trono y hacerse famoso, potente y el rey más grande acaso de que puede vanagloriarse el país. Brilló juntamente como soldado y jefe de ejército, como estadista y diplomático, y como amante del arte y de la ciencia. En aquellos días guerreros no hubiera podido distinguirse entre sus contemporáneos y llegar á ser un rey poderoso, si no hubiese demostrado en primer término su pericia como soldado. Matías heredó el valor y las prendas militares de su gran padre, y, siguiendo sus huellas, se hizo el primer general de su tiempo, juntando á la vez una rara bizarría con una capacidad notable para la organización militar. Había tenido ante los ojos, desde sus más tiernos años, el grandioso ejemplo del autor de sus días; su padre era quien lo había iniciado en el diestro manejo de las armas y en los secretos de la estrategia; y tanto su padre como su famosa madre, Isabel Szilágyi, habían competido en habituar su espíritu y su

cuerpo á las luchas y peligros, de que tan amplia parte le había cabido en suerte desde su más tierna infancia.

Educado en medio de juegos guerreros, no tardó en tener que afrontar serias luchas, porque los hombres que habían mirado á Juan Hunyadi con envidia y con celos, extendieron su malquerer á sus dos hermosos hijos, Matías y el hermano mayor, Ladislao. No se hizo ningún misterio ante los jóvenes de los peligros que los rodeaban; se les enseñó á desafiarlos más que á evitarlos. Ladislao, menos afortunado que su hermano, no tardó en ser víctima de las maquinaciones dirigidas contra los dos. Fué amenazado de muerte en su propio castillo por Czilley, un extranjero, tutor y amigo del rey niño. Sus hombres, atraídos por el ruido de la contienda que se siguió, cayeron sobre el que atentaba á su vida y lo mataron. El rey prometió no molestar á Ladislao por ese acto de propia defensa; mas después le hizo prender, encerrar en una prisión y ejecutar sin forma de proceso ni sentencia judicial. Fué una hazaña de los enemigos de la casa de Hunyadi; pero pronto pagaron la pena de su iniquidad. La nación se levantó en masa, y después de la muerte repentina de Ladislao V en su otro reino, entre los Tseques, proclamó rey de Hungria á Matías, el hijo superviviente de Hunyadi.

Aunque sólo tenía quince años cuando subió al trono, conocía y estaba acostumbrado á los peligros que lo acechaban, y no se pasó mucho sin que probase que podía medirse con ellos: como que su temperamento y su primera educación más lo inclinaban á buscarlos. Desde su más temprana edad rendía culto á los héroes, y nada lo deleitaba tanto como las baladas, leyendas y cantos heroicos que glorificaban

las bizarras hazañas y los maravillosos hechos de generales como Atila, Alejandro el Grande, Rolando, el caballero francés, ó su propio padre. Escuchaba esas narraciones, durante un día entero, olvidando el hambre y la sed. Cuando se hizo hombre, y llegó á ser rey, tenía ocasión de cumplir, por su parte, las grandes acciones que había admirado en otros. Su valor personal no conocía límites, y su temeraria intrepidez confundía muchas veces á sus propios hombres, que, no sin razón, temían por su vida.

Había un rasgo notable que caracteiizaba particularmente sus valerosas acciones, de la propia suerte que las de su padre, y era su amor á la justicia; á este sentimiento pueden atribuirse sus más audaces acciones. Nada le causaba tanto placer como desenmascarar al hipócrita y humillar á un espadachín jactancioso. En tales casos arriesgaba frecuentemente su vida por hacer triunfar la verdad. Se refiere de él más de un ejemplo de esta especie. En cierta ocasión fué á Buda, la capital de Hungría, un caballero alemán llamado Holubar. Por doquiera hacía ostentación de su cuerpo gigantesco y de su fuerza extraordinaria, y realmente se le tenía por invencible en los torneos, donde se acometían los caballeros, lanza en ristre, porque invariablemente precipitaba al suelo á su adversario. El rey Matías, ansioso de medir sus armas con el atlético alemán, lo desafió. El último rehusó el desafío, temiendo causar algún daño al rey y verse expuesto, en consecuencia, á un mal tratamiento. Pero el rey insistió, y Holubar consintió al fin. Estaba resuelto, sin embargo, á deslizarse de la silla á la menor lanzada del rey. El rey supo de algún modo su determi-

nación, y lo llamó inmediatamente á su presencia. Allí juró por todos los santos mandarlo ejecutar si advertía que trataba de hacer tal cosa, y al mismo



EL REY MATÍAS Y SU ESPOSA BEATRIZ

tiempo obligó á jurar á Holubar que lucharía con él como si fuese su mortal enemigo. Verificóse la lid en presencia de millares de personas, y muchos dudaban

del éxito del rey, comparando su estatura media con la gigantesca del alemán. Los dos caballeros se precipitaron uno sobre otro, asestándose tremendos botes; los músculos de acero del rey probaron su superioridad sobre la pesada corpulencia de su adversario, que rodó de su cabalgadura, herido por un fuerte golpe en la frente, y quedó desvanecido en el suelo con un brazo roto. También el rey, á quien hizo vacilar la embestida de su adversario, resbaló de la silla, teniendo que agarrarse á la brida del caballo para no caer. Humillado el jactancioso extranjero, lo despidió con presentes de caballos, magníficos vestidos y una buena bolsa de dinero. Sucedió esto á muy poco de su elevación al trono, con lo cual demostró que ya entonces era un maestro experto en el manejo de las armas.

Matías era de mediana estatura, pero de largo tronco, comparado con las piernas, más bien cortas; y gracias á esta singularidad de su constitución, cuando iba á caballo sobresalía sobre los jinetes que lo acompañaban. Era ancho de hombros, de pecho desarrollado y tenía las piernas tan duras como el acero. Sobre esta sólida armazón descansaba una cabeza poderosa, aunque de hermoso corte, y con unos ojos tan penetrantes como los del halcón. Era capaz de concentrar sus fuerzas y su voluntad en un punto, sin perder nunca la confianza en sí mismo, sin vacilar jamás, y con una resistencia á toda prueba. Nunca titubeó; y seguro del presente y del porvenir, se hallaba siempre pronto á la acción. Poseía un carácter igual, y era tan sereno y firme en el combate singular como en el campo de batalla, en su vida privada como en la pública. En todas ocasiones producía la impresión de un hombre lleno de resolu-

ción y de poder, y de un espíritu de amplia cultura y de numerosas aptitudes.

Hablaremos ahora de él como soldado, porque, durante la mayor parte de su carrera, aparecerá ante nosotros en guerras y batallas. Hizo la guerra en varias ocasiones contra sus vecinos del Norte, los Polacos y los Tseques, derrotándolos muchas veces, y acabando por llegar á ser rey de los últimos. Al Sur libró multitud de batallas menores, aunque casi sin interrupción, contra el Sultán. Pero su más inveterado enemigo era Federico, el envidioso y codicioso emperador de Alemania, su vecino occidental, que incesantemente lo asediaba. Matías estuvo empeñado en cuatro grandes guerras contra él, y al fin, en 1485, tomó la capital de Federico, Viena, obligando al emperador alemán á ir mendigando de convento en convento, sentado en una carreta de bueyes.

Hungría se veía agobiada en este período por numerosos disturbios y enemigos, pero su nombre era honrado y respetado por doquier. La espada estaba en todas las manos, y casi parecía como si los hombres hubiesen nacido con ella. Era nota característica de la sociedad europea en ese tiempo, que los hombres iban siempre armados, y siempre estaban prontos á desenvainar las espadas á la menor provocación; en Hungría especialmente, donde nunca cesaba la lucha contra los vecinos, reinaba esa costumbre más que en ninguna otra parte. Matías sabía muy bien que aquella nación militar, arrojada, apasionada, fogosa é independiente, no se sometería á freno sino á la fuerza. Con todo, estaba resuelto á introducir la disciplina entre sus soldados: empresa sumamente difícil, si se considera que, en aquellos días, los ejércitos de Europa, en general,

eran ejércitos indisciplinados, débilmente organizados, compuestos de elementos heterogéneos, y no se sujetaban á una educación militar uniforme. Pero no era Matías hombre á quien apurase encontrar un remedio, habituado como estaba á inquirir, á observar, á aprender de otros, y á utilizar lo que aprendía. Recordaba el ejemplo de su padre, que había disciplinado á sus propios soldados; tenía presentes las lecciones sacadas del estudio del antiguo generalato romano, y finalmente no dejó de aprovechar el ejemplo de sus enemigos los Turcos. Los genízaros, la más famosa infantería del mundo, eran tropas bien disciplinadas, que formaban el núcleo firme y permanente de las fuerzas muslímicas.

El rey Matías organizó ahora un cuerpo permanente de soldados análogo. Empleó su genio en adiestrarlos, los tuvo reunidos, los sostuvo á sus expensas é hizo reinar entre ellos la disciplina, merced á su fuerza de carácter. Esa fué la famosa *tropa negra*, una de las piedras angulares de su poderío, y el segundo ejército permanente que hubo en Europa inmediatamente después del francés. Mantuvo la adhesión de esos soldados á su persona por los más fuertes lazos. Fué liberal con ellos en la paga y el botín, y les hizo partícipes de sus triunfos. Mas lo que le granjeó su afecto, sobre todo, fué el encanto de sus raras prendas personales. No sólo le fueron lealmente adictos durante su vida, sino que guardaron cariñosamente su memoria después de su muerte. Él mismo los enseñaba é instruía, sin economizar tiempo ni trabajo para cumplir su propósito. Les dió un brillante ejemplo en todas sus obligaciones militares. Compartía con ellos todas las penalidades de la guerra; soportaba con ellos el frío, el

hambre, la sed y las fatigas de las marchas forzadas. No faltaba nunca en el sitio más expuesto del campo de acción, siempre que era necesaria su presencia. En los asedios se le veía frecuentemente andar de una parte á otra, en medio de una granizada de balas y de flechas—desprecio del peligro de que daban amplio testimonio las numerosas heridas de mayor ó menor entidad que cubrían su cuerpo.—Escudriñaba con particular atención los puntos flacos de las fortalezas. Empleaba á este efecto hábiles espías, pagándolos con liberalidad, pero sin confiarse á ellos ciegamente, porque él mismo era un espía más diestro que todos. Complacíale especialmente engañar á un enemigo, descubriendo sus planes, aun á riesgo de su vida, para hacerlos fracasar.

En 1475 puso sitio á Shabatz, situada en los confines meridionales del país. Anhelaba ardientemente tomar la plaza; pero, no sabiendo nada de sus medios de defensa, se fué á espiar en persona el plan de las fortificaciones. Salió de noche, acompañado de un hombre de confianza y de un remero, que debía pasearlo al rededor de las murallas. Apenas se hallaban á la mitad del camino, cuando los Turcos los descubrieron, y los saludaron con una descarga que, á pesar de la oscuridad, hirió al acompañante. El rey, desafiando á la muerte, prosiguió sus investigaciones, sin arredrarse por el nutrido fuego, hasta que acabó la inspección de la fortaleza. La temeraria aventura, por otra parte, no quedó estéril, porque poco después fué tomada la plaza. Algunas de sus expediciones fueron más agradables, pero no menos peligrosas.

En el sitio de Viena en 1485, se paseaba frecuentemente al rededor de las murallas, sólo, ó, á lo su-

mo, seguido por un paje. En cierta ocasión se deslizó á la ciudad disfrazado con el humilde traje de un aldeano del país, y con una cesta cargada de manteca y huevos al hombro, atravesó la ciudad en todas direcciones, vendiendo su mercancía, y espiando al propio tiempo las fortificaciones. Anduvo vagando por el mercado, oyendo lo que se decía y proyectaba. Salió salvo, y haciendo buen uso de lo que había visto y oído, poco después cayó en sus manos la ciudad.

En otra ocasión, hallándose estacionadas sus fuerzas frente al campamento turco, se disfrazó de turco y mezclándose con la gente del pueblo que iba al campamento á vender sus provisiones, logró pasar con ella. Una vez allí, tuvo el atrevimiento de buscar la tienda del Sultán; y estableciéndose cerca, se puso á vender provisiones y se pasó espiando todo el día. Al siguiente, ya de regreso en el campamento húngaro, envió una carta al Sultán, concebida en estos términos: «Mal guardas tu campamento, emperador, y mal te guardan á ti; porque yo estuve ayer vendiendo provisiones cerca de tu tienda desde la mañana hasta la noche. Y, para que no dudes de mis palabras, te diré ahora lo que se sirvió á tu mesa.» El Sultán, al leer esta carta, se amedrentó, y juntamente con su ejército abandonó en silencio las cercanías.

El rey era muy rigoroso, sobre todo en la organización de las guardias. Solía levantarse de noche para pasar revista á los centinelas, y ver si estaban despiertos y en sus puestos. Durante los sitios especialmente siempre estaba en pie y en movimiento. Nunca se daba por satisfecho con simples referencias, sino que todo lo inspeccionaba en persona, y á

todos maravillaba su vigilancia incesante. Se despertaba al más leve ruido, al menor cuchicheo. En cambio eran notables sus pesadas soñolencias en el fragor de la batalla; en tales casos, las vociferaciones de los hombres, el rugir del cañón y los disparos de la mosquetería parecían arrullarlo.

Su voluntad era decisiva, cuando se llegaba á la acción. Convocaba, es verdad, consejo de guerra, y oía las opiniones de sus capitanes; pero en último resultado, casi siempre obraba según su idea. Discernía admirablemente los informes equivocados de los verdaderos, y era tan infatigable y perspicaz en sus investigaciones, como pronto y fecundo para concertar sus planes. Durante los intervalos de reposo, gustaba mezclarse con sus soldados. Quería participar de sus penas y alegrías, y, en la época de su juventud sobre todo, comía y bebía frecuentemente con ellos. Siempre tenía una palabra de bondad para los hombres de las filas, de la propia suerte que en la vida civil anhelaba inculcar al pueblo que él estimaba de igual modo al magnate, al noble modesto y al aldeano, cuando sabían mostrarse dignos. Era ésta á la verdad rara virtud de príncipe en aquel tiempo. Siempre agradable y afable, le gustaba descubrir méritos y recompensarlos. Buscaba á los heridos á menudo en el mismo campo de batalla; se informaba de su estado; los consolaba en sus tribulaciones, y tranquilizaba y cuidaba á los que desfallecían.

Era para él caso de honor que se pagase regular y puntualmente á sus soldados, y antes que atrasarse en la paga, prefería tomar á préstamo ó levantar pesados impuestos. En cierta ocasión, sin embargo, durante las guerras tseques se quedó completamente exhausto de fondos. Pensando estaba precisamen-

te en la manera de hacer dinero para sus soldados, cuando lo invitaron sus capitanes á una partida de dados. El juego se prolongó toda la noche, y apenas sacó el rey otros números que los que previamente indicaba. Fácil le fué, con tal suerte en su favor, ganar 10.000 florines, suma que distribuyó de una vez entre sus soldados por la mañana.

Lleno de simpatía por ellos, y regio en sus recompensas, era rígido, no obstante, en punto á la exigencia de disciplina, sobre todo en tiempos de peligro; y bien podía hacerlo, cuando él mismo era de los primeros en someterse á sus rigores. Camarada de sus soldados en las horas de reposo, convertíase en severísimo jefe en la guerra, y durante la instrucción y los ejercicios militares. Las faltas de disciplina y la desobediencia eran castigadas con la muerte. En los torneos, según costumbre de Europa durante la Edad Media, á menudo retaba á combatir á sus capitanes, intimándoles rigorosamente no respetar su persona; pero el mismo á quien de esa suerte distinguía, era castigado sin merced como faltase á la disciplina militar. En un torneo vino á singular combate, á la vista de todo el mundo, con Szvéla, uno de sus capitanes; pero poco tiempo después le envió á él y á sus compañeros á la horca por infracciones de disciplina y conducta sediciosa. No era, á pesar de todo, cruel con sus soldados, y olvidaba pronto las ofensas, si estaba convencido de que procedían, no de mala intención, sino de torpeza y falta de experiencia.

Durante la campaña contra Federico, el emperador de Alemania, envió contra él á uno de sus generales llamado Simón Nagy. Nagy, bravo general, fué derrotado, y volvió lleno de vergüenza por su desas-

tre. El rey lo acogió benévolamente, sabiendo bien que el bizarro capitán había hecho todo lo que podía, y volvió á enviarlo á la cabeza de un ejército para proseguir la campaña. El valiente soldado, animado por la confianza y magnanimidad de su rey, consiguió tan gloriosa victoria, que desde entonces Federico nunca volvió á aventurarse á mandar un ejército contra Matías.

Tenía suerte en la elección de sus generales, y no dudó en elevar á un hombre de mérito, aunque de baja extracción, á las más altas posiciones. Kinizsy, su más distinguido general, hombre poco favorecido por la suerte, debía su elevación al rey. Había sido en su juventud simple mozo de molino, dotado por la naturaleza de una fuerza atlética. Cuando molinero, era capaz de levantar con una sola mano la más pesada muela; y, una vez general, se precipitaba sobre el enemigo con una poderosa espada en cada mano. Tal era la enormidad de su fuerza que, en una gran fiesta dada en el campo de batalla para celebrar su muy renombrada victoria cerca de Kenyérmezo, él, el victorioso Kinizsy, teniendo en la mano derecha el cadáver de un corpulento turco, el de otro en la izquierda, y un tercero entre los dientes, bailó el baile nacional. Generales así contribuían al prestigio militar del rey, pero más debía éste todavía á sus propias cualidades regias.

Era imborrable la impresión que estas cualidades producían en sus soldados, porque él demostraba continuamente con actos sus virtudes guerreras, su afabilidad, su liberalidad y generosidad. En todo tiempo corrían de boca en boca anécdotas en que el rey representaba siempre un papel simpático. Un antiguo cronista dice de él: «Jamás hubo príncipe

más amado y respetado de su pueblo y de sus soldados, pero al propio tiempo lo temian como á un fiero león.» Al ruido de los tambores y al sonido de las bocinas, todos estaban inmediatamente prontos para la acción, y deseosos de recibir la muerte por su rey. Durante la instrucción militar, todos los ojos se fijaban en su persona, y todos los oidos escuchaban solamente el sonido de su voz: era el imán que atraia y encadenaba la atención de los soldados. En este respecto Hungria fué única entre las naciones de Europa, y sólo con hombres asi pudo realizar el monarca sus movimientos estratégicos maravillosamente rápidos y bien concertados. En una época en que los ejércitos de Europa se distinguian por su pesadez, esta movilidad constituia una de las principales ventajas del ejército del soberano, y á ella debió sus más esclarecidas proezas militares.

El rey, á su vez, depositó la más completa confianza en sus soldados. En el campamento y en el campo de batalla, como veremos pronto, iba solo por doquiera, ó acompañado, á lo sumo, por uno ó dos de sus hombres. No se cuidaba de custodiar su persona, aunque en ese periodo derrochasen los soberanos sumas enormes en garantizar su seguridad personal, rodeándose de una guardia de corps compuesta de hombres escogidos. No sentia la necesidad de imitar en este punto á sus reales vecinos; el amor y el respeto de sus soldados eran más poderosa protección que todas las guardias reales que hubiera podido organizar.

Reuniendo cuanto hemos dicho de Matias como soldado, podemos formar un retrato de él, interesante, atractivo y nada vulgar. Severo con los otros, no lo era menos consigo mismo; activo, enérgico,

emprendedor y astuto, era tanto más feliz cuanto más absorto en un empeño se hallaba. Versado en asuntos militares, ostentaba á veces un conocimiento de la ciencia militar, que nos recuerda el de un táctico moderno.



COPA DEL REY MATÍAS

La historia general, como la de su propio país, le asignará siempre un puesto eminente, no sólo como gobernante y estadista distinguido en su tiempo, sino también como un ejemplo ilustre de poder, dignidad y magnanimidad reales. Tenía una alta opinión de las funciones del soberano. Ambicioso y altivo, quería ofrecer al mundo el espectáculo de un trono ocupado por un rey enaltecido, poderoso y espléndido, que, sin embargo, pagaba tributo á todo lo que era noble y virtuoso en la humanidad. Llenaban siempre su mente grandes asuntos y atrevidos proyectos, y era infatigable en punto á buscar los medios de cumplirlos. Nunca cejó en una empresa, ni había empresa ninguna que estimase demasiado frívola para él, cuando las circunstancias instaban á realizarla. Era tan incansable en su atención diligente á los asuntos diplomáticos como incapaz de

desfallecimiento en el campo de batalla; y de todo se informaba minuciosamente.

Habia no poco que hacer, porque Matias tomó gran parte en las complicaciones politicas europeas. Mantuvo relaciones con toda Europa al intento de sostener y acrecentar su poder—sistema no seguido en aquel tiempo por ningún otro soberano del continente. — Esas relaciones con los paises extranjeros eran, ya amistosas, ya hostiles, pero nunca interrumpidas. No bien concluia la campaña en el campo de batalla, reanudábase y proseguia en el gabinete la contienda diplomática. Conforme el rey envejecia y se hacia más poderoso, aumentaban las molestias que le daban los vecinos; porque, merced al peso creciente de su espada, era cada vez más buscado y anudaba más relaciones. Incesantemente llegaban á su corte ó partian de ella embajadores extranjeros, mientras sus propios emisarios iban y venian con misiones de mayor ó menor importancia concernientes á asuntos de Estado ó de familia. En tales ocasiones, sobre todo en el caso de misiones de gran importancia, poseido intimamente de toda la dignidad de su posición, no economizaba trabajo ni dinero para rodearlas de magnificencia. Las embajadas ordinarias contaban usualmente de cincuenta á sesenta miembros; las embajadas más brillantes llevaban frecuentemente un séquito de un centenar de servidores.

En 1487 envió Matias una esplêndida embajada á la corte de Carlos VIII, rey de Francia. Una descripción de la misma dará idea de la pompa desplegada por el rey húngaro. Mandó elegir trescientos caballos de color uniforme, é hizo montar en cada uno un mancebo vestido de terciopelo púrpura. Todos

esos jóvenes llevaban largas cadenas de oro á los lados, y al entrar en una ciudad colocaban sobre su cabeza una red salpicada de perlas. Las crónicas contemporáneas hablan con encomio de la belleza de los hombres, del esplendor de su atavío y de los ricos arneses de sus caballos adornados de piedras preciosas.

Los presentes enviados en aquella ocasión al rey de Francia — caballos costosos, jaeces, vestidos espléndidos, vasos y adornos de oro y plata — ascendían lo menos á medio millón de florines de los corrientes en nuestros días.

La embajada enviada por Matías en 1476 al rey de Nápoles — cuya hija Beatriz pasó á ser su mujer — sobrepujó á la citada en las cifras, si no en el esplendor. Se componía de magnates, eclesiásticos y seglares, hombres doctos, prelados, militares de alto rango, nobles, caballeros, parientes del rey, sus íntimos y consejeros, quienes á su vez iban acompañados por sus secretarios, chambelanes, pajes, palafreneros y batidores. Era un espectáculo maravillosamente variado y de una gran riqueza de colorido ese ejército de jinetes vestidos con trajes lujosos y de diversos y resplandecientes colores. Los grandes señores iban de gala de pies á cabeza, deslumbrando con su oro, su plata y sus joyas; los nobles y caballeros vestían terciopelo de color; los pajes y la servidumbre palaciega, de raso; y todos iban montados en briosos corceles. En pos de ellos seguían los numerosos bufones ó idiotas que todo gran señor acostumbraba llevar á su lado en aquel tiempo para servir de diversión y decir verdades; músicos, especialmente, según la moda del día, trompetas, tamborileros y arpistas; y finalmente, cómicos y payasos ataviados

con vestimentas abigarradas y chillonas, divididas en dos mitades diferentes.

Sólo el mantenimiento de los caballos costó á esta embajada un millón de florines. Y sus miembros, no satisfechos con cargar sobre sus hombros la mitad de la riqueza del país que iban á representar, llevaban consigo vasos de oro y plata y joyas de todas clases para distribuirlos como presentes ó para ostentarlos por doquiera. La ostentación era la moda del día; los objetos de lujo constituían aún una especie de novedad, y los que los poseían anhelaban el placer de exhibirlos. Ofrecía el espectáculo de esta embajada otra particularidad que la hizo casi única, y que produjo la mayor sensación. La brillante procesión húngara iba precedida, á su entrada en las ciudades italianas, por una banda de prisioneros turcos de alto rango, vestidos de costosos caftanes y cubiertos de turbantes de oro. El rey acababa de hacerlos prisioneros cerca de Shabattz, y debían servir de testimonio del poderío húngaro. En aquel tiempo la mitad de Europa vivía bajo el temor de los poderosos turcos, particularmente los Italianos que, aunque notables en arte y ciencia, eran soldados míseros y pusilánimes. Tanto Matías como su padre, Juan Hunyadi, eran conocidos de los Italianos como los enemigos más temibles de los terribles turcos, y el prestigio de los nombres de esos dos guerreros atraía mayor respeto á la embajada que toda su riqueza y todo su lujo.

Si brillantes eran las embajadas de Matías á las cortes extranjeras, no dejaba él de ser correspondido por la llegada á la suya de misiones, que se acogían como una especie de festividad. El rey mismo era inclinado á la liberalidad cuando deseaba honrar á

cualquiera. Agrupábase, por otra parte, al rededor de su persona una multitud de magnates, prelados y nobles húngaros, alemanes y tseques, atenta á sus órdenes. Entonces ascendia el número de los servidores palaciegos á varios centenares, y todos ellos no necesitaban más que una señal del rey para consagrarse á preparar una brillante recepción. Estaban prontos á endosarse sus lujosos vestidos; blandian sus armas con incrustaciones de piedras preciosas; se pavoneaban sobre sus corceles ricamente enjaezados de seda y terciopelo; y, seguida de un ejército de cortesanos y servidores, ataviados con trajes que representaban todos los colores del iris, la procesión salia al són de las bocinas al encuentro del embajador y lo escoltaba hasta la corte. En 1487 Juan Valentini, el enviado de la corte de Ferrara, y en 1488 Melchor Russ, el enviado suizo, fueron honrados con recepciones de esta especie. En Diciembre de 1479, Juan Anagarini, el cardenal embajador del Papa, fué recibido con la mayor pompa imaginable por el rey en persona que, acompañado de sus dignatarios eclesiásticos y seglares, salió á su encuentro á las tres de la mañana. Millares de antorchas iluminaban como si fuera de dia la brumosa y oscura escena. Tres dias después de la llegada del cardenal se verificó la solemne audiencia. El monarca apareció con sus vestiduras reales, rodeado de los más altos dignatarios de la corte y de los magnates eclesiásticos y seglares, todos lujosamente vestidos. El rey conocia perfectamente el arte de asombrar y deslumbrar á sus visitas con la dignidad de su presencia y la profusión de pompas ostentosas.

Estaba en cierta ocasión en Visegrád, su espléndido palacio á corta distancia de Buda, cuando llegó

el embajador musulmán. Lisonjeaba el orgullo de Matías deslumbrar los ojos del enviado turco, acostumbrado al brillo que rodeaba al Sultán, con el esplendor de su propia corte. Visegrád, que los contemporáneos llamaban «un paraiso terrenal», convenía plenamente á su propósito. El enviado y su séquito fueron llevados desde su residencia al castillo real donde debían ser recibidos por el monarca en audiencia solemne. El rey se hallaba en lo alto de uno de sus jardines colgantes. En torno suyo, más arriba y debajo de él, estaban agrupados los grandes del país y sus cortesanos, vestidos de seda, terciopelo, plata y oro, con armas relucientes. Á tan inesperado espectáculo, el enviado se sintió sobrecogido de respeto. Se acercaba confuso, y al encontrar sus ojos la altiva mirada del rey, se quedó tan cohibido que perdió el dominio de la voz, y sólo fué capaz de tartamudear después de una pausa: «el padishah os saluda, el padishah os saluda.» El rey, notando su penosa turbación, le hizo regresar á su residencia. Al cabo de pocos días fué conducido de nuevo á presencia del rey, quien, después de haberle entregado ricos presentes, lo envió á su señor con este altivo mensaje: «otra vez mandad un embajador que sepa hablar siquiera.»

De tal naturaleza eran las audiencias que concedía á los enviados extranjeros. Las que otorgaba á sus propios súbditos carecían, naturalmente, de la pompa y aparato de las primeras; pero el rey prestaba singular atención á los asuntos llevados ante él. Así aconteció muy especialmente durante los comienzos de su reinado. Su primera mujer, la hija del rey tseque, con la cual se había casado en 1458, murió á los pocos años; y el ceremonial de la corte, en au-

sencia de reina, le permitió libre trato con su pueblo. Pero volvió á casarse en 1476 con la hija del rey de Nápoles, la princesa Beatriz, y entonces comenzaron á predominar en la corte la etiqueta y el ritualismo italianos, y se hizo cada vez más difícil el libre acceso á la persona del rey. En su juventud no fué mucho el trabajo de sus porteros, porque las puertas estaban abiertas de par en par á los solicitantes, á quienes recibía bondadosamente el joven monarca. Y no era pequeño su número, porque había cundido por todo el país la fama del rey como amigo de la justicia. Todo un ejército de peticionarios, desde el gran señor hasta el simple aldeano, asediaban frecuentemente las puertas de la sala de audiencia, porque era sabido que Matías los trataba á todos con igual afabilidad. Escuchaba atentamente y pesaba con justicia las peticiones y las quejas de todos—cosa de gran importancia en tiempos en que la clase privilegiada, la nobleza, era dueña de la propiedad de los numerosos aldeanos, y frecuentemente disponía aun de sus vidas.—Las leyes en aquella época eran vagas y defectuosas, y los jueces podían inpunemente falsear ó torcer su sentido en daño del litigante. Además, en aquel tiempo, casi todo noble tenía un séquito equivalente á un pequeño ejército, y á menudo sentía irresistibles tentaciones de ser su propio juez y tratar al débil como le agradaba. Tal era entonces el estado de cosas en toda Europa.

El remedio más eficaz de estos males era un rey justo y enérgico, dispuesto á descubrir los abusos y á dejar caer el peso de su autoridad y de su fuerza armada contra el recalcitrante. Matías era un soberano á la altura de esa empresa. Durante su reinado dió muchas leyes excelentes, y tenía, así el sentimiento

de su justicia, como el poder de imponerlas. Sólo la idea de que existía tal apelación última mejoró la administración de justicia considerablemente, porque todo el mundo sabía que el rey era hombre de palabra, y que sus amenazas no debían tomarse como declamaciones vacías, sino que iban seguidas indefectiblemente de inmediato y severo castigo. Mostrábase tan activo en resolver sobre los asuntos sometidos á su consideración como escrupuloso en su examen. Si alguna vez los demoraba, era, por lo común, cuando se relacionaban con importantes cuestiones de Estado, diplomacia y hacienda, que exigían tratarse con gran circunspección. En tales casos, aparecía como maestro en el arte de guardar silencio, y podía excitar la envidia del más astuto dipomático italiano en punto á cautela. Su espíritu no se abría fácilmente á influencias extrañas; gustábale llegar al fondo de todas las quejas y acusaciones, mediante investigación personal. Llevaba al manejo de los asuntos civiles los hábitos de que daba testimonio en el campo de batalla: siempre estaba inspeccionando é investigando. Era caso frecuente que se mezclara disfrazado entre las gentes del pueblo para estudiar sus caracteres y disposiciones, enterarse de sus quejas y contrariedades, y, á ser posible, prestarles al punto alguna ayuda. En el curso de estas expediciones vagaba desconocido por las aldeas, exponiéndose á menudo al tratamiento ultrajante del juez de un lugar, del señor de una tierra, ó de un alguacil, y hasta á recibir golpes; pero, como él prendiese después á los culpables, no les reservaba por su parte merced ninguna. En su disfraz permanecía indiferente á las chanzas y burlas que le dirigían; antes bien, disfrutaba con los extraños y cómicos trances

en que frecuentemente se veía, y era tan á propósito para dar como para recibir una broma. Por supuesto, siempre acababa por reirse cuando el infeliz culpable, después de castigado, se marchaba corrido. En general, era muy aficionado á las intrigas de buena ley, y le gustaba sazonar aun las más graves materias con el incitante de una chanza.

En cuanto á las denuncias secretas de espías, el rey, á diferencia de muchos regios contemporáneos, jamás las escuchaba, prefiriendo confiar en sus propios ojos y oídos. Esta viril rectitud inspiró todas sus acciones, y le permitió llegar á la verdad y hacer justicia, conquistándole en el pueblo, aun en vida, el dictado de «el justo». La memoria de su fama como justiciero ha sobrevivido hasta hoy en el dicho popular corriente: «El rey Matías ha muerto; la justicia ha huído.» Aunque hombre de Estado astuto y lleno de expedientes, y aunque dado al disfraz para ponerse en contacto con su pueblo, nunca fué falso ni traidor. El puñal y el veneno no entraban en el número de sus recursos, como en la política y la práctica de su contemporáneo, el rey francés Luis XI, ó de los príncipes italianos—los Estes, los Sforzas, los Borgias—y de los papas mismos, que empleaban el uno y el otro como medios favoritos para cumplir sus designios políticos. Todos los medios que manchan repugnaban á su franca y bondadosa naturaleza, como lo evidenció el siguiente caso.

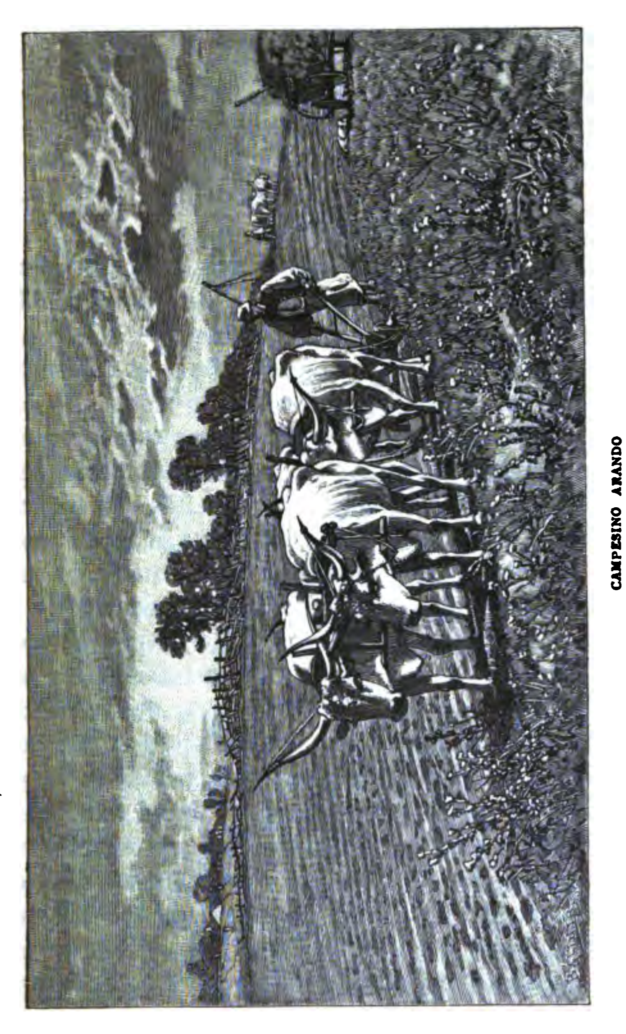
Empeñado en guerra el año 1463 contra Jorge Podiebrad, rey tseque, acercósele un hombre que le ofreció matar á Jorge en combate por una recompensa de 5.000 florines. El soberano, conociendo las dificultades de la empresa, consintió al punto, prometiendo todavía una cantidad mayor en caso de éxito.

Ese hombre, después de andar en acecho durante largo tiempo tras el rey Jorge, desesperó de dar cima á su sanguinario designio, porque estaba rodeado de los mejores soldados de la época, y atacarle en esas circunstancias hubiese sido exponer su propia vida. En su consecuencia, propuso á Matías acabar con el enemigo mediante el veneno. El rey rehusó indignado aprovecharse de la oferta del asesino, exclamando con altivez: «Nosotros tenemos la costumbre de luchar con armas y no con veneno.» Al propio tiempo envió un mensaje al rey tseque poniéndolo en guardia contra el atentado de envenenamiento, y previniéndole que no tomase ningún alimento ni bebida sin que lo probase primero uno de sus hombres de confianza.

Con tales ideas era natural que Matías no fuese accesible al temor del veneno ni del puñal. En cierta ocasión se le avisó secretamente que uno de sus cortesanos intentaba mezclar veneno en su comida. Después de oirlo, exclamó: «Un rey que gobierna justa y legalmente no puede temer el veneno ni el puñal de sus súbditos.»

Su capacidad para el gobierno demostrábanla singularmente la acertada elección y la profunda apreciación que hacía de los hombres, así como la independencia que siempre conservaba. Este rasgo de su carácter apareció con evidencia en el momento de su subida al trono. Teniendo sólo quince años de edad, se le juzgaba demasiado joven para la pesada carga del gobierno, y se le dió un regente y consejeros de Estado. Pero él, sintiéndose á la altura de los deberes de su regio ministerio, resolvió tomar las riendas del gobierno en sus propias manos. Contra este propósito, sin embargo, vió levantarse así á sus amigos

como á sus enemigos. Los primeros, los partidarios



CAMPESINO ARANDO

del viejo Hunyadi, á cuyos servicios debía Matías el trono, deseaban vigilar su educación, precaverle con-

tra los peligros, y conservar al propio tiempo su influencia sobre él. Los enemigos, por otra parte, fieles á sus instintos de inveterada hostilidad contra la familia Hunyadi, después de haber contrarrestado primero sus aspiraciones al trono é intrigado luego contra él, holgábanse de tener una ocasión de frustrar sus deseos, y así ahora tomaban partido en contra suya, y á poco se declararon abiertamente por Federico, el emperador alemán.

La situación del joven era excesivamente crítica; sus enemigos exteriores, además — los Turcos, Alemanes y Tseques — iniciaban una abierta oposición, y—cosa más desanimadora que todas — el tesoro estaba vacío. Pero él sorprendió á todo el mundo por la independencia y circunspección con que supo salir al encuentro de amigos y adversarios, así como también de las dificultades que por fuera lo amenanazaban. Sus astutas preguntas y sus prontas réplicas en la conversación eran tema de admiración universal. Se creía que, siendo mozo, se entretendría en vanas sutilezas y prestaría poca atención á las responsabilidades de su cargo. Sus partidarios esperaban ser llamados á instruirlo en el arte del gobierno, mientras sus enemigos habían anunciado que, desatendiendo sus regios deberes, no tardaría en llegar su ruina. Á unos y otros los desengañó. En la cámara del consejo escuchaba atentamente cuando hablaba uno de los grandes señores; mas no bien divergían sus ideas y amagaba una discusión acalorada, él, el joven á quien habían ido á aconsejar, era el que les recomendaba calma y concordia. Sus enemigos vieron que el joven tenía cabal conciencia de la altura de su posición, que lo colocaba así sobre sus adictos como sobre sus enemigos, y ahora pro-

baron toda clase de medios para crear disensiones entre él y sus partidarios. Fracasaron en la empresa, porque el rey estaba en guardia. Conociendo su difícil posición, se tomó el trabajo de conciliar á sus amigos, empleando en el trato con ellos tanto la firmeza como la suavidad. En la conversación empezaba por asentir á las ideas de aquellos con quienes hablaba, y luego presentaba sus propias observaciones de manera que pareciesen de acuerdo. Tenía el talento de convencer á sus antagonistas sin parecer hacerlo, y atraerlos á participar de sus ideas; y como descubría al punto las opiniones de los demás, no estaba expuesto á que lo engañaran. Poco á poco toda oposición á él fué extinguiéndose, y amigos y adversarios permanecieron silenciosos.

Después de anular á sus enemigos interiores, convirtió su atención á los de fuera, y, gracias á la actividad de su espíritu, á su conocimiento de las personas, á la cortesía de sus maneras, y á su generosidad, cuando era menester, no tardó en afirmar su trono contra todos los enemigos. Uno á uno, los orgullosos príncipes y oligarcas, que no habían aceptado la soberanía del advenedizo sino á remolque y desdeñosamente, se vieron atraídos por sus prendas regias; y bajo el mando de Matías, el hijo de Hunyadi, alcanzó Hungría mayor influencia y más alto grado de poder que jamás había conseguido bajo los cetros de los descendientes de los antiguos reyes.

Antes hemos hecho una reseña del esplendor que desplegaban las embajadas del rey, y ahora podemos añadir que Matías era el soberano más opulento y fastuoso de toda Europa. Tenía á su disposición enorme riqueza, compuesta en parte de su propia fortuna privada, y en parte de las rentas reales. En

aquel tiempo no se hacía generalmente ninguna distinción entre las rentas del rey y las del Estado. El monarca disponía de todas las sumas que afluían al tesoro real, provinieran de impuestos del Estado ó de cualesquiera otras fuentes. El rey Matías era maestro consumado en el arte de sacar el mayor partido posible de esas fuentes de ingreso, y de añadir otras nuevas en caso de necesidad. Introdujo una administración más formal y rigorosa de la hacienda con los más admirables resultados. Él mismo era poseedor de una vasta fortuna particular, heredada de su padre. Sus dominios se extendían muchas millas, y era propietario de minas de oro y plata, grandemente productivas, en la más rica región minera del país. Ninguno de sus súbditos podía compararse con él en cuanto á la extensión de sus dominios privados, aunque entre los magnates eclesiásticos y seglares había muchos que podían jactarse de poseer inmensas riquezas.

Durante su reinado crecieron las rentas reales en una escala sin precedentes. Las rentas anuales acumuladas del tesoro húngaro no sumaban bajo el rey Ladislao V más que á unos 120.000 florines. Bajo el rey Matías, según cálculo prudencial, alcanzaron el décuplo. Su renta anual excedió bien pronto de un millón, y aun no pocas veces se elevó á dos millones de florines, y eso en una época en que el rey de Francia, á quien se suponía el más rico soberano, no podía hacer llegar la suya al millón. Verdad es que Matías necesitó siempre de una gran cantidad de dinero para realizar sus vastos planes, porque sus soldados y sus guerras devoraban sumas enormes, aparte de que él gustaba también disfrutar de todas las comodidades de la existencia.

Había pasado el tiempo en que la vida entera del hombre se dividía tan sólo entre la guerra y la oración. Hasta entonces ésas habían sido las características esenciales de la Edad Media. Pero todo eso había cambiado de pronto; el pueblo despertaba á la conciencia de su riqueza, y había países de Europa que ofrecían una multitud variada de goces á propósito para tentar al más displicente. Empezaban á florecer las artes, la pintura, la escultura y el trabajo hábil de los metales preciosos, de igual manera que las ciencias; y el pueblo empezó á leer libros, libros laboriosamente manuscritos, ricamente adornados de oro y plata, y profusamente iluminados. Descubriéronse de nuevo los autores clásicos de la antigua Grecia y de Roma, de larga fecha perdidos, y salieron á luz monumentos diseminados del antiguo arte, amados por los descubridores con el vivo deleite de niños que gozan con juguetes nuevos.

Italia ocupaba en este movimiento el primer lugar. Desde su primera juventud Matías se sintió impulsado con toda la energía de su corazón hacia la cultura naciente, cuya divisa era gozar de lo bello. Hasta qué punto penetró en el espíritu de los esplendores de la civilización nueva, demuéstralo mejor que nada el hecho de que sus contemporáneos italianos lo ensalzaban hasta las nubes como protector ferviente de la ciencia y del arte. En la magnificencia y brillo de que á sí propio se rodeaba, excedía á todos sus contemporáneos, sin exceptuar á los mismos príncipes italianos, que eran famosos por su opulencia y por su estima de las obras de arte, y de quienes Matías había aprendido mucho indudablemente. El ejemplo del rey influía sobre sus súbditos, tanto sobre los prelados principales de la Iglesia, que habían

obtenido inmensos donativos de los primeros reyes de Hungría, como sobre los orgullosos y ricos grandes señores. Pero ninguno de ellos podía compararse con el rey en magnificencia y en lujo refinado. Su corte era el centro de reunión de sabios y artistas, no sólo de Hungría é Italia, sino de toda Europa. Él les asignó los más altos puestos en el Estado, en la Iglesia y en las escuelas. De esos sabios eligió sus cancilleres y vicecancilleres, sus tesoreros y subtesoreros, sus consejeros reales, el preceptor de su hijo, los hombres empleados en leer para él, sus bibliotecarios, historiógrafos de corte y secretarios, todos los cuales eran retribuídos con munificencia por sus servicios.

Y no necesitaba un hombre docto tener una posición fija en la corte para asegurarse una buena renta; su sola presencia en ella reputábase como una compensación valiosa. Teólogos, filósofos, poetas, oradores, juristas, médicos y astrónomos, iban á admirar la renombrada corte, y allí permanecían para aumentar su brillo, para distraer al rey, y recibir los testimonios de su munificencia. Esos hombres eran tratados por el monarca como amigos y compañeros y llevaban una vida cómoda y frecuentemente opulenta. Tenían su parte abundante en los excelentes manjares de la mesa, en los pasatiempos y en los honores. Las discusiones frecuentes de cuestiones científicas y literarias, promovidas en tal círculo, producían en la corte, especialmente en los intervalos de paz, una vida intelectual activa, cuyo brillante centro era el rey, aficionado á tomar parte en las controversias. Él mismo era muy versado en la cultura del tiempo. Verdad es que su primera educación no había sido completa, porque quedó huérfano en edad

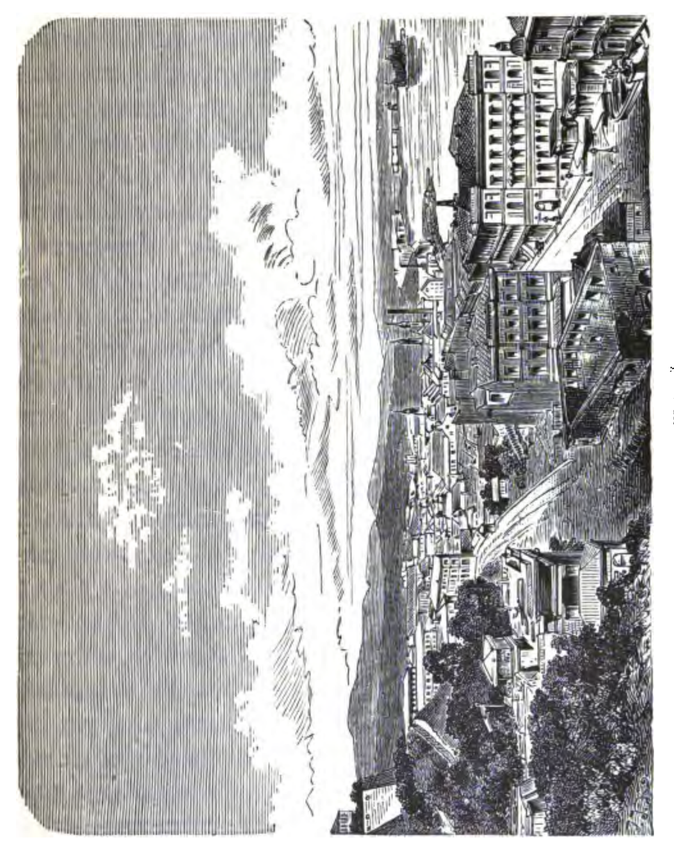
temprana, y se había visto obligado á trocar las diversiones juveniles por los cuidados del gobierno; pero sus grandes talentos, su viveza y el profundo interés que tomaba en todo, contribuyeron grandemente á compensar cualquier deficiencia en lo tocante á la precisión de sus conocimientos. Tenía una memoria felicísima y rara vez olvidaba lo que oía en la conversación; una gran parte de lo que aprendía lo recibía probablemente de este modo. Los hombres doctos de la época solían prolongar las discusiones, á la manera de lo que acontecía en los gimnasios griegos, desde la mañana á la noche, y señalar reuniones especiales para materias especiales. Dondequiera se proseguía el tema puesto á discusión—en la mesa, durante las diversiones, en el salón de recepción, en el jardín, en el campo.—Las materias eran principalmente clásicas. Á veces se daban lecturas en presencia del rey ó de la reina, como en el caso de Bonafini, que visitó la capital en 1487. Con el objeto de conocerlo mejor y de presentarlo á la corte, el rey, que más adelante lo nombró su historiógrafo, le mandó dar una lectura en su palacio de Viena, donde entonces llegó á tener su residencia. La corte entera, juntamente con los embajadores extranjeros, asistió á esa interesante solemnidad. Á la conclusión de la lectura los escritos de Bonafini fueron distribuidos entre los principales prelados y magnates.

Las comidas de la corte proporcionaban ocasiones favorables para discusiones y conversaciones eruditas. Gran número de huéspedes tenían invitación permanente á la mesa del rey. Tales eran sus parientes cercanos, militares de alta jerarquía, dignatarios de la Iglesia y del Estado, embajadores extranjeros, y, especialmente, los hombres ilustrados residentes

en la corte. En semejante atmósfera era natural que la conversación tomase un giro animado, y recayese indistintamente sobre materias serias y amenas. El rey mismo gozaba de fama universal por la viveza de su ingenio y el atractivo de su conversación. Le gustaba proponer enigmas á sus amigos doctos, y á veces los colocaba en grave aprieto con sus cuestiones oraculosas hábilmente ideadas, sobre todo cuando deseaba confundir á algún jactancioso. Se complacía en las disputas, en las cuales rara vez era vencido, porque conservaba su serenidad hasta el fin. Pero, en la mayoría de los casos, los huéspedes eran los que empezaban las discusiones, no terciando el rey sino después y dando muy frecuentemente la solución. Algunas de sus agudezas y anécdoctas se recuerdan aún. El tema de una de éstas era indudablemente relativo á algún festín. Marchaba la conversación durante la comida, y se discutía sobre cuál era el mejor alimento. El rey citó el proverbio húngaro: «Nada es peor que queso» *(Habere nihil est pejus caseo).* Esto lo negaban muchos, naturalmente, sosteniendo que los pepinos, los albaricoques y varias clases de pescado, eran mucho peores que el queso. Todos se divirtieron cuando el rey explicó el doble sentido del dicho, haciendo observar que la expresión «nada es peor que queso», equivalía á esta otra: «queso es mejor que nada.» Acontecía, no obstante, muy á menudo, que se discutían serias proposiciones científicas ó temas de la Escritura, y en tales ocasiones el rey mandaba buscar en su biblioteca libros á propósito para demostrar la solidez de sus afirmaciones ó argumentos.

Esa biblioteca era la principal gloria y orgullo del soberano. Á su advenimiento al trono no contenía

sino unos pocos volúmenes; pero, andando el tiempo, aumentó tanto, así en el número como en el valor de los libros, que conquistó al rey mayor fama que sus mismos éxitos en el campo de batalla, y no sólo en



OFEN

el siglo en que vivió, sino durante los siguientes. Sobre 100 ejemplares de esos libros existen aún, y por ellos podemos formar una idea exacta de su magnificencia y riqueza. La biblioteca se hallaba en el

palacio de Buda, y el espacio que le estaba reservado comprendía dos vastas salas, en comunicación, provistas de ventanas de vidrios artísticamente coloreados. La entrada consistía en un pórtico semicircular, desde donde se dominaba una vista magnífica del Danubio. Las dos salas encerraban un rico mobiliario. Una de ellas contenía el canapé, cubierto de tapiz bordado de perlas, en que el rey pasaba leyendo sus ratos de ocio. Al rededor había taburetes tapizados, en forma de trípodes, recordando el Apolo délfico. Corrían á lo largo de las paredes estantes ricamente esculpidos y guarnecidos de colgaduras de terciopelo púrpura, entretejido de oro. Difícil sería describir exactamente la magnificencia de los mismos libros. Todos estaban escritos en blanca vitela y forrados de pieles de colores, adornadas de diamantes rosa y piedras preciosas, y con el retrato ó las armas del rey. Las páginas estaban iluminadas con pinturas y adornos en miniatura, á cual más notables, obra algunos de ellos de los más famosos iluminadores de la época. Á la muerte del rey había unos 10.000 volúmenes así en la biblioteca.

El rey empleaba permanentemente en su corte 30 copistas y pintores de libros, y también daba ocupación á copistas y pintores florentinos y venecianos, que enviaban á Buda los volúmenes, una vez concluídos. Aunque ya se había inventado el arte de imprimir, sin embargo, sus producciones parecían tan primitivas, comparadas con estas espléndidas obras de arte, que los coleccionistas preferían tener sus libros escritos y pintados á mano. Era seguramente mucho más costoso. El rey Matías gastaba en su biblioteca sobre 30.000 florines anuales, suma que viene á equivaler hoy á la considerable de medio

millón de florines. Mayores cantidades consumía aún en arquitectos, pintores, escultores, grabadores y orfebreros. Toda una legión de artistas tenía ocupados en su corte, especialmente después de su segundo matrimonio.

Durante los primeros años de su reinado se contentaba con los edificios y monumentos artísticos heredados de sus mayores, pero la llegada de la nueva reina cambió completamente los antiguos hábitos de vida. Ahora los hábitos familiares en Italia de larga fecha, con la brillantez, el buen gusto y el ingenio que los caracterizaba, se naturalizaron á orillas del Danubio. La real novia era hija de un país de sol, y de una ciudad, como Nápoles, que figuraba entre las que primero habían dado vida á la nueva civilización. El rey Matías tuvo el deseo y el arte de efectuar en la regia residencia, antes de la llegada de la novia, los cambios necesarios para que ella se sintiese en Buda como en su patria. Mucho antes de que debiera ir la nueva reina, ofrecía Buda un aspecto animadísimo. El palacio real era ensanchado y hermoseado. Sus patios se embellecían con estatuas de bronce y fuentes de mármol esculpidas, y á la antigua obra de argamasa reemplazaban las columnas de pórfido y de mármol. Los lados de las escaleras se veían adornados de frescos, y desde sus nichos acechaban al pasajero estatuas de estilo arcaico. Costosos tapices nuevos cubrían los muros, y espléndidas alfombras el piso de los amplios vestíbulos, de los majestuosos salones y de los dilatados aposentos, llenos de muebles lujosos. Pendían de las paredes cuadros que representaban hechos heroicos ó temas de la historia antigua ó de las Escrituras. Muebles esculpidos modernos ocupaban el lugar

16

de los antiguos, y todo parecía respirar una vida nueva y rejuvenecerse.

Las bodegas agregaban á sus antiguos tesoros otros nuevos. Inmensos aparadores crujían bajo el peso de la plata y del oro, mientras en mesillas ó en alacenas con puertas de cristales se ostentaban antiguas joyas, estatuitas y juegos de vasos. El palacio se convirtió en un verdadero museo de exquisitos objetos de arte. Podemos representarnos el vasto salón principal, con su esplendor y brillo peculiares de la Edad Media, donde se celebró el matrimonio en Diciembre de 1476. Las paredes estaban tapizadas de seda entretejida de oro, y salpicada de perlas y piedras preciosas; y por cima de la mesa de los regios cónyuges bajaba desde el techo un tapiz de oro puro. En el centro del salón, frente á la mesa del rey, había un aparador con cuatro frentes, cada uno de los cuales contenía ocho anaqueles cargados de enormes cántaros de plata, vasos, copas, jarros, ánforas y vasijas de todas clases. Sólo en ese *buffet* había sobre 500, á más de dos unicornios que adornaban el anaquel inferior, y que pesaban 700 marcos de plata. Una fuente gigantesca de plata, de artístico dibujo, en el centro del salón, manaba soberbios vinos. Era tan elevada, que un hombre alto á duras penas llegaba á su remate. Cerca de la fuente había una cesta de pan de plata maciza. Más lejos colgaban del techo barriles de plata con vinos variados. El salón contenía ocho mesas más, y junto á cada una un aparador cargado con vajilla de oro y plata. Sobre 900 vasijas y platos de todas clases, que no se usaban, había colocados en los anaqueles de esos aparadores. Los vasos y platos de la mesa de los reyes eran todos de oro puro y macizo. Y no eran inferiores en esplendor

los demás palacios ó residencias de recreo adonde la corte iba de temporada. Su residencia permanente era el palacio de Buda; pero con frecuencia se trasladaba á Visegrád, Tata, Presburgo y Viena, desplegando dondequiera la misma pompa y boato. Esas moradas soberanas, con sus jardines colgantes, sus fuentes, sus piscinas, sus pajareras, sus parques de juego, sus casitas de recreo, sus estatuas y sus árboles, parecían regios palacios de hadas. Visegrád, especialmente, se hizo famoso. Uno de los legados papales, hombre de cultura y de gusto, y gran señor, acostumbrado á la vida suntuosa, habla de Visegrád, en una comunicación al Papa, como de un paraíso terrenal, creado de nuevo por las manos del rey Matías.

Dentro de esta brillante red de palacios reales palpitaba la bulliciosa vida cortesana en medio de una frecuente exhibición de regocijos excepcionales y espléndidas fiestas. La corte estaba siempre atestada de parientes del rey, de capitanes de alta jerarquía, de centenares de cortesanos, desde el canciller hasta el humilde servidor, y de grandes señores y altos prelados, con sus séquitos, reunidos en torno del monarca, en espera de medros de una ú otra especie. La corte era también centro favorito de los diplomáticos extranjeros, que acudían para arreglar cuestiones políticas, eclesiásticas ó domésticas, y para presentar mensajes de respeto y homenaje al rey, cuyo fuerte brazo era capaz de refrenar y tener á raya á los Turcos, á los Alemanes y á las bandas rapaces de saqueadores. Gradualmente adquirió la corte de Hungría el carácter de una corte europea ó cosmopolita, haciéndose cada vez más refinada y ganando fama juntamente como centro de saber y cultura

clásica. Había, al propio tiempo que lisonja, verdad, en las palabras que dirigió al rey Matías su adversario Uladislao, el rey tseque, en una de las brillantes fiestas dadas por el primero: «es difícil triunfar de un rey poseedor, como vuestra majestad, de tanto tesoro.»

Fué una gran desgracia que Matías muriese sin dejar un hijo para sucederle, porque todo el esplendor y la cultura acumulados se desvanecieron con el rey que los había introducido y desenvuelto. Estaba en el cenit de su gloriosa carrera, y meditando planes más vastos para el porvenir, cuando lo sorprendió la muerte. El domingo de Ramos de 1490 asistía al servicio divino, y al volver de la iglesia se sintió invadido de pronto de extrema laxitud. Pidió higos; se los llevaron; pero, encontrándolos en mal estado, los rechazó con cólera. Poco después se desvaneció; un ataque de carácter apoplético lo privó de la facultad de hablar y de la memoria. Expiró el 6 de Abril, después de dos días de enfermedad.

CAPÍTULO XI

EL PERÍODO DE DECADENCIA NACIONAL Y LA DESASTROSA BATALLA DE MOHÁCS



os acercamos ahora á una de las más sombrías páginas de la historia de Hungría. La nación que no más de 35 años antes había ocupado una posición preeminente en el mundo, había caído tan baja en ese breve espacio de tiempo, que se había reducido á simple presa disputada entre los príncipes extranjeros. El acto final de esa triste era fué la calamitosa batalla librada en el campo de Mohács, donde expió el país los muchos pecados que lo habían conducido á tan triste estado de cosas.

En el período siguiente á la muerte del gran rey no se ve más que monarcas débiles, jefes jerárquicos olvidados de sus deberes, una oligarquía que no conocía ningún freno, una organización militar corrómpida hasta el corazón, y súbditos descontentos. Tan rápidamente declinaba la fama de Hungría, que Erasmo de Rotterdam envidiaba á su rey Luis la posesión, no de su reino, sino de un maestro eminente (Jacobo Piso) que vivía allí entonces. El poder del rey había decaído más aún que el de la na-

ción. Encontramos, por ejemplo, á Juan Szapolyai (ó Zápolya), el jefe de la oligarquía, atreviéndose á atacar al rey Uladislao en su propio palacio de Buda para que le diese de viva fuerza la mano de su hija Ana. Al rey Luis, sucesor de Uladislao, le dijo en su propia cara Tomás Bakacs, uno de sus consejeros, en una sesión de la Asamblea Nacional, que, si no obraba de acuerdo con los deseos de los consejeros, y no oía sus advertencias, lo expulsarían del país, y elegirían otro rey en su lugar. Claramente denotan estos incidentes el carácter de los soberanos, y el de los hombres directores de la nación, á quienes estaba encomendada la empresa de defender el país contra un enemigo que los mismos grandes Hunyadis apenas habían podido contrarrestar, á saber, los Turcos; y no tardaron en ser bastante evidentes los efectos ruinosos de su desgobierno. Una tras otra fueron siguiéndose rápidamente las pérdidas de territorio, unidas á pérdidas de prestigio en el exterior, y á guerras civiles dentro; y poco después vino por remate la desgracia del yugo turco. Justo es añadir que este triste período no fué completamente estéril en hombres buenos, que se esforzaron por cumplir su deber, y será grata tarea hacer honrosa mención de esas excepciones dignas de nota.

Los partidarios de cuatro candidatos hostiles se reunieron el 17 de Mayo de 1490 en el campo de Rákos, con el propósito de elegir rey de Hungría. En esa época la Asamblea Nacional se parecía mucho á las reuniones populares celebradas por los conquistadores húngaros bajo los Árpád. Se congregaban á caballo en número de varios miles en alguna llanura extensa, cambiando pareceres unos con otros, ó, más bien, oyendo las manifestaciones de los jefes

de su partido. Estas Asambleas proseguían á veces sus llamadas deliberaciones durante varias semanas, y acarreaban no pocos gastos á los que en ellas tomaban parte. Muchos iban con gran comitiva de servidores; y sucedía con frecuencia que los miembros más pobres, los que constituían el llamado *medio*, andando cortos de provisiones y dinero, se veían precisados á volverse á sus casas antes de concluir la Asamblea. Eso fué lo que sucedió precisamente en la ocasión actual. Los magnates poderosos gastaron tiempo de propósito para alargar las deliberaciones, y obligaron así á marcharse á la nobleza inferior. Antes de partir, sin embargo, esta última eligió 60 miembros de su seno, que debían quedar como representantes; pero de nada servía, porque su partido estaba derrotado con la retirada de tan gran número. Esta vez la estratagema de la oligarquía salió mejor que en la elección precedente, cuando, como hemos visto, la pequeña nobleza, que estaba en gran mayoría, consiguió elegir á su candidato, Matías Hunyadi.

De los varios candidatos, Juan Corvino, el hijo del rey Matías, tenía pocos partidarios y muchos enemigos. Se le imputaba como un crimen el no descender de una madre regia. Beatriz, la reina viuda, era quien más se oponía á su elección. No podía soportar la idea de ver subir al trono al hijo de su marido. Se lisonjeaba además con la esperanza de poder conservar su posición de reina mediante la elección de un príncipe que hiciese de ella su esposa. Con esta mira se puso de parte de Maximiliano, el hijo del emperador de Alemania, y abogó por sus intereses con la apasionada vehemencia característica de la sangre italiana que corría en sus venas. Su parcialidad, no

obstante, por el príncipe imperial no tardó en ceder el puesto á sentimientos de desdén, cuando el último se dirigió á ella en una de sus cartas, llamándola «querida madre»; entonces trasladó su afecto á Ladislao (llamado por los Húngaros Uladislao), rey de Bohemia. Su nuevo favorito descendía, por línea femenina, de los Árpád. Los ricos é influyentes magnates estaban también á su lado; pero lo que pesaba principalmente en el ánimo de éstos para inclinarlos en su favor era que se le consideraba un príncipe de buen corazón, generoso y débil, á quien sería fácil gobernar. Tanto Báthory como la oligarquía necesitaban, no un rey, sino un instrumento. Alberto, el hermano de Uladislao, era el cuarto aspirante á la dignidad real.

No logrando los Estados Generales ponerse de acuerdo sobre ninguno de los candidatos, decidieron por fin que sería rey el que obtuviese el voto de Szapolyai, gobernador de Viena. Con esto se envalentonaron considerablemente los partidarios de Juan Corvino, porque, así que supieron que la elección de su candidato dependía de la decisión de Szapolyai, consideraron seguro el triunfo. No podían esperar menos del hombre que, después de haber sido durante 20 años un simple soldado en Visegrád, había sido elevado á su alta posición presente por el rey Matías. Szapolyai recibió en Viena á la diputación que fué á invitarlo para la elección del rey. Engreído con la conciencia de su poder, el orgulloso advenedizo levantó á su niño, que después llegó á ser rey de Hungría, y poniéndolo sobre sus rodillas, dijo: «Si tú, hijo mío, fueses así de alto siquiera, te haría rey de Hungría». Este hombre sin escrúpulos no se sentía inclinado á obedecer á un señor, y, compren-



ULADISLAO II

[illegible] que el mismo no tenia probabilidad ninguna [illegible], preferia un rey débil, tal como creia á [illegible], y á cambio de una amplia recompensa le [illegible].

[illegible] de la eleccion desencantó y sorpren[illegible] á las clases medias. El mismo Juan [illegible] pronto qué hacer, pero final[illegible] á la parte meridional del [illegible] la corona de San Esteban que estaba [illegible] mil hombres dispuestos á com[illegible] acompañaron, y no tardó en [illegible] su celo mer[illegible] y Pablo Kiniz[illegible] rey Matias [illegible] muerte abogar [illegible] sagrada [illegible] que habian [illegible] mismo [illegible]

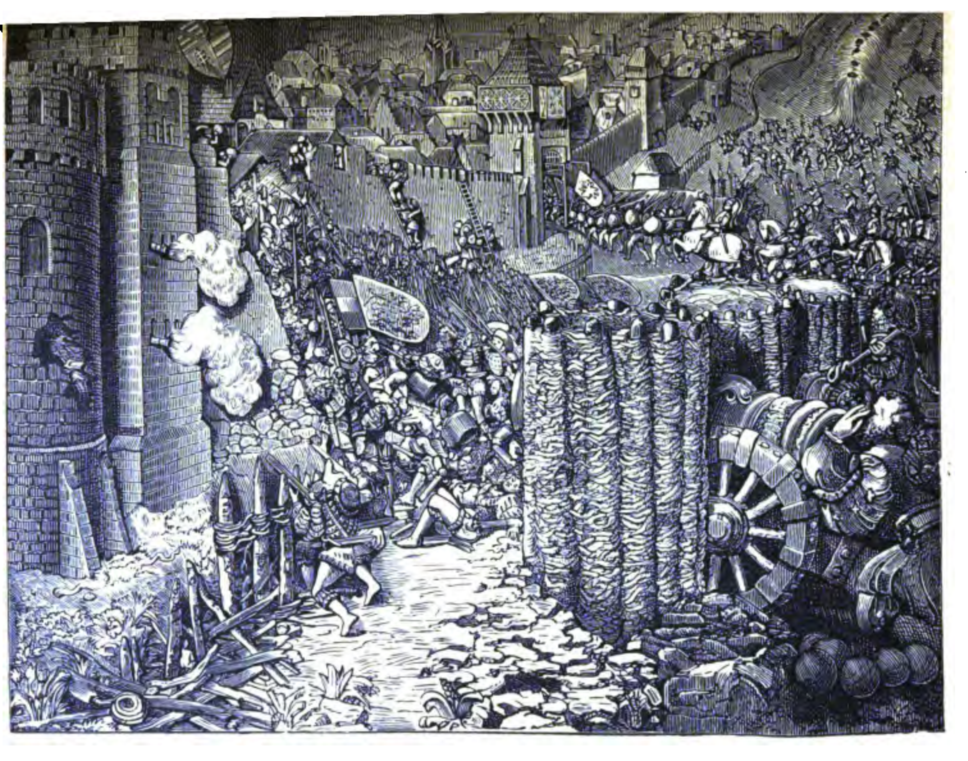
serie de humillaciones que debian concluir en una tragedia nacional.

Los demás candidatos rivales, sin embargo, no estaban dispuestos á considerar perdida su causa. Cada uno de ellos necesitaba su parte del reino, que se habia hecho ahora fácil presa para los vecinos, y las fronteras orientales y occidentales de Hungría se veian cruzadas por enemigos simultáneamente. Pocos meses habian pasado desde la muerte del gran rey, cuando Alberto, duque de Polonia, hermano de Uladislao, estaba ya devastando el pais por el Este hasta Erlau (Eger), mientras la caballeria de Maximiliano hollaba en Stuhlweissemburgo la tumba de Matias y convertia en botin sus tesoros. Uladislao permaneció impasible enfrente de los ultrajes de Maximiliano. Acabó finalmente por concluir la paz más humillante (que á él le pareció ventajosa), según la cual todas las pasadas conquistas de Matias debian volver á Maximiliano. Los verdaderos patriotas se sonrojaron á la noticia del desgraciado tratado, y todo el consuelo que pudieron obtener del rey fué su frase favorita: «Dobzse, dobzse» (todo va bien, todo va bien).

Mientras el pais proseguia su marcha descendente, los Tseques que el rey tenia á su lado no cesaban de maldecir de la pobre Hungria. Representaban que, á menos de dejarse perecer de hambre, pronto tendrian que abandonar el pais. El rey mismo no tenia bastante dinero á su disposición para proveer á los gastos ordinarios de la casa real. Y, sin embargo, los impuestos eran tan elevados y aun más que durante el reinado de Matias; y las crónicas del tiempo refieren que el pueblo estaba mejor bajo aquel Matias que imponia contribuciones arbitrarias que bajo Uladis-

lao. Á la verdad las muchas cargas que ahora abrumaban al país eran debidas al deseo de enriquecerse de muchos de los que ocupaban altos puestos. El desorden de los tiempos ofrecía rara ocasión para hacerlo impunemente. Sucedía, á veces, no obstante, que los abusos de esos sórdidos hombres salían á luz, como sucedió con Lukács, obispo de Csanád, y con Segismundo Hampr, obispo de Fünfkirchen (Pécs), tesoreros ambos del reino, cuyos fraudulentos negocios fueron descubiertos. Pero el rey era demasiado débil para aplicar á sus crímenes el condigno castigo, y entre los grandes del país ninguno estaba dispuesto á arrojar la primera piedra á los criminales. La impotencia del rey causó la decadencia del poderío nacional, la ruina de la hacienda, y, consiguientemente, la completa desorganización de las instituciones militares.

Á este propósito tenemos que mencionar la deplorable jornada de 1492 en la vecindad de Halas, en el condado de Pest. Pablo Kinizsy, el terror de los Turcos, el general encanecido en victoriosos campos de batalla, encontró allí en actitud hostil al ejército que él mismo había mandado antes, la famosa «guardia negra» de Matías. Ese ejército, con su valiente jefe antiguo, había rechazado á los Turcos cerca de Szörény pocos meses antes. Después de esa victoria los soldados pidieron la paga que se había atrasado durante mucho tiempo. Como de costumbre en tales casos, estallaron tumultos y desórdenes á consecuencia de esta falta de cumplimiento con las tropas. La sabiduría de la Asamblea Nacional húngara no encontró mejor remedio que mandar á Kinizsy marchar contra los hombres exasperados. El viejo general obedeció las órdenes. Siete mil hom-



TOMA DE STUHLWEISSENBURG POR MAXIMILIANO

(Relieve del sarcófago de Maximiliano, depositado en la capilla real de Insbruck.)

bres fueron muertos, y los restantes, huyendo á Austria, arrastraron su mísera existencia como salteadores en constante guerra con la ley. Esta cruel é impolítica medida privó á la nación, cuando se preparaba á una lucha á vida ó muerte contra el formidable poder de los Turcos, de uno de sus principales apoyos, destruyendo el único ejército que podía salvarla. Para Kinizsy, el antiguo mozo de molino, esa fué la última campaña, porque muy poco después se vió acometido de una parálisis y privado del uso de la palabra. Sus contemporáneos vieron en esto un castigo de la Providencia por la parte que había tomado en aquella jornada sangrienta.

Los mejores de la nación no tardaron en sentirse inquietos con este estado de cosas, y se levantó un partido hostil al rey. Esteban Verböczy fué su jefe. Era un gran patriota y un hábil jurista, muy versado en las leyes y muy estimado por la clase media, que veía en él el único hombre capaz de restituir á su país el respeto universal de que antes había disfrutado. Ese partido aspiraba al gobierno, y su elección de soberano recayó en Esteban Szapolyai, el hijo de Juan Szapolyai. Si Esteban no hubiese sido un niño en 1490, su padre lo hubiera hecho rey entonces. Que llegase á serlo era la suprema ambición de su madre Ana, duquesa de Teschen, mujer más ambiciosa aún que su hijo, y de quien se ha dicho que concluía invariablemente las cuotidianas devociones con una oración especial á Dios, pidiéndole que la permitiese vivir lo bastante para ver subir á su hijo al trono de Hungría. El mismo Szapolyai no consideraba ardua empresa el caso, porque argüía que era un precedente en su favor el que Matías, sin ser de origen más elevado que el suyo, hubiese sido rey.

Sus partidarios trataron primero de conseguir su objeto mediante un matrimonio, y con esta mira Szapolyai pidió á Uladislao la mano de la joven duquesa Ana. Uladislao se negó á acceder á la pretensión, y buscó auxilio contra la ambición desenfrenada del candidato nacional en una alianza con el emperador Maximiliano. Se lanzó la especie de un convenio de matrimonio entre las dos dinastías reinantes. El partido nacional respondió convocando la Asamblea en el campo de Rákos y aprobando la importante ley de que, en caso de extinción de la rama masculina de la dinastía, sólo se eligiría un rey nacional. Entretanto, Szapolyai renovaba sus pretensiones matrimoniales, y tenía la más completa confianza en el logro de su objeto, porque Uladislao se hallaba á la sazón seriamente enfermo, y seguía aún sin descendientes varones. Pero no se pudo conseguir que Uladislao retirase su negativa. Dijo á Szapolyai que él fiaba en Dios que recobraría la salud, y que todavía podría nacerle un hijo varón. Y no vió defraudadas sus esperanzas. Recobró la salud, y poco después su esposa dió á luz un hijo, que reinó más tarde con el nombre de Luis II.

Ahora comprendió Uladislao el alcance de la resolución de Rákos, y en su consecuencia celebró un nuevo tratado con Maximiliano. Según sus estipulaciones, Fernando, nieto de Maximiliano, debía casarse con la hija de Uladislao, Ana, mientras que otra nieta de Maximiliano, María, fué prometida á Luis, el recién nacido. En virtud de este tratado, Fernando, archiduque de Austria, tomó posesión del trono de Hungría después del día fatal de Mohács. Esta alianza, sin embargo, no apartó á Szapolyai de su firme propósito. Aun intentó dos veces conquistar

la mano de Ana, insistiendo cerca de Uladislao; pero todo fué en vano. Sus partidarios empezaron á meditar ahora la política que siguieron después, á saber: buscar el auxilio de la amistad turca. El estado de las cosas se había hecho tan intolerable, que el partido nacional no retrocedía ante ningún medio, por extremo que fuese, á trueque de una probabilidad de éxito. Un día una mano alevosa disparó dos balas al palacio de Uladislao; el rey se salvó, pero hasta nuestros días han subsistido sospechas de que esa villana acción fuese obra de los partidarios de Szapolyai.

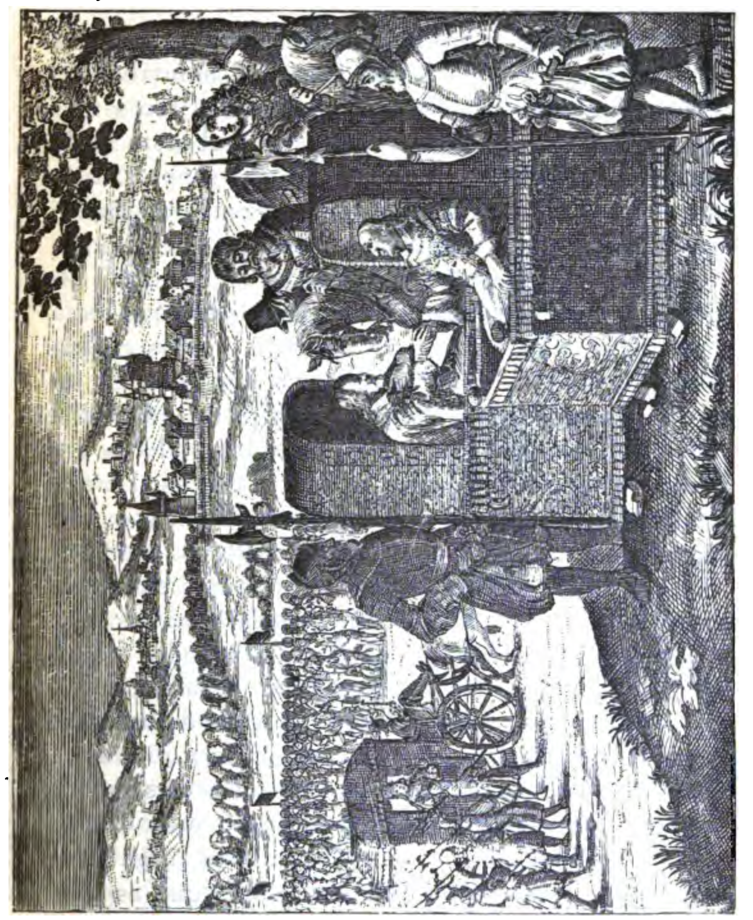
Las desesperadas contiendas de los dos partidos dieron origen frecuentemente á desórdenes y escenas borrascosas. Unos nobles devastaban los dominios de los otros, y aun con frecuencia se posesionaban de ellos ilegalmente. Así, más de un castillo, que Juan Corvino había heredado de su padre, pasó en esa época á manos de Szapolyai. El duque Ujlaky se atrevió á invadir los mismos dominios reales, y al ser citado para responder del hecho, llamó al rey buey desdeñosamente. El ofendido monarca, para vengar esta afrenta, envió contra él un ejército al mando de Bertalan Drágfy, vaivoda de Transilvania, con el mensaje de que el segundo cuerno del rey estaba creciendo entonces, y que, por tanto, el rey combatiría á sus súbditos rebeldes con dos cuernos. Szapolyai, el palatino del reino, ofreció interceder; pero no siendo la intercesión más que un pretexto para excitar al pueblo á la rebelión contra Uladislao, el último se vió obligado á ceder y á perdonar á Ujlaky. Un altercado más desagradable, tal como sólo se presencia comunmente entre canalla ebria, tuvo lugar en presencia del mismo rey en la cámara

real del consejo. Jorge Szalkán, el primado de Hungría, en una acalorada discusión con Cristóbal Frangepán, se propasó hasta el extremo de agarrar al último de las barbas, recibiendo á cambio una bofetada de mano de Frangepán. El rey tuvo que intervenir personalmente para poner término á esos procedimientos tan poco parlamentarios.

Á la sazón cobraba fuerza en Europa un movimiento peligroso. Los aldeanos, cansados de la servidumbre en que vivían, acudieron á las armas contra sus antiguos opresores. En Hungría especialmente tomó este movimiento proporciones terribles. La rebelión estalló en 1514, y se conoció comunmente, ora con el nombre de rebelión *Kurucz* — en atención á que los que tomaban parte en ella debieron ser en un principio soldados de la cruz *(cruciferi)*, — ora la rebelión Dózsa, por el nombre de su jefe.

Julio II, uno de los papas más distinguidos, murió en 1513. Entre los aspirantes al solio pontificio hallamos al arzobispo húngaro Tomás Bakacs. Se dice que gastó sumas fabulosas en la ciudad eterna para llevar adelante su designio. Á fin de congraciarse con el pueblo mandaba poner á sus caballos herraduras de plata, pero tan flojas que iban soltándolas en el camino, y las gentes las cogían. No logrando su propósito en la elección pontificia, pidió al nuevo papa, León X, para consuelo de su desengaño, que le permitiese organizar una cruzada contra los Turcos á su regreso á Hungría. La llegada de Bakacs fué la señal de una lucha enconada en las filas de la Dieta. Una porción de oligarcas, que esperaban sacar algún provecho de esa aventura, defendieron el proyecto calurosamente, mientras que otros, que se sentían ya harto agobiados, se opusieron con violencia.

Esteban Telegdy, el guardián del Tesoro, se colocó á la cabeza de los últimos, y echó en la balanza todo el peso de su autoridad á fin de evitar la aprobación



ENTREVISTA DE ULADISLAO II CON EL EMPERADOR MAXIMILIANO Y SEGISMUNDO, REY DE POLONIA

de la ley sancionando la cruzada. Pintó con vivos colores la miserable condición de la gente del pueblo, y combatió enérgicamente la idea de proveerla

de armas, diciendo que eso equivaldría á armar á sus propios enemigos. La ley fué aprobada á despecho de estas objeciones, y se proclamó la cruzada el 16 de Julio de 1514.

La condición de los aldeanos húngaros era en esa época de lo más miserable. Los que habitaban en las fronteras se veían asediados por las incesantes correrías de los Turcos, mientras que el resto no lo pasaba mucho mejor en manos de sus señores. Sus amos necesitaban siempre grandes sumas de dinero para sufragar sus enormes gastos. Un contemporáneo alemán, que vivió algún tiempo en Hungría, escribía á propósito de la nobleza territorial, que tenía la costumbre de vivir de noche entre bromas y algazara, y pasarse el día durmiendo á consecuencia de las orgías nocturnas. Para este género de vida había que exprimir el dinero de la ruda labor del pobre aldeano, agobiado á la vez por otras cargas. La nobleza húngara gozaba de privilegios solamente; sus hombros no conocían cargas. Los villanos eran los que pagaban todos los impuestos, los que daban de su mísera moneda, rudamente ganada, diezmos para sostener al clero, los que, por cima de todo, tenían que mantener á sus amos y señores. El aldeano debía labrar la tierra, si no quería morirse de hambre, y en tiempo de guerra se veía obligado á redimirse del servicio militar. Contra las opresiones de su señor no tenía remedio ninguno, porque su amo era su juez. El tribunal de los grandes señores juzgaba al villano, y fácilmente puede concebirse qué especie de justicia le haría.

Tal era la triste condición de los aldeanos cuando se proclamó la cruzada. No es maravilla que los oprimidos afluyesen en gran número á los campamen-

tos, dispuestos á cambiar los duros afanes de su vida cuotidiana por los peligros de la cruzada. Una gran parte de la nobleza se puso desde un principio frente al movimiento; con tanto mayor motivo cuanto que surgía precisamente en la estación en que había que trabajar más en los campos, y le era á ella muy difícil pasarse sin los labradores. Los aldeanos miraban con indiferencia el apuro de sus señores, y los abandonaban en número creciente de día en día para tomar la santa cruz. Bakacs les había ya buscado un jefe, eligiendo para ese puesto á un simple caballero de Transilvania. Llamábase Jorge Dózsa, nombre que, aunque asociado á una fama dudosa, continuará figurando, no obstante, al través de los tiempos, en la historia de su país. Los historiadores húngaros de nuestros días se desviven por asignarle altos y patrióticos designios, y se complacen en pintarlo como un héroe de la causa de la libertad, animado de un espíritu superior. Con todo, si atentamente escudriñamos sus acciones, nos veremos obligados á admitir que no era mucho más que un valiente y desesperado aldeano, cuya conducta toda prueba que odió á la nobleza implacablemente. Ni debía á grandes prendas de ninguna especie la distinción que alcanzó. Su mérito principal consistía en ser un hombre osado, de hermosa y marcial presencia, en poseer una voz hecha para el mando, y en haber partido en dos, en una refriega, á un bajá turco algunos años antes. Los oficiales puestos bajo sus órdenes fueron en su mayoría nobles pobres como él, juntamente con algunos ciudadanos de Pest, y un tal Lorenzo Mészáros, sacerdote de Czegléd. En unos cuantos días se reunieron en el campamento de Pest no menos de 40.000 hombres, que debían ser conduci-

dos contra los Turcos. Pero el ejército no necesitó ir tan lejos para encontrar un enemigo, á saber: sus propios opresores, sus señores húngaros. Los más fogosos de entre los aldeanos arengaron á los demás con vehemencia, excitando sus pasiones. Su mismo jefe, Dózsa, se vió arrollado en el nuevo movimiento. Hasta Bakacs se aterrorizó por el sesgo que iban tomando las cosas. Mandó á Dózsa que condujese el ejército al lugar de su destino; y como el último dudase obedecer, aquel alto dignatario de la Iglesia lo excomulgó. Dózsa, en respuesta al anatema del arzobispo, cambió de programa, y condujo á su gente contra la nobleza. Breve, pero ruda fué la contienda. Y lo más terrible fué que esas tropas mal armadas empezaron derrotando á los grandes nobles. No bien acabó el primer encuentro, todos los miembros de la nobleza comprendieron que, para evitar su total ruina, tenían que unir sus fuerzas en un haz bien organizado. Se agruparon bajo la jefatura de Esteban Báthory, el comes (conde), principal de Temes, y Nicolás Csáky, obispo de Csanád; pero estaban destinados á sufrir otra derrota. Las crueldades cometidas entonces por los aldeanos sedientos de sangre, exceden á toda ponderación. Se desparramaron por todo el país, quemando castillo tras castillo, y matando al resplandor de las llamas á cuantos nobles tenían la desgracia de caer en sus manos juntamente con sus familias. Esteban Telegdy, que con tanto calor se había opuesto á la cruzada, perdió la vida de tan espantoso modo, y Nicolás Csáky, cogido prisionero en el campo de batalla, murió entre torturas con regocijo de todo el campamento.

Dózsa procedió ahora á poner sitio á Temesvár. Se había fijado en esta plaza fortificada como el punto

desde el cual conquistaría el país para sus aldeanos; pero en ese mismo sitio debía aprender por una dolorosa experiencia que no era tarea llana habérselas con el poder establecido, por desmoralizado que en ese tiempo estuviera. Las facciones, advertidas por el peligro común, cesaron por el momento en sus contiendas, y el comes principal de Temes, partidario del rey, no vaciló en invocar el auxilio de Juan Szapolyai, el vaivoda de Transilvania, que era el jefe del partido nacional. El vaivoda, juntamente con un poderoso contingente de propietarios de Transilvania, fué en su ayuda, y no tardó la lucha en acercarse á su término. Al primer encuentro el ejército de Dózsa sufrió una derrota completa, los que sobrevivieron fueron dispersados, y el jefe con algunos de sus compañeros cayó prisionero.

Ahora empezó la obra salvaje de las represalias. El vaivoda Szapolyai fué el presidente del tribunal. La victoria que había conseguido realzó su autoridad á los ojos de la nobleza, que miraba la última lucha como una guerra emprendida para su exterminio, y él consideró que aumentaría su gloria, si ofrecía á los nobles excitados un espectáculo asolador. Sólo hubo alguna gracia para Gregorio, el hermano de Dózsa, y esa gracia consistió en contentarse con degollarlo. Á los demás jefes rebeldes, incluso Dózsa, los encarcelaron, y no les permitieron tomar ningún alimento durante 15 días. Nueve de ellos permanecían aún entre los vivos. Á Dózsa lo sentaron en un trono de hierro calentado al rojo, le colocaron en la cabeza una corona asimismo candente y le obligaron á empuñar un cetro en las mismas condiciones. Ni un solo murmullo de dolor exhaló durante ese terrible tormento. Sólo cuando sus hambrientos compañeros de

armas se abalanzaron sobre él y le arrancaron del cuerpo la carne carbonizada para aplacar su hambre, exclamó: «Yo mismo he adiestrado estos sabuesos.»

Tal fué el desenlace de uno de los episodios de la sanguinaria guerra intestina. Cuatro meses de contienda civil habían costado al país la vida de 50.000 hombres. En un período siguiente no muy distante la nación hubiera podido hacer un uso mucho mejor de esas vidas, pero parecía haber una fatalidad que impulsaba al pueblo á destruirse á sí mismo.

La opinión popular en Hungría ha simpatizado siempre con los aldeanos en esta sangrienta rebelión. Así ha corrido hasta el día entre el pueblo la especie de que, siempre que alzaban durante la misa el cuerpo del Señor, Szapolyai se quedaba loco algunos minutos, porque á causa de sus acciones se había hecho indigno de contemplar la sagrada hostia. La historia, por otra parte, guarda aún con cariño los nombres de Juan Gosztonyi, obispo de Raab, y Gotardo Sükey, un capitán del Papa, de quienes se cuenta que, para dispersar á los aldeanos con la menor efusión de sangre posible, cargaban sus cañones con hierba y trapos en vez de balas.

Las 50.000 víctimas, sin embargo, no bastaron para aplacar el espíritu vengativo de los vencedores, porque, en su sentir, los crímenes de los villanos pedían una expiación más severa. El crimen de los padres debía alcanzar á todas las generaciones futuras. La Dieta, celebrada el 18 de Octubre de 1514, pareció pensar que los aldeanos habían sido tratados con demasiada blandura y que todos merecían la muerte. Los sabios padres de la patria reflexionaron, no obstante, que, si se exterminaba á todos, no quedaría ninguno para trabajar por los nobles, y para pro-

veerlos de comer y beber. En su consecuencia optaron por hacer gracia; pero la gracia, como ellos la entendían, era la más refinada crueldad. Se permitía vivir á los aldeanos, mas la vida sería una calamidad para ellos. Se proclamó su servidumbre perpetua, y se mandó que permaneciesen encadenados al terruño. Esta ley inicua fué aprobada y sancionada por el rey el 19 de Noviembre, el mismo día en que sancionó el célebre *código tripartito* compilado por Esteban Verböczy, el justicia mayor del país. Era un contraste notabilísimo en legislación. De un lado, un código que ponía ley y orden en el reino; de otro, la más inhumana medida de la historia europea, dictada por una sed salvaje de venganza.

El código tripartito de Verböczy, ó, como reza su título, «*Decretum tripartitum juris consuetudinarii*,» es la obra más famosa é importante de la jurisprudencia húngara, la cual arroja también interesante luz sobre el estado social del país en una época más remota. El *tripartitum* es un enérgico abogado de los privilegios é inmunidades de la nobleza. Establece iguales derechos para todos los miembros de la nobleza húngara, no reconociendo entre ellos ninguna diferencia, salvo en lo tocante al mérito personal. Todo noble húngaro tenía, pues, derecho á los privilegios concedidos á la clase entera; no podía ser privado de su libertad sin proceso; sobre él no había más que un amo y señor, que era el rey, y estaba exento de tributos. El código limita además la autoridad del clero sobre los nobles seglares, y niega al Papa el derecho de disponer de los beneficios eclesiásticos. Después de esforzarse en recabar de esta suerte, para los nobles, independencia respecto de los que estaban sobre ellos, el código procuraba á la vez

ensanchar sus derechos sobre los que estaban debajo. El reciente levantamiento de los aldeanos ofrecía buena ocasión para esta tendencia. Dice: «La reciente rebelión, dirigida, so pretexto de una cruzada, contra toda la nobleza, y capitaneada por un jefe de bandoleros, ha puesto para siempre el estigma de deslealtad sobre los villanos, que han perdido por esta causa el derecho á su libertad, y han quedado sometidos á sus señores en absoluta y perpetua servidumbre. El aldeano no tiene ninguna clase de derechos sobre la tierra de su señor, salvo la simple recompensa de su trabajo y cualquier otra análoga que pueda obtener. Toda especie de bienes pertenece á los propietarios territoriales, y el villano no tiene ningún derecho á invocar justicia y ley contra el noble.» Tal era la actitud adoptada por la nobleza en esa época, actitud que logró hacer prevalecer sobre el débil monarca.

El rey, á la verdad, era indiferente á los cambios sociales y políticos que lesionaban los mejores intereses de la nación. Su principal objetivo era asegurar el trono á su familia; y en logrando esto, todo lo demás estaba «*dobzse*» (es decir, muy bien) para él. Había visto coronado á su enfermizo hijo, cuando no era más que un niño de dos años, y obtenido en su obsequio la poderosa protección de la familia imperial. En 1506 murió su esposa Ana de Candal, enérgica é inteligente mujer, sobrina del rey de Francia, Luis XI. El dolor del rey viudo no tuvo límites; durante días permaneció en sus habitaciones llorando y lamentándose. Diez años después siguió á la reina por quien había hecho tanto duelo, y le sucedió su hijo Luis II.

Luis no era más que un niño de 10 años cuando

subió al trono, y su juventud fué otra desgracia para el país dividido y debilitado. Los sucesos de su reinado se resumen de ordinario en estas breves palabras: «Nació prematuramente, se casó joven, subió al trono joven y murió joven.» Consagraremos, no



LUIS II, REY DE HUNGRÍA

(De un retrato antiguo.)

obstante, mayor espacio á este joven bondadoso, pero desgraciado.

Luis, como se ha dicho, vino al mundo prematuramente, y se necesitaron todos los recursos de que la ciencia médica disponía entonces para conservar la vida del regio niño, que apenas respiraba, cuando

vió la luz. Durante semanas se le tuvo tendido dentro de cadáveres calientes de animales, sacrificados y abiertos para tal fin, y de esa manera se lo salvó de la muerte. Apenas se atendió á su educación en vida del padre; cuéntase que más adelante censuraba él al último por su negligencia, y se esforzaba en recuperar el tiempo perdido, redoblando el trabajo. Aunque nacido prematuramente, se desarrolló temprano por completo, y era ya un mozo alto y robusto al tiempo de morir Uladislao. El cardenal Tomás Bakacs, Juan Bornemisza, el castellano de Buda, y Jorge de Brandenburg, margrave de Anspach, fueron nombrados sus tutores por última voluntad del rey. Jorge fué la perdición del ambicioso rey niño. Las buenas lecciones que recibió de su excelente maestro Jacobo Piso quedaron reducidas á la nada ante el influjo de su tutor. No es que lo guiase ninguna mira siniestra al pervertir á su pupilo; su conducta era más bien efecto de largos hábitos de vida desordenada, de que no podía desprenderse; y nada tenía de asombroso que el joven rey imitase pronto su indigno ejemplo. Los más serios estudios no tardaron en ceder el puesto á toda clase de diversiones, y el rey niño gastó su vida en cabalgatas, cacerías y festines hasta donde sus medios se lo permitieron.

Algunas de las excentricidades que se refieren de él dan á conocer mejor su aturdimiento. Había entre sus cortesanos un hombre llamado Pedro Korogi, famosísimo por su estómago á toda prueba y nada melindroso; y el rey se deleitaba en llamar á su presencia á Korogi y verle devorar ratones vivos, hierbajos, desperdicios de carne encontrados en el arroyo y tinteros con su correspondiente tinta. El po-

bre Korogi perdió la vida después en la batalla de Mohács.

Una ojeada á la corte de Luis y á las personas que lo rodeaban, bastará para darnos una idea de la situación del país. Uladislao se había quejado ya repetidas veces de que sólo una pequeña porción de las rentas del Estado llegaba á sus manos, y que sus ingresos, durante tres años, no subieron á lo que el rey Matías acostumbraba gastar en sus amanuenses. Luis, que debía atender encima á los gastos de su educación, lo pasaba infinitamente peor. Tenía que aplazar de día en día su marcha á Praga, la capital de su reino bohemio, porque no podía procurarse los fondos necesarios para el viaje. Las cosas llegaron á punto de no poder proveer el rey decorosamente la mesa real, que era lo más sensible para él, porque se alababa de tener un excelente apetito; y sus contemporáneos refieren que, cuando se lo permitían sus recursos, se servían diariamente en la corte siete platos. Su penuria llegó, en fin, hasta el extremo de carecer de medios para pagar los salarios de sus servidores, y entonces fué cuando se apartó una suma, destinada á los gastos reales, para entregarla al tesorero y no al rey—arbitrio de poca utilidad, toda vez que los tesoreros no eran gentes de confianza.—El rey Luis siguió siendo tan pobre como antes, y leemos que en una recepción dada á los embajadores de las potencias extranjeras, donde hubiera estado en su punto la más brillante ostentación, el joven se sentó en su trono con unas botas de desecho.

Á despecho de su pobreza, Luis halló modo de entregarse á diversiones y derrochar dinero. En un tiempo en que se decía que no podía considerarse poseedor de un par de botas en buen uso, perdonaba

á uno de sus cortesanos una deuda de 40.000 ducados á cambio de un halcón amaestrado. Jorge de Brandenburg escribia en cierta ocasión que, aunque la corte era afrentosamente pobre, siempre se daba trazas, sin embargo, para andar de jarana. Tales expansiones se distinguian por escenas y ocurrencias, que cuadraban bastante mal con la dignidad de la corte. El rey era apasionado por las diversiones en exceso, y una vez escribia tres meses antes del carnaval: «Dondequiera que acertemos á estar, aun de viaje, hemos de divertirnos y pasar los dias alegremente.» La algazara de la corte no se limitaba, sin embargo, á la época de carnaval, porque sabemos que en visperas de la batalla de Mohács el rey y la reina se divertian muy regiamente. También la reina era muy amiga de regocijos. Nadie hubiera adivinado que llegase á ser nunca tan versada en asuntos de Estado. La diferencia entre Maria, reina consorte, y Maria, viuda, era para causar universal sorpresa. La extraordinaria batalla de Mohács le hizo volver en si. Mientras vivió su marido, se mezclaba tan libremente en los pasatiempos y extravagancias del rey, que los mismos partidarios de este último tenian que recordarle más de una vez las reglas de la conveniencia y del decoro.

Hubo una lucha terrible entre el partido oligárquico y el nacional, sobre quién seria elegido para el real consejo. No nació esta rivalidad, en modo alguno, de motivos patrióticos, ni del deseo de servir al pais en los consejos reales, sino de la mira más sórdida de servirse de la autoridad real para extender y acrecer su poder é influjo personales. Los jefes de partido seguian siendo los mismos. Szapolyai y Verböczy estaban á la cabeza del partido de la clase

media, mientras el partido real, capitaneado por Báthory, hacía causa común con los Fuggers. Los Fuggers eran los Rothschilds del siglo XVI; habían acumulado inmensas riquezas en Hungría, adelantando al principio una suma considerable al rey, y obteniendo por ello el privilegio de laborar las minas. Exportaban fraudulentamente del país todo el oro y plata que sacaban de las minas, mientras que á manos del rey no iba sino muy poco del dinero anticipado por ellos, puesto que primero tenía que pasar por manos de intermediarios, que se ingeniaban para quedarse con buenas porciones. De ello puede dar testimonio, el que la servidumbre de Tomás Bakacs era mucho más espléndida y brillante que la del mismo rey, y que el conde Alejo Thurzó, que estaba en inteligencia secreta con los Fuggers, pudo anticipar una vez al monarca 32.000 florines. El nombre de Emerico Szerencs figura en un lugar distinguido entre estos manipuladores de dinero. Era un judío converso, que ocupaba alta posición, y que posteriormente llegó á ser tesorero del Estado. Mientras que jamás podía procurar dinero para el Tesoro, lograba acrecentar constantemente su fortuna con sumas inmensas. El pueblo acabó por levantarse contra el tesorero sin escrúpulos, y atacó á Szerencs en su propio palacio. No escapó sino con gran dificultad de la furia del populacho, evadiéndose por una ventana á que había sujetado una escala de cuerda.

Quedó victorioso por fin el partido de la nobleza. En la Dieta reunida en Hatvan, 14.000 nobles tomaron una actitud tan amenazadora contra el gobierno, que todos los miembros de éste se vieron obligados á presentar sus dimisiones, y Esteban Verböczy fué

elegido por el partido triunfante palatino del reino. Juan Szapolyai se hizo tesorero. Hasta qué punto fué mejor manejado el Tesoro bajo su dirección, difícil sería decirlo, porque era un triste hecho, como antes, que el Tesoro seguía vacío, y que el nuevo tesorero aumentaba constantemente el número de sus haciendas y acrecentaba su dominio. Los magnates como los burgueses veían claramente que nada se había ganado con el cambio cumplido en la administración. Se concertaron, pues, para restablecer el anterior gobierno, y fueron dirigidos por los grandes nobles que se habían visto privados de sus cargos—Báthory, el palatino, y Alejo Thurzó.—Esta liga se conoce en la historia húngara con el nombre de Sociedad *Kalandos*, palabra que en lengua magyar significa «intrépido»; pero en rigor el nombre se derivaba de *calendas*, en atención á que la sociedad tenía la costumbre de reunirse en las calendas ó principios de cada mes. Este patriótico bando de pretendidos salvadores del país, continuó sus intrigas aun después de recibirse la noticia de una nueva invasión turca que amenazaba á la nación. La liga al fin salió adelante con su empeño. En la Dieta convocada en Buda reinstaló á su partido en el poder. El mismo Verböczy no tardó en apercibirse de que él no había sido más que un instrumento en manos de Szapolyai, y negándose á serlo en adelante, renunció á la dignidad de que ya había sido privado por la Dieta. Para salvar su vida huyó á Transilvania, pero no pudo evitar que la Dieta lo declarase enemigo de la patria.

Báthory volvió á ocupar su antiguo puesto de palatino, y anunció su programa en estas breves palabras: «Nosotros no somos la causa de la ruina del

país» — afirmación singularísima de parte de los consejeros y hombres de Estado directores de Luis II,



NICOLÁS OLÁH

cuando además se pronunciaba en momentos en que amenazaban por todos lados inminentes peligros. — Semejante conducta inspiró al nuncio del Papa la

observación de que aquellos hombres «estaban representando una comedia con sus mutuas protestas».

La reforma añadió una complicación nueva á las muchas que dividian al pais, viniendo á ser una nueva fuente de discordias entre el pueblo. Este poderoso movimiento religioso se extendió hasta Hungria hacia la misma época en que habia ganado considerable terreno en Alemania. Aqui, como alli, sus adictos encontraron persecuciones de parte de la Iglesia católica romana. La nueva fe, aunque no habia conquistado muchos prosélitos, no tardó en hallar sus mártires en el pais. Las dos facciones politicas fueron igualmente culpables de estas persecuciones, y de ello nos da elocuente prueba al hecho de que Verböczy lo mismo que Báthory, los palatinos respectivos de los partidos hostiles, tenian su parte en las ejecuciones de los protestantes que perdieron la vida por su fe. Mientras la sangre húngara era de esa suerte derramada por los mismos Húngaros, su orgulloso vecino, el sultán Selim, el poderoso soberano del Imperio turco, habia prometido á Allah, si concedia á sus ejércitos la victoria sobre Persia, edificarle tres magnificas mezquitas: una en Jerusalén, otra en Buda, y una tercera en Roma. El Sultán venció á los Persas, pero la muerte no le permitió cumplir su voto. En Hungria hubo gran contento, y brindaron por la muerte de los Turcos, bien ajenos de temer que el nuevo sultán estuviese destinado á darles en breve un golpe más mortifero.

Al fiero Selim sucedió Solimán el Magnifico. Reunia en su persona los talentos de un gran guerrero, de un gran legislador y de un gran teólogo. No se pasó mucho sin que los mismos Húngaros le ofreciesen un pretexto para hacerles la guerra. Á su ad-

venimiento al trono había enviado un embajador á Luis II con el propósito de prolongar la paz entre ellos. Los soberbios nobles húngaros, lejos de entrar en negociaciones con el enviado, lo encerraron en una prisión, lo arrastraron por todo el país, y, finalmente, después de desnarigarlo y desorejarlo, se lo devolvieron á su señor. Esa horrible ofensa contra el derecho de gentes, y el insulto, no provocado, al Sultán en la persona de su representante no podían quedar impunes. Solimán juró que vengaría esa afrenta, y tomaría posesión de aquel Belgrado que en otro tiempo había mantenido su independencia contra el genio guerrero de Mahomed II. Atacó simultáneamente á dos de las más poderosas fortalezas fronterizas, á Shabatz y Belgrado. El rey estaba á la sazón demasiado embebido en su boda con la princesa austriaca María para consentir en molestarse por la invasión enemiga, ni sus principales consejeros hicieron de ella el menor caso. Báthory, el palatino del reino, estaba también celebrando sus bodas, mientras la atención del canciller Szalkay se hallaba completamente absorbida por la administración del episcopado de Erlau que se le había dado recientemente.

Shabatz estaba bajo el mando de Simón Logody y Andrés Torma, hombres los dos de gran heroísmo y valor raro. Brillaron como notables excepciones en esa edad corrompida. Prefirieron afrontar una muerte segura á salvarse abandonando la fortaleza confiada á su custodia, y juraron ser fieles hasta la muerte á la causa de la patria. Tanto ellos como su valiente guarnición cumplieron lealmente sus juramentos; de 500 hombres sólo 60 quedaban á los 16 días de sitio. Esos 60 hombres fueron dispuestos en línea

18

de batalla en la plaza pública de la fortaleza para recibir el último asalto del ejército turco, y ni uno solo escapó con vida. Seis semanas después Belgrado, el famoso teatro del heroísmo húngaro, fué tomado por los Turcos, y no es frecuente que un enemigo alcance tan fácil victoria sobre un baluarte al igual de aquella plaza fronteriza como la que consiguieron los Turcos el 29 de Agosto de 1521.

Se había confiado la defensa de Belgrado á Francisco Hedervári y al joven Valentín Török. Estos nobles egoístas, olvidando sus sagrados deberes, abandonaron á Belgrado, y se fueron á Buda, á fin de obtener que el gobierno les pagara los gastos que habían hecho ya para el sostenimiento de la fortaleza. Defraudadas sus pretensiones, no volvieron á su puesto, sino que abandonaron á sí misma á la guarnición, que ascendía á 7.000 hombres, bajo el mando de sus oficiales subalternos, el bravo Blas Oláh y el traidor Miguel Moré. Su deserción selló la sentencia de aquella fortaleza. Moré fué un traidor á la causa de la patria; se pasó al campo enemigo, y revelando á los Turcos los puntos flacos de la plaza, intentó á la vez inducir á Oláh á que lo ayudase en sus villanos designios. El patriotismo del último, sin embargo, supo resistir á todos los incentivos del tentador. Con todo, la caída de la fortaleza era inevitable. El número de la guarnición había descendido á 62 hombres, cuando se siguió una pendencia entre los que eran Húngaros y los Serbios, que terminó obligando á Oláh á rendir la fortaleza. Según las cláusulas de la rendición, la guarnición podía abandonar la plaza sin ser molestada; los vencedores, sin embargo, interpretaron esta cláusula á su capricho: permitieron á los vencidos marchar al campamento turco, pero

cuando expresaron el deseo de abandonarlo, los mataron á todos.

La caida de Belgrado difundió el terror por todo el pais, tanto más cuanto que era completamente inesperada, y pudo seguramente ser prevenida. Báthory, el palatino, y Juan Szapolyai estuvieron, cada uno con un gran ejército, á no mucha distancia de Belgrado; pero esos nobles, obedeciendo sólo á las inspiraciones de su odio recíproco, no quisieron reunir sus fuerzas; y tiene razón el poeta Carlos Kisfaludy, cuando dice que las heridas más profundas inferidas á la pobre patria lo fueron «no por sus enemigos, sino por sus propios hijos». El mismo Luis despertó de su letargo al oir la triste nueva. Reconvino á sus consejeros por no haberle advertido los peligros que amenazaban al pais, y por no haber tomado medidas para conjurarlos; más aún: en su exasperación, según nos dice su capellán, dió una bofetada á uno de sus consejeros, al obispo Szalkay. Ahora era tardío el arrepentimiento, y parecia inevitable la catástrofe que amagaba. Verdad es que los Húngaros alcanzaron una nueva victoria en las llanuras. Pablo Tömöry, recién nombrado arzobispo, general en jefe de aquella sección, derrotó á Ferhat bajá en el campo de Nagy-Olasz, en Syrmia. Pero el brillo efímero de este éxito no dejó rastro permanente; tres años después los Turcos eran más formidables que nunca en Hungria.

Mientras la Dieta húngara era teatro de acaloradas discusiones, Francisco I, rey de Francia, aguijado por la derrota que habia sufrido de parte del emperador Carlos V, estimuló á Solimán contra Hungria y los paises de la corona de Hapsburgo para conseguir una división del ejército imperial. Francisco I salió

tan bien con su empeño que en el mes de Agosto de 1526 Hungría era invadida por un ejército de más de 300.000 hombres, con 300 cañones, al mando de Solimán.

La noticia de la aproximación de Solimán cogió al país desprevenido. El tesoro no encerraba dinero bastante para pagar á los mensajeros, menos aún para organizar un ejército. Una demanda de la vajilla de oro y plata de las iglesias apenas sirvió de nada, porque lo poco que se pudo obtener, á causa de la resistencia del clero, se lo apropiaron los nobles, encargados de acuñar con ello moneda. Á tales negocios debió su riqueza Gaspar Serédy.

De soldados estaban todavía más pobres que de dinero. Ya cruzaba el Sultán las fronteras meridionales, y no había un soldado cerca del rey Luis. Las ciudades compraban con dinero su exención del servicio militar, y los grandes nobles andaban remisos. El rey marchó finalmente solo contra el enemigo. Ante ese ejemplo se avergonzaron los culpables, y hacia comienzos de Agosto se habían agrupado ya al rededor de él 4.000 hombres. El monarca marchó resueltamente hacia el Sur, y en la última parte de Agosto llegó á Mohács. El ejército había subido entonces á 25.000 hombres; pero necesitaba un jefe, y en todo el país no había un solo general capaz de manejar grandes fuerzas. El rey, en tales circunstancias, no tuvo otro remedio que nombrar comandante en jefe á Pablo Tömöry, cuya victoria sobre los Turcos estaba aún reciente en la memoria. Poco después hizo su aparición el ejército turco, que algunos días antes había ocupado á Peterwardein (Pétervárad). Suscitóse ahora seria discusión sobre si los Húngaros aceptarían batalla, ó antes se retirarían para

unirse al ejército de Cristóbal Frangepán, que venía de Eslavonia, y al de Juan Szapolyai, que marchaba desde Transilvania. Tömöry se inclinó á aceptar batalla desde luego, y fué apoyado por el rey. Refiérese que Francisco Perényi, el satírico obispo de Grosswardein, al ver que prevalecían los consejos de Tömöry, dijo: «La nación húngara contará 20.000 mártires el día de la batalla, y no estaría mal que el Papa los canonizase.» La batalla tuvo lugar el 29 de Agosto, en un hermoso día de estío. Los Húngaros se dispusieron en orden de combate desde por la mañana temprano. El rey, rodeado por sus magnates laicos y eclesiásticos, ocupaba el centro. En torno de él había 1.000 jinetes con cotas de malla, y en medio de ellos estaba Juan Drágfy, el justicia mayor del país, haciendo ondear al aire la bandera nacional. Iba montado en un caballo blanco, y no llevaba espuelas, según la antigua costumbre, en señal de que para él era imposible la huída.

Báthory, afligido por la gota, cabalgaba con el rey á lo largo de las filas, dirigiendo á los hombres palabras de animación. Todo el ejército aguardaba impaciente el momento de dar principio á la batalla, cuando, por fin, á las cinco de la tarde avanzaron los Turcos. Se observó que el rey, al colocársele en la cabeza el yelmo de plata, se puso pálido como la muerte, como presintiendo el cercano peligro; pero esta observación no desanimó á los que lo seguían.

Dió la primera embestida la caballería húngara, cayendo sobre la parte del enemigo que tenía enfrente, y haciéndole retroceder. Las tropas turcas, así atacadas, se retiraron sin ofrecer ninguna resistencia al cuerpo del ejército. Los Húngaros, cantando victoria, se apresuraron á perseguirlos, bien ajenos de

que corrian á una muerte segura. La retirada fué una simple estratagema, porque el ejército húngaro se vió atraido bastante cerca del centro turco; las tropas que retrocedian abrieron sus filas; y al través de la brecha abierta, 300 cañones y varios miles de genízaros despidieron un fuego mortífero sobre los que avanzaban. La matanza fué terrible; gran parte de las tropas, incluso el jefe y el porta-estandarte, cayeron al primer fuego. El resto huyó en todas direcciones, pero se vió grandemente embarazado en su retirada por un violento aguacero que estalló de repente sobre los fugitivos, entre los cuales se hallaba también el joven rey. Cuando éste trataba de atravesar el Csele, un arroyuelo crecido por la lluvia, el caballo, después de alcanzar la orilla opuesta, resbaló hacia atrás y sepultó consigo á su jinete.

La profecía de Perényi se habia cumplido. Veinte mil mártires sembraron el campo de Mohács, y entre ellos se encontraba el mismo satírico profeta. Los Húngaros pagaron el grave pecado de 36 años de desgobierno y desorden; pero aún quedaba lo peor. El 10 de Septiembre volvia á pasar una brillante procesión al través de las puertas de Buda. Esta vez no era el rey coronado de Hungría el que hacia su entrada en la fortaleza, sino Solimán, que la entregaba al saqueo de sus soldados. En esta ocasión fué destruida la famosa biblioteca de Matías.

CAPÍTULO XII

EL IMPERIO TURCO Y EL DESARROLLO DEL PROTESTANTISMO EN HUNGRÍA

MIENTRAS el islamismo perdía terreno rápidamente y corría á su ruina definitiva en la península meridional de los Pirineos, conquistaba un nuevo asiento en otra península meridional de Europa, en las regiones del Balkán bañadas por el mar Mediterráneo, y se hacía aquí lo bastante poderoso para influir durante cerca de cinco siglos en los destinos políticos del mundo occidental. Al mismo tiempo que el poder y la cultura de los moros declinaban en España, Europa se vió asaltada por otra nación mahometana, los Turcos, que, alzando el estandarte de la media luna, intentaron imponer al mundo cristiano sus nuevas ideas religiosas, políticas y sociales. Á la primera aparición de los Turcos en la península balkánica, chocaron con los dos Estados que se oponían á su ulterior avance; y acto continuo empezó la lucha con ellos. El primero, sin embargo, el Imperio bizantino, era ya en ese tiempo una organización gastada y vacilante, una antigua y venerable ruina, y no podía ofrecer sino una débil resistencia. Se retiró

paso tras paso ante los conquistadores asiáticos, que, primero, se posesionaron de todos sus territorios lejanos, y tomaron por último (en 1453) el asiento del gobierno, Bizancio, la renombrada ciudad de Constantino. El segundo antagonista que detenía el avance de los Turcos era Hungría, Estado que, aunque joven aún, había demostrado una enérgica vitalidad nacional, había reducido sucesivamente á vasallaje los países de los Balkanes, y se hallaba resueltamente empeñado en extender su autoridad y su influencia hacia el Este. Los Turcos no pudieron dar cuenta de Hungría tan fácil y tan pronto como del debilitado Imperio bizantino. Más de un siglo de conflictos casi constantes hubo de pasar antes de que tuviese término la supremacía húngara en las regiones balkánicas, y de que los Turcos pudiesen penetrar hasta Mohács, y asestar allí un golpe mortal á la independencia del país.

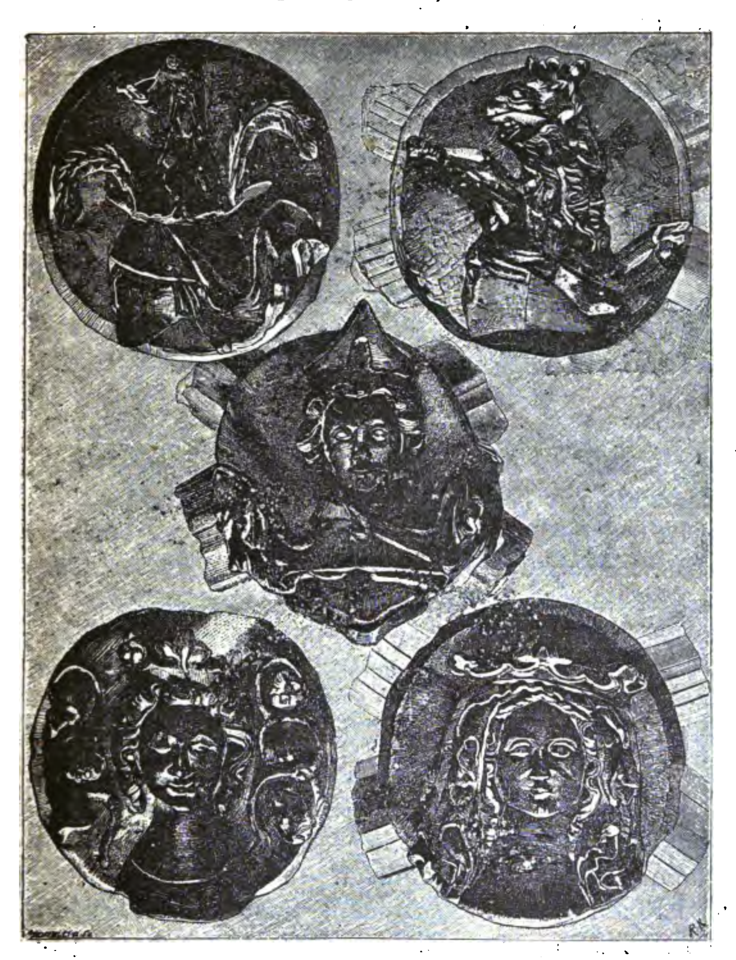
Durante esta lucha de siglo y medio el nombre y la fama de Hungría se perpetuaron por más de una brillante acción de armas, y por muchas victorias gloriosas; y cuando Juan Hunyadi, el más formidable enemigo de los Turcos, murió, toda Europa lloró su muerte como la pérdida del gran campeón de la cristiandad. Su hijo, Matías el Justo, uno de los más grandes reyes de Hungría, cuya memoria reverencia hasta hoy piadosamente el pueblo húngaro, siguiendo las huellas de su ilustre padre con sus muchos triunfos, hizo también que su nombre fuese no menos formidable para los musulmanes. Pero Hungría, como hija de la Iglesia occidental, de la Iglesia de Roma, volvió en ese tiempo sus miradas más bien al Occidente que al Oriente, y la política húngara se dirigió más á humillar al emperador de lo que en-

tonces se conocía como el Imperio romano que á quebrantar el poder de los Osmanlíes. El rey Matías tomó á Viena, é hizo grandes conquistas á expensas del Imperio germánico, pero no castigó á los Turcos sino de vez en cuando, y nunca pensó seriamente en tratar de abatir por completo su poder. Bajo sus débiles sucesores, los Turcos, que fácilmente se recobraron de las pérdidas sufridas en batallas aisladas, adquirieron un poder formidable, que no tardó en poner á Hungría al borde del abismo. Hemos descrito en las páginas precedentes la fatal batalla de Mohács, librada el 29 de Agosto de 1526, en que el joven rey Luis II opuso un ejército de 25.000 hombres escasos á los 300.000 de Solimán, para ser arrollado por el torrente del número abrumador. Para dar, sin embargo, una idea exacta de esa catástrofe terrible en los anales de Hungría, añadiremos aquí que 7 obispos y arzobispos, 13 abanderados, 500 magnates y varios miles de nobles perdieron la vida en el sangriento campo de batalla.

La nación se sintió sobrecogida de terror indescriptible al saber los detalles de esta espantosa calamidad; aldeas enteras fueron abandonadas por sus habitantes, que se dispersaron en todas direcciones. La reina viuda, viéndose completamente abandonada en Buda, huyó á Presburgo; y la capital de Hungría, una de las más hermosas ciudades de la cristiandad, que, una generación antes apenas, se había convertido en uno de los centros principales del saber y la cultura europea, en menos de dos semanas, después del fatal día de Mohács, pasó á manos del victorioso Solimán, sin ninguna resistencia. Los Turcos saquearon é incendiaron la hermosa ciudad; y todos sus magníficos edificios, salvo el palacio real, fueron

destruidos por las llamas. El victorioso enemigo encontró tan poca oposición para la ruina y la matanza en todo el país como en la capital. No había nadie que contuviese las devastaciones. Los míseros aldeanos hacían algunas débiles tentativas de defensa; aquí y allí unos cuantos miles de hombres se reunían en alguna posición fortificada para protegerse á sí propios y á sus familias. Así unos 20.000 hombres se retiraron á las montañas Vértes, y bajo la dirección de Miguel Dobozy, se atrincheraron cerca de la aldea de Marót en un campo fortificado por una barricada de carros. Pero los Turcos subieron sus cañones á la eminencia más cercana, y rompieron el fuego sobre los ocupantes de la improvisada muralla. Los aldeanos se sobrecogieron de terror, y los indisciplinados patanes, las llorosas mujeres y los niños abandonaron desesperados los carros protectores. Dobozy, viendo que todo estaba perdido, montó su noble corcel, y colocando á su mujer, delante de él, en la silla, buscó en la huída su salvación. Los envalentonados Turcos se precipitaron tras los Húngaros fugitivos, haciendo horrible carnicería en sus filas. Entre los fugitivos, atraía especialmente la atención de los enemigos Dobozy, merced á la superioridad de su armadura, indicadora de la nobleza de sangre, y más aún á causa de la joven que llevaba en sus brazos. Lo persiguieron como sabuesos. La distancia entre los perseguidores y el perseguido disminuía gradualmente, y el caballo de Dobozy empezó á dar muestras de agotamiento bajo la doble carga. Marido y mujer veían cada vez más cerca las fieras figuras, ávidas de presa. Tenían aún un rayo de esperanza, si conseguían llegar á un río cercano, atravesar el puente, y destruirlo antes de que les

dieran alcance sus perseguidores. Lograron ganar el



CLAVES DE BÓVEDA DEL PORTAL DEL MUNICIPIO DE PRESBURGO

puente, pero ¡ay! los aldeanos fugitivos lo habían roto ya, y no había ningún otro paso para la opuesta orilla.

Ahora todo estaba perdido. Dobozy dijo á su mujer que huyese ella, mientras él se quedaba para detener con su propio pecho la marcha de sus perseguidores. Pero la joven esposa no quiso separarse de su amante marido, ni aun en la muerte, y le rogó que la matara antes que exponerla á la eventualidad de caer en manos del pagano enemigo. El marido, desesperado, viendo ya encima de ellos á los Turcos, atravesó á su joven esposa con su propia daga, y luego, volviéndose contra sus adversarios, vendió cara su vida. El sitio en que murieron Dozy y su mujer se ha llamado hasta hoy Basáharez (la lucha del bajá).

El inmenso ejército turco se derramó por el país, saqueándolo y devastándolo todo, aniquilando vidas indefensas, y reduciendo la población, durante una guerra de unos cuantos meses, en unas 200.000 almas. La capital convertida en ruinas; centenares de lugares abandonados y devastados; el país sin rey; la Iglesia sin alto clero; la mayor parte de la nobleza, avezada á las armas, muerta: tal era la situación en que los Turcos dejaron á Hungría á la partida del sultán Solimán. Abandonó éste el país en Octubre de 1526, habiendo cargado antes sus navíos con los tesoros del palacio del rey Matías—sus raras curiosidades, sus estatuas de bronce y una porción de la famosa biblioteca Corviniana.

El fatal día de Mohács había trastornado el orden en el Estado por completo, y entre los magnates que sobrevivieron no tardó en estallar la lucha de bandería. Un partido, obrando bajo la convicción de que la debilitada Hungría era incapaz de resistir, sin auxilio, al poder avasallador de los Turcos, eligió rey á un archiduque Hapsburgo, á Fernando de Austria,

hermano de Carlos V, el emperador romano; y desde esa fecha la corona real ha permanecido de hecho en posesión de los Hapsburgos. Por medio de esta dinastía trató el pueblo húngaro de asegurarse la ayuda del emperador alemán contra los Osmanlíes. Pero otro partido de entre los grandes señores seguía rumbo opuesto. En su opinión, una dinastía nacional y relaciones pacíficas con los invencibles turcos eran los medios de redimir á la patria de su deplorable condición. Estos patriotas, pues, eligieron rey de Hungría á Juan Szapolyai, el vaivoda de Transilvania, y el más poderoso señor del país; y así la nación tuvo ahora dos reyes, en vez del que había caído en Mohács.

Pero ninguno de esos partidos ni de sus reales representantes pudo salvar al país de los Turcos; al contrario, las continuas rivalidades entre los dos reyes, no sólo desmoralizaron el espíritu público y acabaron con toda ley y autoridad en el reino, sino que ayudaron no poco al enemigo extranjero para posesionarse insensiblemente de la mayor parte de Hungría, y permitieron á los Turcos en un breve período izar su media luna sobre las torres de Buda; y allí, para ruina de la nación y terror perpetuo del mundo cristiano, siguió ondeando cerca de 150 años.

La historia de la nación húngara durante todo este período es en extremo triste—una tragedia cuyas escenas están constituídas por continuas series de pruebas y sufrimientos.—Á causa de la incapacidad de los hombres de Estado y de los generales la ruina del país fué más irremediable cada vez. Sin embargo, por sombrío y desesperado que parezca este período, los sufrimientos nacionales de aquellos días son mitigados é iluminados por el glorioso heroísmo y pa-

triotismo que el pueblo desplegó. Los Húngaros, aunque amenazados en su misma existencia por muchos enemigos, por luchas de facciones y disensiones religiosas, demostraron tan raro valor moral, tanto heroísmo, tanta abnegación, tanto desinterés y virilidad, que el recuerdo de las generaciones de aquella era será por siempre santificado. Por todas partes surgían héroes, y la lucha, sostenida por la nación cerca de siglo y medio contra el poder opresor de los Turcos, recuerda, en muchos de sus rasgos, la prolongada contienda entre los Españoles y los Moros, y, como ella, abunda en poesía, en novelescos lances, y en esos nobles ejemplos de patriotismo y elevación de alma que encienden el corazón humano, atraen las simpatías del poeta, y se guardan por la piedad de las edades siguientes como gloriosas reliquias del pasado.

Las miras ambiciosas de Solimán esperaban aún más vastos campos de conquista, y en 1529 marchó hacia Viena con ánimo de atacar al rey Fernando en su propia capital. La ciudad, no obstante, fué defendida con éxito. En 1532 Solimán volvió á avanzar sobre Viena. La marcha del Sultán no fué detenida hasta que llegó á Köszeg (en alemán Güns), en las cercanías de la frontera austriaca. Las llaves de 60 fuertes y ciudades fortificadas cayeron á sus pies; sólo Köszeg rehusó prestar homenaje y detuvo la marcha triunfal del Sultán. Era su comandante Miguel Juricsics, y á punto estaba de sacar su pequeña guarnición, compuesta de 28 húsares y 10 coraceros, con dirección á Viena, para cuya defensa fueron llamadas todas las fuerzas útiles, cuando aparecieron los Turcos bajo las murallas de Köszeg. Al observar la aproximación del inmenso ejército turco, Juricsics

tomó una atrevida y noble resolución. Determinó sostener la fortaleza y morir antes que rendirse al enemigo. Al punto adoptó sus medidas para defender la plaza; reparó las murallas y bastiones; armó 700 aldeanos que habían buscado refugio en la ciudad y compró con su propio dinero pólvora y provisiones. El ejército turco llegó bajo las murallas de Köszeg el 5 de Agosto de 1532; pocos días después se le unía el Sultán mismo, y desde el primer momento se emprendió el asedio con la mayor energía. Las forticaciones exteriores habían caído ya en poder del enemigo; los cañones y las minas habían abierto una brecha de 60 metros en la muralla principal de la ciudadela; de sus 700 defensores habían caído la mitad, y el 24 de Agosto Juricsics no tenía más que un quintal de pólvora. Sin embargo, á las intimaciones del Sultán para que se rindiera contestó en un brioso arranque: «¡No me rendiré mientras viva!» Á esto los Turcos dirigieron un nuevo asalto á la ciudadela, y la guarnición volvió á perder muchas vidas, á la vez que salía herido el mismo Juricsics. Los Turcos se precipitaron dentro de la ciudad, pero los habitantes, á su aproximación, prorrumpieron en tan terrible clamoreo y lamentaciones, que los asaltantes retrocedieron espantados, y la ciudad se vió de nuevo milagrosamente salvada. Sin embargo, el mismo Juricsics vió ahora la imposibilidad de ulterior resistencia; ya no tenía pólvora, y la mayor parte de la guarnición estaba herida, como él. Con el intento, pues, de salvar la vida de los habitantes restantes, permitió al fin que se izase en la ciudad la bandera turca. Solimán, viéndola ondear sobre Köszeg, creyó que había tomado la ciudadela, y se retiró del pie de las murallas el 31 de Agosto.

Pero no fué hacia Viena adonde dirigió sus pasos, sino hacia sus Estados. Se habia detenido cerca de cuatro semanas en Köszeg, y durante ese tiempo se habia reunido en Viena un ejército poderoso, que el Sultán no se atrevió á afrontar. Así Juricsics, con su heroismo, habia salvado á Viena de un sitio, cuyo desenlace hubiera podido ser calamitoso para esa renombrada ciudad de la cristiandad.

Muchos hubo aún en otras partes del país que siguieron el ejemplo animador, dado por Juricsics, mas desgraciadamente sólo raras veces acompañó el éxito á su abnegación. Buen número estaban destinados únicamente á ser mártires de la santa causa, derramando su sangre en el altar de su arruinada patria. Cuanto más se extendian las conquistas turcas, tanto más precaria y peligrosa se hacía la posición de los jefes aislados de las fortalezas húngaras fronterizas. La salvación de todo un territorio ó país dependía frecuentemente de la posesión de una de esas fortalezas. Así las ricas ciudades mineras y la región minera entera de Hungría, estaban protegidas por la plaza fortificada de Drégel, que naturalmente atrajo la atención de los Turcos, sedientos siempre de pillaje; y se apresuraron á sitiarla, esperando abrirse camino á las minas con su posesión. El bizarro Jorge Szondi, comandante de la fortaleza de Drégel, era un hombre resuelto y magnánimo, que completamente penetrado de la gran importancia de la plaza, estaba pronto á defenderla con su vida. La fortaleza no era de las de primer orden, y sólo contaba con una pequeña guarnición.

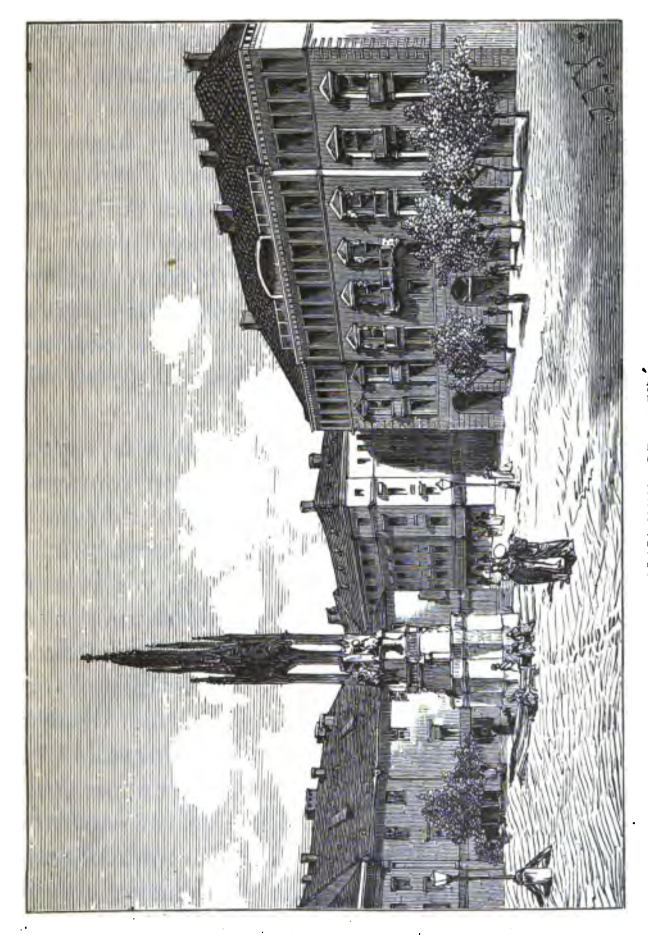
En Julio de 1552 apareció bajo las murallas un ejército turco, que ascendía á 10.000 hombres próximamente. Alí, el bajá de Buda, noble y caballeroso

soldado, estaba á la cabeza de los sitiadores, y, bajo el fuego de sus cañones, en pocos dias cayeron, reducidos á polvo, los baluartes. Cuando también la gran torre no fué más que un montón de ruinas, y las murallas ofrecian anchas brechas por doquiera, y parecia haberse desvanecido toda esperanza de poder continuar la defensa, Ali envió un mensaje al comandante de Drégel. Empleó un clérigo, de nombre Márton, cura de una aldea vecina, para mandar á decirle que «Ali se inclinaba con respeto ante la bravura y el espiritu animoso de Szondi, cuya fama habia llegado hasta él tiempo hacia, y de que habia tenido buena ocasión de convencerse por si propio durante el presente sitio; pero, como la posición no podia sostenerse más tiempo, Szondi debia conservar su heroica vida y rendir la arruinada fortaleza; si eso hiciere, se le garantizaria franca salida á él y á su gente.» Szondi escuchó silenciosamente el mensaje de Ali, que sabia que era un noble y caballeroso enemigo, pero rehusó virilmente rendir las armas. Estaba resuelto á defender la plaza hasta su último aliento, y á sepultarse bajo sus ruinas antes que negociar con el enemigo. Con todo, pidió ahora un favor de Ali bajá, no para él, sino para dos jóvenes trovadores, dos jóvenes bardos que habia en la fortaleza, y cuya suerte queria asegurar antes de morir el héroe húngaro. Vistió á los mancebos de terciopelo carmesi, y enviándolos á Ali bajá bajo la custodia del padre Márton, rogó á aquél que tomase á su servicio esos jóvenes—algunos dicen que eran sus hijos—puesto que él no podia educarlos y hacer de ellos dos valientes. Luego, mandando traer á su presencia dos cautivos turcos que habia en la fortaleza, les entregó ricos presentes y les permitió partir.

Así que Márton se alejó con los jóvenes, Szondi sintió que se acercaba el momento supremo, el momento de una muerte gloriosa. Mandó llevar al patio de la fortaleza su dinero, su ropa y todos sus objetos de valor, y, por temor de que cayeran en manos de los enemigos, él mismo los prendió fuego, y los vió reducirse á cenizas. Luego dirigió sus pasos á las cuadras, y con su propia lanza atravesó sus caballos, sus nobles corceles de guerra. Por fuera se oía ya acercarse á los Turcos, preparándose para el asalto é invocando á Allah. Szondi, á la cabeza de sus dos compañías, se precipitó á la puerta de la ciudadela, y allí dejó la vida, después de defenderse heroicamente. Habiéndole penetrado el pie una bala, cayó moribundo de rodillas, y continuó el combate hasta el postrer aliento. Fué acabado por los Turcos, que lo rodearon por todas partes; su cabeza fué colocada en una lanza, y llevada en triunfo al victorioso Alí. El generoso turco se conmovió profundamente ante ese noble ejemplo de sacrificio, y, dando orden de buscar el cuerpo de Szondi, hizo enterrar sus restos con gran pompa militar en una colina próxima. Durante largo tiempo el sitio en que fué sepultado quedó marcado con una pica y una bandera. Uno de los más grandes poetas de la Hungría moderna, Juan Arany, ha perpetuado la historia de Szondi en una hermosa balada, y la piedad contemporánea ha erigido, precisamente en medio de las ruinas de Drégel, una capilla en memoria del héroe difunto.

Esteban Losonczy, otro héroe húngaro, que algunos días después sufrió la misma suerte de Szondi, no tuvo tan noble adversario con quien habérselas como Alí. Temesvár, la mayor fortaleza del país, estaba confiada á su custodia. Cincuenta mil Turcos

marcharon sobre Temesvár, y habiendo sometido rápidamente todas las ciudades y plazas fuertes menores, próximas á ella, llegaron á la fortaleza con



PLAZA MAYOR DE TEMESVÁR

excesiva confianza. Losonczy salió inmediatamente al encuentro de los enemigos, y tanto los intimidó, que al punto levantaron el sitio, y abandonaron las

cercanías. Sólo por breve tiempo, sin embargo, porque volvieron en mayor número á las órdenes de Ahmed bajá. El último intimó en seguida al comandante que rindiese la fortaleza. Losonczy reunió en la plaza pública la guarnición, que ascendía en junto á 2.200 soldados, de los cuales eran Húngaros 1.300, y el resto Alemanes, Tseques y Españoles, y les preguntó si estaban decididos á defender hasta morir la fortaleza que tenían á su cargo. Recibió por respuesta las entusiastas exclamaciones de los soldados de que estaban dispuestos á morir antes que entregar la plaza. Losonczy juramentó á sus hombres al punto, y respondió inmediatamente á las intimaciones del bajá turco con una salida de la fortaleza, expulsando al enemigo de la proximidad de las trincheras.

Entonces los Turcos sitiaron en regla la fortaleza—rama de la ciencia militar en que eran sumamente versados. —Eran maestros en el arte de reducir plazas fortificadas, en los trabajos de mina y en el manejo de las grandes baterías. Treinta y seis cañones de gran calibre no tardaron en lanzar sus proyectiles dentro de las fortificaciones, que al cabo de un par de días presentaron tales brechas que el bajá creyó llegado el momento de un asalto. Miles de bravos genízaros se abalanzaron á las murallas ruinosas. Allí, sin embargo, les salió al encuentro la guardia, que, dispuesta á morir, hizo un espantoso estrago entre los asaltantes. El asalto fué rechazado en pocas horas, las trincheras se llenaron con los Turcos muertos, y más de un distinguido bey y de un oficial de alta graduación quedaron sin vida en el teatro de la sanguinaria refriega.

Losonczy comprendió, no obstante, que todo el

heroísmo de sus soldados sería perdido, si no recibía auxilios de fuera. Pidió á los jefes del ejército real y del ejército de Transilvania soldados, pólvora y otros recursos de guerra de que tenía necesidad, pero nada pudo obtener de ellos. En ese apuro resolvió consagrar su propia fortuna á la causa de la patria, y escribió á su esposa Ana Pekry, mujer de espíritu superior, que estaba fuera de la fortaleza, para que redujese á dinero todo lo que él tenía, para que empeñase sus haciendas, y, con los fondos así obtenidos, asalariase soldados y comprase municiones, enviándoselo todo á la fortaleza sitiada. La generosa mujer no anduvo remisa en hacer todo género de sacrificios por ayudar á su marido en aquel trance extremo; y tomando á su costa 500 voluntarios (hayduks), á quienes proveyó de todo el equipo militar indispensable, les mandó que fuesen á salvar á Temesvár. Pero la plaza estaba ya completamente cercada, y la pequeña tropa no pudo atravesar el cordón de bloqueo de los Turcos. Los 500 hayduks fueron dispersados por el enemigo, que además les quitó la pólvora, y ahora Losonczy perdió toda esperanza de ayuda.

Sin embargo, el bizarro comandante no vaciló ni por un momento en su deber. En una de sus últimas cartas escribía: «Esperamos pacientemente el instante en que hemos de morir»; y todo lo que pedía al rey era que cuidase de sus huerfanitos. No estaba lejos la hora, porque el prolongado sitio había agotado ya sus municiones y provisiones, y los Turcos no cesaban de renovar los asaltos. Aunque el enemigo perdió á veces en un asalto 3.000 hombres, volvían diariamente á la carga en número aún mayor, y repetían el ataque. Llegó el día de Santa Ana, el

día de la santa patrona de Ana, mujer de Losonczy que él en días más felices solía celebrar, según la costumbre de sus antepasados, con alegres regocijos, pero ahora era un día triste para el bravo comandante. Estaban completamente agotadas las provisiones y las municiones, y los Turcos, tras pérdidas inmensas, habían logrado al fin ocupar la ancha torre atrincherada, situada entre la ciudadela interior y la ciudad.

Con hambre, sin pólvora y sin ninguna esperanza de salvación de fuera, los soldados de Losonczy empezaron al fin á amotinarse, y, deseando salvar sus vidas, insistieron en rendir la ciudad. Especialmente los soldados españoles — los extranjeros — pidieron la entrega de la plaza, mientras que los Húngaros declararon que todavía estaban dispuestos á seguir á la muerte á su bizarro jefe. Los habitantes de la ciudad, reflexionando que, mediante una capitulación, podían salvar sus vidas y haciendas, mientras que, si los Turcos entraban por la fuerza, no hallarían merced, se pusieron finalmente de parte de los Españoles, y se inclinaron á entrar en negociaciones con el enemigo. En un principio Losonczy no quería oir hablar de ceder; pero, cuando aparecieron en la fortaleza los mensajeros de Ahmed bajá prometiendo á todos libre salida y el derecho de sacar sus bienes muebles, los Españoles lo obligaron á firmar la capitulación.

Así el valiente soldado puso término á la lucha, y, turbado por tristes presentimientos, salió de la fortaleza arruinada á la cabeza de sus diezmadas tropas, que estaban aún completamente armadas. Fuera de la puerta fué recibido con los honores militares por los jefes turcos. Losonczy continuó marchando en

su buen caballo al través de las filas del enemigo, formado á ambos lados, cuando de pronto partieron gritos y vociferaciones de la retaguardia húngara. Se volvió y vió que los Turcos, con vergonzoso menosprecio de lo estipulado en la capitulación, habían caído sobre sus pajes y estaban saqueándolos. El viejo guerrero no pudo presenciar impasible esa infamia; desenvainó su espada; una vez más dió la señal de ataque la trompa bélica, y se precipitó á salvar á los suyos. La refriega se generalizó, y la pequeña banda quedó enteramente aniquilada. Losonczy desafió impávido la muerte, y desangrándose por numerosas heridas, cayó al fin en manos del pérfido enemigo, que, cortando al héroe la cabeza, la envió como trofeo á Stambul. Así, en 1553, pasó á poder de los Turcos Temesvár, una de las plazas fuertes más importantes de Hungría. Permaneció bajo el yugo turco más tiempo que ninguna otra fortaleza de importancia, porque transcurrieron 30 años desde la reconquista de Buda hasta que volvió á entrar en posesión de ella el rey de Hungría.

Szondi y Losonczy pudieran haberse ahorrado el martirio, si los comandantes en jefe del ejército real, que eran todos extranjeros, hubiesen tenido, en medio de su vanidad, el valor de intentar su rescate. Ellos presenciaron, en la más cobarde inactividad, las mortales agonías de esos héroes, y veían con indiferencia caer un fuerte tras otro en manos hostiles. Esos jefes extranjeros, con sus ejércitos compuestos de extranjeros, eran incapaces de medirse con los Turcos. Si se aventuraban á empeñar una batalla, estaban seguros de perderla. Así se explica que, á despecho de los esfuerzos sobrehumanos de los Húngaros, que combatieron heroicamente por su patria,

creciesen con rapidez las conquistas turcas, y pasasen á poder de los Osmanlies las partes bajas del pais, las ricas y fértiles llanuras. Transilvania, la parte oriental del territorio, habia luchado en una especie de independencia, y, separándose gradualmente de la madre patria, tenia una organización política propia bajo sus jefes nacionales; asi puede decirse que Hungria se vió dividida en ese tiempo en tres partes. La porción mayor acataba la supremacía turca; Transilvania afirmaba su independencia, y la división menor restante reconocia los reyes de la dinastía Hapsburgo, que tenian su residencia en Viena. Las tropas alemanas, italianas y españolas, empleadas por la última, juntamente con los jefes que las dirigian, lejos de ser instrumentos de la emancipación del pais, se entregaban á la misma licencia y desenfreno que los Turcos. Ignoraban por completo la lengua, las costumbres é instituciones del pueblo húngaro, y eran absolutamente indiferentes á los intereses de la nación. Estos cuerpos militares irresponsables asediaban y saqueaban á la población indígena hasta tal punto, que no pasó mucho sin que los Húngaros llegasen á aborrecer á la soldadesca extranjera, y á los Alemanes en general, tanto como á los Turcos.

Pero aun en los dias de mayor decaimiento, y en las circunstancias más desesperadas, no murió en el pueblo húngaro el espiritu de heroismo. Poco después de la rendición de Temesvár el inmenso ejército turco marchó contra Erlau. Esteban Dobó era el comandante de la última plaza. Sabia lo que le estaba reservado por el triste ejemplo de Losonczy y Szondi, y, aunque se hallaban cerca las tropas reales, sabia también por experiencia que no podia fiar en ningún auxilio por ese lado, y debia atenerse á sus propios

recursos para detener los progresos de las fuerzas irresistibles de los Osmanlíes. «Sólo esperamos ayuda de Dios, no de los hombres», escribía al aproximarse el enemigo. Inmediatamente tomó sus medidas para defender la plaza; almacenó grandes cantidades de municiones, azufre, salitre y provisiones; envió á su teniente Mecsy, soldado digno de su jefe, á los condados contiguos para enardecer el corazón de los jóvenes é invitarlos á alistarse entre los defensores de la fortaleza. Formó su guarnición exclusivamente de Húngaros, sabiendo por experiencia que no podía confiarse en los mercenarios extranjeros. No tenía en junto más que 9 cañones y 9 artilleros, pero instruyó apresuradamente en prácticas de artillería á los más aplicados é inteligentes de los aldeanos, y formó con ellos un cuerpo de artilleros aparte. Habiendo provisto á tiempo á todo, y poniendo su confianza en Dios y en su propia fuerza, esperó tranquilamente al enemigo.

No bien había llegado el inmenso ejército turco, Ahmed bajá intimó á Dobó que rindiese la fortaleza. Dobó reunió á sus hombres en torno suyo, y les leyó públicamente la carta del bajá. Él, sus camaradas de la oficialidad y todos los hombres juraron entonces solemnemente combatir hasta el último extremo, y colgar del pilar del pozo de la ciudad al primero que hablase siquiera de rendirse. Como respuesta á la misiva de Ahmed, Dobó hizo colocar sobre una de las altas torres del baluarte un ataúd de hierro con dos lanzas, en una de las cuales flotaba la bandera húngara, y en otra la turca. Era decir al enemigo que en aquel sitio los Turcos ó los Húngaros habían de perecer; y para dar fuerza á su respuesta hizo una salida con parte de la guarnición aquella misma no-

che, y se llevó buena cantidad de botín de los sitiadores.

Ahmed respondió disparando sobre la ciudad y la ciudadela 120 cañones, algunos de los cuales lanzaban balas de 50 libras hasta el baluarte; pero pasaron 18 días antes que el enemigo pudiese atreverse á intentar un asalto. El asalto fué estéril, porque los asaltantes se vieron bizarramente rechazados por los Húngaros. Pocos días después sobrevino una calamidad á los de la ciudadela. El depósito de pólvora, alcanzado por una bala enemiga, hizo explosión, y parte de la muralla de la ciudadela fué derribada. Aprovechando la ventaja del furioso desorden que la explosión produjo en la guarnición, el enemigo dirigió otro asalto contra sus obras, pero tan infructuoso como antes. Fué rechazado; Dobó había reparado la muralla, y en las bóvedas del sótano estableció un almacén de pólvora, suficiente para proporcionar la provisión necesaria.

Después de varios ataques secundarios sin éxito, se prepararon los Turcos para el gran asalto final. Marcharon por todas partes contra la fortaleza en número aterrador, y ya la guarnición empezaba á dar muestras de agotamiento y de vacilar. Sin embargo, en ese momento de supremo peligro, los bizarros defensores de la ciudadela obtuvieron un auxilio de donde menos podían esperarlo. Esposas, madres é hijas se armaron y se precipitaron á las murallas para luchar al lado de los seres queridos. Algunas de estas amazonas se apoderaron de las espadas de los muertos, y, armadas así, se lanzaban adonde era más densa la masa de enemigos; otras traían agua y aceite hirviendo y lo derramaban sobre las cabezas de los que intentaban escalar las murallas; y, con ayuda de

estas valientes mujeres, se rechazó el asalto en los puntos más peligrosos. Á las mujeres de Erlau corresponde una gran parte en la salvación de la ciudad, y aún sobrevive en Hungría la fama de su heroica abnegación. Los Turcos se sobrecogieron de pánico; en un solo día perdieron 8.000 hombres, y los soldados clamaban que Dios combatía al lado de los Húngaros, y ¿quién podía luchar contra Dios? Después de un sitio de 38 días, el ejército turco se retiró al fin, y Dobó y sus valientes gentes quedaron en posesión de la ahora ruinosa fortaleza, conservándola así para su patria. La gloria de sus audaces acciones ha pasado á proverbio. De todo el que realiza una gran acción dice el pueblo: «Ha ganado la fama de Erlau». La plaza, sin embargo, cayó en poder de los Turcos el año 1596, en que la guarnición extranjera obligó á capitular á su comandante.

En 1566 el sultán Solimán, que, aunque viejo, estaba aún lleno de vigor, se puso á la cabeza de un formidable ejército, é invadió á Hungría por sexta vez, siendo su objeto tomar á Erlau y marchar después contra Viena. Al llegar con sus 200.000 hombres y 300 cañones á territorio húngaro, se encontró con la noticia de que Mahomed bajá, su favorito, juntamente con su ejército, había hallado la muerte á manos de los Húngaros en Szigetvár. El anciano sultán deseó vengar incontinenti esa afrenta. Szigetvár y su bravo comandante, Nicolás Zrinyi, había dado mucho que hacer á los Húngaros de tiempo atrás. Zrinyi, vástago de una antiquísima familia, había estado empeñado, durante años, en luchas constantes contra el poder muslímico, aun durante los períodos en que reinaba oficialmente la paz. Tenía sus posesiones y castillos en territorio fronte-

rizo, y el intrépido varón estaba siempre en guerra con los Osmanlies, haciéndoles sentir el peso de su irresistible espada. Ya una vez se habia intentado la toma de Szigetvár por asalto, pero el enemigo habia sido rechazado con gran matanza. Y ahora el gran Sultán se resolvió á llevar la empresa á término y á sitiar en persona la pequeña fortaleza. Zrinyi se ha-



NICOLÁS ZRINYI

llaba preparado para lo peor, y se dispuso tranquilamente á hacer frente al enemigo.

Szigetvár no era una fortaleza de primer orden, sino sólo una de las plazas fuertes secundarias. Lo principal de su fuerza residia en que estaba rodeada casi totalmente de un lago y de pantanos; de modo que el único camino que llevaba á la plaza pasaba por el puente que comunicaba con la puerta. Frente á la

ciudadela, en una isla, estaba la antigua ciudad, y al Sur, en otra isla, la ciudad llamada nueva. Szigetvár, pues, comprendia realmente tres plazas, fortificadas todas, pero diferentes entre si por sus obras de defensa. Las dos ciudades eran en rigor fortificaciones avanzadas de la misma fortaleza.

Sin gran auxilio de ninguna parte, tomó á su cargo Zrinyi la defensa de esta pequeña plaza. Con su propio dinero compró las municiones y provisiones militares necesarias; llenó los graneros de víveres, producidos en sus propias haciendas, y llevó de su bodega el vino. Habia abundancia de provisiones en la plaza, pero no bastantes soldados. Cuando fué cosa completamente segura que el Sultán dirigia su ejército entero contra Szigetvár, todo lo que Zrinyi pudo obtener del rey, después de manifestar repetidamente su carencia de soldados, fué el permiso de tomar á sueldo 1.000 infantes. Se le ofrecieron, es verdad, soldados alemanes, pero esos no le hacian falta, prefiriendo elegir sus tropas de entre las guarniciones de sus propios castillos, á fin de no tener más que hombres probados á su lado. Toda la fuerza que pudo reunir para oponerla á los cientos de miles de Solimán, ascendia á lo sumo á 2.500 hombres. Tenia 54 cañones y 800 quintales de pólvora, y, lo que valia más que todo, él y sus hombres, estaban animados de la resolución sublime de morir en el campo del honor antes que someterse al cruel enemigo, que había convertido en un desierto gran parte de su hermoso pais. Los soldados reverenciaban á su heroico jefe, y como prenda de su adhesión hacian entusiastas juramentos de fidelidad y obediencia.

El 31 de Julio de 1566 se presentó la vanguardia

del enemigo. Durante los primeros días tuvieron lugar algunos encuentros de menor entidad, pero el sitio no empezó con verdadero empeño hasta el 7 de Agosto. En ese día se intentó el primer asalto; iba dirigido contra el punto más débil, la ciudad nueva; pero no tuvo éxito. Algunos días después, sin embargo, el mismo Zrinyi juzgó conveniente renunciar á la defensa de esa posición avanzada, y, después de prender fuego á la ciudad nueva y reducirla á cenizas, la abandonó al enemigo. Los sitiadores la ocuparon inmediatamente y plantaron allí sus baterías, protegidas por talegos y cestos llenos de tierra y sacos de lana. Apenas estuvieron prontas las baterías, cuando los Húngaros las sorprendieron una noche y las destruyeron todas. Sin embargo, la suerte favoreció ahora á los Turcos. Durante meses había faltado la lluvia, y el terreno que rodeaba la ciudad vieja se había quedado tan seco, que facilitaba considerablemente la aproximación del enemigo. Los sitiadores intentaron también desecar el lago que rodeaba la fortaleza, abriendo el gran dique que lo circundaba para dar salida á las aguas. La proximidad del dique se convirtió en escena de furiosas luchas. Los Húngaros defendían heroicamente la posición, mientras los Turcos, no menos heroicamente, volvían una y otra vez al ataque. Después de una sangrienta refriega, que duró todo el día, los Turcos, finalmente, tomaron la ciudad vieja el 19 de Agosto, y Zrinyi, con su abatida guarnición, se retiró á la ciudadela, después de haber demolido el puente que conducía á la ciudad vieja.

Pero ahora el sultán Solimán consideró que se habían perdido bastantes vidas, y así trató de tomar posesión de la fortaleza por medios pacíficos. Probó

á Zrinyi con promesas tentadoras. Le envió á decir que lo haría príncipe de Dalmacia, Croacia y Eslavonia, y le tentó con tesoros y haciendas. Después ensayó las amenazas. El enemigo había cogido prisionero á uno de los trompetas del hijo de Zrinyi, Jorge. La trompeta encontrada en posesión del prisionero tenía pintadas las armas de la familia Zrinyi; Solimán la envió á Szigetvár en señal de que había caído cautivo el hijo de del comandante de la fortaleza y lo amenazó con ejecutar cruelmente al prisionero si no entregaba la plaza. Ni promesas, ni amenazas, sirvieron de nada. Zrinyi no vaciló por un momento, sino que se afirmó más en su resolución de seguir solamente los dictados del deber y del patriotismo.

La rabia de Solimán por la pesadez del sitio no conoció límites. Había estado esperando pacientemente día tras día la rendición de la plaza, y al fin, cansado de mayores dilaciones, dió la orden para un asalto general el 29 de Agosto. El supersticioso sultán pensó que aquel era un día singularmente fasto, porque era aniversario del de la toma de Belgrado y de la batalla de Mohács. El anciano soberano, que ahora rara vez se presentaba á sus soldados, montó su caballo de guerra favorito, y apareció entre los genízaros para animarlos y alentarlos. Sus tropas se precipitaron entusiasmadas á la pelea, para lo cual habían hecho días antes todos los preparativos la artillería y los ingenieros que dirigían el sitio. Pero Zrinyi estaba pronto y alerta, y rechazó á los asaltantes con gran matanza. Aliportug, un renegado Portugués, que era ingeniero militar y el oficial de artillería más distinguido del enemigo, y que había dirigido el sitio de Sziget, perdió la vida en ese

empeño. Los Húngaros, aunque también habían sufrido graves pérdidas, celebraron su triunfo con festines é iluminaciones. Ahora esperaban confiadamente que su heroica resistencia induciría por fin á las tropas reales á acudir en socorro de Sziget, y atacar á las tropas agotadas del Sultán. Al efecto se entablaron algunas negociaciones, pero el resultado fué el de costumbre: los jefes alemanes dejaron perecer á la escasa guarnición.

Los sitiadores, después de su última repulsa, pasaron una semana sin renovar el ataque. Emplearon el intermedio en colocar, sin ser vistos, una poderosa mina bajo las murallas del baluarte, que fué volada por ellos el 5 de Septiembre. La explosión hizo astillas las murallas, se desplomó el baluarte, y un viento terrible llevó las llamas á la ciudadela en todas direcciones. Las construcciones empezaron á arder en seguida, y los Turcos dieron un asalto general. Cercados por la terrible conflagración y por el furioso enemigo, los Húngaros cedieron al fin. Se retiraron de la fortificación exterior, y Zrinyi, con sus hombres, reducidos á unos pocos cientos, se refugió en el fuerte interior y más pequeño. Aunque toda resistencia parecía ahora desesperada, Zrinyi no pensó en capitular. Las balas de cañón del enemigo incendiaron el fuerte más pequeño el 7 de Septiembre. Zrinyi, en ese extremo, recogió sus objetos de valor, su oro, su plata, su vajilla preciosa, y en la plaza de la ciudadela los arrojó á las llamas. Luego se quitó su yelmo y su armadura; se puso un dormán y se echó encima un manto de terciopelo azul oscuro, metiéndose en cada uno de los bolsillos 100 ducados como recompensa para el que descubriese su cadáver. Se puso al cuello una cadena de oro de

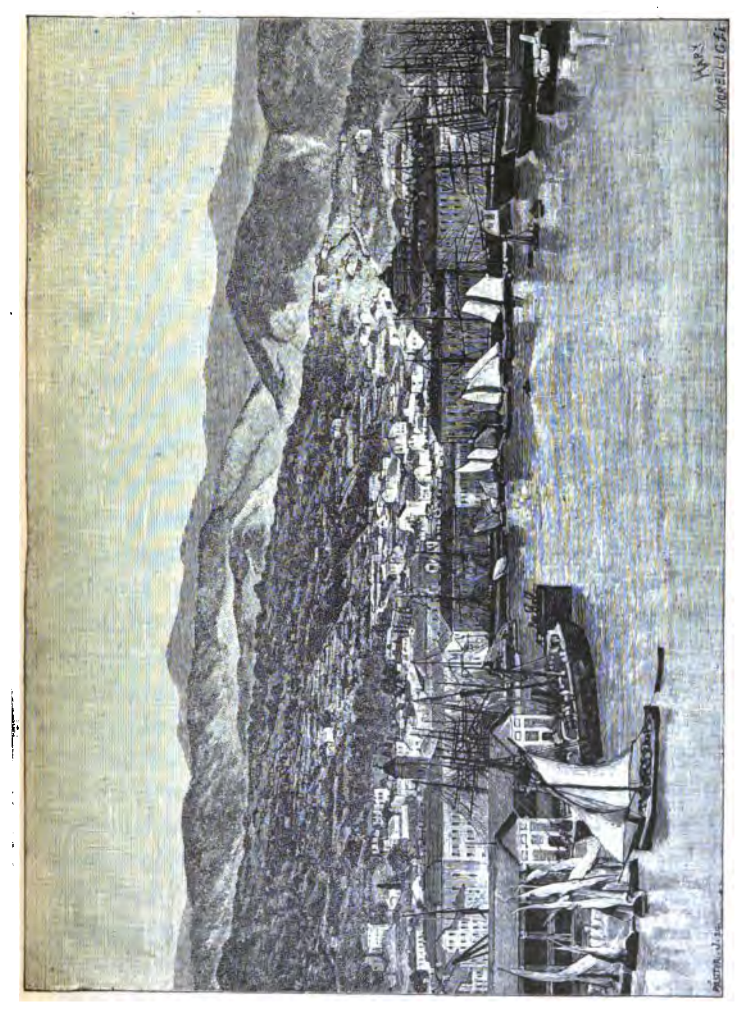
gran valor; en vez del yelmo, se cubrió con un *kalpag* (gorra de pieles húngara), adornada con una pluma de garza y diamantes rosa; y armándose de un sable corvo y de un brillante escudo, cogió las llaves de la ciudadela para estar seguro de que sólo pasarían á manos del enemigo después de su muerte. En ese atavío apareció delante de sus hombres, que estaban reunidos en el patio. Se dirigió á ellos en un lenguaje lleno de su generoso espíritu, «alabándolos por su bizarra conducta, que les granjearía el respeto del mundo cristiano y de las generaciones venideras. La conclusión de su heroica carrera—añadió—debía ser digna de las brillantes hazañas de su pasado. No hay más que un camino ante nosotros—continuó:—el del honor; todos los demás son los de la vergüenza. Ó debéis encontrar aquí la muerte en medio de las llamas, ó salir á recibir la muerte de los héroes, vendiendo caras vuestras vidas. Elegid entre lo uno y lo otro». Las palabras calurosas del jefe no quedaron sin efecto. En ese supremo instante el pueblo de Szigetvár, exaltado de entusiasmo, no pensó más que en su honor. Las mismas mujeres quisieron seguir á los hombres en esta última jornada. Zrinyi había bajado el puente, y fué el primero en avanzar sobre él. Lorenzo Juranies iba á su lado, llevando la amplia bandera, y de cerca lo seguían los otros oficiales. Como unas 600 personas acompañaron en esa salida á su heroico jefe, que, después de un combate furioso, entregó su vida de abnegación. De sus compañeros de armas muy pocos se salvaron.

Así, después de una gloriosa resistencia de cerca de seis semanas, cayó Szigetvár en manos de los Turcos. El sultán Solimán no vió el término victorioso del sitio; había expirado pocos días antes en

su campamento. El ejército turco se volvió á su país y gracias al noble sacrificio de Zrinyi, toda la campaña del enemigo fué estéril en resultados. El formidable ejército que había amenazado á todo el territorio, consumió sus fuerzas en Szigetvár, y sólo la toma de esa fortaleza costó al enemigo 30.000 vidas. La heroica muerte de Zrinyi provocó la admiración y simpatía de todo el mundo europeo, y su nombre se hizo famoso como uno de los mártires de la cristiandad.

No estuvieron silenciosas las musas en medio de los heroicos combates que señalaron este triste período. Con tantos temas de inspiración como se ofrecían de suyo, no tardó en aparecer en escena el poeta, el sucesor del trovador de la Edad Media, para perpetuar en sus cantos el recuerdo de las gloriosas hazañas. Entre otros figuraba Sebastián Tinódy, que describió en verso algunos de los más gloriosos episodios de la crónica del siglo XVI. Visitó las escenas de la lucha, y anduvo en busca de los supervivientes ó de los que habían tomado una parte activa, de los generales y de los valientes que los habían seguido, para reunir los incidentes presentados en sus baladas. Tinódy no se circunscribió, sin embargo, á su lira, sino que fué también versado en el uso de las armas, y con frecuencia intervino en las contiendas de su tiempo, y más de una vez fué herido. Otra figura, aún más interesante, era la de Valentín Balassa, tan bizarro soldado como eminente poeta. Sus obras, formadas, en parte, de poemas religiosos, y, en parte, de cantos líricos, han sido durante tres siglos la lectura favorita del pueblo húngaro. Algunas, sin embargo, sólo han llegado á nosotros en manuscritos, y ofrecen un valiosísimo ejem-

plo del genio poético de los Húngaros de aquella época. Balassa llevó una vida agitada, accidentada



FIUME

y peligrosa, que tuvo glorioso término en el campo del honor. En el asalto de Gran en 1597 estaba en-

tre los sitiadores húngaros, y el intrépido poeta recibió durante la refriega una herida, que resultó fatal.

En medio de estas perpetuas luchas y sucesivas calamidades cerró el siglo XVI, y comenzó el XVII con iguales malos auspicios para los Húngaros. Hasta ahora habían alimentado la esperanza de que los reyes Hapsburgos los salvarían del cruel yugo de los Osmanlíes. Pero, después de un lapso de 70 años, no sólo vieron desvanecidas sus esperanzas de librarse del odiado yugo, sino que pasaron por la mortificación de presenciar la continua extensión del poder turco. Además surgió gradualmente un violento antagonismo de otra clase entre la nación y el rey. El espíritu nacional, á despecho de la triste condición del pueblo, se afirmó más y más, y frecuentemente se halló en colisión con la dinastía real extranjera, que tenía el asiento de su gobierno fuera de las fronteras del país. Ese antagonismo fué de carácter, no sólo nacional, sino también religioso, porque, mientras la mayor parte de Hungría era predominantemente protestante, los reyes de este período figuraban entre los más firmes sostenes de la Iglesia de Roma. Á más de esto, los reyes, que eran al mismo tiempo emperadores de Alemania, se habían colocado, por su conducta autocrática, en abierta oposición con la constitución del país y con los derechos y privilegios garantizados por las leyes. En consecuencia, durante todo el siglo XVII reinó una viva lucha constitucional entre la nación y sus reyes, que oscureció por completo la lucha contra los Turcos. En estas contiendas el pueblo húngaro buscó apoyo especialmente en el principado de Transilvania, cuyos jefes, Esteban Bocskay, Gabriel Bethlen, Jorge

Rákóczy I, no sólo hicieron de su país, comparativamente pequeño, el baluarte de la nacionalidad húngara y de la Iglesia protestante, sino que lo elevaron á una posición de excepcional influencia en la política europea.

Antes de continuar bosquejando el período de la dominación turca en Hungría, dirigiremos una rápida ojeada al desarrollo del protestantismo entre los Húngaros.

La caída del martillo de Lutero sobre la puerta de la iglesia-castillo de Wittenberg, cuando clavó en ella sus famosas tesis, repercutió hasta Hungría, y produjo una viva conmoción en ese lejano país. El período del Renacimiento, el revivir del arte y la literatura, había preparado á todos los espíritus activos é investigadores para las innovaciones en la Iglesia y en la religión. El país había mantenido una activa correspondencia política, comercial y de cultura, con las naciones occidentales; y cuando Lutero empezó en Alemania la gran obra, que debía marcar una nueva era en la historia universal, sus ideas cundieron como un incendio por toda Hungría, y hallaron favor especialmente entre los habitantes alemanes, que en aquel tiempo formaban un elemento importante de su población. Las ciudades de Buda, Oedenburgo (Soprony), Presburgo, las ricas regiones mineras del Norte, el Királyföld de Transilvania, estaban pobladas de Alemanes. Muchos individuos de su clero, atraídos por lazos de parentesco nacional, habían acabado sus estudios en Alemania, y sus comerciantes estaban en estrechas relaciones de negocios con los de la antigua patria. Merced á las íntimas relaciones así establecidas entre los Alemanes de Hungría y sus hermanos de fuera, las doctrinas

de Lutero ganaron terreno entre ellos casi tan rápidamente como entre sus compatriotas de Alemania, donde fueron proclamadas primeramente. En el curso de pocos años el nuevo movimiento había tomado tan formidables proporciones que atrajo la atención de toda la nación.

El clero católico, amenazado en su supremacía, fué el primero en salir á la defensa de la Iglesia. Á su alrededor se agrupó en seguida la única clase de la nación que gozaba en la patria de derechos políticos, toda la nobleza. Al ponerse de parte del clero católico en este conflicto contra la Reforma y sus secuaces, la nobleza no se dejó guiar simplemente por motivos religiosos; su actitud hostil se debía más bien á importantes consideraciones políticas. El trono estaba entonces ocupado por Luis II, que era de origen polaco—aquel mismo rey niño, notado por su frívolo carácter, que expió los errores de su reinado en el campo de batalla de Mohács.—Ese desgraciado monarca fué personalmente tan indiferente en religión como en todas las cosas que implicasen un espíritu serio. Pero su mujer, la reina María, hermana del emperador alemán Carlos V, era de lo más entusiasta en la defensa de las doctrinas de Lutero. Ejerciendo la reina y sus consejeros alemanes un funesto influjo en los asuntos de Hungría, se atrajeron la malquerencia de la nobleza, identificada con el partido nacional. Este partido, con la mira de dar un golpe á los Alemanes y luteranos que rodeaban al rey, decretó desde el principio leyes rigorosísimas contra los protestantes. Así, ya en 1523 se promulgó una ley, declarando á los luteranos y á sus protectores (indicando claramente con esta palabra á los cortesanos alemanes) enemigos de la Santa Virgen María, patrona de

Hungría, y, como tales, condenados á la pena de muerte y confiscación de sus bienes. Las persecuciones contra los adictos á la nueva fe comenzaron inmediatamente. Las obras y escritos de Lutero, que habían entrado en Hungría en gran cantidad, fueron secuestradas y entregadas á las llamas. Sin embargo, la Reforma ganó terreno firmemente.

En las Dietas, que, á consecuencia de los ataques que amenazaban al país por fuera y de los disturbios de dentro, se reunían entonces tres ó cuatro veces al año, el partido nacional, acaudillado por Juan Szapolyai, uno de los señores más poderosos del país, no cesó de defender constantemente la causa de la Iglesia católica. Pero otras razones políticas, á más de su antipatía hacia los cortesanos alemanes, determinaron al partido nacional á persistir en su antagonismo contra la nueva fe. Los Osmanlíes molestaban de continuo las fronteras meridionales, y el país estaba siempre á dos pasos de una guerra con ellos. La nobleza, representante de la nación, comprendió instintivamente que se acercaba una catástrofe, que Hungría, por sus solas fuerzas, no podría evitar. Tenían que buscar auxilio extraño; y ayuda positiva de fuera sólo podía esperarse de los dos monarcas más poderosos de la cristiandad, el Papa y el emperador de Alemania, ambos resueltos adversarios de Lutero. Lograron asegurarse las buenas disposiciones del Papa, que, no teniendo ejércitos con que auxiliar á Hungría, ayudó al país con dinero abundante. En cambio la nobleza estimó un sagrado deber velar con fiel vigilancia por los intereses de la Iglesia católica, y, para hacerlo efectivamente, inauguró implacables medidas contra los heréticos luteranos. En 1525 se aprobó otra ley contra los fieles

de la nueva creencia, ordenando su exterminio por todo el país, y declarando que los luteranos, dondequiera que se encontrasen, sufrirían la muerte por el fuego. La ley cruel comenzó su abominable obra, y las fúnebres hogueras no tardaron en despedir sus lúgubres llamas. Las persecuciones religiosas, así inauguradas, precipitaron la caída del reino húngaro.

La terrible catástrofe de Mohács en 1526 lanzó á Hungría por nuevos derroteros, no sólo políticamente, sino también en materia de religión. La muerte de su rey y la matanza de tantos prelados y de miles de nobles en el fatal campo de batalla dió un golpe violento así á la organización de la Iglesia como á la del Estado, y facilitó la extensión ulterior de la Reforma. Muchos de los grandes señores y nobles, que hasta entonces habían sido los más ardientes sostenes de la Iglesia católica, se convirtieron en un instante, por motivos políticos ó de interés privado, en celosos apóstoles de la nueva fe; de suerte que las doctrinas de Lutero, refugiadas antes principalmente en el seno de los habitantes de las ciudades, encontraron ahora muchos adictos entre los magnates. Además, los siervos que, en materias de religión, se veían obligados á obedecer los mandatos de sus amos, abrazaron la religión de sus señores. Así, pocas décadas después de la batalla de Mohács, fué completa la victoria de la Reforma en la mayor parte de Hungría. Las doctrinas de Lutero habían allanado el camino á las enseñanzas de Calvino. Las últimas, merced á su espíritu puritano y á sus tendencias democráticas, que cuadraban bien á la arraigada predilección de la raza magyar por el *Self-government*, se extendieron principalmente en la parte húngara del

país. La religión de Calvino ó confesión helvética tenia tal atractivo sobre la población que hablaba húnga-



GEORGIUS RAKOCZII, D. G. Princeps Transsyluaniæ, Moldauiæ Dux, Comes Palatin. Transalpinensis, Partium Regni Hungariæ Dominus, et Siculorum Comes etc.

ro, que pronto fué designada con el nombre especial de fe húngara, mientras que los dogmas luteranos

fueron profesados principalmente por los Alemanes naturalizados de las ciudades y por los habitantes eslavos del país alto. La antigua Iglesia romana se vió reducida á un territorio relativamente pequeño, y durante el siglo XVII apenas contó una séptima parte de la población.

Una de las más brillantes páginas de los archivos legislativos de Hungría—un decreto garantizando á las dos Iglesias protestantes iguales derechos que á la católica—va asociada al nombre de Esteban Bocskay. Aunque la Iglesia católica había perdido en el siglo XVI muchos de sus adictos, sin embargo, legalmente, y merced á la circunstancia de ser los reyes Hapsburgos los más celosos propagadores de la fe romana, continuó siendo la única Iglesia reconocida, y ejerciendo una influencia indudablemente preponderante en la vida pública, que en esa época tenía un sello exclusivamente religioso. Los magnates y nobles húngaros, casi todos protestantes entonces, bajo la jefatura del príncipe Esteban Bocskay, tomaron las armas contra la posición privilegiada de la Iglesia católica, así como en defensa de las leyes del país, y consiguieron obtener en 1606, en la paz de Viena, una ley que establecía la perfecta igualdad entre las Iglesias protestantes y la católica. Esa gran victoria, alcanzada por los protestantes, tuvo por efecto impulsar á la Iglesia romana á una enérgica acción. Empezó, pues, el movimiento de la contra-reforma en Hungría, como en toda Europa, y produjo, en un plazo relativamente corto, los más sorprendentes resultados bajo la dirección del cardenal Pedro Pázmány, arzobispo de Gran. En el curso de pocas décadas las familias principales y más influyentes de la aristocracia volvieron al redil de la Iglesia católica.

La masa del pueblo, no obstante — la nobleza, los habitantes de las ciudades y los aldeanos — permaneció siendo protestante; y cuando los príncipes de Transilvania, Gabriel Bethlen y Jorge Rákóczy I estuvieron dispuestos á entrar en guerra con los Hapsburgos, pronto reunieron á su alrededor esos sostenedores de la bandera de la fe nacional. La paz de Linz, confirmación del tratado de Viena, fué concluída bajo Rákóczy, proclamando de nuevo solemnemente la completa igualdad de las Iglesias protestantes con la católica romana — igualdad, sin embargo, que de hecho nunca fué puesta en práctica. — La ley escrita y su buen derecho no sirvieron de nada á los protestantes, porque el poder se les iba de las manos gradualmente. Bajo el patrocinio de la corte real el movimiento de la contra-reforma había hecho grandes conquistas entre las clases inferiores de la población; y ora por la violencia, ora por otros medios, distritos enteros y grandes territorios volvieron á ser católicos. Engreída con estos éxitos, la corte de Viena olvidó durante largo tiempo su promesa de librar á Hungría del yugo turco, y cerca de 60 años se deslizaron sin ninguna hostilidad contra los sultanes. El principal empeño de la corte era, naturalmente, privar á la nación húngara de sus instituciones constitucionales, basadas en su nacionalidad, y someter al absolutismo imperial al pueblo celoso de sus libertades. Estos procedimientos anticonstitucionales de parte del gobierno provocaron levantamientos y luchas de facciones, y fueron, en sus tristes consecuencias, fatales á millares de fanáticos, difundiendo la miseria y la pobreza aun por aquellas partes del país que, merced á su posición geográfica, habían permanecido libres de los ataques de los Turcos,

La suspensión de las hostilidades no interrumpió los continuos desastres y devastaciones. Cierto es que oficialmente reinó la paz cerca de 60 años entre la corte real y los sultanes, pero esto no impedía á los últimos entregarse constantemente á operaciones militares de menor cuantía. En 1663, sin embargo, cuando Leopoldo I, que era de disposiciones eminentemente pacíficas, ocupaba el trono, los Turcos declararon la guerra oficialmente. Aunque ya entonces era manifiesto que el Imperio muslímico había decrecido en fuerzas, y sobre todo que había degenerado su organización militar, como los Turcos anhelaban ardientemente nuevas batallas, se resolvió la guerra en Constantinopla. Pronto empezaron las hostilidades, y en San Gotardo, en 1664, se vieron rechazados los musulmanes por primera vez, porque las armas cristianas les dieron allí terrible golpe. Jamás durante los dos siglos transcurridos fueron tan completamente derrotados en el continente como en esta ocasión. La esclavizada Hungría respiró más libremente, y creyó que ya había llegado la hora tanto tiempo esperada de sacudir el yugo. Pero estaba condenada á un desengaño. En Viena no se aprovechó aquel brillante triunfo en beneficio de los vencedores. Se concluyó una paz precipitada con los aterrorizados turcos, y así se prolongó durante varias décadas su dominación, que, aunque débil, todavía era desastrosa para Hungría.

En este período fué también cuando un hombre de gran genio y un verdadero patriota predicó, con celo verdaderamente apostólico, una cruzada contra los Turcos. Su nombre era Nicolás Zrinyi. El homónimo y biznieto del héroe de Szigetvár era á su vez un bizarrosoldado y un famoso poeta, y ha inmor-

talizado en un gran poema épico húngaro el martirio de su heroico antepasado. Con sus escritos enardeció los corazones de sus compatriotas, y su vida se deslizó en campos de sangre, guerreando perpetuamente contra los Turcos. Desde su juventud habia alimentado un solo pensamiento: vivir y morir por su patria; y aunque devoto católico, proclamó noblemente la tolerancia religiosa en un tiempo en que el país se veía desgarrado por disensiones religiosas. Su espíritu educado le llevó á cultivar la poesía y á estudiar las obras de los autores clásicos sobre historia y filosofía; pero siempre siguió siendo su principal interés el campo de batalla y la guerra contra los Turcos.

En uno de sus dominios se alzaba una pequeña fortaleza, llamada Zerinvár, desde donde los Húngaros solian hacer salidas al territorio turco vecino. Esa pequeña plaza era una espina para los Turcos y la causa principal de la declaración de guerra de 1663. Zrinyi, sin embargo, la defendió bizarramente, y rechazó el asalto del enemigo. En el curso de la guerra tomó varias fortalezas, é incendió y destruyó el puente al través del Drave, de 4.000 pasos de longitud, cerca de Eszék, que habia sido construido bajo Solimán, y que, como principal camino para la parte occidental del país, estaba protegido por trincheras y otras fortificaciones. La fama de los extraordinarios hechos de guerra de Zrinyi resonó en toda Europa, y él se vió colmado de distinciones por el Papa, por Luis XIV de Francia, y por los príncipes de Alemania é Italia, como el héroe de la cristiandad. En el cenit de su gloria perdió la vida por un cruel accidente. Hallándose de caza, lo embistió un jabalí, y lo hirió mortalmente. Sus criados lo encontraron

tendido en el suelo bañado en sangre, y poco después expiró. Toda Hungría y la Europa cristiana lamentaron la pérdida del distinguido poeta y soldado.

Su piadoso deseo de ver á la nación húngara libre del dominio opresor de los Turcos no se acercó á su cumplimiento hasta 20 años después de su muerte. Pero aun entonces no fué la corte real la que cumplió la obra de liberación, porque, en vez de hacer preparativos en ese sentido, el gobierno inició las más crueles persecuciones contra los protestantes, obligándolos á recurrir á la resistencia armada. La lucha entre los *kuruczes*, ó los Húngaros armados, y las tropas imperiales estaba en su apogeo, cuando Kara Mustafá bajá, el ambicioso gran visir del sultán Mahomed IV, vió en la guerra intestina una ocasión favorable para conquistar el restante territorio de Hungría, y aun para amenazar en su propia residencia, en Viena, al emperador de los Romanos. Leopoldo I, el emperador de Alemania y rey de Hungría, hizo cuanto pudo por calmar á los Turcos y aplazar la guerra. Pero Kara Mustafá permaneció inexorable, y se empeñó audazmente en una empresa destinada á serle fatal, y que, tras larga y sanguinaria contienda, condujo finalmente á la destrucción del poder turco en Europa y á la emancipación de Hungría.

En la primavera de 1683 comenzaron la marcha el Sultán y su gran visir á la cabeza de una fuerza de 250.000 hombres, llevando consigo 300 cañones. En Hungría fueron combatidos por el llamado rey Kurucz, el conde Emerico Tökölyi, y sus adictos. Este tremendo ejército estaba ya bajo los muros de Viena en Julio, pero pasaron dos meses de un sitio rigoro-

so sin que la ciudad pudiese ser tomada. Las fuerzas cristianas, capitaneadas por Juan Sobieski, rey de Polonia, y Carlos, duque de Lorena, se apresuraron entretanto á ir en socorro de la ciudad, y el 12 de Septiembre consiguieron derrotar completamente al ejército turco, que perdió 60.000 hombres, dispersándose el resto en desordenada fuga en todas direcciones. Fué la última gran campaña emprendida por los Osmanlíes contra el mundo cristiano. No pudieron recobrarse de los efectos de la derrota que sufrieron, y la gran calamidad que afligió al poder turco hizo al fin posible que Hungría, el baluarte del cristianismo, escena de continuas guerras durante siglo y medio, recobrase su libertad.

Leopoldo I, que había visto amenazada su capital por los Otomanos, tomó ahora enérgicas medidas para continuar la guerra, y á muy poco sus fuerzas recuperaron á Gran, el antiguo asiento del primado de Hungría, que durante largo tiempo había quedado bajo la dominación turca. Toda la línea del Danubio cayó en manos de los cristianos, y en 1684 se hizo una tentativa para tomar á Buda, la capital, en otro tiempo famosa, de Hungría. El sitio, sin embargo, falló en esta ocasión, á pesar de los heroicos esfuerzos hechos por los Húngaros. Pero fueron más afortunados con otra poderosa fortaleza turca, Neuhäusel (Érsekujvár), cuya reconquista, un brillante hecho de armas, fué ocasión de fiestas y regocijos en todas las ciudades de Europa. Al fin en 1686 también Buda fué restituída á Hungría. De todas partes de Europa afluyeron voluntarios cuando se extendió la noticia de que el duque Carlos de Lorena, el comandante en jefe, estaba haciendo preparativos para la reconquista de la antigua y famosa capital de los reyes

húngaros. Bajo sus banderas se alistó un poderoso ejército, y á mediados de Junio el duque llegó bajo las murallas de Buda, que estaba defendida por Abdi bajá, de edad de 70 años entonces, y por una guarnición de 16.000 soldados resueltos. El sitio se prolongó 77 días, durante cuyo tiempo hicieron dos salidas los Turcos, y el gran visir tres tentativas para ir en socorro de la guarnición; pero el enemigo fué rechazado esta vez por las fuerzas cristianas. La ciudad, poderosamente fortificada, que había sido heroicamente defendida, después de cinco asaltos infructuosos, cayó al fin en poder del duque Carlos el 2 de Septiembre de 1686. En la tarde de ese día, á las cuatro, comenzó el sexto ataque; 9.000 héroes cristianos asaltaron resueltamente con bayoneta calada (arma nueva aún en ese tiempo, y empleada aquí por primera vez) las murallas reducidas á ruinas por los cañones de los sitiadores. Después de una sangrienta refriega que se prolongó cerca de una hora, un intrépido húngaro, David Petneházy, consiguió penetrar el primero, con sus 800 hayduks, en Buda, cuya guarnición y habitantes fueron casi enteramente pasados á cuchillo. Así, después de un lapso de 145 años fué libertada Buda del yugo turco, y todo fué júbilo en el mundo cristiano por la gran noticia.

Sin embargo, hubo que librar muchas batallas sangrientas, que llenan un considerable periodo de tiempo, antes de que los opresores musulmanes fuesen completamente barridos del territorio húngaro. El duque Carlos marchó á las partes meridionales de Hungría, y destruyó el ejército turco cerca de Mohács, allí donde 161 años antes había sido aniquilado el ejército húngaro por los musulmanes. Á poco

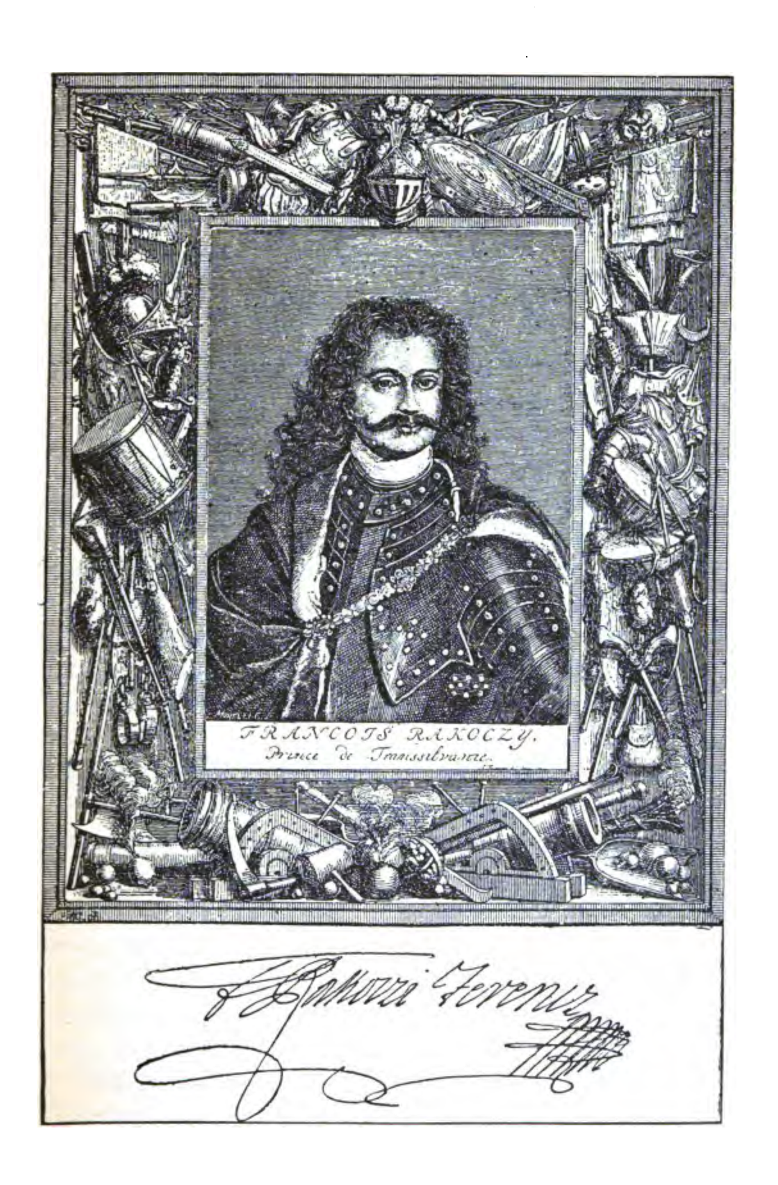
también quedó Transilvania bajo la supremacía del rey de Hungría. Todas las fortalezas y ciudades principales fueron sucesivamente ocupadas por las tropas reales; y cuando en 1691 la Sublime Puerta envió otra vez á Hungría un ejército que ascendía á 100.000 hombres, ese ejército fué completamente derrotado cerca de Szalánkemén. Fué una de las más sangrientas batallas de ese siglo; el mismo gran visir, el agá de los genízaros, 17 bajás y 20.000 soldados turcos perdieron la vida en el empeño. Durante unos cuantos años después de esta gran batalla, sólo se libraron combates secundarios, aunque nunca cesaron las hostilidades.

Pero en 1697 el duque Eugenio de Saboya, el «noble caballero» é ilustre general, asumió el mando supremo de las fuerzas reales, y en la batalla dada cerca de Zenta aniquiló totalmente, después de una lucha de dos horas, un ejército turco mandado por el sultán Mustafá II, causando al enemigo espantosas pérdidas: 10.000 Turcos encontraron la muerte en las aguas del Theiss; 20.000 fueron matados, y entre los muertos se contaban el gran visir, 4 bajás y 13 begler-beys. Esos desastres sucesivos y la horrorosa pérdida de hombres, que se elevó á varios cientos de miles en el curso de los 15 años de guerra, indujeron finalmente al Sultán á aceptar las condiciones de paz de Leopoldo I. El tratado fué firmado en Carlowitz en 1699; y, según su tenor, Transilvania y la mayor parte del territorio húngaro eran restituídas al rey de Hungría por el Sultán, pero se consentía que quedara aún en manos de los Turcos una porción más pequeña situada entre Transilvania y el Theiss: el antiguo condado de Temes. La corte de Viena, en vez de tratar de re-

cuperar el territorio restante, engreida por los recientes éxitos militares, renovó sus ataques á la nacionalidad de los Húngaros y á sus antiguas libertades, que siempre habia mirado con decidido disgusto, y cuya completa destrucción intentaba ahora. La nobleza, cansada del absolutismo de la corte, se concertó al fin con los aldeanos, que habian sufrido gravemente bajo las ilegales y desaforadas exacciones de la soldadesca, para alzar el estandarte de la rebelión bajo las órdenes de Francisco Rákóczy II. Se inició la gran lucha nacional por la libertad eligiendo á Ráckóczy rey de Hungria y Transilvania, y no tardaron las tropas Kuruczes en correrse hasta Austria. Más tarde, sin embargo, cambió la suerte de la guerra, y Rákóczy se retiró á Polonia, esperando obtener ayuda del czar de Rusia Pedro el Grande. Durante su ausencia confió el mando del ejército á uno de sus generales, á Alejandro Károlyi, el cual, sin embargo, en vez de continuar la lucha, hizo las paces con el rey.

La paz de Szatmár en 1711 puso término al periodo de luchas constitucionales entre el rey y la nación.

Ahora, al fin, llegó el tiempo de libertar de la dominación turca el territorio húngaro aún ocupado. La nueva guerra comenzó en 1716. Las tropas imperiales fueron mandadas de nuevo por el principe Eugenio, que, derrotando una vez más á los musulmanes cerca de Peterwardein, arrebató, por último, á Temesvár y el condado de Temes de manos de los Turcos, en cuya posesión habian permanecido 164 años. Por la paz concluida en 1718 el Sultán abandonó también sus pretensiones á esa parte del pais, y así el territorio entero perteneciente hoy á la corona de


FRANCOIS RAKOCZY.
Prince de Transsilvanie.
Rakoczi Ferencz

Hungría, quedó libre finalmente de la servidumbre otomana.

Ahora tenía término la dominación del Islam en Hungría, como lo había tenido en España. Pero, mientras los moros han inmortalizado su nombre por monumentos de una gran civilización, dejando tras de sí ricas y florecientes ciudades, numerosas obras de arte y maravillas de arquitectura, los Turcos dejaron á Hungría arruinada y devastada. Al través de todo el territorio de la patria reconquistada sólo podían encontrarse aquí y allí unas cuantas aldeas miserables; la población había caído en los últimos límites de la miseria; pantanos sin término cubrían el fértil suelo del en otro tiempo floreciente Alföld (la llanura); y ahora el genio de la nación húngara tenía que empeñarse en la ardua tarea de dominar, por las artes de la paz y de la civilización, el estéril desierto que había reconquistado al fin con su bravura y sufrimientos. La empresa, aunque ruda, fué acometida. Durante siglo y medio se ha proseguido animosamente la obra de colonización y civilización, hasta que al fin el espacio de tierra recibido de los Turcos como desierto inhabitado ha llegado á ser populoso, floreciente y uno de los más ricos graneros de Europa.

CAPÍTULO XIII

LA DOMINACIÓN AUSTRIACA (1526-1780



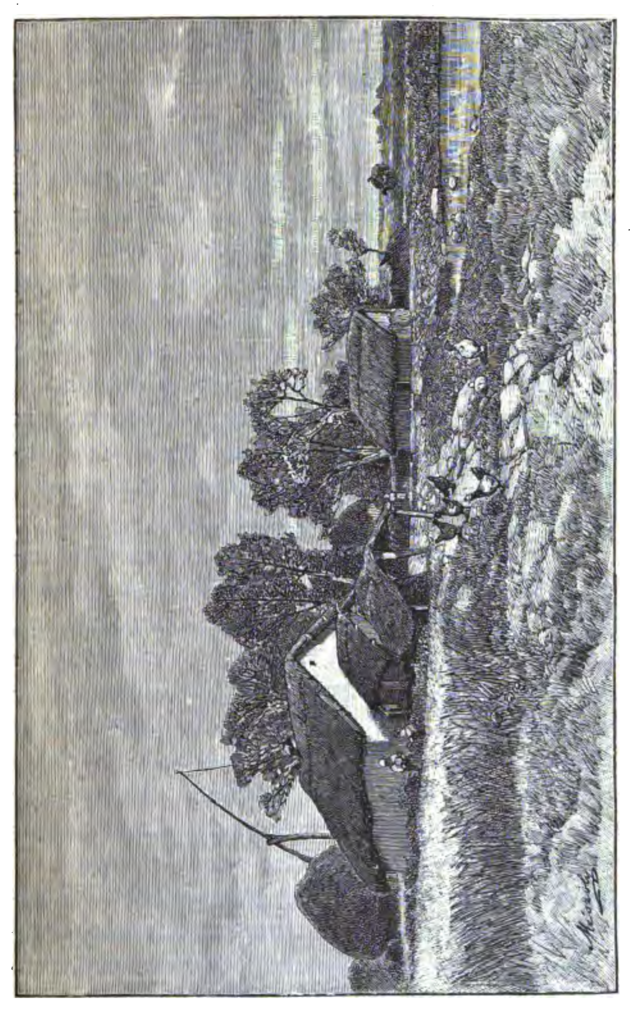
EMOS relatado en el capítulo anterior las varias vicisitudes de aquella parte de Hungría que, aunque perteneciendo geográficamente á los dominios de la corona de San Esteban, fué de hecho ocupada y dominada por los Turcos; y llegamos en ese relato hasta el tiempo en que el país consiguió sacudir el yugo extranjero. Los terribles episodios de esa triste era reclamaban un puesto especial. Sin embargo, al describir tan trágicos acontecimientos, se habló muy poco de los reyes de la dinastía soberana y de los destinos de aquella porción del país que permanecía sujeta á su dominio, ó sólo se dijo, en términos generales, lo estrictamente necesario para la debida inteligencia de los sucesos referidos entonces. Hay que colmar ahora este hiato, reanudando sucintamente la narración histórica de los acontecimientos que siguieron á la desastrosa batalla de Mohács.

Ya hemos visto que en ninguna época fué tan fuerte el poder turco como durante la primera mitad del siglo XVI, y que nunca fué tan débil Hungría como después de la muerte de Matías Hunyadi. Las inno-

vaciones de Matías habían roto la antigua organización militar, que reclutaba los ejércitos de las filas de la nobleza y de las bandas armadas de su séquito, estableciendo en su lugar un ejército permanente. Pero á la muerte del genio que le había dado la existencia, el ejército permanente desapareció también. Hemos descrito en otra parte la triste suerte de su valiente «guardia negra». El resultado fueron los desastrosos reveses de Belgrado y de Mohács, y desde entonces quedó fuera de duda que Hungría no podía resistir con sus solas fuerzas al poder de los Osmanlíes.

En tales circunstancias, la nación se vió en la necesidad de pedir auxilio y, buscando una alianza poderosa, era natural que la atención pública se dirigiese hacia la casa de Hapsburgo, cuya gran autoridad é influjo ofrecían al postrado país la más halagüeña perspectiva de un apoyo efectivo. Esa dinastía ocupaba en aquel tiempo un puesto preeminente entre las familias reinantes; su dominio se extendía sobre Austria, Alemania, los ricos Países Bajos, España, con sus colonias y dependencias americanas, Nápoles, Sicilia y Cerdeña — inmenso dominio de que ha podido decirse con verdad que en él «nunca se ponía el sol». — Ninguna estirpe regia, desde los Césares, había presidido á los destinos de tantas naciones y de tan vastos territorios. Fernando, vástago de la influyente dinastía, el cual fué elegido también en ese tiempo rey de Bohemia, debió su elevación al trono de Hungría á esperanzas y motivos de este tenor. Dió al pueblo seguridades de apoyo de parte de su familia; juró respetar los derechos y libertades de la nación, y prometió vivir en el país y confiar la dirección de sus asuntos á Húngaros exclusivamente.

Todas las cosas sucedieron muy de otro modo de lo que habían esperado sus electores. Los Turcos se



PAISAJE DEL ALFÖLD
Granja en el monte Hortobágy.

opusieron decididamente á todo aumento del poder de los Hapsburgos por la adquisición del trono hún-

garo. Desearon ver á Hungría bajo un rey nacional; y para lograrlo no retrocedieron ante ningún sacrificio, y llegaron á empeñar al desgraciado país en continuas guerras. La infeliz Hungría se vió colocada entre el yunque y el martillo. Los Turcos no querían ceder, y los Hapsburgos, resistiéndose en absoluto á cejar en sus pretensiones, eran incapaces, no obstante, de defender el territorio. El resultado de la cruel guerra empeñada durante 30 años fué en último término la escisión de Hungría en tres partes. Del corazón del país, del Alföld, se apoderaron los Turcos; la meseta montañosa de Transilvania fué regida por príncipes indígenas que reconocían la soberanía del Sultán, y sólo la parte restante, la porción septentrional y occidental, estuvo bajo la supremacía de los Hapsburgos en su calidad de reyes de Hungría. Así la nueva dinastía, lejos de proteger el país, lo condujo más bien á su desmembración.

La suerte de Transilvania fué, relativamente hablando, más favorable que la de las otras divisiones. Tenía que pagar tributo á los Turcos; pero, fuera de esto, no sufrió ninguna ingerencia de parte de su señor soberano. Se le permitió elegir sus propios gobernantes, convocar sus asambleas nacionales, tener un ejército suyo y vivir como bajo las antiguas leyes de Hungría. El Alföld, en manos de los Turcos, fué gobernado á la manera turca. Los Osmanlíes no residían nunca en los países que conquistaban; se limitaban á dejar guarniciones. El gobierno y los spahis eran los nuevos propietarios territoriales, y su principal preocupación consistía, no en velar por la felicidad del pueblo, sino en esquilmarlo y sacarle fuertes contribuciones y vejatorios impuestos de todas clases. Pronto fueron visibles los

efectos de tal administración. Pereció la antigua cultura, decreció la población gradualmente, y el suelo, en otro tiempo fértil, volvió á caer en la esterilidad.

Y no eran menores ni menos acerbas las quejas en las regiones occidentales y septentrionales, gobernadas por los reyes Hapsburgos de Hungría. Poco á poco se desvaneció la esperanza de obtener auxilios de Occidente por mediación de estos monarcas. La nación, por otra parte, no tardó en apercibirse de que los Hapsburgos miraban á Hungría como una insignificante provincia más bien que como un Estado independiente. El rey no residía en Hungría, sino en Viena, que era el asiento permanente de su gobierno, y todas las reconvenciones de las varias Dietas contra este estado de cosas sólo conducían á vanas promesas. Había otros muchos agravios. Después de la primera vacante ocurrida en la dignidad de palatino, no se nombró palatino nuevo; sólo se oía á consejeros alemanes en asuntos concernientes á Hungría; el país se veía atestado de oficiales y soldados alemanes, y distinguidos magnates húngaros fueron encarcelados sin proceso. Ya se habían sentido estos males bajo Fernando, el primer Hapsburgo; pero crecieron todavía bajo su sucesor, el rey Maximiliano (1564 á 1567). El último procedió abiertamente en su política antinacional. Prometió á Alemania, en su nombre y en el de sus sucesores, hacer toda clase de esfuerzos para procurar la anexión de Hungría á aquel país, á cambio de su ayuda. La Dieta de 1567, al enumerar los muchos abusos del gobierno, clamó acerbamente contra la soldadesca extranjera, imputándole el levantar gabelas arbitrarias, llevándose la tercera parte, el imponer contribuciones ilegales en los muncipios, consumiendo la sustancia del aldeano, robándole

[illegible] sus [illegible] [illegible] la Dieta [illegible]: «No hay [illegible] no tenemos [illegible] nuestro país [illegible], y [illegible]»

[illegible] por Maximiliano; y [illegible] no estaba mas [illegible] los males [illegible]. El cargo de [illegible]: los asuntos de [illegible] sin consultar á los Húngaros [illegible] y un consejo militar. La [illegible] que dió Rodolfo á las representaciones de los Estados del reino de que «esas cosas [illegible] de larga fecha», equivalia á [illegible] la continuación de los [illegible]. Así se clamaba de continuo que la infracción de la ley se había convertido en ley verdadera, y la independiente Hungría quedó sujeta en realidad á la autoridad de extranjeros. El tono de las Dietas que se reunieron durante los primeros años del reinado de Rodolfo, denotaba claramente el estado de irritación producido por el modo altanero que tenía el rey de tratar las libertades nacionales; los Estados exasperados hablaban de rehusar la votación de subsidios, y algunos, aunque en minoría, amenazaban con unirse á Polonia ó Turquía; Rodolfo, cansado de estas escenas borrascosas, volvió la espalda al país, y la nación no vió á su rey durante veinticinco años.

El pueblo tuvo que llevar con paciencia las usurpaciones de sus antiguos derechos, porque á ninguna otra parte podía acudir en espera de auxilio. Solo, era demasiado débil para tomarse la justicia por su mano, y las únicas alianzas que se le ofrecian era la

alemana ó la turca. Triste alternativa, á la verdad; porque los Turcos, de un lado, no cesaban de asediar y devastar el país, amenazando someter el territorio todavía libre; y los Alemanes, de otro lado, olvidaban completamente la Constitución y libertades de Hungría, por más que los reyes, al ser elegidos y coronados, jurasen siempre respetarlas y defenderlas. Los Turcos estaban aniquilando á la nación, y los Alemanes trataban de despojarla de su nacionalidad húngara. Los últimos, reputados los menos malos, ganaron el litigio, y hasta se alimentaron esperanzas de que, después de todo, acabarían por redimir á la patria de los Osmanlíes. Cobraron aún más aliento estas esperanzas después de la muerte de Solimán (1566), cuando fué patente que el poder turco declinaba de día en día. Pero el país se hallaba condenado á eterno desengaño, porque el gobierno de Viena, en vez de aprestarse contra los Turcos, estuvo á punto de agotar la paciencia del pueblo con nuevas medidas y actos hostiles á su nacionalidad.

El gran obstáculo contra los planes de germanización había sido siempre la Dieta húngara y la obstinada independencia de los nobles que la componían. Era imposible al gobierno desentenderse de ella, como lo había hecho con la dignidad del palatino y con los demás altos cargos húngaros; porque de la voluntad de la Dieta dependía la concesión de subsidios y soldados exigidos en cualquier eventualidad. Si no había sesiones, no podían votarse subsidios y soldados. El gobierno, pues, decidió recurrir á medidas que encadenasen la mayoría de la Dieta á su albedrío.

Las ciudades libres reales tenían entonces el privilegio de enviar miembros á la Dieta de Hungría para re-

presentarlas; pero el influjo que ejercían en ella esas municipalidades, pocas en número y con habitantes alemanes la mayoría, era muy débil. Así, muchas villas particulares fueron convertidas por el gobierno en ciudades reales libres, y se intentó emplear los nuevos miembros enviados por esos comitentes como un contrapeso á los nobles hostiles de la Dieta. Pero la nobleza protestó ruidosamente contra esta innovación. Se acusó de traición á algunos de los que protestaron, y no pudiendo probarla ante un tribunal húngaro, el gobierno les hizo comparecer en Viena ante un consejo de guerra, que los declaró culpables del cargo pronunciado contra ellos. Una de las víctimas de estos ilegales procedimientos, cierto Illesházy, rico magnate, pudo salvar la vida huyendo. Sus inmensas posesiones fueron confiscadas, y la investigación abierta al efecto probó plenamente que la cruel sentencia no tendía tanto á castigar su supuesto crimen como á facilitar un pretexto para apoderarse de sus vastas propiedades.

Pero las persecuciones del gobierno no pararon aquí; pronto tocó la vez á los protestantes. Así, se ordenó á uno de los capitanes arrebatarles por la violencia la catedral de Kassa, y entregarla á los católicos. Las autoridades de la ciudad de Kassa recuperaron la Iglesia; pero se les volvió á quitar por la fuerza, y la ciudad fué castigada por el gobierno con una multa considerable. Bien pudo excitar la indignación este ultraje en una época en que las tres cuartas partes de la población de Hungría eran protestantes. Era evidente que la influencia alemana tendía á atacar al pueblo en sus libertades como en su religión; y mientras el gobierno se sentía aún inclinado á demostrar alguna indulgencia con los

católicos, estaba resuelto á no usar de gracia con los protestantes del país.

La excitación y la indignación producidas en todos los ámbitos del territorio por estos desafueros, se reflejaron en el temperamento de la Dieta, reunida en 1604, la cual protestó contra las persecuciones ilegales, defendió la libertad de cultos y conjuró al gobierno á no provocar disensiones entre los fieles de las Iglesias antagónicas. Rodolfo, no obstante, añadió un nuevo agravio agregando arbitrariamente al artículo 21 decretado por la Dieta, un artículo 22 en que se excluían de sus discusiones las materias religiosas; al propio tiempo se publicaban intimaciones previniendo que la herejía sería perseguida.

Ese artículo 22 fué la chispa que puso fuego á todos los materiales inflamables acumulados desde el tiempo en que habían ocupado los Hapsburgos el trono de Hungría. La Hungría septentrional, aliada con Transilvania, se alzó en armas, y pronto se encontró reunido todo el país superior en el campamento de Esteban Bocskay, príncipe de Transilvania. Los Turcos favorecieron la insurrección y proclamaron á Bocskay rey de Hungría, ofreciéndole á la vez como presente una corona de oro. Los insurrectos se proponían la ruina completa de los Hapsburgos; pero el político Bocskay se oponía á esto, resistiéndose á dejar toda Hungría á merced de los Osmanlíes. Bocskay veía en los Alemanes un contrapeso al poder de los Turcos, y aconsejó una política de conciliación. El resultado de sus consejos fué la paz de Viena, concluida en 1606, en la cual se remediaban los abusos deplorados, y se garantizaba para siempre un gobierno constitucional y la libertad de cultos.

Mas, por notables que fuesen las consecuencias del

levantamiento de Bocskay, las eclipsaron completamente los efectos de la astuta política que inauguró como soberano de Transilvania: política que legó á sus sucesores, exhortándolos por su última voluntad á permanecer fieles á ella. Consistía en mantener la independencia de Transilvania para permitirle, según las exigencias de las circunstancias, ya asociarse á los Turcos en defensa de la nacionalidad húngara contra las intrusiones del germanismo, ya unirse á los Alemanes para mantener, con su ayuda, á los Turcos fuera del territorio restante de Hungría. Esta conducta, caracterizada por una rara penetración política é inspirada por el más puro patriotismo, fué secundada eficazmente por los celos recíprocos de Turcos y Alemanes, y permitió á los príncipes de Transilvania realizar finalmente su noble propósito de salvar las libertades de Hungría, su patria común.

El gobierno de Viena olvidó pronto las estipulaciones de la paz, y su proselitismo católico lo puso de nuevo en colisión con los protestantes húngaros. El sucesor de Rodolfo, Matías (1608-1619), consiguió restringir, hasta cierto punto, las explosiones del odio que animaba á los varios sectarios; mas apenas había sido asegurada la sucesión al trono de Bohemia de su primo Fernando (II), educado por los jesuítas y celoso discípulo suyo, cuando los protestantes tseques tomaron las armas, rompieron sus relaciones con los Hapsburgos é inauguraron la guerra religiosa que hizo estragos en Alemania durante 30 años, y que no ha sido igualada en la historia por sus horrores (1618).

Este movimiento no podía dejar á Hungría indiferente. En Hungría, además, continuaba la romaniza-



SERENISSIMVS POTENTISSIMVS INVICTISSIMVS PRINCEPS DOMINVS DOMINVS MATTHIAS DEI GRATIA ROMANORVM IMPERATOR SEMPER AVGVSTVS GERMANIAE HVNGARIAE BOHEMIAE DALMATIAE CROATIAE SCLAVONIAE ETC.–REX ARCHIDVX AVSTRIAE DVX BVRGVNDIAE ETC.: COMES TYROLIS ETC.: P.P.P.F.

Sacræ ejus Cæsareæ Majestatis Sculptor Egidius Sadeler de facie expressit et in devoti animi signum humilis obtulit Pragæ Anno Christiano M.DC.XVI. ([illegible]

EL EMPERADOR MATÍAS

(Retrato sacado del natural y grabado en cobre por Egidius Sadeler, grabador de Cámara en Praga.)

ción de un modo activo. Los jesuitas habían hecho pie firme en el país; y llevando consigo sus escuelas, sus libros y toda una máquina de influencias bien organizadas, lograron pronto suplantar á los protestantes, con la protección del gobierno de Viena. Pedro Pázmány, que, de simple jesuita, se había elevado al primado de Hungría, fué vida y alma del movimiento de conversión. Empleó en la obra de romanizar el país una irresistible elocuencia, invencibles argumentos en sus escritos y un celo religioso no superado. Todas las grandes facultades de su espíritu superior y los recursos de su enorme riqueza fueron empleados en aumentar la grey católica. Sólo por su influencia personal 30 familias húngaras de las más distinguidas volvieron á la fe de sus mayores — algunas de ellas poseían dominios más vastos que una docena de los principados menores de Alemania.— El protestantismo perdió terreno gradualmente; sus secuaces quedaron en minoría en la Dieta, y los católicos crecieron de día en día en arrogancia. En tales circunstancias, los protestantes de Hungría (donde en 1618 fué elegido rey Fernando, á la muerte de Matías) no podían permanecer indiferentes, cuando sus hermanos tseques se levantaron en armas, ni permitir su derrota por la corte católica; porque tal acontecimiento apresuraría seguramente el instante en que ellos, á su vez, tendrían que resistir las medidas violentas de coerción puestas ahora en práctica contra los Tseques.

Se unieron, pues, á éstos, y tomaron las armas para la defensa de sus libertades; porque la libertad de cultos estaba íntimamente enlazada en la nación con la causa de la libertad constitucional. Gabriel Bethlen, que llegó á ser príncipe de Transilvania

en 1613, se puso á la cabeza del movimiento. Á su primera aparición en escena, habla asi de él un francés en una comunicación á su gobierno: «Bethlen es un soldado distinguido que ha tomado parte, en persona, en 43 combates; es un hombre de alto juicio y de gran elocuencia... en resumen, excepto el gran Enrique IV, no hay ningún rey como él en el mundo.» No defraudó las grandes esperanzas que hicieron concebir sus capacidades. Todo el país superior hasta Presburgo pasó á sus manos durante el primer año de la rebelión, y en 1620 tomó posesión de la mayor parte del territorio allende el Danubio. Pero, mientras él dirigía las hostilidades con tan señalados éxitos, los Tseques eran completamente derrotados por Tilly cerca de Praga, y esta derrota costó á Bohemia su independencia. Bethlen, quedando sin aliados, se apresuró á entrar en negociaciones con el gobierno de Viena, y el resultado fué el tratado de Nikolsburgo, concluido á principios de 1622 y basado en la paz de Viena.

Bethlen, comprendiendo con su juicio experto que las disensiones entre los protestantes de Alemania no auguraban nada favorable para el porvenir, trató de entrar en relaciones amistosas con la corte de Viena. Empleó toda clase de medios para inducirla á abandonar la persecución de los protestantes y á unirse con él en una guerra común contra los Turcos á fin de expulsarlos de Hungría. Pero la corte no estaba dispuesta á oir sus insinuaciones, y pareció considerar cosa de más importancia llevar á término la destrucción de los protestantes que librar al país de los Turcos. Bethlen, viendo que toda tentativa en ese sentido estaba condenada al fracaso, volvió á la antigua política de los príncipes de Transilvania. Sus

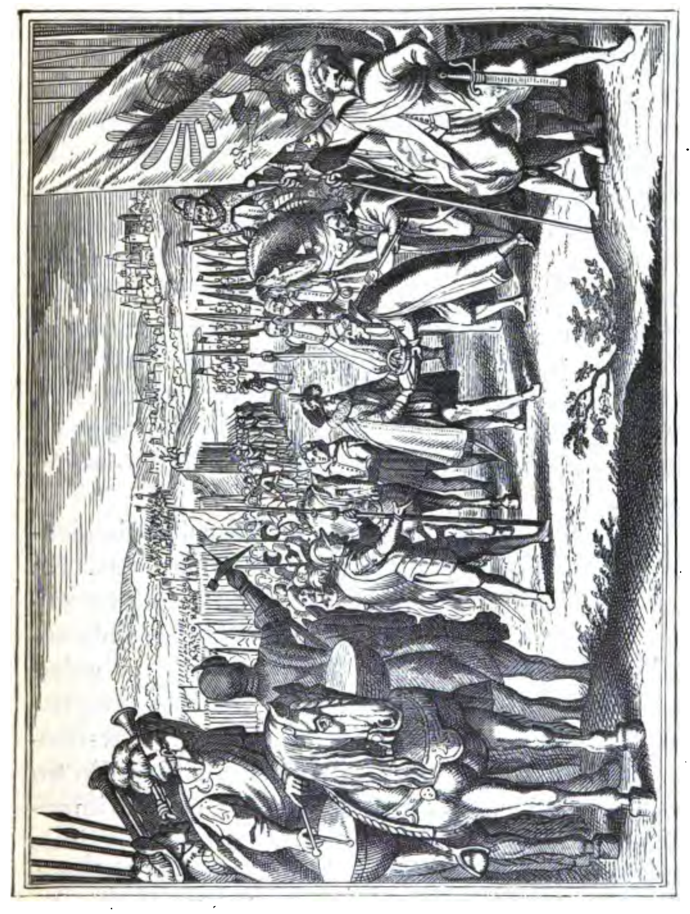
conexiones políticas se extendieron hasta Francia, Inglaterra y Suecia, y después de estallar la guerra dinamarquesa (1625), reanudó las hostilidades que, aunque coronadas con la victoria, terminaron, sin embargo, en un nuevo tratado de paz á consecuencia de la derrota de los aliados de Bethlen en Alemania. Cuando Gustavo Adolfo hizo su aparición en Occidente, ganando victorias por el protestantismo, el gran príncipe de Transilvania no figuraba ya entre los vivos; murió en 1629. Bethlen fué indudablemente una de las más esclarecidas figuras de la historia de Hungría. Por sus esfuerzos, la pequeña Transilvania marchó en política al lado de las más poderosas naciones europeas, y, bajo él, se hizo rica, poderosa, grandemente adelantada en cultura, y un fuerte apoyo para el resto de la nación húngara. Su prematura muerte privó á la patria de las ventajas que seguramente habría sacado de los triunfos de Gustavo Adolfo.

Hacia el fin de la guerra de los Treinta Años el príncipe de Transilvania Jorge Rákóczy I se aprovechó de la posición apurada de Fernando III de Hapsburgo (que había sucedido en el trono á su padre Fernando II en 1637) para dar un buen golpe á favor de las libertades de Hungría. El comienzo del reinado del sucesor de Fernando III, Leopoldo I (1657-1705), fué testigo de la caída del poder de Transilvania.

Este acontecimiento alteró la balanza del poder entre Turcos y Alemanes, y bastó por sí solo para acarrear los grandes cambios que pronto se cumplieron en los asuntos de Hungría. Para explicar la ruina del poder de Trasilvania debe recordarse que tanto los Turcos como los Alemanes habían mirado de reojo durante mucho tiempo la fuerza é influen-

cia de ese pequeño principado. Sentían vivos temores de ver sus territorios húngaros gradualmente absorbidos por Transilvania, y existía un convenio entre estas dos potencias para no permitirle aumentar su territorio. Es imposible suponer que el enton ces príncipe de Trasilvania, Jorge Rákóczy II, no tuviese noticia de este tratado secreto, pero probablemente no hizo aprecio de él, ó no temió las consecuencias. Continuó extendiendo su poder tranquilamente, y al efecto hizo alianza con el rey de Suecia para la repartición de Polonia. En vano se opuso la corte de Viena á esta inteligencia agresiva, en vano le ordenaron los Turcos desistir de ella; el príncipe de Transilvania atravesó los Cárpatos con un valiente ejército en 1657. Las fuerzas aliadas de Suecia y Transilvania marchaban victoriosas por doquiera, y el poder de Transilvania se hallaba más alto que nunca. Entonces fué cuando Leopoldo I, que había sucedido á Fernando III, inaguró al punto una política guerrera, apártandose de las tradiciones pacíficas de sus antecesores. Leopoldo dividió la atención del aliado sueco de Rákóczy, levantando contra él á sus antiguos enemigos, los Dinamarqueses, y envió sus propios ejércitos á los dominios húngaros de Rákóczy, que los príncipes de Transilvania habían arrancado á los Hapsburgos en los tratados de Viena y Nikolsburgo, y en otras ocasiones semejantes. Y no se quedaban á la zaga los Turcos en la obra de ayudar á los Hapsburgos. Se envió á Polonia un ejército tártaro contra Rákóczy, y él mismo fué depuesto de su dignidad de príncipe en castigo de su desobediencia. Rákóczy, reducido de esta suerte á combatir por sí solo, sin ningún aliado, y estrechado por Turcos, Alemanes y Tártaros, fué derrotado en todas partes;

la flor de su ejército cayó en manos de los Tártaros, y sólo pagando una suma considerable obtuvo la



CORONACIÓN DE MATÍAS EN 1608
(De la crónica de Gottfried.)

paz de Polonia. Cuando volvió á Transilvania en Agosto de 1657 con los despojos de su ejército, el principado se hallaba en una completa ruina financiera y militar.

No pararon aqui, sin embargo, los Turcos; desearon tomar posesión de toda Transilvania. Dos veces fué devastado el desgraciado país por hordas tártaras, y los habitantes salían esclavos á millares continuamente; los Turcos le impusieron un príncipe, y una parte de su territorio quedó ahora bajo el poder inmediato musulmán (1662). El corazón de los patrióticos húngaros se sublevaba á tan cruel espectacúlo; apelaron á su rey, y le pidieron con insistencia que interviniese, y no consintiese que pereciera el principado. Leopoldo I se hizo el sordo á estos llamamientos; no quería empeñarse en una guerra con Turquía por causa de Transilvania, y, antes bien, aguardaba á tomar su parte en el saqueo común. Era una perspectiva sombría para la nación húngara: por un lado, los Turcos oprimiéndola con sus formidables fuerzas, y, por otro, su propio rey contemplándolo indiferente.

Los éxitos de los Osmanlíes en Transilvania alentaron á los musulmanes á mayores conquistas. En 1663 los Turcos atacaron á Leopoldo sin nigún aviso, y se posesionaron de la región del Danubio superior y del valle inferior del Vág. Fué un golpe terrible para Hungría, porque el territorio conquistado era como una cuña introducida en el territorio nacional semicircular, que volvía á dividirlo en dos nuevas partes. Aunque se envió un ejército imperial al encuentro de las fuerzas turcas, nada se hizo por contener los continuos avances de las últimas, mientras se encontraron en territorio húngaro; pero, no bien se acercaron á la frontera austriaca, se les opusieron las fuerzas imperiales. Este ejército imperial consiguió en San Gotardo, cerca del Raab, una brillante victoria sobre los Turcos.

Tal victoria dió nuevo aliento á los decaídos húngaros. Ahora esperaban que la guerra se proseguiría con éxito, y no terminaría sino con la liberación de su patria; los menos belicosos esperaban siquiera una paz que restituyese al rey de Hungría el principado de Transilvania y todos los demás territorios adquiridos por los Turcos desde 1657. La nación sufrió, no obstante, un triste desengaño. La paz concluída por el gobierno victorioso dejó en poder de los Turcos todos los territorios que habían tomado antes, y el país quedó realmente en el mismo estado antiguo de mutilación.

La malhadada paz concluída por la corte de Viena sin consultar á los Húngaros quebrantó por fin la fe aún de los Húngaros católicos, que hasta ahora, habían sido adictos incondicionales de los Hapsburgos. Habían venido resignándose al desamparo de su patria en la creencia de que el gobierno de Viena carecía de poder para redimirla, pero acontecimientos recientes les demostraban que lo que estaba precipitando su ruina era la falta de buena voluntad de parte del gobierno.

Fué unánime la convicción de que los Hapsburgos se alegrarían de ver el país en manos del invasor extranjero, porque así, reconquistándolo ellos nuevamente, acabarían con las molestas trabas de la Constitución nacional. Leopoldo no se cuidó del descontento general; prosiguió el gran objetivo que se había propuesto de unir, según el ilustre ejemplo de Luis XIV, todas las dependencias de su dinastía en un imperio homogéneo. Las cosas habían llegado á tal punto que los más inveterados enemigos de Turquía aconsejaban la amistad con los Turcos, declarando que preferían pagarles tributo á

ver al país caminar á su ruina por las medidas germanizadoras de la corte de Viena.

El general descontento no tardó en engendrar una conspiración en que tomaron parte, no sólo los protestantes, sino principalmente la población católica, no menos deseosa ahora de emanciparse de los Alemanes. Todos los cabezas de la conspiración eran católicos. Al frente estaba Wesselényi, el palatino del reino y representante del rey, y figuraban como adjuntos á él en la jefatura los mayores propietarios territoriales del país: Pedro Zrinyi, Nádasdy, Francisco Rákóczy y Frangepán. Su objetivo era libertar á la patria de los Alemanes con ayuda de los Turcos, ó, á ser posible, de los Franceses. La conspiración fracasó, sin embargo. Wesselényi murió, y el complot fué denunciado al gobierno antes de que condujese al levantamiento proyectado. Leopoldo cayó, sin pérdida de tiempo, sobre los principales conspiradores. Zrinyi, Nádasdy y Frangepán fueron detenidos y decapitados, sin permitirles antes aprovechar para su defensa los recursos legales; sus inmensas propiedades fueron confiscadas, y Rákóczy no pudo salvar su vida y obtener gracia sino pagando un rescate ruinoso (1671). El gobierno, sin embargo, no se quedó satisfecho con el solo castigo de los jefes, sino que estimó la ocasión propicia para introducir varias medidas opresoras. Sin convocar la Dieta, impuso una contribución sobre la tierra y las mieses, estableció sisas y una capitación sobre todos los habitantes, incluso los nobles. El país hormigueaba en soldados extranjeros llevados para refrenar á los rebeldes húngaros. El gobierno añadió á la ofensa el daño; no satisfecho con insultar á la nación, menospreciando su Constitución completamente, y humi-

llando las aspiraciones nacionales con las guarniciones extranjeras acuarteladas dentro del territorio, levantó contribuciones ilegales para pagar á los opresores armados. El gobierno de Viena acabó por quitarse la máscara: abolió la Constitución húngara, y Hungría quedó reducida á la condición de una provincia de Austria (1673).

Al paso que el gobierno lograba de esta suerte destruir la Constitución del país, no demostró menos actividad y fortuna en la prosecución de su otro objetivo, la romanización del pueblo. No había ninguna ley que protegiese á los que profesaban la nueva fe; podían ser oprimidos impunemente; se les arrebataban sus templos; centenares de sus ministros y maestros eran condenados á galera por los tribunales, ó quedaban abandonados á la ventura á consecuencia de persecuciones privadas. No era un secreto para nadie que el mismo rey anhelaba exterminar hasta el último hereje; y de idéntico modo que el monarca había olvidado el juramento de defender la Constitución, de igual suerte fueron relegados al olvido los varios tratados de paz que garantizaban la libertad de cultos, desde el momento en que no hubo ningún príncipe de Transilvania para recordarlos á la real memoria por la fuerza de las armas.

Y, sin embargo, Transilvania, en medio de su debilidad, fué quien vino ahora en auxilio de Hungría, convertida en presa de la rapacidad austriaca. Muchos de los que se vieron obligados á huir de las persecuciones de la sanguinaria política del gobierno, buscaron y encontraron refugio en Transilvania, y allí instaron de continuo á su príncipe Apaffy y á los Turcos para intervenir con las armas á favor de la causa húngara. El gobierno de Viena asediaba á

[illegible] cartas pidiendo al Sultan que no permitiese á Transilvania ser lugar de refugio de ciertos rebeldes, pero en vano. La Puerta, en efecto, [illegible] esas epístolas, prometia [illegible] contra los Austriacos. [illegible] nueva insurreccion. Los refugiados se [illegible] en el pais superior, é inauguraron una guerra, [illegible] por lo cruel y despiadada, en la historia de Hungria. La época de esta contienda, que [illegible] y se extendió á un periodo de cerca de [illegible], se llama la época *Kurucz-Labancz*. Esta lucha sin plan ni concierto fué sostenida entre los kuruczes (insurrectos) y labanczes (Austriacos) dentro de los límites del territorio comprendido entre Komarom y Transilvania, y no tuvieron fin los horrores de que se hicieron culpables los contendientes, en el curso de sus hostilidades. Picar tabaco sobre la espalda desnuda del enemigo, ó arrancar tiras de su piel temblorosa; hundir espinas ó clavos en la carne de las uñas; enterrar los hombres hasta la cabeza y después prenderles fuego; desollarlos vivos; atravesarles una estaca; perpetrar, en suma, torturas que hacen estremecerse á la humanidad: tales eran las atenciones cambiadas diariamente entre los dos beligerantes. Los combatientes de aquellos dias no respetaban ni á Dios ni al hombre; no reconocian más que un guia de sus actos: un odio acerbo y eterno á todo lo que se llamase *Labancz*. Eran los hijos extraviados de un periodo durante el cual la insana política del gobierno habia robado al pueblo su religion y sus maestros.

Los poderes gobernantes habian evocado dias de terror, siendo completamente incapaces de atajarlos. Así, despues de varios años de esa lucha sin plan, la

rebelión llegó al fin á organizarse y á tener á la vista un objeto fijo. Los rebeldes recibieron auxilios de los Franceses y de la Puerta; y Transilvania estaba dispuesta á hacer causa común con sus compatriotas. Tökölyi, un magnate del país alto, un joven de sólo 21 años, pero de dotes eminentes, se puso á la cabeza de los rebeldes; y ahora, en 1678, comenzó en serio la guerra. Los rebeldes no tardaron en hacerse dueños del país alto, y el gobierno, que había sido incapaz de medirse con los desorganizados kuruczes, se encontró completamente desamparado contra la rebelión organizada, dirigida por un jefe hábil. Austria, además, se veía asediada de continuo al Occidente por Luis XIV, y, para agravar sus dificultades, susurrábase que los Turcos se preparaban á invadir á Hungría con un inmenso ejército, que, uniéndose á las fuerzas de Tökölyi, expulsaría á los Austriacos del país.

El gobierno, acorralado de este modo, se rindió. Pronto empezaron las negociaciones; se convocó la Dieta en 1681, y se restauró el gobierno constitucional y la libertad de cultos con muestras de gran alegría. Las concesiones vinieron demasiado tarde. Los rebeldes no tenían ningúna confianza en el gobierno después de las crueles decepciones pasadas, y no prestaron crédito á las promesas que le arrancó la necesidad. Rehusaron someterse, y Tökölyi fué proclamado por la Puerta rey de Hungría. La amenazadora invasión turca fué también un hecho en 1683 En ese momento parecía que los Hapsburgos habían perdido á Hungría para siempre; todo el país estaba de parte de los Turcos, porque el territorio allende el Danubio reconocía también la autoridad de Tökölyi.

Los destinos de Hungría, y aun los de toda la Eu-

ropa oriental, dependían de la suerte de Viena sitiada. El sitio de Viena fué levantado á consecuencia de la victoria de Sobieski, el rey de Polonia; y las rápidas victorias de los ejércitos cristianos, ya referidas en el capítulo precedente, despertaron las esperanzas de la nación húngara, y probaron que al fin el emperador-rey tomaba á su cargo la redención del territorio del yugo musulmán. Las victorias decisivas del príncipe Eugenio de Saboya lo consiguieron finalmente, y en adelante los Turcos perdieron toda esperanza de reconquistar á Hungría.

La liberación del suelo húngaro, sin embargo, aunque importante en sí misma, no fué una panacea inmediata para los males que tenía que lamentar el país. Aun durante la prosecución de la lucha sucedieron muchas cosas que anunciaban disturbios para lo futuro. Los soldados del ejército imperial de liberación interrogaban rudamente á los habitantes de todo el curso del Danubio en punto á las creencias que profesaban; y, si resultaba que eran adictos á los nuevos dogmas, los abandonaban sin merced á su suerte. En el país alto, cierto Caraffa, comandante militar de ese distrito, cometió actos de la más cruel atrocidad. Ese sangriento monstruo pretendió haber descubierto una conspiración, y obtuvo del gobierno, pronto á sospechar de la lealtad de los Húngaros, plenos poderes para proceder contra ella y aplastarla. Caraffa hizo un terrible uso de sus facultades. Ejecutó arrestos en masa lo mismo de sospechosos que de leales; encerró en prisión hombres de alto rango contra los cuales tenía algún rencor personal, ó gentes ricas cuyos bienes codiciaba, y les arrancó, mediante terribles tormentos, la confesión de crímenes que jamás habían cometido. Esos infelices

fueron ejecutados después por virtud de sus confesiones. Aquel *sangriento tribunal de Eperjes*, de triste fama, que inspiró horror por todo el país, continuó sus malvadas funciones hasta los últimos meses de 1687, en que fué abolido por intervención de la Dieta que acababa de ser convocada. Esa Dieta, sin embargo, no mostró, en la mayor parte de su obra, gran deseo de molestar al gobierno. Al contrario, desplegó una flexibilidad que le hizo olvidarse de los verdaderos intereses del país. Así, sustituyó el antiguo derecho de la nación á elegir sus reyes por el derecho hereditario de sucesión en la rama masculina de la dinastía de los Hapsburgos; y esa Dieta fué la que abandonó el venerable derecho del pueblo, garantizado por la Bula de Oro, de resistir con las armas á todos los actos ilegales del rey, sin incurrir por ello en la pena de traición. Críticas maliciosas pretendían que esta legislación antipatriótica era debida á la presión de los cañones imperiales apuntados al lugar en que la Dieta se reunía. De todos modos, el espíritu servil demostrado por la Dieta dió color á las aprensiones de aquellos Húngaros que opinaban con Tökölyi que Hungría debía arruinarse irremisiblemente, si quedaba bajo la autoridad de los Austriacos.

Conforme terminaban las guerras turcas, más tristes presagios empezaron á oscurecer el horizonte. Hungría era reorganizada por el gobierno de Viena sin consultar á los Húngaros. Transilvania quedó constituyendo un «gran ducado» aparte; el distrito de más allá del Drave formó una provincia separada; y todo esto se hizo por el temor de que Hungría unida fuese demasiado poderosa para amoldarse á los designios de Austria. Gran parte del territorio reco-

brado se distribuyó entre propietarios alemanes; la porción meridional del Alföld fué colonizada por Serbios, y en otros puntos del país, especialmente en las ciudades, se estimuló el establecimiento de gentes que hablaban el alemán, con la mira de templar la sangre ardorosa de los levantiscos húngaros. Fueron volados por cientos, sin el consentimiento de sus dueños, los castillos fortificados diseminados por todo el país y pertenecientes á particulares, para que, en caso de un levantamiento, no se convirtiesen esas fortalezas en centros de un espíritu faccioso.

No se permitió á los protestantes residir en los distritos reconquistados. En otros lugares se puso obstáculos á la libertad de su culto, se les quitaron los templos, se expulsó á sus ministros; y si alguno, invocando sus derechos constitucionales, tenía el valor de resistir á esas ilegalidades, se le encerraba en una prisión. En una palabra, pusiéronse á la orden del día persecuciones regulares, como las *dragonadas* que imperaban en Francia bajo Luis XIV.

El gobierno impuso al pueblo tan opresoras y pesadas contribuciones, que casi parecía como si temiese la prosperidad del país. Si el pueblo se quejaba de las pesadas cargas, se le instigaba contra los nobles, pintándose su exención de tributos como la causa única de esas cargas onerosas. El país se veía atestado de nuevo de una soldadesca extranjera, cuya principal ocupación consistía en robar y saquear, oprimiendo los soldados rasos al pueblo; y los oficiales á la nobleza. El honor y los bienes del pueblo estaban á merced de esas tropas brutales; y si alguno se quejaba de tales ultrajes, tanto peor para él. Este desamparo se refleja en muchos de los lastimeros cantos populares de la época; pero no había manera

de remediar esos males, mediante reclamaciones; porque desde 1687 no se había convocado ninguna Dieta. El objetivo del gobierno de Viena era más evi-



NICOLÁS ESTERHÁSY

dentemente cada día establecer la dominación austriaca en lugar de la turca, haciendo caso omiso de las aspiraciones nacionales húngaras. La nación pa-

recia al gobierno bastante debilitada y abatida para que hubiese motivos de temer ninguna resistencia en defensa de sus derechos, y para confiar, al contrario, en la eficacia de todos los esfuerzos realizados para ahogar el espiritu nacional.

Sin embargo, la nación no podia tolerar la opresión, no podia permanecer tranquila, privada de gobierno constitucional; y asi que volvió á encontrar un jefe en Francisco Rácóczy II, se levantó en armas. El nuevo jefe ostentaba un gran nombre. Sus antepasados habian sido principes de Transilvania, y él era nieto de aquel Jorge Rákóczy II, que en 1657 invadió á Polonia, y después perdió la vida, combatiendo contra los Turcos en defensa de su patria y de su trono. Su padre Francisco habia tomado parte en la conspiración de Wesselényi, y no se libró del cadalso sino á costa de un enorme rescate. Su abuelo materno, Pedro Zrinyi, halló la muerte en el patibulo, y el hermano de su abuelo pereció en una prisión, á despecho de su inocencia. Su padrastro Tökölyi, juntamente con su madre Ilona Zrinyi, comieron el amargo pan del destierro en Turquia. Á él y á su hermana los separaron en tierna edad de sus padres, confiando su educación á Alemanes. En Viena pasó por muchas humillaciones, y, cuando creció, abandonó esa ciudad, y se retiró á uno de sus dominios con ánimo de pasar tranquilamente la vida al lado de su mujer. Repugnaba la acción, y en vano parecian invitarlo á seguir sus huellas los manes ensangrentados de su familia, como único poseedor del nombre famoso y de sus inmensos bienes.

Pero todo eso cambió, no bien se encontró en Hungria. No podia presenciar con paciencia los daños perpetrados en torno suyo, y no podia dar un

paso sin apercibirse de que la nación esperaba su salvación de él, el descendiente de un linaje de héroes. Entretanto había estallado en 1701 la guerra española de sucesión, en que bien pronto se vió envuelta toda Europa. Á Rákóczy parecióle ésta ocasión propicia para reconquistar las libertades del pueblo; y, ayudado por el rey de Francia, levantó en 1703 el estandarte de la rebelión, que ostentaba escrito este lema: «*Pro patria et libertate*», por la patria y la libertad.

Los hombres sesudos de Viena no dieron crédito al principio á la noticia del levantamiento del pueblo; se habían hecho durante largo tiempo á mirar tal acontecimiento como imposible. Pero, cuando el movimiento se propagó como un incendio por todo el país alto, por Transilvania, y, ultimamente, por Hungría entera, y la mayoría de la nación desenvainó la espada, se sobrecogieron, y recurrieron á negociaciones y nuevas promesas. Los rebeldes se inclinaban á cesar en las hostilidades, con tal de que sus libertades fuesen garantizadas. Pero ahora no podían satisfacerlos simples palabras, habiendo aprendido á conocer por una triste experiencia la futileza de las palabras, juramentos y compromisos reales; así que trataron de obtener seguridades más eficaces del gobierno. Exigieron la independencia de Transilvania, bajó un príncipe húngaro, y la garantía de las potencias europeas. Á estas proposiciones el gobierno ni quería ni podía acceder, mientras los rebeldes insistiesen en sus primeras afirmaciones, declarando que les era imposible tener ninguna fe en las promesas austriacas, ó como vulgarmente se decía, alemanas. Este sentimiento universal de desconfianza, que invadía á la nación, se refleja admirablemente en

una canción popular, á que dió nacimiento ese período, y que viene á ser así aproximadamente:

De Alemanes no te fies, Magyar,
por mucho que te juren y perjuren.
Nada es el pergamino que te dan;
aunque tenga el tamaño de tu manto
y un sello más enorme que la luna,
le falta, á pesar de eso, toda *virtus*.
¡Confúndalos por siempre *Jesus Christus*!

Las negociaciones no condujeron á la paz, y la lucha continuó por todo el país, arruinando lo que habían dejado intacto siglo y medio de servidumbre turca y 60 años de guerra de independencia. El gobierno era impotente así para apaciguar como para domeñar la rebelión, necesitado como estaba de todas sus fuerzas para la lucha en Occidente. En esta sazón bajó á la tumba Leopoldo I en 1705, y le sucedió en el trono su bien intencionado hijo José I (1705-1711).

José deseaba la paz sinceramente, y, convencido de los errores de la política de su padre, hizo todo lo que pudo por calmar las aprensiones de los rebeldes; pero sus sentimientos constitucionales no lograron borrar los funestos efectos de la conducta equívoca y desleal de su predecesor. Ni tampoco le era posible aceptar las condiciones de los sublevados; y así sucedió que la dinastía de los Hapsburgos estuvo destronada en Hungría, durante el reinado de este recto monarca, en 1707. Fué un gran error de parte de los insurrectos; pero José tenía ahora la ventaja de poder demostrar su respeto hacia las libertades de la nación, bajo las más adversas circunstancias; y de ese modo, por grados insensibles, ganó la confianza del pueblo. Entretanto, los Franceses habían sido

derrotados por completo, y José pudo así oponer mayores fuerzas á los rebeldes, mientras que los segundos no podían recibir auxilio de ninguna parte. Los rebeldes, agotados por la prolongada lucha, sufrieron repetidas derrotas, y, para aumentar lo apurado de su situación, hizo su aparición la peste negra, que aclaró de modo terrible las filas de sus tropas. El rey no abusó, sin embargo, del aumento de su poder. Concedió una amnistía á cuantos quisiesen volver á su fidelidad; gobernó constitucionalmente; remedió los males causados al país por sus predecesores, y colocó finalmente á la cabeza del ejército un general en jefe húngaro. Sus vivos y sinceros esfuerzos fueron al fin premiados por la paz. El desenlace de las diversas negociaciones fué el convenio de Szatmár, concluído en 1711, por el cual se concedía una amnistía general, y se garantizaba la libertad constitucional y religiosa.

Esta paz fué una satisfactoria conclusión de los tristes días que habían pesado sobre Hungría por espacio de 200 años, durante cuyo período, Turcos y Austriacos estuvieron maquinando la ruina del país. Los primeros amenazaron continuamente su integridad territorial; los últimos, sus libertades políticas, y su nacionalidad, á que esas libertades se hallaban íntimamente asociadas. Á fuerza de raro valor, de amor inextinguible á la independencia y de una hábil política, lograron conservar juntamente su territorio y sus libertades. Los tristes acontecimientos de esos dos siglos habían sometido el sufrimiento y las energías de la nación á la más ruda prueba, pero al fin salieron triunfantes de la cruel ordalía.

Ahora apuntaba una nueva era en la historia de Hungría. Las guerras no amenazaban ya al territorio

del país, ni sus libertades y su nacionalidad se veían expuestas á una violencia inflexible. Sin embargo, no estaban aún completamente conjurados los peligros contra su vida nacional, porque lo que no habían podido conseguir la espada y la fuerza bruta durante los siglos precedentes, intentaba consumarlo el XVIII de una manera pacífica por medio de la civilización occidental.

Carlos III (VI de Alemania), hermano y sucesor de José, inauguró esta nueva política; y su hija María Teresa (1740-1780) siguió con gran éxito, durante su largo reinado, el camino trazado por su padre. Las prolongadas guerras que habían devastado el país y reducido su población, habían retrasado también su cultura, y ahora fué preciso encontrar medios de remediar ambos males. Se hicieron tentativas de suplir la falta de población, colonizando. Lo más especialmente despoblado había sido el Alföld, el asiento propio de la raza húngara, y allí es donde vemos dirigirse más activamente durante todo el siglo el movimiento de repoblación. Los Eslavos del país alto, los Serbios del Sur, y multitud de gentes de Occidente de lengua alemana, disemináronse pronto por toda la gran llanura, y á cada paso se tropezaba con las numerosas aldeas de las últimas. El más solícito en promover la colonización alemana era el gobierno, en parte porque esos colonos eran industriosos, y en parte porque eso favorecía la germanización del país. Pero los Húngaros, que habían sido rechazados á las regiones montañosas, no tardaron en volver á su querido Alföld, y durante cierto tiempo se siguió entre ellos y los extranjeros una lucha porfiada por la posesión de las inmensas extensiones del fértil llano. Apenas había pasado una generación, y

todas aquellas poblaciones heterogéneas estaban magyarizadas, y se proclamaban con orgullo miembros de la comunidad magyar. Sólo allí donde los elementos extranjeros se habían establecido en masas compactas permanecieron extraños aún, pero siguió en aumento constante la invasión del elemento nacional en sus inmediaciones. Al paso con la colonización fué llevada también la obra de desecar los pantanos y beneficiar el suelo, y vemos crecer la población día por día en número y riqueza.

También se efectuaron grandes cambios en el país por medio de la legislación. Dietas sucesivas se esforzaron en remediar los muchos defectos palpables, y puede decirse que los tribunales existentes hasta 1848 tuvieron su origen en tiempo de Carlos III. En esta época se introdujo asimismo el sistema del ejército y la contribución permanentes. Ambas cosas, sin embargo, soldados y contribuciones, eran aún concedidas por la Dieta, no sólo para casos especiales, cuando sobrevenían, sino hasta la convocatoria de la próxima Dieta. Hacia este tiempo, las relaciones entre Hungría y las provincias austriacas fueron más claramente definidas por la *Pragmática Sanción* de 1723. Por ella Hungría y las provincias austriacas eran declaradas inseparables, y el soberano de las dos debía ser una sola y única persona de la dinastía Hapsburgo, designada por el orden regular de sucesión en las dos líneas, masculina y femenina ; pero, de otro lado, Hungría debía permanecer perfectamente independiente, y ser gobernada según sus propias leyes.

La nación tuvo ocasión de probar á Carlos, accediendo complaciente á su deseo de introducir un cambio en el orden de la sucesión dinástica, que

los buenos sentimientos del rey hacia el país eran plenamente correspondidos por la confianza del pueblo.

Así, se extendió el derecho de sucesión á la línea femenina de aquellos mismos Hapsburgos que la nación había declarado, no muchos años antes, haber perdido todo derecho al trono. Pronto fué llamado el país, al advenimiento de María Teresa, á probar con actos su adhesión y gratitud. La joven reina era atacada por toda Europa, anhelando el enemigo arrebatarle las mejores porciones de sus posesiones austriacas. En ese extremo peligroso, acudió ella en busca de protección á la caballerosa Hungría, y la nación, olvidando antiguos resentimientos, exclamó á una voz: *¡Vitam et sanguinem! ¡Moriamur pro rege nostro María Theresia!* Ochenta mil soldados fueron al encuentro de los enemigos de la reina, ávidos de dividirse los despojos del Imperio; y, durante un combate de ocho días, los Húngaros, á la vez que defendían su Pragmática Sanción, protegían la integridad de las posesiones austriacas. De esa suerte la dinastía había ganado en Hungría, merced á un espíritu conciliador, un país con que podía contar como fiel apoyo en caso de peligro de fuera.

María Teresa se mostró agradecida á los sacrificios y abnegación de la nación. El distrito de Temes, recuperado de los Turcos por su padre, fué anexionado de nuevo al reino de Hungría, y María Teresa fué quien dió al país la ciudad de Fiume, á fin de que contase con un puerto para promover su comercio y su industria. Mucho hizo aún en varios sentidos para mejorar la situación material del país, y más aún por el progreso de la cultura superior mediante la erección de iglesias y la fundación y organización de escuelas.



MARÍA TERESA

En una palabra, fué siempre hasta el fin la «graciosa reina» de la nación.

En los reinados de Carlos y de María Teresa se había verificado también una gran revolución social. Los magnates del país abandonaron en los felices tiempos de paz sus nidos de águila de las montañas, y bajaron á los risueños valles, construyéndose allí palacios á la moda extranjera. La vida en esas moradas rurales, á falta de diversaciones y refinamientos, se hizo pronto enojosa á los grandes señores; y, como no había ninguna capital nacional que ofreciese distracciones, se marcharon fuera, y la vida en el extranjero no tardó en parecerles mejor que el desorden de sus lares patrios. La corte de Viena les dió la bienvenida, los colmó de distinciones, y especialmente María Teresa entendía bien el arte de fascinarlos. Poco á poco se hicieron extranjeros en el vestir y en las maneras, y todo lo que aún conservaban de Húngaros esos ausentes, era sus nombres y los dominios que poseían en Hungría, cuyas rentas gastaban fuera. La atmósfera y los atractivos de la vida cortesana lograron realizar lo que la espada y la violencia no habían conseguido cumplir. Los grandes señores se hicieron extraños á su país, y se germanizaron completamente.

Si la defensa de la independencia y de la nacionalidad de Hungría hubiese corrido aún exclusivamente á cargo de los grandes nobles como en otros tiempos, estos benditos días de paz hubieran traído la ruina de ambas. El país tuvo, sin embargo, la fortuna de que todavía quedaba la pequeña nobleza, que ascendía á cientos de miles de individuos, los cuales, después de la paz de 1711, continuaron su vida como antes, y se interesaron en los asuntos nacionales á la

manera antigua, siendo su campo de acción los condados, donde reinaba en absoluto el gobierno autonómico. Esta clase de nobles no salió fuera, ni fué posible subyugar á ningún número considerable de ellos con las fascinaciones de la vida cortesana de Viena. Permanecieron en el país, conservaron sus usos y costumbres húngaras, su lengua y traje nacionales, y de nada de esto fué posible apartarlos. Sus condados eran otros tantos baluartes de su nacionalidad y de la independencia de Hungría; y esos numerosos asientos del gobierno autonómico constiyeron el contrapeso de las influencias germanizadoras de la corte que, en lo tocante á la nación como un todo, estaban destinadas á reducirse á la nada en los tiempos de paz, de la propia suerte que fracasaron antes cuando se empleó la coacción.

CAPÍTULO XIV

EL EMPERADOR JOSÉ II
LA REACCIÓN NACIONAL Y LAS GUERRAS NAPOLEÓNICAS


A corona real de Hungría ha sido siempre para la nación, desde el tiempo en que ciñó las sienes de San Esteban, objeto de celosa solicitud y de veneración casi supersticiosa. Continuó destacándose como un foco luminoso de atracción en medio de las vicisitudes y agitados acontecimientos de la historia del país durante todos los siglos que siguieron á la coronación del primer rey. El pueblo la miraba como una santa reliquia, glorioso legado de una larga serie de generaciones pasadas, y como el símbolo y encarnación de la unidad del Estado. Los diferentes países de que Hungría se componía eran conocidos bajo el nombre colectivo de *Tierras de la sagrada corona*, y en la época en que la nobleza privilegiada gozaba aún de excepcionales inmunidades, todo noble se titulaba *membrum sacrae coronae*, miembro de la sagrada corona. Á los ojos del pueblo había dejado de ser un símbolo religioso para convertirse en caro recuerdo nacional y político á que podían prestar homenaje indistintamente los fieles de todas las

creencias y todas las clases sociales. Y no era la corona un ornato común que debiera exhibirse por la monarquía en todas las ocasiones solemnes de fausto. No la ceñía el rey sino una vez en su vida, el día de la coronación, cuandó tenía que jurar fidelidad á la Constitución solemnemente en la iglesia, ante los altos dignatarios del Estado, y repetir después al aire libre su juramento de gobernar el país dentro de los límites de la ley. Así, siempre ha sido en Hungría antigua costumbre, subsistente hasta el día, que, al advenimiento del rey al trono, él es el que, en el momento de la coronación, presta juramento de fidelidad á su pueblo, en vez de jurar el último lealtad al rey. El derecho de sucesión al trono es hereditario, pero el mando legal del rey no comienza sino con la ceremonia de la coronación. Exígese esta ceremonia, caracterizada hasta hoy por los atributos de la pompa y esplendor de la Edad Media, á fin de que sean válidos y obligatorios para el pueblo los actos del soberano; sin eso todo acto público de tal monarca es una usurpación.

Durante ocho siglos todos los reyes y reinas, sin excepción, habían anhelado colocar la corona sobre sus sienes para entrar en plena posesión de sus privilegios reales. José II, el hijo de María Teresa, que sucedió á su madre en 1780, fué el primer rey que se negó á ser coronado. Sentía repugnancia á jurar fidelidad á la Constitución, y á prometer, por juramento solemne, gobernar el país con arreglo á sus antiguas costumbres y leyes. Así, el pueblo nunca lo llamó su rey coronado; se le titulaba emperador, ó se le apodaba *Kalapos*, rey de sombrero. Su reinado no fué más que una serie de actos ilegales y ánticonstitucionales, y una sucesión de luchas en-

conadas y envenenadas entre la nación y el soberano. La contienda terminó al fin con la derrota de José. Él revocó en su lecho de muerte todas las medidas arbitrarias, y concedió al pueblo la restauración tardía de su antigua Constitución. Pero el conflicto había dejado profundas huellas en el espíritu de sus súbditos húngaros. Esto los despertó del adormecimiento en que los había arrullado el suave y maternal absolutismo de María Teresa. Así los planes de José, no sólo fracasaron, sino que, en sus efectos, estaban destinados á traer el triunfo de ideas henchidas de consecuencias que apenas pudo imaginar. La nación, saliendo de su letargo, se apegó más que nunca á la idea de nacionalidad, idea que crecía en intensidad y en poder á medida que el tiempo avanzaba.

Con todo, este rey que, al subir al trono, desatendió todas sus obligaciones constitucionales é hizo guerra sin tregua á la nacionalidad húngara, debe colocarse entre los más nobles caracteres de su siglo. Profundamente imbuído en las miras ilustradas del siglo XVIII y en las nuevas ideas que habían triunfado en la guerra de independencia allende el Océano, tendía siempre á perseguir generosos y elevados objetivos. Deseaba sinceramente la felicidad del pueblo, y al empeñarse en ese infructuoso conflicto, no iba guiado en modo alguno por siniestras intenciones ni por una inclinación despótica. Introducir reformas, reclamadas por el espíritu de los tiempos, en la Iglesia, en las escuelas y en todas las esferas de su gobierno, era la alta misión que se había impuesto á sí mismo. Campeón de los oprimidos, redimió la conciencia humana de las cadenas de la Edad Media, garantizó iguales derechos á las creencias perse-

guidas, protegió al aldeano esclavizado contra sus arbitrarios señores, y ensanchó la libertad de la prensa. Procuró introducir orden y honradez en todos los ramos de la administración pública, preocupándose al mismo tiempo de cuantos negocios afectaban á la prosperidad del pueblo. En una palabra: su notable genio abrazó todas las esferas de la actividad humana donde eran de desear progresos, reformas y mejoras.

Desgraciadamente para su tranquilidad de espíritu y para los destinos de la nación que fué llamado á gobernar, cometió un fatal error en la elección de los medios de cumplir sus humanitarios y filantrópicos propósitos. Deseó hacer feliz á Hungría, y, sin embargo, excluyó á la nación de la dirección de sus propios asuntos. Deseó decretar saludables leyes, y, sin embargo, reinó como un monarca absoluto, resistiéndose á pedir el concurso de la Dieta para la gran obra de reforma, desatendiendo y desdeñando la Constitución y las leyes del país. Fué bastante impolítico para atacar una Constitución que, gracias á la adhesión del pueblo, había resistido el choque de siete siglos. Fué bastante insensato para suponer que el pueblo, en cuyo corazón había echado profundas raíces el amor á su antigua Constitución, por cuya defensa habían corrido ríos de sangre, podía abandonarla en beneficio de una teoría del poder real. La antigua organización política era producto genuino de la nacionalidad húngara, y todas las clases del pueblo, incluso los mismos aldeanos para quienes la vieja Constitución no significaba más que opresión, se apegaban á ella con adhesión fervorosa. El pueblo anhelaba las reformas tanto como el mismo José; pero las quería por procedimientos legales y con el concurso de la nación y su Dieta. José hubiese sido

el regenerador y bienhechor de Hungría, si, para la



JOSÉ II

realización de sus grandes designios, hubiese seguido las vías nacionales y legales que tenía á mano.

Pero, desgraciadamente, prefirió intentar el cumplimiento de su propósito mediante la plenitud de su propio poder, por edictos imperiales y arbitrarias medidas, desencadenando de esta suerte una tormenta contra sí mismo, que casi conmovió su trono, é introduciendo en la nación un furioso fermento de pasiones lindantes con la revolución.

El pueblo se apiñó en sólida falange contra los ataques de José á su nacionalidad y á su lengua, objetos más caros que todo para él. Poco le importaban las buenas intenciones del emperador de hacerle próspero y feliz, mientras le pidiese, en cambio, el abandono de su nacionalidad. Y tal era, sobre todo, su más ardiente deseo. Él quería que Hungría dejase de ser húngara, que se despojase de las notas distintivas de su individualidad, y adoptase la lengua alemana, en vez de la suya, en las escuelas, en la administración pública y en los procedimientos judiciales. En suma, hizo del alemán la lengua oficial del país, y tendía á imponerla á la nación.

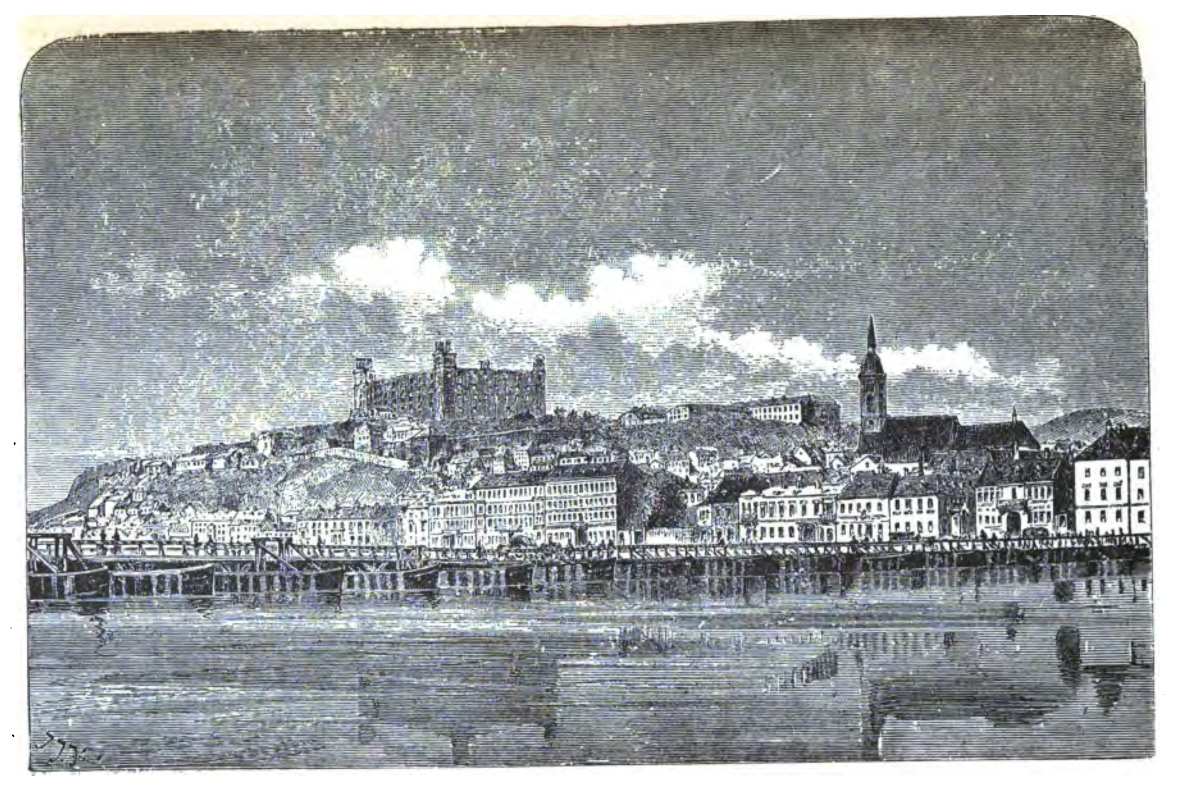
Desde entonces toda reforma emanada de José se hizo odiosa al pueblo. Las mismas clases oprimidas desdeñaban el alivio que implicaba el sacrificio de su dulce lengua madre. Proclamando la igualdad de derechos y de sujeción á las cargas del Estado, el rey puso frente á su persona á las clases privilegiadas. Los protestantes y los aldeanos, que lo habían saludado al comienzo como su nuevo Mesías, y vieron con entusiasmo en sus innovaciones la aurora de días más brillantes, también le volvieron la espalda en cuanto los atacó en lo que apreciaban más aún que la libertad y la justicia. No se pasó mucho sin que todo el país, sin distinción de clases, condiciones sociales ó creencias, se concertase para reducir á la

nada los esfuerzos germanizadores de José. La ruda lucha empeñada elevó al pueblo, hasta aquí dividido por antagonismos de clases y creencias, á un sentido de solidaridad nacional. En estos críticos días de conflictos constitucionales fué cuando se echaron los cimientos de la moderna homogeneidad de la nación y sociedad húngara.

Las clases privilegiadas miraron á José con desconfianza á su advenimiento al trono. Previeron que no querría coronarse por no prestar el juramento de fidelidad á la Constitución de Hungría. Las primeras medidas de su reinado se refirieron á la organización de las varias iglesias del país. Extendió la libertad religiosa á la Iglesia protestante. Por virtud de los derechos apostólicos de los reyes húngaros, introdujo notables reformas en la Iglesia católica—sobre todo en lo concerniente á la educación del clero—que resultaron, en parte, sumamente saludables. Abolió numerosas órdenes religiosas, especialmente las que no estaban consagradas á la enseñanza ó al cuidado de los enfermos. Por él se cerraron en Hungría 140 monasterios. Empleó los cuantiosos bienes de esos conventos en fines eclesiásticos y públicos y en el fomento de la instrucción. Trabajó con energía y éxito en el establecimiento de escuelas y en interés de la educación popular. Trasladó la única universidad de que el país podía entonces enorgullecerse de Buda á Pest, ciudad que estaba en rápido crecimiento, y añadió una facultad de Teología á ese centro de enseñanza. Todas estas innovaciones obtuvieron la aprobación de los elementos ilustrados, mientras que las clases privilegiadas y el clero las recibieron con descontento notorio. La oposición fué tanto más poderosa cuanto que el empera-

dor tuvo la desgracia de herir las susceptibilidades morales del vulgo con algunas de sus medidas. Así, con la mira de economizar las tablas necesarias para los ataúdes, mandó que los cadáveres se encerrasen en sacos y se enterrasen de ese modo. Esta ingerencia, no solicitada por nadie, en los prejuicios de las clases inferiores, dió por resultado crear una gran indignación en su seno, y lanzarlas al campo de la oposición. Medidas frívolas é impremeditadas de semejante naturaleza dañaron al crédito de las más saludables innovaciones. El pueblo miró con recelo todo cambio; y, cuidándose poco de las altas miras del emperador, todos, incluso los personajes oficiales, rechazaron el sistema entero de gobierno de José.

El emperador hirió también el sentimiento nacional por su conducta respecto de la corona que había desdeñado. Según antigua costumbre y ley, la sagrada corona se guardaba en Presburgo en un edificio habilitado ex profeso. En 1784 mandó el emperador que fuese trasladada á Viena para colocarla allí en el tesoro al lado de las coronas de sus otros países. La nación se sublevó ante esta profanación de su santa reliquia; y las más altas autoridades oficiales de todo el país protestaron contra una medida que producía una impresión deplorable tan unánime, sin estar justificada por ninguna necesidad. Terrible tempestad, acompañada de truenos y relámpagos, rugía, al trasladarse la corona á Viena, y en ella vió el pueblo un signo de que la misma naturaleza se rebelaba contra el sacrilegio cometido por el emperador. Los condados siguieron solicitando la vuelta de la corona en mensajes, ora humildemente suplicantes, ora amenazadores; pero José no cedió á súplicas ni amenazas.



PRESBURGO

Cuando se publicó el edicto, declarando al alemán lengua oficial del pais, todos los ánimos se hallaban ya en extremo agitados. Verdad es que hasta entonces el medio de comunicación empleado por el Estado habia sido el latin, y no el húngaro; pero el espiritu nacional y la lengua nativa, que durante los primeros 70 años del siglo XVIII habian degenerado sensiblemente, renacian á nueva vida durante el reinado de José. La literatura del pais empezaba á ser cultivada asiduamente en diferentes esferas. Guardias reales pertenecientes á distinguidas familias, caballeros de gustos refinados, clérigos de posición modesta y otros hijos del suelo natal trabajaban con idéntico celo y entusiasmo por desenvolver la querida lengua patria. Asi, hubiese sido cosa fácil para José reemplazar el latin, que era ya un anacronismo, por el húngaro, restituyéndolo de esa suerte á su puesto natural y legal en el Estado. Era perfectamente justo librar al pais de la dominación de una lengua muerta; pero cometió el error fatalisimo de tratar de sustituirlo por el alemán, error duramente vengado. José tenia una antipatia especial contra la lengua húngara, repugnancia que le llevó á omitir la enseñanza del idioma nativo en la esfera de la instrucción pública, y á rehusar el permiso para establecer una academia de ciencias que tenia por objeto su cultivo.

Este ataque del emperador á la lengua nacional rompió definitivamente el último lazo que existia entre él y el pais, y desde entonces no pudo haber más que relaciones hostiles. Los condados adoptaron una actitud amenazadora, y algunos de ellos rehusaron además la obediencia. La mayoria se negaron á prestar su concurso á los oficiales del ejér-

cito, comisionados por el emperador para la formación del censo. Se llevaron adelante las operaciones, sin embargo; pero en varios puntos los habitantes se escaparon á los bosques, y en algunos hubo serias refriegas á consecuencia de la oposición á los comisionados del censo. Entre los Valacos estalló un levantamiento de otro carácter. Los Valacos, resentidos de abusos de larga fecha, concibiendo exageradas esperanzas á consecuencia de las innovaciones del emperador, y estimulados por mal intencionados agitadores, tomaron las armas y cometieron las más infames atrocidades contra los propietarios húngaros. Los jefes, Hora y Kloska, hacían creer al vulgo ignorante que el emperador estaba con ellos. Los insurrectos Valacos asesinaron á los comisionados que les envió el gobierno, destruyeron 60 aldeas y 182 mansiones señoriales, y mataron á 4.000 Húngaros, antes de que fueran detenidos en su sanguinaria obra. Aunque al fin fueron vencidos y castigados, cundió por el país la sospecha vehemente de que la corte de Viena había sido cómplice de la sublevación valaca.

José dictó después leyes más humanas para regular las relaciones entre los siervos y sus señores. Pero el país no podía apaciguarse por ningún favor, sobre todo desde que empezó á dañar seriamente la prosperidad del pueblo la alta tarifa protectora, recién establecida entonces en beneficio de la provincias austriacas. La política extranjera de José tendió á aumentar el desafecto interior. En 1788 declaró la guerra á Turquía, pero la campaña fué desgraciada, y en poco estuvo que terminase con la prisión del emperador. La nación, alentada por la derrota de él, insistió ahora más enérgicamente en sus pretensio-

nes, y pidió que anulara sus edictos ilegales, que se sometiese á ser coronado, y restableciese la antigua Constitución. Como José siguiera resistiéndose á sus peticiones, la mayoría de los condados se negó á contribuir para la guerra ni con dinero ni con productos. Amén de su actitud recalcitrante, los más instaron al emperador enérgicamente á convocar la Dieta en Buda, llegando algunos hasta insistir cerca del justicia mayor para que la convocase él, si el emperador no lo hacía antes de Mayo de 1790.

Al llegar las noticias de la Revolución francesa y del levantamiento de Bélgica, subió de punto el ánimo de la nación. El pueblo se negó á proporcionar reclutas y auxilios militares, y el emperador se vió obligado á apelar á la violencia para obtenerlos. Los condados se mantuvieron firmes y continuaron sus reconvenciones en mensajes de un lenguaje acentuado y enérgico. José cedió al fin. Estaba postrado por una grave enfermedad y, sintiendo acercarse su fin, deseó morir en paz con la nación exasperada á quien tan profundamente había herido. El 28 de Enero de 1790 revocó todos sus edictos ilegales, excepto los referentes á la tolerancia religiosa, á los aldeanos y al clero, y restableció la antigua Constitución del país. Poco después volvió á enviar la corona á Buda, donde se celebró con gran pompa su regreso, en medio de las entusiastas aclamaciones del pueblo. Antes de que pudiese convocar la Dieta, sin embargo, la muerte puso término á la carrera del emperador el 20 de Febrero. El mundo perdió en él un gran hombre, de noble espíritu, y un amigo de la humanidad que, no obstante, había sido impotente para realizar todos sus altos designios. La consecuencia de su reinado fué levantar á Hungría de la apatía en

que había caído, y en el momento de la muerte de José el espíritu del pueblo era presa de una excitación no menos febril que la que se había apoderado de la Francia revolucionaria en el mismo período.

Pero, mientras en París la democracia triunfaba de la monarquía, en Hungría la última tenía que ceder á la nobleza privilegiada. La Constitución restaurada era una carta de privilegios políticos sólo para los nobles, y, como tal, defendíanla ellos muy celosamente. Esta clase vigiló de cerca las tendencias liberales de los tiempos, previniendo la importación de las ideas democráticas de Francia por temor de que dañasen á sus exclusivas inmunidades.

Sucedió á José su hermano Leopoldo II, que hasta entonces había sido gran duque de Toscana. El nuevo soberano era tan ilustrado como su predecesor, y anhelaba, como él, la felicidad de su pueblo; pero respetó al mismo tiempo las leyes y la Constitución. Convocó inmediatamente la Dieta para ser coronado, y por este acto selló solemnemente la paz con el país. El pueblo saludó con alegría este primer paso de su nuevo rey, y ahora nada impidió que recibiese legalmente de la buena voluntad del monarca la saludable legislación que José había intentado imponerle arbitrariamente. Pero las halagüeñas esperanzas que se alimentaban en este sentido estaban condenadas á un desengaño. El movimiento nacional no había elevado al poder á los que eran favorables al progreso, á la igualdad de derechos y á la democracia. Había, sin duda, en el país gentes que diferían de los hombres constituídos en autoridad, que eran sinceramente adictas á las doctrinas de la Revolución francesa y deseaban destruir los privilegios de los nobles en nombre de los derechos más

amplios inherentes á la humanidad. La literatura nacional estaba en manos de hombres de esta clase. Combatían el espíritu reaccionario de la nobleza, y luchaban por la extensión de los derechos civiles y políticos á la porción más numerosa del pueblo: á los no nobles. Audazmente y con generoso entusiasmo empuñaron la pluma en defensa de esas nobles ideas, y las propagaron hasta donde lo permitían las restricciones impuestas á la prensa en ese tiempo. Lograron conquistar adeptos para sus ideas de las mismas filas de las clases privilegiadas, y más de un ilustrado magnate admitió que había llegado la hora de modernizar la Constitución de Hungría mediante una extensión de los derechos políticos. Engrosó su número también con la parte más inteligente de los habitantes de las ciudades y de aquellas gentes patrióticas que, aunque no corriese sangre noble por sus venas, habían obtenido empleos bajo el reinado de José ó se habían empapado en las ideas políticas de ese monarca. Pero todos estos hombres juntos no formaban más que una fracción insignificante del pueblo, comparados con la numerosa nobleza que, después de su forzada sumisión durante diez años, anhelaba aprovechar en beneficio de su propia clase la victoria conseguida sobre José.

Durante los preparativos para las elecciones de la Dieta, y en el curso de las elecciones, se proclamaron públicamente, y obtuvieron mayoría en las asambleas de condado, sentimientos que causaron una conmoción febril en la clase media y en los aldeanos. Sobre todo los últimos se aferraban ahora enérgicamente á las innovaciones introducidas por el emperador José, tan beneficiosas en lo concerniente á su clase, y se resistían á someterse á la restaura-

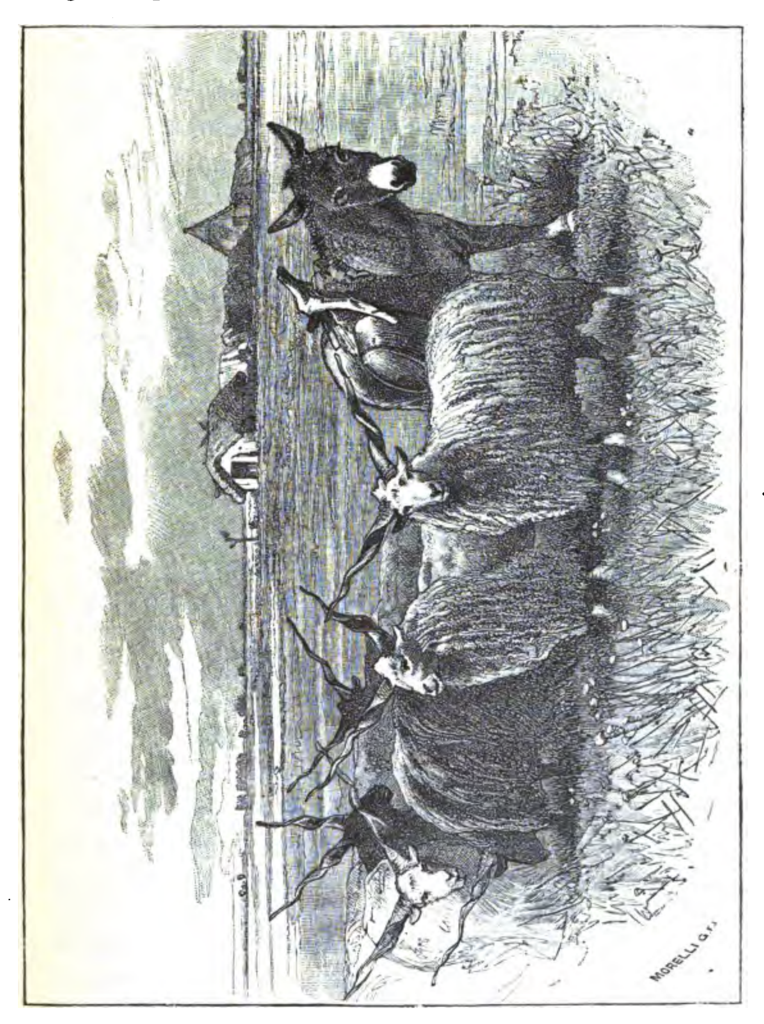
ción del antiguo y arbitrario régimen señorial. Los condados respondieron á sus representaciones que la Providencia había querido que unos hombres fuesen reyes, otros nobles y otros siervos. Tan cruel razonamiento no era para satisfacer á los agraviados aldeanos. En una gran parte del país manifestáronse síntomas de un peligroso espíritu revolucionario, y sólo pudo prevenirse una explosión mediante la seguridad dada por los condados de que la cuestión sería sometida á la Dieta próxima á reunirse.

La Dieta, que no había sido convocada durante 25 años, se abrió en Buda á principios de Junio de 1790. No tardó en verificarse la coronación. Cincuenta años habían pasado desde que se celebró en Hungría la última solemnidad análoga. Después de una larga y acalorada discusión que duró unos 10 meses, en el curso de los cuales fué trasladada la Dieta desde Buda á Presburgo, se aprobaron al fin las leyes de 1790-91, que forman parte de los artículos fundamentales de la Constitución húngara. Por ellos se reconoció plenamente la independencia de Hungría. Las leyes, fruto de la cooperación de la corona y los Estados, declararon que Hungría era un país independiente, no sujeto á ningún otro, y que poseía su propia Constitución por la cual debía gobernarse. Se hicieron también importantes concesiones de derechos á los ciudadanos. Los privilegios de la nobleza se dejaron intactos, y las filas más reaccionarias de la clase tuvieron que darse por satisfechas con esta aquiescencia al antiguo estado de cosas, renunciando á sus demás pretensiones. Influyeron en la sabia moderación de la Dieta, en parte, las miras elevadas del rey, pero en mayor mayor medida aún el descontento dominante en el pueblo, que revestía ca-

racteres amenazadores, sobre todo en la población serbia. Las leyes aseguraron las libertades de las Iglesias unidas, protestante y griega, satisficieron las quejas más apremiantes de los aldeanos, y declararon á los que no eran nobles aptos para el desempeño de cargos de segundo orden. Aunque las reformas más importantes fueron aplazadas para un tiempo futuro por la Dieta de 1790-1791, habiéndose nombrado al efecto varias comisiones reales preparatorias, sin embargo, la obra cumplida constituyó el saludable comienzo de una legislación liberal, coronada en menos de 60 años por la declaración de la igualdad de derechos del pueblo como base de la Constitución húngara.

Después, no obstante, de la reunión de esta Dieta se hizo muy poco en el camino de las reformas. La buena obra fué interrumpida, en parte, por la muerte prematura de Leopoldo II (1.° de Marzo de 1792), y, en parte, por el periodo de guerra que, durante 25 años, así en Hungría como en toda Europa, absorbió la atención pública, y distrajo el espíritu de los directores de la nación de los asuntos interiores. Francisco I, el hijo y sucesor de Leopoldo II, se hizo coronar en debida forma, y permitió concebir al principio grandes esperanzas. Pero el reinado jacobino del terror en París, y el temor de ver repetirse en su propio reino las escenas revolucionarias, produjeron un cambio completo en su carácter y su política. No tardó en rechazar obstinadamente toda innovación, y poco á poco llegó á ser un punto de apoyo de la reacción europea, de ese extravagante espíritu conservador, que esperó borrar los efectos de la Revolución francesa por una adhesión incondicional al antiguo orden de cosas. Este espíritu antiliberal del

monarca hizo imposible por el momento en Hungría la prosecución del movimiento reformista. Todo



CARNEROS HÚNGAROS

lo relativo á innovaciones encontró una oposición obstinada de parte del rey, y las reformas someti-

das por las comisiones reales pasaron por las sucesivas Dietas sin convertirse en leyes. El periodo que siguió ahora fué en extremo triste, asi para Hungria como para las provincias austriacas de Francisco I. El rey pidió constantemente á los habitantes de esos paises, en el curso de las guerras, sacrificios de dinero y de sangre, soldados y altas contribuciones. Al propio tiempo el gobierno recurrió á las más absolutas y arbitrarias medidas para impedir que el pueblo se contaminase de las ideas francesas. La prensa se vió agobiada bajo severas penas. Se desterró de las escuelas y se borró de los manuales de enseñanza toda idea ilustrada. No se nombró para el profesorado ni para los demás cargos sino á aquellos hombres, de cuyo extremo espíritu reaccionario podia dar fe la policia. Un sistema de espionaje universal y de inquisición secreta expuso á todo el mundo á ser tenido por sospechoso y á ser victima de venganzas privadas, en tanto que los que se atrevian á proclamar opiniones liberales eran objeto de crueles persecuciones.

Privados asi los pocos, pero resueltos, adictos de la democracia, de trabajar abiertamente por sus ideas, trataron de llegar á sus fines por ocultas combinaciones. Formóse una sociedad secreta en Pest, centro de la vida politica del pais. Esta liga de jacobinos húngaros no tenia más que una idea confusa de sus propósitos y de los medios de realizarlos. En los tiempos actuales nos produce la impresión de una organización entregada á exageradas é irreflexivas visiones; pero á ella corresponde, no obstante, el mérito de haber sido la primera sociedad de su especie en el pais, y de haber creado de esa suerte un eslabón en el desarrollo del espiritu público de Hun-

gría. Aunque los miembros de la liga no pudieron ofrecer ningún resultado tangible, merecen un puesto en la historia nacional como los primeros mártires de la libertad y de los derechos humanos en Hungría; porque perdieron la vida ó sufrieron larga prisión por la santa causa. El movimiento fué proyectado originariamente por Ignacio Martinovics, un ilustrado abad, que entró en relaciones con los jacobinos de fuera, primero con los de París, y después con sus simpatizadores de Alemania y Austria. Con su auxilio intentó implantar una república húngara, y establecer las doctrinas de la igualdad y la libertad. Organizó á este fin en Pest una sociedad secreta á semejanza de las masónicas, que florecían entonces en el país. Hubo en realidad dos asociaciones distintas: una llamada de *los reformadores*, y otra de *los amigos de la libertad y la igualdad*. Los primeros no sabían nada de los designios de los últimos, mientras que éstos, que ocupaban rango más elevado, estaban plenamente iniciados en los secretos de los reformadores. El objetivo de unos y otros era asegurar el triunfo de los principios de la Revolución francesa. Los miembros se reconocían entre sí por signos secretos, y usaban en su correspondencia una clave ideada *ad hoc*. El proyecto de Martinovics era levantar la bandera revolucionaria tan pronto como el número de miembros de ambas sociedades permitiese aventurar ese paso sin imprudencia. En el ínterin, la única tarea de los miembros consistía en propagar en el pueblo un catecismo de espíritu revolucionario.

Martinovics comenzó la organización de la sociedad secreta en la primavera de 1794. Lo ayudaron en esta obra Juan Laczkovics, un antiguo capitán del ejército, José Hajnóczi, ex *alispán* (vizconde de un

condado) y Francisco Szentmarjay, joven distinguido, empeñados todos celosamente en reclutar miembros para la nueva asociación. Entre los últimos, sin embargo, pocos conocieron el objeto final de Martinovics, ni de sus relaciones con Francia. La mayoría suponía que su intención era introducir reformas por medios legales. En cuanto al carácter secreto de la sociedad, lo consideraban como una concesión á la moda de la época, introducida por los masones. Durante el siglo XVIII dominó en toda Europa una verdadera manía por esta especie de secreto, y en todas partes surgieron sociedades secretas para fines que, á ser proclamados públicamente, no hubiesen encontrado ninguna oposición. La sociedad de los jacobinos húngaros no debía su existencia á tendencias subversivas, sino á esa avidez de reformas que nunca cesó de agitar á la nación. Á excepción de una docena de hombres irreflexivos que soñaban en derrocar la monarquía húngara con ayuda de los Franceses, sus filas se componían en totalidad de hombres que sólo pensaban en reformas cumplidas por procedimientos legales. Los mismos jefes, Martinovics, Hajnóczi y Laczkovics, habían desempeñado cargos importantes bajo el emperador José, y secundado después al rey Leopoldo en sus esfuerzos reformistas. Si Leopoldo hubiese vivido, todos hubiesen tenido una participación principal en los asuntos públicos. Pero el triunfo del espíritu reaccionario bajo el rey Francisco los hizo conspiradores. Los amigos que se asociaron á ellos eran honrados y entusiastas patriotas, que veían en el éxito de las ideas democráticas la felicidad de Hungría. Pero no pensaban en una revolución para el cumplimiento de sus ardientes esperanzas. Entra-

ron en la sociedad con el único objeto de preparar el espíritu de sus conciudadanos para las reformas que debían obtenerse por medios constitucionales. Casi todos los escritores húngaros, que no se hallaban en alguna posición dependiente, pertenecían á la sociedad. Entre ellos se contaba Francisco Kazinczy, el regenerador de la literatura húngara, y uno de los miembros más respetables de la república de las letras. Las ideas francesas hallaron eco simpático entre los elementos inteligentes del país. Las noticias de las victorias francesas fueron saludadas con alegría en la capital por los profesores de la universidad y los estudiantes así como por el pueblo húngaro, especialmente en el condado de Zemplén, patria de Kazinczy. En varios sitios se levantaban mástiles con los emblemas de la libertad, esperando varios que las victorias de los Franceses establecerían el reinado de la libertad y de la igualdad en Hungría. Pero estas demostraciones eran enteramente independientes, y no estaban inspiradas por Martinovics. Tales incidentes reflejaban sólo el efecto de los acontecimientos extranjeros en el espíritu público de Hungría, que siempre se había hallado abierto á las influencias de fuera, y que en este istante no dejó de responder á la voz de la humanidad que resonaba entonces por una gran parte del Occidente.

La sociedad secreta limitó su trabajo á reclutar nuevos miembros y á distribuir ampliamente sus catecismos políticos. El número de los miembros ascendía á 75, de los cuales 27 vivían en Pest, y el resto pertenecía á todos los puntos del país. Sólo tres meses habían pasado desde la organización de la sociedad cuando fueron arrestados Martinovics en Viena, y Laczkovics, Szentmarjay y Hajnóczy en

Pest. La policia vienesa habia descubierto la hermandad austriaca, y, encontrando á Martinovics entre sus jefes, lo detuvo en seguida. Martinovics lo confesó todo en la prisión, y, como consecuencia, vinieron los arrestos en Hungria. Unos 50 hombres fueron encarcelados. Al tiempo de su arresto, excepto la distribución de unos cuantos folletos revolucionarios, ningún acto subversivo del orden público pudo imputarse á la sociedad secreta de que eran miembros. Se esperaba, por consiguiente, que el gobierno, al castigarlos, obraria con moderación y humanidad. El rey Francisco defraudó tales esperanzas. Mandó que se procediese con ellos sin merced, estando resuelto á hacer un terrible ejemplar, y á desviar á sus súbditos de toda simpatia con las ideas francesas, inaugurando un reinado reaccionario del terror. Diez y ocho prisioneros fueron sentenciados á muerte; pero sólo se ejecutó á Martinovics y á seis de sus compañeros. Segó sus cabezas la espada del verdugo en la pradera de Buda, sitio llamado hasta hoy «el campo de Sangre». Los demás fueron sentenciados á un tiempo más ó menos largo de prisión, y dos de los sospechosos se suicidaron para evitar ser detenidos. Francisco Kazinczy permaneció en un calabozo austriaco durante ocho años largos, y otros muchos escritores húngaros se vieron igualmente privados de su libertad.

Aquellas sangrientas ejecuciones produjeron universal abatimiento en el pais. Nadie se sentia seguro; porque todos ignoraban la naturaleza de los crimenes imputados á las infelices victimas. Los condados protestaron, sin resultado ninguno, en mensajes dirigidos al rey, contra esos crueles procedimientos. Francisco separó cinco profesores liberales de la univer-

sidad, prohibió la enseñanza de la filosofia de Kant en ese centro docente, empezó á perseguir á todos los hombres ilustrados, y se complació especialmente en vejar de todas las maneras posibles al elemento inteligente del condado de Zemplén. Los amigos de la libertad, los hombres del progreso, se amedrentaron completamente. La prensa, además, se vió amordazada por el gobierno, y asi gradualmente fué adormeciéndose y estancándose la vida pública en Hungria; los adictos de las reformas quedaron reducidos al silencio, y las innovaciones tuvieron que esperar su hora. El gobierno reaccionario consiguió una victoria completa. Proscribió de los altos cargos aun á los hombres más moderados, y ocupó todos los puestos de importancia con personas que se complacian en reprimir inexorablemente todo impulso democrático en Hungria.

Las Dietas que se reunieron durante este periodo no prestaron ninguna atención á las reformas. Su principal función consistia en votar considerables subsidios en hombres y dinero para la guerra contra los Franceses. La nación húngara hizo muchos sacrificios por su rey durante las guerras napoleónicas, y, cuando los ejércitos enemigos se aproximaban á los confines del pais, todos los nobles tomaron las armas personalmente para defender con su vida y su sangre el trono del monarca. La pequeña nobleza se distinguió por su abnegación, especialmente en 1809. Napoleón hizo á los Húngaros las más tentadoras ofertas para apartarlos de su fidelidad al rey Francisco. Los invitó en una proclama á abandonarlo, á elegir un soberano nacional bajo el protectorado francés, y á restituir á Hungria su completa independencia. Pero la nación húngara permaneció

inquebrantable en su adhesión al rey, y se agrupó en derredor suyo y de la antigua dinastia. Los Franceses, frustrados sus planes, entraron en Hungria. Los Húngaros defendieron bizarramente el suelo natal; pero fueron derrotados cerca de Raab á consecuencia de la incapacidad de sus generales austriacos. Durante toda la lucha napoleónica, hasta su término en 1815, Hungria hizo inmensos sacrificios por el trono, y millares de hijos suyos derramaron su sangre defendiéndolo en los más lejanos campos de batalla de Europa.

Francisco no recompensó grandemente la fidelidad de la nación. Siempre tenia palabras de alabanza para los Húngaros, pero siempre aplazó el remedio de los males de que se lamentaban. Las largas guerras, paralizando la industria y el comercio, habian afectado fatalmente á la prosperidad del pais. El gobierno, para proveer á los gastos de las continuas guerras, habia emitido papel moneda en tan enorme cantidad que su curso vino á una completa depreciación. Después promulgó oficialmente la baja del florin á un quinto de su valor, causando inmensas pérdidas al pueblo. Á estas miserias se juntaban los numerosos actos ilegales, y los arbitrarios y anticonstitucionales procedimientos del gobierno, que continuaron aun después de encadenado Napoleón á la roca de Santa Elena, y de empezar á lucir de nuevo la paz sobre el mundo. El reinado de la reacción y del absolutimo que imperó en Europa en 1815, extendió también su funesta influencia sobre Hungria. El rey se olvidó de la Constitución por completo, y no convocó ninguna Dieta. Fueron dias tristes para el pais. No habia nadie que fomentase sus intereses nacionales, y el progreso de la



ALDEANA CASADA DE YAZYGIEN

cultura era entorpecido por la ingerencia de la policía austriaca. Y á la verdad, si hacia este tiempo la literatura nacional no hubiese infundido un espíritu nuevo henchido de esperanzas en el cuerpo político, Hungría hubiese ofrecido el cuadro más deplorable de apatía y desesperación. La literatura, la ciencia y la poesía, cuyo desarrollo fué desgraciadamente interrumpido por la prisión de la mayoría de sus cultivadores en 1795 á consecuencia de la conspiración de Martinovics, se hicieron agentes poderosos al levantarse la nación á una nueva actividad política. Surgieron muchos escritores distinguidos que trabajaron por inculcar lecciones de patriotismo y de dignidad nacional en el espíritu del pueblo, privado por el gobierno vienés de las más eficaces influencias de legítima cultura. El último creyó al fin que era llegada la hora de establecer á mansalva en Hungría el gobierno absoluto imperante en sus dominios austriacos. La primera tentativa hecha por el rey Francisco en este sentido fué levantar arbitrariamente, por su sola autoridad, y sin el consentimiento de la Dieta (exigido por la ley), 35.000 reclutas para el ejército. La exacción ilegal del rey produjo en el pueblo inmensa sensación, y condujo á un violento conflicto entre la nación húngara y el gobierno de Viena. La lucha política, que se prolongó cinco años, inflamó nuevamente el entusiasmo nacional. El rey Francisco comprendió al fin el error de su conducta, y volvió al gobierno constitucional. Convocó en 1825 la Dieta, que, continuando la obra de reforma detenida en 1791, dió impulso á una nueva era de progreso en Hungría.

CAPÍTULO XV

SZÉCHENYI, KOSSUTH Y LA LUCHA POR LA LIBERTAD EN 1848-1849.


EN uno de los más pintorescos sitios de Buda-Pest, á la orilla izquierda del majestuoso Danubio, se alza la estatua en bronce de Esteban Széchenyi, el Húngaro más grande de este siglo. La veneración nacional la ha colocado en medio de sus más notables creaciones. Á sus pies rueda el poderoso río, cuya regulación fué comenzada por Széchenyi, que hizo de él una vía de comunicación del sistema comercial de Europa; al frente se ve el gran puente colgante, y más allá la boca del túnel que, horadando la montaña fortificada de Buda, enlaza las partes dispersas de la ciudad. Á espaldas se alzan los palacios de la Academia húngara de Ciencias, que debe su existencia á la munificencia de Széchenyi, y al rededor se extiende, bulliciosa y animada, Buda-Pest, á cuya ilustración y embellecimiento nadie se consagró más celosamente que Esteban Széchenyi. Cuanto rodea la estatua nos recuerda el profundo genio del hombre, que con sus trabajos infatigables, que forman un eslabón entre la antigua y la moderna Hungría, elevó un monu-

mento más grande y duradero que el fundido en bronce.

Esteban Széchenyi nació el 21 de Septiembre de 1791. Era vástago de una familia que habia dado á su patria muchos hombres distinguidos, y en quien el patriotismo era tradicional. Su padre, el conde Francisco, era fundador de la más grande de las instituciones húngaras destinadas á la cultura pública, del museo nacional de Buda-Pest, que se estima uno de los más ricos y hermosos de su especie en Europa. El conde Francisco se consagró con devoción apasionada á la causa de su país. El tierno espíritu de su hijo Esteban se habia asombrado á menudo de ver á su padre triste y absorto en sus pensamientos, y sólo más tarde, cuando se hizo hombre, supo que su padre había sufrido por el atraso de su patria. El conde Esteban heredó los sentimientos patrióticos de su padre, y ni por un momento perdió de vista el gran objeto de su vida: reanimar la nación, entonces decadente, que habia desempeñado tan alto papel en el pasado, y asegurarle un porvenir mejor, promoviendo sus intereses materiales é intelectuales. Esteban Széchenyi se hizo el apóstol de esta patriótica misión; dedicó toda su vida á este alto pensamiento, estudiando durante varios años, reflexionando, trabajando, acaudalando conocimientos; y cuando llegó la hora de entrar en el campo de acción, se puso á la cabeza del país, convenientemente preparado para la ardua tarea.

Acabó sus estudios en la casa de su padre, que era hombre de alta cultura. Los trastornos de las guerras napoleónicas que conmovian á toda Europa, y, con ella, á Hungría, apenas dejaban vagar para las empresas pacíficas, cuando el conde Esteban cumplió

los 16 años. Entró, pues, en el ejército, y tomó parte valerosamente, como oficial, en las guerras del tiempo, hallándose presente en la famosa batalla de Leipzig. El Congreso de Viena puso término á las guerras desencadenadas en Europa por espacio de 25 años; y durante el prolongado período de paz que siguió, Széchenyi convirtió su atención hacia los asuntos del país. Antes, sin embargo, viajó durante un tiempo considerable por Italia, Francia é Inglaterra; y sólo después de haberse familiarizado con la civilización adelantada de los países extranjeros, volvió al suyo, lleno de grandes ideas, de altos y patrióticos sentimientos, ardiente el cerebro, y sedienta el alma, por conquistarse una esfera de actividad pública.

La Dieta de 1825 le ofreció á este fin una ocasión propicia. Durante los 13 años anteriores á la convocatoria de esa Dieta el país había sido gobernado de la manera más absoluta. En ese período el gobierno relegó al olvido la Constitución; sacó arbitrariamente y por la fuerza de las armas contribuciones ilegales; llenó, por los mismos medios despóticos, las filas del ejército; cohibió la libertad de la prensa, y privó á la nación de sus antiguos derechos. Esos actos de violencia excitaron la indignación del país, y provocaron una reacción natural, acentuada y alimentada por la naciente literatura húngara que prometía á la nación un porvenir más brillante. Csokonai, Francisco Kazinczy, Alejandro y Carlos Kisfaludy, Miguel Vörösmarty, Francisco Kölcsey y otros eminentes escritores fueron los padres de la nueva era de la literatura húngara, y con sus obras enardecieron el sentimiento nacional y levantaron el espíritu público. La nación despertaba y ansiaba

seguir las huellas de la civilización de Europa. Sólo le faltaba un jefe, y en el curso de las deliberaciones de la Dieta de 1825 ese jefe apareció.

Esteban Széchenyi, miembro de la Cámara alta por derecho de nacimiento, tomó asiento en ella entre la aristocracia del país. Su primer acto estaba destinado á ser el precursor de una nueva época en la historia nacional. El 25 de Octubre pronunció un breve discurso; se presentó embarazado y confuso, pero habló en húngaro, cosa mirada hasta ese dia como un acto revolucionario, lleno de audacia, y que excitaba la mayor indignación en las regiones superiores. El latín, según las tradiciones del pasado, habia seguido siendo hasta entonces la lengua oficial de la Cámara de los Magnates. Széchenyi fué el primer magnate que se atrevió á apartarse de la tradición antigua; y aunque á gran parte de sus colegas, especialmente á los más viejos, disgustó la innovación, creció, sin embargo, desde entonces continuamente el número de los grandes señores que hablaban húngaro; y la actitud atrevida que tomó el conde en esa coyuntura entró por mucho en la restitución de la lengua nacional á su puesto legítimo.

Poco después la Cámara baja dió testimonio del triunfo conseguido por él en pro de la causa de la cultura húngara. Durante las sesiones preliminares precedentes á las plenas se deliberó varios dias sobre los mejores medios de fomentar la lengua nacional. Széchenyi, con varios de sus nobles amigos, estaba presente en una de esas conferencias, viendo y oyendo. Cada diputado, llegado su turno, expuso sus ideas sobre la materia. Uno de ellos, Pablo Nagy, distinguido orador de la oposición, declaró con acento de convicción profunda que, para cultivar el idio-

ma húngaro en condiciones de éxito que le permitiesen competir con las tendencias germanizadoras del gobierno y con la lengua latina, era necesario establecer una academia húngara de ciencias. Para conseguirlo, añadió, hacía falta dinero, y no podía esperarse del gobierno, que era hostil al proyecto. Que la nación provea de dinero, y que los grandes señores, los poseedores de vastas fortunas y de propiedades territoriales, den primero un buen ejemplo á los demás. Estas palabras calurosas hicieron sensación. Inmediatamente se adelantó Széchenyi, y dirigiéndose al presidente, le pidió permiso para decir unas cuantas palabras. En medio de la atención general de los presentes, manifestó en breves términos que él estaba pronto á contribuir con la renta de un año entero de sus bienes para la fundación de un instituto cuyo objeto era fomentar la lengua húngara. Esas sencillas palabras fueron acogidas con una tempestad de aplausos. Siguió entonces un espectáculo notable. Uno tras otro se levantaron los asistentes anhelando contribuir al fondo de la futura Academia de Ciencias húngara, y pronto se elevó la suma á 154.000 florines, ascendiendo á 60.000 sólo la contribución de Széchenyi. Pronto se estableció el instituto, y gracias al apoyo patriótico de la nación, los fondos de la Academia exceden al presente de 2.000.000 de florines. La actividad de esa institución ha sido, durante los últimos 50 años, en extremo beneficiosa para el desarrollo de la lengua húngara y el adelanto de la ciencia en el país.

Ese acto de munificencia colocó á Széchenyi de un golpe en las primeras filas de la nación, y el mismo entusiasmo que promovió su generoso patriotismo sirvió para excitar sus mejores energías y estimularlo

á ulteriores empresas. Széchenyi, aunque de acuerdo en general con la oposición más moderada, que era conservadora y aun completamente reaccionaria no pocas veces, influída, como estaba, por la famosa política del príncipe de Metternich, jamás se hizo miembro de ninguno de los partidos políticos. Pensaba ante todo que lo primero que debía hacerse era mejorar la situación material é intelectual del pueblo y acrecentar la prosperidad y cultura del país. Había fundado, en interés de la civilización, la Academia húngara, y ahora trabajaba con entusiasmo por mejorar la situación comercial, industrial y económica de su patria. En esta obra tenía que luchar con toda clase de obstáculos y preocupaciones, no sólo de parte de los círculos elevados, sino de la clase misma que debía ser beneficiada por sus reformas. Pero Széchenyi no se desalentó, é imperturbable, á pesar de más de una amarga prueba, siguió sin desviarse su camino, y llevó adelante con voluntad de hierro todas las medidas que estimó beneficiosas. Su activo cerebro no cesó nunca de idear nuevos proyectos patrióticos y de hacerlos aceptables al pueblo. Ganó de nuevo á la aristocracia que permanecía extraña al país, y le asignó un puesto eminente en la política nacional; se esforzó por elevar la capital al nivel europeo, y fomentó la prosperidad pública mediante el descubrimiento de nuevos recursos, la apertura de nuevas vías de comunicación y la creación de varias instituciones. Concedía igual atención á los intereses de todas las clases, desde el señor al aldeano; y así, aunque rodeado aún por el antiguo orden de cosas, trató de despertar al pueblo al sentimiento de la conciencia nacional, y de promover el reconocimiento de la solidaridad de intereses entre

todas las clases de la población. Su pensamiento abrazaba todos los asuntos públicos, y ponía en juego todos los recursos sociales y económicos para implantar en su patria los principios de la civilización moderna de Europa. Era un agitador poderoso, maestro por igual de la espada y de la pluma; y aunque su individualidad entera, su carácter y sus hábitos llevaban el sello de la esfera aristocrática en que había nacido y sido educado, sin embargo, por la excelencia y diversidad de sus trabajos, fué realmente el más infatigable campeón y obrero de las ideas democráticas.

Su primer gran obra literaria (la había precedido otra de menor entidad), titulada *Crédito*, se publicó en 1830, y en ella trataba cuestiones económicas de importancia inmediata para el país. Era una obra poderosa, profundamente meditada, de un carácter político práctico y de elevación poética, que produjo extraordinaria sensación en todo el país. Se leyó en todas partes, en los palacios de los magnates, en las mansiones de la nobleza provincial y en las casas y despachos de industriales y comerciantes. Unos hablaban del libro en los términos más encomiásticos, mientras otros declaraban que su autor era un agitador comunista y revolucionario. Los enemigos del progreso, los defensores de los privilegios decadentes de la nobleza, quemaron el libro, mientras que los amigos de las nuevas ideas, y sobre todo la generación que surgía, vieron en él el evangelio de una nueva era. Széchenyi, dirigiéndose á la generación que en vano se aferraba á las reminiscencias del pasado, decía en esa obra: «No os preocupéis constantemente con las glorias vanas del pasado; vale más que vuestro decidido patriotismo promueva la pros-

peridad de nuestra querida patria. Muchos piensan que *Hungría ha sido;* yo, por mi parte, quiero creer que *Hungría será.*»

Bajo el influjo de tan altas ideas, Széchenyi perseveró en sus esfuerzos por el bien público. Escribió mucho hasta el tiempo de su muerte, y algunas de sus obras figuran justamente entre las joyas de la literatura húngara. Pero más preciosas que ellas son sus obras prácticas, que aún sobreviven en su mayoría, y que han de perpetuar su fama durante muchos siglos. Su activo espíritu atendía á toda clase de asuntos de interés público. Así, él fué el que introdujo en el país las carreras de caballos, no como simple pasatiempo, sino para fomentar la cría caballar en Hungría, objeto que ha cumplido muy satisfactoriamente la nueva diversión. Para secundarlo formó una sociedad, que llegó á ser más tarde la Asociación nacional de criadores, hoy floreciente. Á fin de ofrecer á la sociedad distinguida un centro permanente de reunión en el país, estableció en Buda-Pest el casino nacional, club de alto rango, que todavía existe y goza de envidiable reputación en los mejores círculos de Europa. Tomó una parte muy activa en el arreglo de la nueva Academia de Ciencias; secundó con celo los esfuerzos realizados para fundar un teatro nacional permanente, esfuerzos que llegaron á producir un resultado satisfactorio; inició y realizó el proyecto de construir un puente al través del Danubio, que enlazase á Pest y Buda, y el de construcción de un túnel al través de la montaña fortificada de Buda; prosiguió durante años la obra de regular el Danubio, especialmente en la vecindad del Vaskapu (Puerta de Hierro), y también ayudó al establecimiento de la compañía de

navegación del Danubio, que en el día cuenta cientos



TORO HÚNGARO

de barcos consagrados al comercio local y de exportación. Pero su obra más gloriosa fué la regulación

del Theiss, que, al cabo de tiempo, dió por resultado transformar una extensión pantanosa de 150 millas cuadradas en un suelo rico y fértil. Ocupaban su espíritu, además, varios proyectos sobre construcción de ferrocarriles y fomento del comercio y de la industria, todas cuyas empresas se señalaron por el mismo espíritu enérgico de patriótica devoción.

Durante 15 años, hasta 1840, fué creciendo en todo el país la popularidad de Széchenyi, y su nombre era amado por todo buen patriota. Pero hacia ese tiempo el gran estadista debía encontrar frente á sí un hombre que lo igualaba en genio y capacidades.

Los dos patriotas eran representantes de diversos procedimientos, y en la lucha producida por el choque de las tendencias antagónicas Széchenyi tuvo que ceder ante Luis Kossuth, su rival más joven. Aunque no había ninguna diferencia sustancial entre los objetivos de ambos, porque los dos deseaban ver á su país grande, libre, constitucionalmente gobernado, próspero, y adelantado en la civilización, no obstante, en los caminos y medios que adoptaban para alcanzar ese objetivo eran diametralmente opuestos uno á otro. Széchenyi, que descendía de una familia de antiguo y aristocrático linaje, que se hallaba relacionado con las esferas superiores de la corte, y que ostentaba el lustre de un nombre antiguo y una inmensa fortuna, deseaba asegurar la felicidad de su país por procedimientos enteramente diferentes de los que adoptaba Luis Kossuth, hijo del pueblo, que, aunque noble de nacimiento, pertenecía, sin embargo, á esa clase más pobre de caballeros que vivía á costa de sus propios esfuerzos, y que en Hungría estaba destinada á cumplir la misión

de las clases medias de otros países. De aquella clase han salido, en su mayoría, los comerciantes, los pequeños propietarios, los escritores, oficiales subalternos, abogados, médicos, clérigos, maestros y profesores. Verdad es que por su nobleza pertenecían á la clase privilegiada del país, y no estaban sujetos á las humillaciones de los oprimidos aldeanos; pero tenían que ganarse la vida con su propio trabajo, y, por lo mismo, no sólo eran accesibles al noble lema de libertad y de igualdad que la Revolución francesa de 1830 empezó á proclamar de nuevo por toda Europa, sino que estaban dispuestos á acogerlo con entusiasmo. Esas doctrinas formaban un acentuado constraste con las ideas del conde Esteban Széchenyi, ideas que, merced á la posición social del hombre que las profesaba, no estaban desprovistas de cierto tinte aristocrático, y asignaban, por consecuencia, á la aristocracia la parte más importante en la regeneración de la nación húngara. Era, sin embargo, una parte que la aristocracia no estaba dispuesta á asumir de ningún modo. Entre sus miembros más jóvenes podían sin duda encontrase aquí y allí hombres entusiastas, profundamente adictos á la persona del noble reformador, pero la gran mayoría de su clase se había colocado en actitud hostil á las miras de Széchenyi; y oponiéndose á que se concediesen á la nación aun sus más inofensivas peticiones, sostenía al gobierno de Viena, inflexiblemente contrario á las reformas políticas y á toda mudanza en las instituciones públicas del país. Esta actitud de la aristocracia obligó á Széchenyi á evitar en lo posible todas las cuestiones constitucionales y todos los problemas tocantes á la libertad, y á circunscribir la obra de reforma, principalmente, á la esfera de las

mejoras interiores. El único modo de poder obtener el apoyo de la corte de Viena y de la mayoría de la Cámara alta para sus medidas político-económicas, era permanecer todo lo neutral posible en política. La idea capital que presidía á sus actos era que ante todo importaba vigorizar al país interiormente, porque después fácil le sería conseguir el triunfo de sus aspiraciones nacionales y políticas.

Sin embargo, desde 1840 la masa de la nación, y especialmente la pequeña nobleza, cuyo preponderante influjo no cesaba de hacerse sentir, se resistió á seguir á Széchenyi en su política limitada. La campaña reformista de Széchenyi durante los 15 años anteriores había educado la opinión pública en nuevas y grandes ideas, pero ahora los directores de esa opinión pública había que buscarlos en la Cámara de los representantes, en las personas de Francisco Deák y Luis Kossuth. Éstos deseaban para su patria tanto la libertad política como la prosperidad material. Conocían el influjo de las instituciones políticas sobre el bienestar material y la civilización de una nación, y no creían ya posible obtener tales cosas sin un gobierno moderno constitucional.

Luis Kossuth, nacido en 1802, era la verdadera encarnación de las grandes ideas democráticas de su tiempo. Hombre laboriosísimo, entró en la profesión de las leyes, después de acabar sus estudios con grande éxito, para vivir de ella. Kossuth estaba presente en la Dieta de 1832, cuando el gobierno, obrando de la manera más arbitraria respecto de la prensa, se negó á permitir que los periódicos publicasen reseñas de las deliberaciones, á despecho de las repetidas instancias de los diputados para lograr tal autorización; y gracias al ingenio de Kossuth la

prohibición fué eludida. La censura se ejercía sólo sobre lo impreso, y no se extendía á los manuscritos. Kossuth escribió por sí mismo las reseñas de la Dieta, mandó hacer numerosas copias manuscritas, y las hizo circular á un precio insignificante por todos los ámbitos del país, donde eran aguardadas con febril expectación, y leídas con la mayor avidez por el tono de oposición en que estaban inspiradas. Ese periódico manuscrito produjo todo un movimiento revolucionario en el pueblo, que amedrentó aun al gobierno austriaco. Ahora intentó el último ganar el silencio de Kossuth por medios suaves, prometiéndole altos cargos y una pensión; pero él rehusó las tentadoras ofertas, y continuó su obra en beneficio de la nación. Frustrada la tentativa de apartar á Kossuth de su deber, el gobierno recurrió á la violencia; secuestró el aparato litográfico de que Kossuth pensaba servirse para multiplicar su periódico manuscrito, y mandó á los administradores de correos detener y abrir todos los paquetes que se sospechase contenían reseñas. Pero esos procedimientos arbitrarios del gobierno no lograron poner fin á la circulación del periódico; los caballeros, por conducto de sus criados, se enviaban unos á otros los ejemplares, y no acabaron las reseñas hasta que cesaron las sesiones de la Dieta. Entonces Kossuth, cediendo á vivas instancias de sus amigos, y puede decirse que de todo el país, emprendió la publicación de un nuevo periódico manucristo en Buda-Pest que daba cuenta de las deliberaciones de las Asambleas de condado. El efecto de este nuevo periódico fué de mayor trascendencia aún que el primero, porque sirvió para poner en contacto á unos condados con otros, proporcionándoles una ocasión para concer-

tarse contra el gobierno. El ultimo prohibió en seguida la publicacion, pero la prohibicion levantó una tempestad de indignación en todo el pais. Los condados, en apretado haz, dirigieron protestas al gobierno contra el acto ilegal y contra su conducta respecto de Kossuth, que siguió publicando el periódico á despecho de la prohibición. El gobierno recurrió al fin á la mas descarada violencia. Kossuth, el valiente campeón de la libertad, su elocuente pluma y heraldo, fué encerrado en un calabozo subterráneo, lóbrego y húmedo, del castillo de Buda, mientras sus padres y su familia, que no tenian más apoyo que el suyo, quedaban sin el amparo de su protector natural.

Aunque en esa época el desafuero estaba á la orden del dia, sin embargo, ese último acto cruel é ilegal exacerbó el espiritu público, donde hervia ya la excitación. Pero, mientras se desencadenaban en el país las pasiones excitadas, el gobierno, á quien nada detenía, mandó procesar á Kossuth por alta traición, y, procurando que apareciese probado el delito, hizo sentenciarlo á tres años de prisión. Kossuth se consagró durante ese tiempo á serios estudios, y llegó también, mientras estaba preso, á dominar el inglés hasta el punto de poder mantener, durante su destierro, larga y fructuosa correspondencia en ese idioma, asi con Inglaterra como con los Estados Unidos de América. Su prisión se prolongó dos años largos, al cabo de los cuales obtuvo, en 1840, un indulto, á consecuencia de las reiteradas y apremiantes representaciones de la Dieta.

Kossuth volvió á su antiguo campo de acción como mártir del lenguaje de la sinceridad y víctima de la causa de la nación. Pronto encontró nueva escena

para obrar. Él gobierno comprendió al fin que la violencia servía de poco, y que no podía impedirse por más tiempo que las cuestiones que hasta tal grado preocupaban los espíritus fuesen públicamente dis-



GITANO HÚNGARO

cutidas por la prensa. Kossuth obtuvo ahora permiso para publicar un diario político. Empezó su publicación, en 1841, con el título de *Pesti Hirlap* (Diario de Pest), que puede considerarse como el origen del periodismo político de Hungría. Sembró nuevas ideas

en las masas; estimuló á los indiferentes, haciéndoles interesarse en los asuntos del pais, y dió una fórmula á las aspiraciones nacionales. Proclamó las reformas democráticas en todos los ramos, la abolición de los privilegios de la nobleza y de su exención de tributos, la igualdad de derechos y de cargas para todos los ciudadanos, la difusión de la instrucción pública, y trató de restituir la nacionalidad húngara al puesto que tenia derecho á reclamar en el organismo del Estado.

La riqueza de ideas, asi diariamente comunicada al pais, aparecia envuelta en la más atractiva vestidura; porque Kossuth poseia un estilo magistral, y tanto sus articulos de fondo como los más ligeros ponian de realce bellezas tan inesperadas de la lengua húngara que encantaban y arrebataban á sus lectores. Sus articulos eran una combinación feliz de elevación poética y energia oratoria que satisfacia á la vez al sentido común y á la imaginación, que hablaba á la inteligencia de los lectores por la lucidez de la exposición, y por su fervor excitaba y encendia la fantasia. Kossuth adivinaba siempre exactamente las cuestiones que más interesaban á la nación, y en sus manos la prensa diaria pasó á ser en Hungria un poder que electrizaba á las masas, siempre dispuestas á prestar su incondicional apoyo á sus audaces y trascendentales proyectos.

La extraordinaria influencia conquistada por Kossuth con su periódico atemorizó á Széchenyi, y en mayor grado aún á aquellos con cuyas preocupaciones chocaban, ó á cuyos antiguos privilegios é intereses perjudicaban las agitaciones democráticas reformistas. Kossuth fué atacado en libros, folletos y periódicos, pero salió victorioso de todas las luchas.

En vano lo combatió Széchenyi, escudado en su gran autoridad, declarando que no discutia las ideas de Kossuth, pero que su conducta y su táctica eran reprensibles, y conducian seguramente á una revolución. La gran masa del pueblo comprendia instintivamente que la revolución se habia hecho una necesidad y era inevitable, si Hungria habia de pasar del régimen de la Edad Media al establecimiento de las modernas instituciones, y convertirse en un Estado donde llegase á ser norma la igualdad ante la ley. Confirmaba á las masas en esta convicción la insensata, estrecha y violenta politica del gobierno de Viena, que cerraba el camino á las más ligeras reformas de las antiguas instituciones, que se oponia á toda aspiración nacional, y bajo cuyas alas protectoras los elementos reaccionarios de la Cámara alta paralizaban de continuo los mejores y más nobles esfuerzos que hacia la Cámara baja en pro del bien público, á la vez que el mismo gobierno secundaba arbitrariamente reclamaciones del clero católico en abierta contradicción con los derechos y libertades de las varias clases de habitantes del pais. El gobierno, llevado de su antipatia al movimiento nacional, fué más lejos aún. Incitó secretamente contra los Húngaros á las demás nacionalidades, sobre todo á los Croatas, y asi arrojó las semillas de que nació la gran guerra civil siguiente. Observando los peligrosos sintomas precursores del movimiento últimamente mencionado, y las escenas y luchas sangrientas provocadas en cada elección por las gentes pagadas del gobierno para intimidar á los partidarios de las reformas, los amigos del progreso se convencieron más cada vez de que el periodo de la moderación, tal y como Széchenyi la predicaba, habia pasado, y

[illegible] se [illegible] al [illegible] de [illegible] pública y [illegible] que [illegible] con el conde [illegible] del condado principal del pais, del condado de Pest.

Durante los primeros meses, la Dieta de 1847-48, que debia elevar á Hungría al rango de los paises que proclamaban la igualdad de derechos, y poseian un gobierno responsable parlamentario, se diferenció muy poco de la anterior. La oposición inició, como antes, grandes reformas, pero nadie creia en su realización próxima. Kossuth habló repetidamente en la Cámara, y convenció pronto á su auditorio de que era tan irresistible orador como poderoso escritor. Pero nada indicaba que el pais estuviese en el umbral de una gran transformación.

La revolución de Febrero de 1848, que estalló en Paris, cambió, como por arte de magia, la posición relativa de Austria y de Hungría. El sistema de gobierno de Metternich, opuesto á la concesión de libertad al pueblo, se desvaneció de golpe. La tempestad de la indignación popular lo barrió como un castillo de naipes. Á las primeras noticias de las ocurrencias de Paris, Kossuth pidió en la Cámara baja la creación de un ministerio responsable. La moción de Kossuth fué favorablemente acogida por la Cámara baja, pero fué rechazada en la alta, no penetrado aún el gobierno del estado real de las co-

sas, y esperando todavía defraudar los deseos del pueblo mediante un sistema de negativas. Pero la revolución alzó muy pronto la cabeza en Viena mismo, y los deseos del pueblo húngaro, proclamados en Pest, encontraron, por consiguiente, un nuevo y poderoso abogado.

En aquel tiempo la Dieta húngara se reunía todavía en Presburgo, pero las dos ciudades hermanas de Buda y Pest formaban la capital real del país, y eran el centro del comercio, de la industria, de la ciencia y la literatura. Miguel Vörösmarty, el poeta laureado de la nación, vivía en Pest, y allí brillaban en el horizonte nacional las dos estrellas gemelas de la literatura, Alejandro Petöfi y Mauro Jókai. Jókai, que vive aún, y goza fama universal como novelista, y Petöfi, el eminente poeta, que estaba destinado á ser el Tirteo de la nación, eran entonces jóvenes llenos de entusiasmo y de valor intrépido, y henchidos de grandes ideas. En torno de los dos se agrupaban los demás escritores y jóvenes de la universidad; y todos, ayudándose mutuamente, al oir las noticias de las repentinas revoluciones de París y Viena, se esforzaron por provocar en Buda-Pest la revolución pacífica de 15 de Marzo de 1848, que conquistó la libertad de la prensa para la nación, y formuló á la vez en un solemne manifiesto los deseos de los Húngaros en punto á reformas. El único acto de violencia de que fueron responsables estos héroes revolucionarios fué entrar en una imprenta, cuyo dueño, temeroso del gobierno, se había negado á imprimir el admirable poema de Petöfi, titulado: *Talpra, Magyar* (Arriba, Magyar), y hacerlo imprimir ellos mismos. La primera estrofa de ese poema, que posteriormente se hizo el canto guerrero del movi-

[illegible]

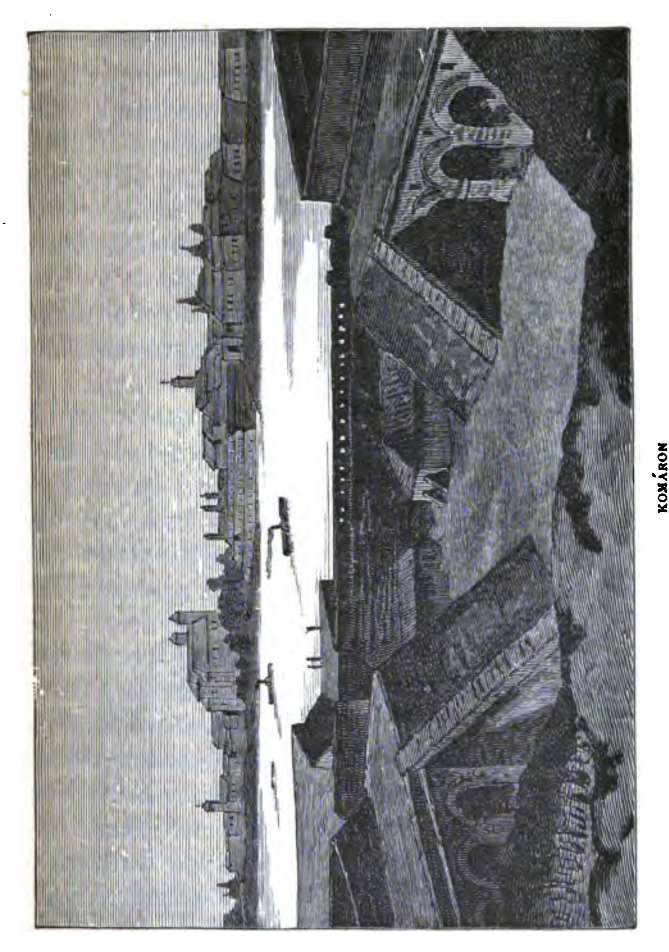
[illegible] por Petö [illegible] y en el mismo es- [illegible] por primera vez, se [illegible] una programa que contenía doce [illegible]

[illegible] los negocios y [illegible] de sus habitantes victo- [illegible] en Presburgo, no perdía [illegible] gran energía para [illegible] de Hungría constitucio- [illegible] las ideas de libertad. [illegible] La saludable legislación no [illegible] ninguna ni en la Cámara [illegible] de Viena, y en breve tiempo aprobó [illegible] acuerdos de 1848 que, habiendo [illegible] la sanción real, fueron proclamados leyes [illegible] de Abril en Presburgo, á presencia del rey Fernando V, en medio del mayor entusiasmo.

Por virtud de esas leyes se convirtió Hungría en un Estado moderno con un gobierno constitucional. Se confió el gobierno á un ministerio responsable ante el Parlamento; se proclamó iguales ante la ley á todos los habitantes del pais; se abolieron los privilegios de la nobleza; se declaró libre el suelo, y se concedió á todos el derecho de libertad religiosa.

Se introdujo la institución de los guardias nacionales; se aseguró á la prensa la más amplia libertad; Transilvania pasó á ser una parte de la madre patria;

en resumen, se reorganizó la situación nacional y política del país, en todos sentidos, en armonía con el espíritu, las reclamaciones y aspiraciones de nuestra



KOMÁRON

edad. Á la vez se colocó á la cabeza del gobierno á hombres que poseían la plena confianza del pueblo. El primer ministerio estaba compuesto de los patrio-

tas más distinguidos. El conde Luis Batthyanyi fué el presidente, y en unión con él figuraban Francisco Deák como ministro de Justicia, el conde Esteban Széchenyi como ministro de Negocios interiores, y Luis Kossuth como ministro de Hacienda.

La gran masa del pueblo saludó con entusiasmo sin límites al nuevo gobierno y las grandiosas reformas. Pero la transformación habia sido tan súbita é inesperada, y el antiguo mundo aristocrático, con todas sus instituciones y su antigua organización, habia sido barrido con precipitación tan vehemente, que aun en circunstancias ordinarias, sin oposición ninguna, difícilmente hubiesen entrado las nuevas ideas y tendencias en la vida política nacional sin originar no poca confusión y desorden. Amén de estos contratiempos naturales, el nuevo orden de cosas tenía que luchar con ciertos elementos de la población, que, sintiéndose perjudicados en sus intereses reales ó imaginarios, pensaban en su agravio, esperando arrancar á la nación, en medio de los disturbios siguientes, la gran conquista política alcanzada. Ciertos círculos de la corte y ciertas clases del pueblo se esforzaron con igual energía en rodear de dificultades el desarrollo práctico de la Constitución de 1848. La corte y el ejército permanente, el partido militar, temieron que la influencia predominante del pueblo menguase la preeminencia de su posición. La población no húngara, olvidando que las nuevas leyes aseguraban á todos los ciudadanos del Estado, sin distinción de nacionalidad, iguales derechos, temía que la Constitución liberal beneficiase principalmente al elemento húngaro de la nación; y alentada por las secretas maquinaciones del gobierno de Viena, tomó las armas para envolver en

una guerra civil al país que se preparaba á entrar en posesión de sus nuevas libertades. Los Croatas bajo el mando de Ban Jellachich, y los Valacos y Serbios capitaneados por otros oficiales imperiales, y cediendo á sus insinuaciones, se alzaron en rebelión contra Hungría, y empezaron á perseguir, á saquear y asesinar á los Húngaros que vivían entre ellos. En la parte meridional y oriental de Hungría se cometieron horribles atrocidades; mataron á sangre fría cientos y cientos de familias; aldeas y ciudades enteras fueron abandonadas por sus habitantes, exactamente como en otro tiempo á la aproximación de los Turcos; y miles de personas tuvieron que dejar todo lo que poseían á los rebeldes para escapar con vida. En el curso de pocas semanas las llamas de la rebelión se habían propagado por una gran parte del país, y el elemento húngaro, en vez de gozar de las libertades conquistadas después de una ruda lucha de varias décadas, se vió en la triste necesidad de recurrir á la fuerza armada para restablecer la paz interior. Ahora los Húngaros tenían que probar en el campo de batalla y en sangrientos empeños que eran dignos de la libertad y capaces de defenderla.

El gobierno, que entretanto había trasladado su asiento á Buda-Pest, en virtud de las nuevas leyes, desplegaba extraordinaria energía enfrente de las dificultades que lo asediaban. Como era imposible confiar en los soldados austriacos que aún permanecían en el país, se esforzó en crear y organizar un ejército nacional. Parte de los individuos de la guardia nacional entraron en ese ejército con el nombre de *honvéds* (defensores de la patria), nombre que se hizo á poco famoso en todo el mundo civilizado, por las gloriosas empresas militares asociadas á él. Los

soldados húngaros que guarnecían los principados austriacos corrieron á su país, desafiando los mayores peligros, en parte acompañados por sus oficiales y en parte sin ellos. Los famosos húsares húngaros, especialmente, volvieron en gran número á ofrecer sus servicios á la patria en peligro. Pero todo resultó insuficiente, y no bien se reunió la Asamblea nacional, elegida según la nueva Constitución, Kossuth, que había sido el alma y vida del gobierno durante ese crítico período de pruebas, pidió á la nación que levantase grandes ejércitos para la defensa del país. La sesión del 11 de Julio, en que Kossuth presentó á la Cámara de los representantes sus mociones sobre el particular, ofreció un espectáculo indescriptible. Kossuth subió á la tribuna pálido y macilento por el estado de su salud, pero los aplausos interminables que lo saludaron después de las primeras palabras, le devolvieron pronto su energía y su maravillosa potencia oratoria. Cuando concluyó su discurso, y sometió á la Cámara la petición de 200.000 soldados y el dinero preciso, siguió una pausa momentánea de profundo silencio. De repente levantóse Pablo Nyáry, el jefe de la oposición, y alzando la mano derecha, dijo: «¡Lo concedemos!» La Cámara estalló en una fiebre de excitación patriótica; todos los diputados se levantaron de sus asientos exclamando: «¡Lo concedemos! ¡lo concedemos!» Kossuth, con lágrimas en los ojos, se inclinó ante los representantes del pueblo, diciendo: «Os habéis levantado como un hombre, y yo me inclino ante la grandeza de la nación.»

Esos sacrificios de parte del país habían llegado á ser una necesidad urgente. La insurrección serbia y valaca adquiría cada día mayores proporciones,

mientras los Croatas, bajo el mando de Jellachich, entraban en territorio húngaro con el firme designio de privar á la nación de sus libertades constitucionales. Pero el gobierno húngaro podía ya enviar un ejército contra los Croatas, que marchaban sobre Buda-Pest, saqueando y devastando cuanto encontraban por delante. Fueron rodeados por las fuerzas húngaras, y parte de su ejército, fuerte de 9.000 hombres, tuvo que deponer las armas, mientras Jellachich, con sus restantes fuerzas, huía del país precipitadamente. Así el joven ejército húngaro se había mostrado á la altura necesaria para rechazar el ataque de los Croatas, pero los acontecimientos recientes entrañaban, no obstante, las más graves consecuencias. Las noticias de la invasión croata llenaron á los Húngaros de profunda inquietud, y la extraordinaria excitación causada por ellas proyectó una nube permanente sobre el alma del grande y noble conde Széchenyi. El espíritu del gran patriota que había iniciado el movimiento nacional, desfalleció bajo la presión de los terribles rumores que llegaban de la frontera croata. Había estado enfermo tiempo atrás, y su excitación nerviosa creció constantemente bajo el influjo de los grandes acontecimientos que rápidamente se sucedían, en términos que, cuando llegó la nueva de que el enemigo había invadido el país, pensó que Hungría estaba perdida. La desesperación oscureció su espíritu, y buscó la muerte en las aguas del Danubio. Su familia lo trasladó á un asilo particular cerca de Viena, donde recobró sus facultades mentales, y aún escribió varios libros. Pero nunca curó enteramente de sus alucinaciones, y, exasperado por las vejaciones á que lo sometió el gobierno de Viena, hasta en el asilo mismo, el gran

[illegible]

[illegible] marchada [illegible] y la [illegible] y la [illegible] estado [illegible] Hungría y [illegible] Las [illegible] contra Hun- [illegible] contra la [illegible] se [illegible] á auxi- [illegible] austriaca. [illegible] nacional no es- [illegible] para [illegible] tan gran- [illegible] dominada la revo- [illegible] á Hungría.

[illegible] una última tenta- [illegible] la paz con la corte, pero fracasó, [illegible] con sus triunfos, no [illegible] que no fuese la sumisión in- [illegible] del país. Aceptar tales imposiciones hu- [illegible] á la vez cobarde y suicida, y así la nación, [illegible] al triste extremo de la guerra, resolvió pere- [illegible] con gloria antes de dejarse esclavizar cobarde- mente por la corte. Siguióse el consejo de Kossuth que estaba ahora al frente del gobierno, mientras Görgei era el general en jefe del ejército húngaro. Los dos nombres de Kossuth y Görgei constituyeron pronto la gloria de la nación. Mientras obraron en armonía lograron brillantes triunfos, pero su antago- nismo personal contribuyó grandemente, en un pe- ríodo ulterior, á las calamidades del país.

Windischgrätz tomó posesión de Buda en Enero

de 1849, obligando de esa suerte á Kossuth á trasladar el asiento del gobierno á Debrezcen, en tanto que Görgei retrocedió con su ejército á la parte septentrional de Hungría; pero el ejército nacional luchó victoriosamente contra los Serbios y Valacos, y en el curso del invierno se hizo más favorable en todo el país la situación de los Húngaros. El genio de Kossuth lanzaba al campo, como por magia, uno tras



PLAZA MAYOR DE ARÁD

otro, nuevos ejércitos, y era infatigable en la organi zación de la defensa del país. Distinguidos generales, como Görgei, Klapka, Damjanics, Bem y otros transformaron los reclutas bisoños, en plazo asombrosamente breve, en tropas disciplinadas, capaces de resistir y de luchar valientemente contra las veteranas y aguerridas fuerzas imperiales, á las cuales pusieron en fuga en todas partes.

La suerte de la guerra cambió á favor de los Hún-

[illegible] que los Húngaros [illegible] y luego que Bem ha- [illegible] a los Austria- [illegible] en su auxilio, [illegible] de enemigos, y sólo per- [illegible] de los Austriacos dos ciudades, [illegible] y [illegible]. Los gloriosos esfuerzos que hizo la nación fueron seguidos al fin de espléndidos éxitos, y el mundo civilizado hablaba con simpatía y respeto del pueblo húngaro que había demostrado brillantemente su valor para defender sus libertades, su Constitución y su existencia nacional.

En esa coyuntura debió ser misión de la diplomacia aprovechar los recientes éxitos militares para negociar una paz honrosa con la dinastía humillada, como otras veces se había hecho en la historia del país, después de empresas militares parecidas, por los antiguos jefes nacionales, Bocskáy y Bethlen. Görgei, el jefe del ejército, estaba dispuesto á concluir la paz. Pero el Parlamento húngaro, reunido en Debreczen, dirigido por Kossuth y bajo la influencia de las recientes victorias, resolvió seguir un camino diferente. Se declaró que la casa real de Hapsburgo,

cuya dinastía había reinado en Hungría durante tres siglos, había perdido sus derechos al trono por instigar y traer sobre el país las calamidades de una gran guerra. Esto produjo mal efecto, especialmente en el ejército, tendiendo además á agravar el antagonismo personal entre Kossuth y Görgei. Pero la peor de sus consecuencias fué que dió pretexto á Rusia para una intervención armada. El emperador Francisco José hizo alianza con el czar al intento de reconquistar la independiente Hungría, y acabar con sus libertades.

Todavía consiguieron los ejércitos húngaros una victoria más brillante antes de que el país recibiese el golpe fatal. Tomaron la fortaleza de Buda después de un arrojado asalto, durante el cual el comandante austriaco bombardeó la indefensa ciudad de Pest á la orilla opuesta del Danubio; y de esa suerte fué restituída también al país la capital. Sin embargo, tras este postrer hecho glorioso de armas, la fortuna abandonó á las banderas húngaras. La gran época heroica se precipitaba hacia su trágico fin. Doscientos mil Rusos atravesaron las fronteras de Hungría, y allí fueron reforzados por 60 á 70.000 Austriacos, que el gobierno de Viena había conseguido reunir con un último y supremo esfuerzo. Era fácil prever que el agotado ejército húngaro no podría resistir mucho tiempo al número superior que se le oponía. Durante meses continuó la intrépida lucha, y en una de esas acciones fué donde Petöfi, el gran poeta de la nación, perdió la vida; pero en el mes de Agosto los Rusos habían logrado ya rodear al ejército de Görgei. Görgei, investido ahora del poder supremo, comprendiendo que era estéril toda nueva efusión de sangre, rindió en presencia del ejército ruso, cerca de Világos, el 13 de Agosto

[illegible] habia esperado [illegible]. Las demas fuerzas húngaras [illegible] y capitularon ó se dispersaron. [illegible] de los *honvéds* no [illegible] por la libertad tuvo [illegible] numérica de las fuerzas [illegible] húngaros buscaron [illegible].

[illegible] la mayor fortaleza del pais, [illegible]. El general Klapka, [illegible] bravamente, y se sostuvo [illegible] después de la aciaga catástrofe de [illegible]. Los valientes defensores, comprendiendo [illegible] serviría toda resistencia [illegible] que habia dejado de existir el ejército húngaro, y el pais entero habia pasado á poder de los Austriacos, capitularon bajo las mas honrosas condiciones. Este fué el acto final de la heroica lucha del pueblo húngaro, añadiendo la valiente actitud de la guarnicion y de su comandante otra brillante página al ya hermoso monumento de las acciones militares de 1848 y 1849.

No bien los imperiales se posesionaron de Komárom, su general en jefe, barón Haynau, empezó á perseguir a los patriotas, y á cometer las más crueles atrocidades contra ellos. Los que habian tomado parte en la guerra nacional fueron llevados ante un consejo de guerra y sumariamente ejecutados. La sanguinaria obra del verdugo empezó el 6 de Octubre. El conde Luis Batthyányi fué fusilado en Pest, y 13 bizarros generales, pertenecientes al ejército de Görgei, hallaron la muerte en Arád. Por todo el pais se consumaron matanzas en masa, hasta que al fin la conciencia de Europa se sublevó contra esa cruel

carnicería, y la misma corte trasladó al sanguinario barón de la escena de sus inhumanas hazañas. Los mejores hombres del país fueron encarcelados, y millares de familias tuvieron que vestir luto por seres queridos, víctimas de la implacable venganza del gobierno austriaco. Una vez más las tinieblas de la opresión se cernieron sobre el desgraciado país.

Muchos de los patriotas acompañaron á Kossuth á Turquía, ó buscaron refugio en otros países extranjeros, y durante 10 años gran número de húngaros distinguidos tuvieron que probar el amargo pan del destierro. El mismo Kossuth se fué posteriormente á Inglaterra, y visitó también los Estados Unidos. En el último país fué entusiastamente recibido por la libre y gran nación americana, que se deleitaba con su alta elocuencia. Durante la guerra de Crimea y la de 1859 en Italia, Kossuth y los desterrados húngaros trabajaron con ahinco por librar á su país, con auxilio extranjero, del yugo de la opresión. Al fin, sin embargo, la nación húngara consiguió reconquistar por sus propios esfuerzos, sin ninguna ayuda de fuera, sus derechos nacionales y políticos, é hizo la paz con la dinastía reinante. Pero los desterrados húngaros tuvieron amplia parte en la obra de reconciliación, porque, merced á sus esfuerzos, se acordaron las naciones de Europa de que, á despecho de Világos, Hungría existía aún, y el pueblo húngaro podía esperar un porvenir mejor y más brillante. Kossuth, el Nestor de la lucha por la libertad, se halla ahora retirado en Turín, y, aunque separado de su pueblo por divergencia de ideas políticas, vivirá siempre en el corazón de sus compatriotas como el gran genio que dió libertad á millones de aldeanos oprimidos, y que grabó indeleble-

mente en las páginas de la legislación nacional los inmortales principios de la libertad é igualdad de derechos.

Pero conviene presentar por su orden los principales acontecimientos en cuya virtud la Hungría pisoteada de 1849 volvió á trocarse de provincia subordinada en reino independiente, entrando como consocio, sobre un pie de igualdad, en el gran reino de Austria-Hungría.

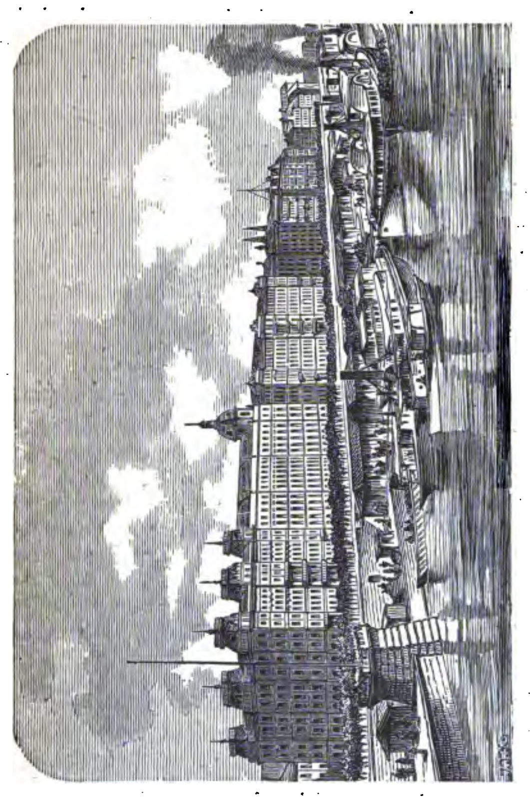
Hasta 1854 no se abolió el estado de sitio, inaugurado en 1849, y hasta 1856 no se publicó una amnistía. En 1857 el emperador visitó á Hungría, y, durante su estancia, decretó la restitución de los bienes confiscados á los acusados de delitos políticos. Desde esa fecha, el emperador y el gobierno de Viena parecieron deseosos de hacer olvidar á los Húngaros, mediante concesiones á las aspiraciones nacionales, las amarguras y la lucha de 1848 y 1849. En 1858 se ofrecieron facilidades y alicientes á colonos agrícolas para establecerse en ciertos distritos, y se les otorgaron algunas exenciones de contribución.

En 1859 el gobierno imperial hizo una concesión más importante al espíritu patrio. Se dictó una orden para que en lo sucesivo se determinara la lengua que debía usarse en las escuelas superiores, según las circunstancias de nacionalidad, quedando abolido, por consiguiente, el predominio de la lengua alemana. En el mismo año se publicó la llamada patente protestante, que garantizaba á los comunes la libre administración en materias pedagógicas y religiosas.

En 1860 se restablecieron el Tribunal Supremo de Justicia, llamado *curia regia*, y las Asambleas de condado, y se reconoció el magyar como lengua

oficial. Más adelante, en el mismo año, se anexionó de nuevo á Hungría el distrito denominado Banato de Temesvár.

En 1861 se restauró la antigua Constitución en Hungría, incluyendo á Transilvania, Croacia y Esla-


MUELLE DE FRANCISCO JOSÉ EN BUDA-PEST

vonia, y se reunió la Dieta húngara en la antigua capital, Buda, trasladándose después á Pest, á la otra parte del río. Á los pocos meses se presentó un mensaje en Viena pidiendo la autonomía plena para Hungría. Á esto declaró el emperador que no podía

acceder, y fué disuelta la Dieta. El gobierno imperial volvió á poner en vigor medidas restrictivas, y se apeló á la fuerza armada para hacer efectiva la recaudación de las contribuciones.

En 1865 la Dieta fué abierta por el emperador en persona, que dió su asentimiento al principio del gobierno autonómico de Hungría. Para el arreglo de las cuestiones aún pendientes se propusieron como base las estipulaciones de la Pragmática Sanción (1722). La Dieta pidió también, sin embargo, que se reconociese la continuación de los derechos constitucionales de 1848. Antes de que se obtuviese una decisión imperial sobre este punto estalló la guerra de 1866 entre Austria y Prusia (aliada con Italia), y se prorrogó la Dieta. Las tropas húngaras formaron un importante contingente en el ejército austriaco que hizo frente á los Prusianos en Bohemia, y el mismo general en jefe, mariscal Benedek, era Húngaro de nacimiento. Los Húngaros combatieron también en el ejército del Sur, que, bajo el mando del archiduque Alberto, hizo una corta pero brillante campaña contra los Italianos. En Bohemia, los Austriacos sufrieron una derrota decisiva en Sadowa (Julio de 1866), y aunque en Italia el archiduque Alberto ganó la importante batalla de Custozza, y el almirante Tagetthoff una victoria naval cerca de Lissa (en el Adriático), los resultados generales de la campaña de estío fueron adversos para Austria, y trajeron consigo cambios importantes en sus relaciones con Alemania y en su propia organización imperial.

Por la paz de Praga (Agosto de 1866) quedó disuelta la confederación germánica, y tuvo término la larga preeminencia de Austria entre los Estados

de Alemania, pasando á Prusia la dirección de los asuntos alemanes. El centro de gravedad del Imperio austriaco (desalojado de esta suerte de Alemania) se desvió hacia el Oriente y Mediodía, y el resultado más importante para los Húngaros fué la constitución de la doble monarquía atual de Austria-Hungría, finalmente sancionada en Febrero de 1867.

Por este arreglo Hungría tuvo asegurada su autonomía constitucional, legal y administrativa de 1848, mientras el emperador-rey conservaba la suprema autoridad sobre el ejército. El comité representativo de la Dieta que dirigió y completó los nuevos arreglos constitucionales fué presidido por Deák, y la presidencia del primer ministerio se dió al conde Andrássy.

En Junio de 1868 el emperador y la emperatriz fueron coronados en Buda-Pest reyes de Hungría, y se proclamó un perdón completo de todos los delitos políticos. Es digno de notarse que, por dos veces, en la historia accidentada de Hungría, Prusia ha servido de instrumento para asegurar al país, de parte de los monarcas austriacos, un reconocimiento de su independencia y una serie de prerrogativas, que, á no ser por la presión de los ataques prusianos, hubieran podido dilatarse largo tiempo.

En 1785 María Teresa, correspondiendo agradecida al apoyo leal que le prestaron sus «fieles húngaros» en la ruda lucha contra Federico el Grande, inició reformas importantísimas, exactamente como un siglo después, bajo la influencia manifiesta de la segunda gran lucha con Prusia, el soberano austriaco se arroja de nuevo en brazos de sus súbditos húngaros como el principal sostén de su monarquía reorganizada, y en el nuevo Imperio doble de

Austria-Hungria el antiguo reino de los Magyares, cuya maravillosa vitalidad nacional ha resistido tan múltiples vicisitudes y desastres, vuelve á ocupar un puesto importante entre las naciones de Europa.

FIN

ÍNDICE ALFABÉTICO

A

B

C

D

F

G

H

K

L

M

T

U

V

HISTORIA
DE LAS
NACIONES

POR

ARTURO GILMAN, J. K. HOSMER, S. BARING-GOULD,
A. J. CHURCH, J. P. MAHAFFY, STANLEY LANE-POOLE,
G. RAWLINSON, A. VAMBÉRY, J. E. THOROLD ROGERS,
HELEN ZIMMERN, G. MCOU, EMILY LAWLESS,
HENRY BRADLEY, ZÉNÄIDE RAGOZIN.

Y

OTROS EMINENTES ESCRITORES

ILUSTRADA CON PROFUSIÓN DE GRABADOS, LAMINAS Y MAPAS

LAS obras que forman la importante colección de la HISTORIA DE LAS NACIONES pueden considerarse con razón como la síntesis y el complemento de cuantos trabajos se han llevado á cabo en el presente siglo. Sus autores han compilado en breves páginas la ciencia de voluminosos libros y las investigaciones de muchos sabios, logrando así poner al alcance de todas las inteligencias estos estudios de verdadera vulgarización, útiles y necesarios para cuantos con frecuencia no tienen tiempo ni ocasión de dedicarse á más profundos trabajos. Además, los autores de estos volúmenes han conseguido

abrir nuevos y dilatados horizontes al estudio de la Historia.

La HISTORIA DE LAS NACIONES es al mismo tiempo una obra verdaderamente internacional, pues el Editor inglés realizó su propósito de que contribuyesen á ella escritores ingleses, irlandeses, norteamericanos, franceses, húngaros, alemanes y rusos, nacionalidades dignamente representadas en los diversos estudios que la constituyen, y que hoy el Editor español amplía y generaliza.

En esta especie de galería de cuadros históricos aparecerán ante los ojos del lector así los pueblos antiguos como las principales naciones que han predominado y marchado al frente de la humanidad.

Cada volumen, ilustrado profusamente con mapas, grabados intercalados en el texto y láminas sueltas, contendrá la historia completa de una nación, de un pueblo ó de una época, formando un todo independiente.

Hemos realizado el anterior propósito, de cuyos resultados formarán cabal idea los lectores de las obras hasta ahora publicadas, que son las siguientes:

El Antiguo Egipto, por Jorge Rawlinson, catedrático de Historia antigua en la Universidad de Oxford, versión española por D. Eduardo Toda, correspondiente de la Real Academia de la Historia. Obra ilustrada con más de 130 grabados. (Agotada. En prensa la 2.ª edición.)

El profesor Rawlinson ha añadido un valioso tomo á la importantísima serie histórica que viene publicándose. — *Spectator.*

La obra *El Antiguo Egipto* es interesantísima por la erudición con que en ella se trata la cultura de aquel país.—*La Iberia.*

El libro de Rawlinson, traducido por el ilustre egiptólogo señor Toda, constituye un precioso y acabado estudio de la historia, artes y costumbres del antiguo Imperio de los Faraones, según los últimos descubrimientos que han modificado nuestras antes imperfectas y falsas nociones sobre aquella antiquísima civilización.—*La Justicia.*

Cartago, por el profesor Alfredo J. Church, catedrático de Latin en la Universidad de Londres; versión española por el Excmo. Sr. D. Francisco Fernández y González, catedrático en la Universidad de Madrid é individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

La obra se distingue por la admirable lucidez de su estilo. — *Observer.*

Es un magistral bosquejo histórico en el cual no faltan, sin embargo, detalles hermosísimos en sus más importantes capítulos. — *Guardián.*

Si el nombre de Church es una garantía de la bondad de la obra, el del Sr. Fernández y González asegura la fidelidad de la traducción y da verdadero valor á las notas y ampliaciones. —*La Regencia.*

Los Sarracenos DESDE LOS MÁS REMOTOS TIEMPOS HASTA LA CAÍDA DE BAGDAD, por Arturo Gilman; traducida y anotada por D. Francisco Guillén Robles, individuo de número de la Real Academia de la Historia y correspondiente de la de San Fernando.

El libro de Mr. Gilman será evidentemente leído por gran número de personas á las cuales sería imposible estudiar las numerosas obras que se ocupan de los Sarracenos. —*Journal des Debats.*

La Biblioteca histórica que publica en Madrid *El Progreso Editorial*, acaba de enriquecerse con una obra de verdadera importancia. Nos referimos á la *Historia de los Sarracenos* desde los más remotos tiempos hasta la caída de Bagdad, escrita por Arturo Gilman y traducida al castellano por D. F. Guillén Robles. La edición es muy lujosa, según lo atestigua la hermosa impresión del libro y los soberbios grabados y planos que acompañan al texto. —*El Liberal.*

Caldea DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA EL ORIGEN DE ASIRIA, por Zénaïde A. Ragozin, de la Sociedad Etnológica de París, autora de *Asiria*, *Me-*

[illegible] versión [illegible] Rada y [illegible] superior de [illegible] Reales Acade- [illegible]

[illegible] fascina- [illegible] combinación [illegible] la abun- [illegible] detalles son exqui- [illegible]

[illegible] mejor que hasta ahora la [illegible]

Los Godos, [illegible] versión espa- [illegible] advertencia, no- [illegible] Ortega y Rubio, catedrático de [illegible] Valladolid é individuo co- [illegible] Academias de la Historia y de [illegible]

[illegible] Mr. Bradley encontrarán guía seguro todos aquellos [illegible] estudiar la trágica historia de los Godos.—*Spectator.*

[illegible] sin escrúpulo alguno esta obra.—*Tablet* [illegible]

Á pesar de su poca extensión, contiene este libro muchos detalles, que prueban que es obra de un escritor, capaz por todos conceptos, de llevar á cabo la empresa que se ha propuesto realizar.—*Saturday Review.*

El relato está bien dividido, es atractivo, y ajustado, en un todo, á la realidad.—*Revue historique.*

Asiria DESDE EL ENGRANDECIMIENTO DEL IMPERIO HASTA LA CAÍDA DE NÍNIVE (continuación de *Caldea*), por Zenaïda A. Ragozin, de la Sociedad Etnológica de París; de la Sociedad Oriental americana; del Ateneo

Oriental de París. Vertida del inglés por Siro García del Mazo, con prólogo y notas por Manuel Sales y Ferré, catedrático de Historia universal en la Universidad de Sevilla,

OPINIÓN NOTABILÍSIMA

El profesor Sayce, conocido como una de las autoridades más notables en esta materia, se expresa en una carta dirigida á la Casa editorial inglesa en la forma siguiente: En manos del ilustre autor de *Asiria* la vida de este pueblo ha llegado á ser una realidad. En el volumen que nos ocupa, encontrará tanto el público en general como los asiriólogos en particular, una obra encantadora é interesante por todos conceptos.

Hungría DESDE SUS ORÍGENES HASTA NUESTROS DÍAS. Por Arminio Vambéry, profesor de la Universidad de Buda-Pest; versión española por D. José de Caso, profesor en la Universidad de Madrid y en la Institución Libre de Enseñanza.

La narración está hecha con verdadero fervor patriótico y con más deseo de despertar las simpatías que de satisfacer las investigaciones críticas de lo pasado; con lenguaje tan animado como lleno de entusiasmo nacional, por lo cual la obra que damos á conocer agrada é instruye de un modo admirable.—*Nation* (New York).

Tan apropiado encontramos el asunto, como al escritor en la popular Historia de Hungría publicada por M. Vambéry. —*Saint James's Gazette.*

Es uno de los volúmenes más interesantes de tan útil Biblioteca.—*Times.*

Además tenemos en prensa y en preparación los volúmenes siguientes:

Los Judíos EN LA EDAD ANTIGUA, MEDIA Y MODERNA, por Jaime K. Hosmer, versión española, ampliación y notas por D. Eduardo Toda, correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El autor es tan gráfico como descriptivo, y la mayor parte de los capítulos llaman poderosamente la atención del lector.—*Spectator.*

De la obra en cuestión puede estar con razón orgulloso su autor.—*Echo.*

El profesor Hosmer debe ser congratulado por la gran maestría con que ha sabido tratar el asunto.—*Jewish Messenger.*

Como el profesor Hosmer ha publicado una obra maestra, auguramos un éxito completo á su nueva producción.—*New York Critic.*

Fenicia, por Jorge Rawlinson, autor de *El Antiguo Egipto;* versión española con ampliaciones y notas por el Excmo. Sr. D. Francisco Fernández y González, catedrático en la Universidad de Madrid é individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

El resultado obtenido por los estudios del autor ha sido el trazar una historia completamente exacta de la civilización, religión y aventuras de una de las más interesantes naciones de la antigüedad... pues en ella encontrará el lector todo cuanto sobre el particular merece ser conocido.—*Saint James's Gazette.*

NOTA. La versión española de la historia de la Fenicia, encomendada al reputado académico Sr. Fernández y González, irá aumentada considerablemente y con especialidad en todo cuanto se relacione con la de España, del mismo modo que lo ha hecho con la de Cartago.

El Imperio de Alejandro, por Juan Pentland Mahaffy, autor de *La Historia de Grecia desde Homero hasta Menandro,* versión española por el Excmo. Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, Director y catedrático de la Escuela superior de Diplomática é individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

Todo lo que realmente es digno de conocerse acerca de esta región, nos lo ha revelado, con mucha habilidad, Mr. Benjamin.—*Scotsman.*

Mr. Benjamin ha escrito un libro que tiene los atractivos de la novela.—*Newcastle Daily Leader.*

Persia, por S. G. W. Benjamin, Ministro que ha sido de los Estados Unidos en Persia.

Todo lo que realmente es digno de conocerse acerca de esta región, nos lo ha revelado, con mucha habilidad, Mr. Benjamin.—*Scotsman.*

Mr. Benjamin ha escrito un libro que tiene los atractivos de la novela.—*Newcastle Daily Leader.*

Germania por S. Baring-Gould, autor de los *Mitos curiosos de la Edad Media*, versión española por D. Siro García del Mazo.

Mr. Baring-Gould hace su variada narración con tanta inteligencia y perspicacia, que puede ser considerado como dueño absoluto del asunto.—*Globe.*

Obtendrá éxito seguro.—*Athenaeum.*

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: En la Administración de EL PROGRESO EDITORIAL, Reina, 35, en las principales librerías y centros de suscripción.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR: En casa de nuestros Corresponsales.

HISTORIA DE ROMA

desde los orígenes itálicos hasta la caída del Imperio de Occidente

ORIGINAL DE

FRANCISCO BERTOLINI

ILUSTRADA POR LUIS POGLIAGHI

OBRA PREMIADA

POR EL CONSEJO SUPERIOR DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA DE ITALIA

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

SALVADOR LÓPEZ GUIJARRO

Esmeradamente traducida, se recomienda al público por reunir tres condiciones difíciles de conciliar: su importancia científica extraordinaria, el lujo de la edición y lo módico de su coste. Se publica por entregas de ocho páginas, de esmerada impresión y elegante papel. Esta obra aparece profusamente ilustrada con magníficos grabados intercalados en el texto y tirados separadamente.

El precio de cada entrega es el de **medio real.**

Semanalmente se repartirá un cuaderno de cuatro entregas, ó sean 32 páginas; pero á los señores suscriptores que lo deseen se les servirá dos cuadernos semanales.

Cada grabado ó lámina suelta se computará por ocho páginas de texto.

También podrá hacerse la suscripción por tomos, para los tres de que ha de constar la obra.

Esta Casa facilitará por un precio módico, á los señores suscriptores que lo soliciten, las cubiertas ó tapas adecuadas

para la encuadernación de los tomos, artísticamente ejecutadas con arreglo al dibujo hecho expresamente por el reputado artista Sr. Riudavets.

PRECIO DE LA OBRA

En rústica........................	Ptas.	31
Artísticamente encuadernada.........	»	40

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: En las principales librerías y centros de suscripción y en la Administración de El Progreso Editorial, *calle de la Reina, número 35*.

Provincias y Ultramar: En casa de nuestros Corresponsales, ó bien dirigiéndose á esta Administración.

LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN Y LA CONDICIÓN PRIMITIVA DEL HOMBRE (estado intelectual y social de los salvajes), por Sir John Lubbok, miembro del Parlamento y de la Sociedad Real de Londres. Traducción de la cuarta edición inglesa por José de Caso, profesor de Filosofía en la Universidad Central y en la Institución Libre de Enseñanza.

El precio de esta obra, de cerca de 500 páginas en 4.° é ilustrada con excelentes grabados, es de nueve pesetas en rústica y diez artísticamente encuadernada.

ANALES DE LAS CIENCIAS MÉDICAS. Resumen y examen crítico de los progresos y trabajos de interés é importancia relativos á los nuevos tratamientos de las enfermedades.—1887 y 1888.

Colaboradores: Sres. J. Mitchell Bruce, T. Bryant, F. H. Champneyr, A. Cooper, Sidney Coupland, Dyce Duckworth, G. P. Field, J. F. Goodhart, R. Harrison, D. Berry

Hart, R. Maguire, S. P. Phillips, R. Douglas Powell, H. Power, C. H. Ralfe, B. Ross, W. G. Smith, F. Treves, W. J. Walsham.

Versión española del Dr. D. Avelino Benavente. Cada tomo en 8.º, **cinco pesetas** en Madrid y 5,50 en provincias.

Publicados los volúmenes correspondientes á 1887 y 1888.

En preparación los correspondientes á 1889 y 1890.

BIBLIOTECA CLÁSICA DEL CATOLICISMO, LOS SANTOS PADRES DE LA IGLESIA Y ESCRITORES ECLESIÁSTICOS GRIEGOS Y LATINOS, traducción literal al castellano de todas sus inmortales obras, calcada sobre las mejores ediciones admitidas por la Iglesia y publicada con la censura y aprobación de la Autoridad eclesiástica, por una sociedad de teólogos y humanistas, bajo la dirección de D. Antonio Agustín García, teólogo, licenciado en Derecho cicil y canónico y abogado del ilustre Colegio de Madrid.

Se publica por cuadernos de 24 páginas al precio de **veinticinco céntimos de peseta** el cuaderno. También puede hacerse la suscripción por tomos.

Están publicados los tres primeros, *Obras de San Clemente Romano.*

PRECIO DE CADA TOMO

En rústica..................	Ptas.	5
Encuadernado...............	»	6,50

Á TRAVÉS DEL EGIPTO, por D. Eduardo Toda, individuo correspondiente de la Academia de la Historia.

Un solo tomo en 4.º mayor impreso con gran lujo, con profusión de notabilísimos dibujos hechos por el reputado artista Sr. Riudavets, fotograbados por Thomas, Joarizti y Laporta, y tomados de fotografías y apuntes del natural

traídos por el mismo autor, estampados en variedad de tintas. El libro es un estudio amenísimo de aquel país.

Se publica la obra por cuadernos de 24 páginas, siendo el precio del cuaderno **una peseta**.

PRECIO DEL TOMO

En rústica................	Ptas.	20
Artísticamente encuadernado.	»	25

ANTROPOLOGÍA, introducción al estudio del hombre y de la civilización, por Edward Tylor, traducida del inglés por D. Antonio Machado y Álvarez, doctor en filosofía y letras, é individuo de la Junta Directiva de la Folk-Lore Society.

Un tomo de más de 500 páginas con multitud de grabados en el texto y un prólogo especial del autor para la edición española.

Precio: **nueve pesetas** en rústica y **diez** artísticamente encuadernada.

CLÍNICA DE LAS ENFERMEDADES DEL TUBO DIGESTIVO.—1.ª parte: Fisiología de la digestión. 2.ª parte: Enfermedades del estómago, por el Dr. C. Ewald. Versión española del Dr. D. Eduardo Moreno, médico-director, por oposición, de aguas minerales, Presidente de la Comisión de publicaciones de la Sociedad Hidrológica, laureado de la Ginecológica, corresponsal de la de Hidrología médica de París, etc.

Publicada la 1.ª parte.

PRECIO

En rústica.................	Ptas.	5
Encuadernado..............	»	6

En preparación la 2.ª parte.

EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EXEGÉTICA DE LA TEORÍA DE LOS PROCEDIMIENTOS CONTENCIOSO-ADMINISTRATIVOS DE ESPAÑA Y SUS POSESIONES DE ULTRAMAR, por el Excmo. é Ilmo. Señor D. Nicolás de Paso y Delgado, Senador del Reino, Consejero de Estado, Fiscal que ha sido de lo contencioso de este alto Cuerpo, antiguo catedrático de término de la Facultad de Derecho y Rector que fué de la Universidad de Granada, etc.

PRECIO DEL TOMO

En rústica................	Ptas.	7
Encuadernado..............	»	8

LA VIDA DEL DERECHO EN SUS RELACIONES CON LA VIDA SOCIAL. Estudio comparado de Filosofía del Derecho por Giuseppe Carle, profesor de Filosofía del Derecho en la real Universidad de Turín. Versión española de D. Hermenegildo Giner de los Ríos, doctor de la Facultad de Filosofía y Letras, catedrático de Instituto y profesor en la Institución libre de Enseñanza.—Dos tomos en 8.° de 400 á 500 páginas.—Publicado el primer volumen.

PRECIO DEL TOMO

En rústica................	Ptas.	5
Encuadernado..............	»	6

LAS FRONTERAS DE LA LOCURA, por el Dr. A. Cullerre, individuo correspondiente de la Sociedad Médico-psicológica de París; versión española por D. Antonio Atienza y Medrano, abogado del ilustre Colegio de Madrid y ex profesor en la Institución libre de Enseñanza.

PRECIO DEL TOMO

En rústica................	Ptas.	4
Encuadernado..............	«	5

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

ESCRITA POR INDIVIDUOS DE NÚMERO

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

bajo la dirección del

EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

DIRECTOR DE LA MISMA ACADEMIA

CONDICIONES DE LA PUBLICACIÓN

Poco hay que decir de sus condiciones científicas. El conocimiento cada vez más exacto y completo de las fuentes y el nuevo concepto de la Historia, reducida hasta ahora entre nosotros á la historia externa ó política, han demostrado la urgente necesidad de rehacer la de nuestro país, acometiendo el estudio de las costumbres, tradiciones, lengua, religión, monumentos, artes, industrias, etc., cuanto se comprende hoy bajo la denominación de historia interna de un pueblo.

Á satisfacer esta necesidad responde la publicación de la Historia general de España, que anunciamos al público, y cuyo valor como obra científica garantizan la respetabilidad de la Corporación que ha tomado á su cargo la empresa y el nombre ilustre de su Director D. Antonio Cánovas del Castillo.

La obra va ilustrada con grabados, y ha empezado á publicarse por cuadernos al precio de **UNA PESETA**, constando cada uno de **40** páginas de texto.

